

10.134



\* 5 3 0 9 5 4 3 2 2 1 \*

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

EL PENSAMIENTO FILOSOFICO  
Y POLITICO DE  
JACOBO BENIGNO  
BOSSUET

Juan José Gómez Forner

## INTRODUCCION: OBJETIVO Y METODOLOGIA

Nuestro encuentro con Bossuet se produjo en la época en la que estábamos realizando los Cursos Monográficos de Doctorado. Bossuet, que hasta entonces únicamente lo relacionábamos con la elocuencia sagrada, particularmente por sus "Sermones" y "Oraciones Fúnebres", se descubrió para nosotros como tratadista político.

Posteriormente, cuando tuvimos acceso a su "Política sacada de las Sagradas Escrituras", quedamos verdaderamente sorprendidos, tanto del contenido, como de su estructura. La obra se componía de varios libros y cada uno de ellos se hallaba dividido en artículos, subdivididos, a su vez, en proposiciones que se desprendían las unas de las otras. Pese a ser un manual lleno de divisiones y subdivisiones, todo se encontraba unido y se complementaba de un modo riguroso.

Más adelante, al intentar profundizar sobre el pensamiento de Bossuet, advertimos que, pese a haber fundamentado ideológicamente el absolutismo durante la segunda mitad del siglo XVII y en los comienzos del XVIII, al igual que hicieran antes Bodino en el siglo XVI y Hobbes en la primera mitad del XVII, no era muy conocido. Era, en cambio, conocido en cuanto a su obra religiosa y, en menor sentido, en lo referente a su obra histórica, las cuales fueron objeto de diferentes estudios en los siglos XVII y XVIII, no sólo en Francia, sino incluso en nuestro país.

Fué entonces cuando decidimos realizar este trabajo sobre el pensamiento filosófico y político de Jacobo Benigno Bossuet.

Pretendemos con nuestro estudio abordar la vida y la obra de Bossuet, analizando todos aquellos aspectos de ambas en las que se singularice de modo especial el tema propuesto. Para ello, nos referiremos en un primer capítulo a su vida e indirectamente a la

época. No se puede analizar el pensamiento de un autor al margen del contexto histórico en el que se desenvuelve. Si no lo hiciéramos así, estaríamos desvirtuando su contenido. Por esta razón, estructuraremos su vida en cuatro partes, distinguiendo, en un primer apartado, desde sus orígenes hasta que se instaló en Metz, donde la confianza unánime de su Cabildo le llevó a la dignidad de gran Decano. Pasaremos, posteriormente, a contemplar el período de su vida comprendido entre Metz y su episcopado en la diócesis de Condom. Analizaremos, más adelante, su función de preceptor del Delfín, hijo de Luis XIV, y, por último, nos detendremos en las largas querellas y controversias que mantuvo cuando fué nombrado obispo de Meaux.

En un segundo capítulo estudiaremos el contenido de su obra, catalogándola en su conjunto y significando especialmente las traducciones españolas de la misma, distinguiendo, a su vez, entre su obra religiosa, histórica y política, analizando, dentro del primer grupo: su obra oratoria; su obra moral; su obra espiritual; y su obra doctrinal, concluyendo con las diversas opiniones emitidas sobre la obra religiosa de Bossuet por diversos autores. Esbozaremos, a continuación, las grandes líneas de su obra histórica y política, dedicando al estudio de las mismas los capítulos siguientes, ya que, lo que constituye el objeto fundamental de este trabajo es el pensamiento filosófico y político del autor, y ese pensamiento está plasmado en su obra historiográfica y en su obra política, que son a las que se prestará mayor atención y detenimiento.

En un tercer capítulo nos centraremos en su obra historiográfica, haciendo un estudio detallado de sus principales aportaciones dentro de este género, es decir, "El Discurso sobre la Historia Universal" y "La Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes".

En un cuarto capítulo nos detendremos en su obra política, realizando, en primer lugar, un breve apunte histórico sobre la

génesis de la "Política sacada de la Sagrada Escritura", continuaremos con el estudio de la doctrina del poder en Bossuet y su relación con el iusnaturalismo y el absolutismo, pasaremos, posteriormente, a analizar sus ideas sobre la autoridad y terminaremos contemplando los deberes que fija Bossuet a los súbditos para con el príncipe.

A nuestro juicio, de entre los diferentes principios desarrollados por Bossuet, el poder, la autoridad, y la situación de los súbditos en relación con las cuestiones precedentes, se convierten en los grandes temas a los que trata de dar respuesta. Por ello, al comenzar el estudio de su obra política, conviene que distingamos tres partes en la misma. En la primera, al analizar la doctrina del poder, trataremos: el origen de la sociedad; el fundamento del poder; el derecho divino; los límites del poder; y, la pérdida del mismo. En una segunda parte, hablaremos de la autoridad, del origen, naturaleza y propiedades de la autoridad real. Dedicaremos una tercera, a concretar los deberes de los súbditos hacia el príncipe, deberes que, por su parte, están establecidos y se derivan de los postulados anteriores. Consideramos que son los aspectos fundamentales que mejor reflejan el pensamiento político de Bossuet, ya que, del origen de la sociedad se deduce el fundamento del poder, y a su vez, del fundamento del poder se derivan los límites y la pérdida del mismo. Si a estas cuestiones añadimos la doctrina del gobierno, la monarquía absoluta, podremos tener una idea de conjunto de su doctrina.

Por lo que se refiere al método utilizado, y habida cuenta de la escasa bibliografía que en general y especialmente existe sobre Bossuet en los últimos años, nuestro trabajo se ha basado, fundamentalmente, en el estudio de las fuentes directas, en los propios textos de Bossuet, que no son de fácil acceso y que, en su mayoría, están sin traducir al castellano.

## CAPITULO PRIMERO.- VIDA DE BOSSUET

- I.- DESDE SUS ORIGENES HASTA EL PERIODO DE METZ.
- II.- DESDE EL PERIODO DE METZ HASTA SU EPISCOPADO EN LA DIOCESIS DE CONDOM.
- III.- PRECEPTOR REAL.
- IV.- OBISPO DE MEAUX.

"La historia verídica de un hombre, siempre se parecerá a la de una casa; para que él sea lo que es, se ha debido escogerle una tierra, cavar en ella sus cimientos, establecer los asientos de su estructura" (1).

## CAPITULO PRIMERO.- VIDA DE BOSSUET (2).

### I.- DESDE SUS ORIGENES HASTA EL PERIODO DE METZ.

Jacobo Benigno Bossuet, hijo de Benigno Bossuet y de Margarita Mochet, nació en Dijon el día 27 de septiembre de 1627.

Su familia procedía de Borgoña, "una vieja provincia francesa, fértil y grave a la vez, país de vendimiadores y magistrados. La vida en ella tiene sólidas bases psicológicas. Bossuet será siempre un hombre que come bien, que se acomoda a todo, tanto al frío como al calor; aspecto importante para conocer su temperamento, su carácter e incluso su pensamiento y la dirección de su actividad" (3).

Pero un hombre como Bossuet, cuyos orígenes conocidos se remontan a los primeros años del siglo XVI, nos brinda en sus ascendientes una preparación de sí mismo. Así como su obra dará testimonio de la ley de continuidad, su persona culminará las virtudes y las mejores aspiraciones de sus antepasados.

La familia de Bossuet era de origen rural y su actividad, en un principio, fué eminentemente agrícola. "Sus antecesores han labrado la tierra y cultivado la viña, escribe Calvet. Duros en el trabajo y de vida austera, han sabido ascender lentamente, habiendo conquistado la burguesía e instalándose en Seurre, pequeño pueblo cercano a sus campos, en una casa sólida, amplia y bien situada. Conocen la causa de su elevación y toman por

armas, grabándolas sobre la puerta, una cepa de viña retorcida con la siguiente divisa: Madera corcobada es buena... Posteriormente, su familia se trasladará de Seurre a Dijon, capital de la provincia" (4).

Baumann, refiriéndose a esta evolución nos dirá lo siguiente: "No está de más saber que los Bossuet eran en el siglo XVI, tenderos en Seurre-Borgoña. Su casa, de agudos tejados, enseña todavía su inscripción: hecha en 1555. Su divisa era altanera: en torno a una vid rugosa, las palabras: Bois boussu est bon... Desde 1517, Esteban Bossuet, regidor de la ciudad, se vió calificado de "noble". Entre el comercio de telas, y la nobleza de ropa, las funciones municipales habían constituido el nexo de transición. Los Bossuet tuvieron su blasón modesto: tres púas de oro en campo de azur. Al mediar el siglo XVI, Antonio Bossuet, bisabuelo de Jacobo Benigno, dejó Seurre por Dijon; desempeñó allí el cargo de auditor en la Cámara de Cuentas. El y su suegro Claudio Bretagne, consejero en el Parlamento, se mantuvieron durante la Liga, fieles a la monarquía... Su abuelo materno, Claudio Mochet, abogado, empuñó la espada con mano firme, durante las guerras civiles; en la jornada de Arques, trajo una compañía de lanceros acorazados; en nombre del rey, mandó las operaciones en la plaza de San Juan de Losne. Seguidamente volvió a su birrete y a su toga de abogado... Benigno Bossuet, su abuelo paterno, obligado a viajar por asuntos de negocios, declaró en una carta a un familiar suyo: "Me agrada vivir con mi pequeña familia; me gozo en mi pequeña labor; padezco por hallarme tanto tiempo privado de esas alegrías, y de la de volveros a ver"... También él debió batirse en 1630; reprimir el motín de los Lanturelus -vitivinicultores furiosos ante el rumor que las "ayudas" seríanle impuestas a Borgoña- que vociferaban: ¡Viva el Emperador! Salvó del pillaje y de los incendiarios el barrio de San Juan, donde los Bossuet tenían su casa" (5).

Calvet, por su parte, cuando habla de Benigno Bossuet, lo

describe de la siguiente manera: "Tenía una fuerte personalidad, le gustaba el orden necesario, el equilibrio social, la disciplina -condición del orden- la monarquía que imponía la disciplina. Durante los disturbios de finales del siglo XVI, fué consejero en el Parlamento de Dijon, ciudad enteramente adherida a la Liga, permaneciendo fiel al Béarnais, por continuidad dinástica, lo que no le impidió, después del advenimiento de Enrique IV, defender la causa de sus conciudadanos ante el rey. Por último, en 1612 se convirtió en alcalde de Dijón" (6).

Cuando Bossuet, alabando a Miguel Le Tellier, definió al magistrado ejemplar, firme, digno, ecuánime, celoso del bien público, atento a las quejas de sus postulantes, evoca a sus parientes, Antonio de Bretagne, primer presidente del Parlamento de Metz, y a su padre, consejero del mismo Parlamento.

El día en que nació Jacobo Benigno Bossuet, séptimo hijo de Margarita Mochet, el 27 de septiembre de 1627, su abuelo paterno anotó con sorprendente intuición en el libro de cuentas donde inscribía en latín los sucesos domésticos, este verso del cántico de Moisés: "Circumduxit eum et docuit; et custodivit quasi pupillam oculi sui. El Señor lo ha llevado a todas partes; lo ha instruído, la ha preservado como la pupila de su ojo" (7).

La casa natal de Bossuet es humilde, está situada en una extensa plaza frente a la Iglesia de San Juan. Esta Iglesia, rehecha en el siglo XV, encierra tumbas de obispos singularmente venerables; la de su fundador, San Urbano, sexto obispo de Langres, fallecido en el año 375; la de San Gregorio, decimosexto obispo de Langres, fallecido en el año 506, que fundó la abadía de San Benigno en Dijon. Por ello, y antes de iniciarse en la tradición cristiana, Bossuet ya recibió su impronta, al igual que el sello inconsciente de la ciudad, cuyo aire vivo e intelectual debió respirar hasta la edad de quince años.

Además de estos rasgos genéricos, es preciso que intentemos



acercarnos, siguiendo la trayectoria que hemos fijado en cuanto a su ascendencia, a la fisonomía personal de sus padres.

Su padre también hizo carrera como parlamentario y magistrado municipal. Fué concejal de Dijon en 1630, y no pareciéndole bastante el cargo de sustituto de procurador general del Parlamento de Borgoña, abandonó en 1638 el Parlamento y su provincia, trasladándose a ocupar el cargo de consejero en el Parlamento de Metz, donde su tío Antonio de Bretagne era el presidente, y dejando, por ello, a sus hijos al cuidado de su hermano Claude, entonces alcalde de Dijon.

Después de haber vivido en Metz por espacio de treinta años, y una vez establecidos sus hijos, o incluso fallecido alguno de los diez que eran, e inmediatamente después de la muerte de Margarita Mochet, ingresó en las órdenes, sin dejar, no obstante, su cargo, llegando hasta suceder a su propio hijo como gran archidiácono en la Catedral de Metz. Se caracterizaba por su energía, su flexibilidad y su espíritu de negociación. Fué amigo del gobernador Schomberg y del ministro protestante Paul Ferri, y, a nivel provincial, es el corresponsal y el agente de los ministros, siéndolo, a su vez, de los jefes de la Compañía secreta del Santo-Sacramento.

Bossuet nunca ha hablado de él, ni tampoco de su madre. Empero, parece haberlo evocado en su panegírico de San Francisco de Sales, cuando describe al padre que vuelve del tribunal donde ha dictado sentencias, y donde ha hecho resonar el foro con el ruido de su elocuencia: "Vuelve al seno de su casa, entre sus hijos, y parece otro hombre; aquel tono de voz magnífico ha degenerado, y se ha convertido, por decirlo así, en tartamudeo; aquel rostro, antes tan grave, ha adoptado de pronto aspecto infantil; rodéale un corro de niños a los que cede con el mayor gusto, y ejercen tanto poder sobre su voluntad, que no puede negarles nada sino aquello que les perjudica" (8).

Los primeros triunfos de Bossuet predicando en París y ante el rey, le proporcionaron grandes satisfacciones. Fácil es imaginar su alegría cuando "el mismo Luis XIV hizo que se le felicitase en su nombre por la dicha de que disfrutaba al tener un hijo semejante" (9). Pero es poco lo que se sabe de él, y aún menos sobre su cónyuge. Un detalle digno de mención, es el de que Margarita Mochet perteneció, probablemente, a la orden tercera dominicana; ella quiso, al igual que su esposo, ser sepultada en Metz, en la Iglesia de los Prescheresses. Y fué su madre la que destinó a Jacobo Benigno Bossuet a Dios y a la Iglesia, ya que, lo consagró, desde su nacimiento, a Nuestra Señora de l'Etang, como al predestinado, al elegido.

Esta clarividencia de la madre, después de la del abuelo, no explican en modo alguno, las cualidades propias de Bossuet que le hicieron sobresalir de entre todos sus hermanos de ambos sexos. Baumann, refiriéndose a esta cuestión, dice lo siguiente: "Antonio, su hermano mayor, contentóse con ser un jurista y un tesorero, un borgoñés comilón y malicioso, un burgués ameno; su mujer le engañó en forma escandalosa, al punto que le fué imprescindible separarse de ella. Tuvo por hijo a ese fogoso bromista, el abate Bossuet, que volveremos a encontrar en la batalla del quietismo, sirviendo a su tío con un celo interesado... Una de las hermanas menores de Bossuet, Magdalena, después de haber sido una virgen juiciosa hasta los sesenta años, casó con Foucault, consejero secretario del rey. Por incompatibilidad de caracteres debieron separarse. El señor de Meaux la acogió en el obispado. Ledieu, narrando su muerte (18 de junio de 1703), hace de su carácter un cuadro encantador. La gota y el reumatismo sujetábanla en su cuarto: "Sostenida por sus muletas, se ponía de rodillas sobre el sillón para asomarse a la ventana. Nunca lanzó una queja, a tal punto había muerto para todo. Leía el Evangelio y los Salmos. En su habitación incidían todas las personalidades que venían a ver al Señor de Meaux; tanta dulzura, honestidad y buena conservación se hallaba en su casa" (10).

Todos estos parentescos no son más que toques accesorios que no conviene menospreciar a la hora de representar a Bossuet.

¿Cómo era físicamente Bossuet? Se conservan un grabado y dos pinturas que lo representan: el primero, de Mignard, el grabado de Nanteuil, corresponde a la época en que era obispo y preceptor del Delfín; el segundo, realizado por Larguilliere, representa a Bossuet junto a su real alumno; el tercero, que pertenece a Rigaud, fué ejecutado en 1698 con el propósito de ofrecerlo al gran duque de Toscana.

Una primera característica de su complexión es, sin lugar a dudas, su salud vigorosa, que se refleja en su espíritu, igualmente vigoroso y recto.

La salud de Bossuet desafiaba toda fatiga; por otra parte, vivía con tal regularidad, que jamás extremaba sus fuerzas. A lo largo de su vida sufrió tan sólo tres enfermedades: una crisis de paludismo en 1676; un ataque de eczema cuando mantuvo la disputa con Fénelon; y, un cálculo que, por falta de intervención quirúrgica, le causó la muerte.

Su buen estado físico le hizo fácil el trabajo, predisponiéndolo a la paciencia y a la afabilidad, si bien, no toleraba que se le resistiera cuando tenía la certeza del error flagrante de su oponente.

Estas características de su personalidad aparecen incluso reflejadas en los caracteres de su escritura, analizada por Baumann en diferentes períodos de su vida (11).

Es preciso señalar que su primera formación estuvo a cargo de su tío Claude, alcalde de Dijon y magistrado. Bossuet, educado en este hogar junto con su hermano Antonio, al que quiso y veneró sigularmente, comenzó a destacar por poseer una gran voluntad y por el amor al trabajo acabado. De ahí, que sus compañeros del

Colegio de Jesuítas de Dijon lo llamasen, aludiendo a su apellido, "bos suetus aratro", un buey acostumbrado a la carreta, para significar que su cualidad fundamental de escolar era la paciencia en el trabajo (12).

Hay dos incidentes en su infancia que cabe resaltar. Muy joven, a los ocho años, según Baumann (13), o a los diez, según Calvet (14), recibe la tonsura de manos de Sebastian Zainet, obispo de Langres. Bossuet era un niño piadoso, el séptimo hijo de la familia, y la tonsura no comprometía a nada, lo único que podía hacer era aportar beneficios. Su padre, que no dejaba de tenerlo presente, le hacía obtener a los trece años, según Baumann (15), o a los quince, según Calvet (16), un canonicato en el capítulo de Metz. Yvonne Champailler, por su parte, indica que la tonsura la recibió el 6 de diciembre de 1635, y que el canonicato se adquirió el 20 de noviembre de 1640 (17).

Segundo incidente: a los catorce años, mientras cursaba con los Jesuítas sus estudios de humanidades, encontró una Biblia en el despacho de su tío y la leyó. "La Biblia, nos dice Pérez de Urbel, fué el libro que más impresionó al niño en aquel hogar, encontrando en ella, dice su primer biógrafo, un gusto y una sublimidad, que se la hicieron preferir a todos los libros. Más tarde contaba conmovido cuán profundamente le había llegado al alma aquella primera lectura" (18).

En 1642, Bossuet se trasladó del Colegio de Jesuítas de Godrans en Dijon al Colegio de Navarra, una de las casas de la Universidad de París. Bossuet estudia durante dos años lógica, metafísica y física, alcanzando el grado de maestro en artes el año 1644. Siguen tres años de teología y sostiene su tesis, denominada "Tentativa", convirtiéndose en maestro de esta disciplina el 25 de enero de 1648, según Champailler, habiendo sido honrada con la presencia de Condé, vencedor de Rocroy y amigo de su familia, a quien la había dedicado (19). "Representase el 24 por la noche, nos dice Baumann, el

espectáculo curioso del colegio, cuando el duque de Enghien, seguido por el cortejo de cortesanos y pajes con antorchas, concurrió a la primera tesis, a la intentona de Bossuet. El tema parecería ahora de una imprudente amplitud: Sobre la Trinidad y sobre los Angeles" (20).

Uno de los principales maestros de Bossuet fué Nicolás Cornet, que jugaría un papel decisivo en la cuestión del Jansenismo, y al que estuvo a punto de suceder en su cátedra doctoral, y del que, posteriormente, pronunció su oración fúnebre. Cornet, en todo estudio exigía que se acudiera a las fuentes. Aconsejaba leer ante todo el Nuevo Testamento, sin ayuda de comentarios, a fin de recibir por contacto directo y simple el espíritu del texto; y Bossuet, en un escrito destinado al joven duque d'Albret, futuro cardenal de Bouillon, indicará el mismo método: "El fondo de todo, escribía, es conocer bien las escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento... El método que he seguido en su lectura es señalar primero los bellos pasajes fáciles de entender... para detenerme luego en las dificultades" (21). "Entre todos los comentadores, significa Pérez de Urbel, sus favoritos son Maldonado y Guillermo Estius. Jamás llegó a conocer suficientemente el hebreo; pero estudió con tenacidad apasionada la tradición, y se ha podido decir que el conocimiento del dogma le descubrió en su fuente bíblica todo el río de la teología y de la enseñanza católica. Desde este momento se apasiona por Tertuliano, cuyos extravíos mitigará y callará; así como de San Cipriano -con quien se aprende admirablemente el divino arte de manejar las Sagradas Escrituras- y, sobre todo, de San Agustín, el gran maestro, como le llamará más adelante. Entre los griegos, le interesaron especialmente Clemente de Alejandría, los dos Gregorios, los dos Cirilos y San Juan Crisóstomo, cuyas citas vemos con frecuencia en sus manuscritos, según el texto original" (22).

No obstante, no se puede considerar al Colegio de Navarra como un Seminario. Bossuet no es un novicio, es un estudiante.

Vive libremente y toma contacto con el mundo que le rodea. Champailler, refiriéndose al año 1643, afirma que Bossuet "asistía a las funciones de Corneille con su amigo Rancé" (23). Rafael Ginard de la Rosa, cuando habla de este período, manifiesta que Bossuet "se hizo pronto notar en París, en la corte más brillante de Europa. En el palacio de Rambouillet, el adolescente, una noche, a última hora pronuncia un sermón improvisado que sorprende a cuantos lo oyen, cortesanos y literatos. Con este motivo Voiture escribe espiritualmente: "Nunca se ha predicado ni tan temprano ni tan tarde". Aludiendo a la edad del orador, y a la hora en que habló" (24). Y, Jacques Truchet, refiere la sorpresa del obispo Cospéan al oír improvisar un discurso a Bossuet en el año 1643, en el palacio de Vendôme (25). De todo esto, podemos deducir que Bossuet a los dieciséis años comenzaba a hacer notar sus dotes de orador.

Entre el bachillerato en teología y el comienzo de su licenciatura transcurrieron dos años en los que tuvo que prepararse para recibir las órdenes, y profundizar sus conocimientos en teología al objeto de superar las pruebas que comprendían los primeros meses de la licenciatura. Por ello, se ausentó del Colegio de Navarra de 1648 a 1650. Durante este período será ordenado, en septiembre de 1648, subdiácono en Langres por Sebastián Zainet, y, un año más tarde, el 21 de septiembre de 1649, será ordenado diácono, en Metz, por el obispo Bédacier (26), y comenzará a recibir las amargas lecciones de la vida. En efecto, en este período comienza, con la Fronda, una época de confusión y miseria que enseña, a todos aquellos que saben reflexionar, la necesidad de un poder fuerte y el precio del orden. Encontramos al joven Bossuet en esta etapa de su vida en Metz, cerca de su padre, en su cabildo, en Langres, en Dijon. Su padre y su tío Claude, siempre fieles a la realeza, le instruían, inculcándole, ante los sucesos ya elocuentes por sí mismos, la necesidad de una disciplina férrea, disciplina que no podrá apartarse en ningún momento de la razón.

Bossuet tiene veinte años y valora la vida antes de entrar en ella y de trazar su camino, del mismo modo que la juzgará antes de su muerte. Precisamente, el hecho de dominar las cosas por la razón y de situarlas a través de la voluntad, y hacerlo en los dos momentos más importantes de la existencia, son aspectos o notas distintivas que caracterizan a una personalidad. La prueba de ello la encontramos en estas palabras de la "Meditación sobre la brevedad de la vida", escritas por Bossuet en septiembre de 1648, en el momento de comprometerse con el subdiaconado al servicio de la Iglesia: "Mi carrera es de ochenta años como mucho y de esos ochenta años, ¿con cuántos puedo contar durante mi vida? El sueño es lo más parecido a la muerte; la infancia es la vida de un animal. ¿Cuánto tiempo querría yo borrar de mi adolescencia? ¿Y cuánto más cuando tenga más años? Veamos a que se reduce todo eso. ¿Qué contaré yo? ¿Pues todo eso ya no existe? ¿El tiempo en el que he tenido alguna alegría? ¿O en el que he tenido algún honor? ¿Pero cuánto de ese tiempo está esparcido en mi vida? Es como puas que están clavadas en una muralla a cierta distancia unas de otras, se diría que ocupan mucho sitio: arránquenlas y verán que caben en la mano... Pues bien, mi alma, ¿es tan grande como esta vida?, y si esta vida es tan poca cosa porque pasa, ¿qué serán los placeres que no duran toda la vida y que pasan en un momento? ¿Vale la pena condenarse? ¿Vale la pena esforzarse tanto, tener tanta vanidad? (27).

De forma tranquila y metódica, Bossuet examina la vida tal y como la ve, comparándola con la eternidad, y decide que no vale la pena atarse a ella en detrimento de ésta. Será sobre este juicio de valor sobre el que basará su renuncia y fundamentará su existencia.

Posteriormente, en pleno apogeo de los disturbios de la Fronda, reemprende sus estudios teológicos y comienza, en enero de 1650, la licenciatura. Para obtener el título de licenciado debía sostener tres tesis, la mayor que duraba seis horas, la menor que duraba cuatro, y la sorbónica que duraba doce y que,

como su nombre indica, debía sostenerse en la Sorbona. La sorbónica de Bossuet causó un gran revuelo en el mundo de las escuelas, dada la rivalidad existente entre las casas de Navarra y de la Sorbona. Bossuet remite al prior de la Sorbona, siguiendo la tradición, las pruebas escritas de su tesis; pero hace redactar ante notario una protesta contra el reglamento, por considerarlo abusivo. El día de la lectura, 9 de noviembre de 1650 (28), incitado por el gran maestro de Navarra que asiste como oyente al acto, se niega a llamar al prior de la Sorbona, que lo preside, dignissime domine prior; como mucho consintió en llamarlo doctissime, pero no dignissime. El prior de la Sorbona, Chamillard, declara el acto suspendido y se retira. Se produce un altercado entre los doctores de las dos casas. Los defensores de la casa de Navarra, pese a las protestas de la casa de la Sorbona que anula el acto de antemano, se dirigen hacia los Jacobinos y continúan el acto. Navarra había faltado a las costumbres y la cuestión se elevó al Parlamento. Por ello, el 26 de abril de 1651 (29), cuando los abogados terminaron su defensa, Bossuet pidió la palabra y, en latín clásico, expuso ante el Parlamento que, "en todo aquel asunto había actuado según las órdenes del gran maestro de Navarra, y que, por tanto, no se le debía obligar a volver a comenzar el acto" (30). Bossuet ganó su causa y tuvo que sostener durante los meses de junio y julio de 1651 las tesis mayor y menor (31), obteniendo, el 6 de febrero de 1652, la licenciatura en teología con el tercer rango (el primero fué su amigo Rancé, y el segundo Chamillard, el prior de la Sorbona), y el birrete de doctor el 16 de mayo del mismo año (32).

"El día en que Jacobo Benigno, escribe Baumann, recibió el birrete de doctor en teología, trasladóse a Nuestra Señora, precedido por los maceros de la Universidad, rodeado por los regentes, los doctores y bachilleres de Navarra; en la capilla de Saint-Denis, de rodillas al pie del altar de los Mártires, pronunció un juramento cuyo texto latín le quedó tan presente que, cincuenta y un años más tarde, sin haberlo transcripto una vez, pudo dictarlo a Ledieu; y su discurso terminaba con esta



magnífica profesión de fe: Oh Soberana Verdad, concebida en el seno del Padre, tú que descendida a este suelo te has brindado a nosotros en las Escrituras, a ti nos encadenamos por entero; consagrámote todo cuanto en nosotros respira; dispuestos a comprender que deben hacer buen negocio de su sudor, los que deberían ser pródigos de su propia sangre" (33).

En relación con el contenido de su tesis doctoral Pérez de Urbel dice lo siguiente: "Versa sobre la Iglesia y encierra, ya en germen, las ideas que acerca de la jerarquía desarrollará Bossuet en 1662 al pronunciar la oración fúnebre del Padre Bourgoing, tercer general del Oratorio. Vemos aquí ya sobre el Papa y la unidad de la Iglesia la actitud que adoptará Bossuet en 1682" (34).

El año 1652 fué importante en la vida de Bossuet, no sólo porque se licenció y doctoró en teología, sino porque el 24 de enero fué nombrado archidiácono de Sarrebourg, en la Iglesia de Metz, y el 16 de marzo fué ordenado sacerdote en París (35). "Pero, antes de ser ordenado sacerdote, en 1652, hizo, indica Baumann, bajo la dirección de S. Vicente (de Paul), un retiro en San Lázaro; entró en la escuela de sus virtudes, y se ayudó de su doctrina, que era una doctrina de utilidad" (36).

Efectivamente, desde su subdiaconado, su vida tomó una nueva orientación. No solamente se ocupaba de la Congregación de la Santa Virgen en el interior del colegio de Navarra, sino que participaba en diversas reuniones de piedad y apostolado; además, se ponía en contacto con la Compañía del Santo Sacramento, que su padre, siendo el agente de la misma en Metz, le hacía conocer (37). Fué en estas circunstancias donde conoció a Vicente de Paul.

Podemos considerar decisivo su encuentro con Vicente de Paul, precisamente en el comienzo de su vida, en el momento en que se fijan las metas y las pautas a seguir, Bossuet ha decidido

su camino, será un hombre de la Iglesia, pero hay muchas formas de servir a la Iglesia. Está en condiciones de elegir, puede ser, lo es, un teólogo; como doctor puede dedicarse a la enseñanza; y la casa de Navarra intenta por todos los medios hacerse con sus servicios. Puede, por otra parte, hacer carrera como canónigo y obispo, aportando a la administración eclesiástica las cualidades heredadas de su familia, acostumbrada desde tiempo atrás a la función pública. Nada más digno y honorable. Pero, Vicente de Paul le revela otro camino, el del abandono de las grandezas humanas, el de la santidad. Le hace conocer el mundo de los pequeños, de los simples, del pobre pueblo de los campos que muere de hambre y se condena. En definitiva, pone ante sus ojos un ideal apostólico, hasta el momento, desconocido por Bossuet, que no deja de aceptar sin ningún tipo de reservas, y comienza a prepararse bajo su dirección a la vida sacerdotal, asistiendo a las Conferencias de los Martes, en las que el santo enseñaba a los doctores de la Sorbona, a los intelectuales, el secreto de una palabra evangélica directa, y siguiendo, con asiduidad, los ejercicios de los ordenantes, de los que captó de tal forma su sentido espiritual, que con posterioridad fué encargado de su dirección.

La influencia de Vicente de Paul en Bossuet fué notable. Se manifestó incluso en pequeños detalles, como por ejemplo, el de acompañar a su firma, en la correspondencia, las letras p.i. (padre indigno), lo que significa un hábito vicentino. Pero, quizás donde se puede apreciar mejor su influencia, fué en el hecho de que Bossuet, después de su ordenación sacerdotal el 16 de marzo de 1652, y tras la obtención del grado de doctor el 16 de mayo del mismo año, abandonase París y se trasladase a Metz en el mes de junio (38). Nicolás Cornet le ofreció su cátedra de Navarra. Pero Bossuet era canónigo de Metz y se marchó a Metz con el propósito de cumplir con sus funciones.

De 1653 a 1659, Bossuet residió regularmente en Metz, "Su dignidad de arcediano de Metz, dirá Pérez de Urbel, le fija en

esta ciudad, que va a ser el campo de sus primeros esfuerzos de controversista" (39). Efectivamente, Bossuet fué un canónigo residente. Incluso después de 1659, período en el que tuvo que compaginar su estancia en Metz con sus predicaciones en París, volvía a aquella con frecuencia para cumplir con sus funciones, y no abandonó su cabildo más que cuando, años más tarde, fué nombrado obispo de la diócesis de Condom.

En Metz, Bossuet se reunió con su padre que se había preocupado de adquirir para él una vivienda en la plaza de la Citadelle y le introdujo en su círculo de amistades. "Fué acogido con particular bondad, dice Calvet, por el gobernador, el mariscal Schomberg y su esposa Marie de Hautefort, que le profesó un gran afecto y cuya eficaz protección se extendió a todas sus empresas" (40).

"Fué en Metz, indica Gandar, entre la disciplina de la escuela y las exigencias del mundo, donde Bossuet debió encontrar ese momento de tregua, casi siempre único en la vida y donde el pensamiento puede expansionarse o recogerse en libertad. Parece, pues, que pasó cerca de cuatro años en este retiro sin ningún deseo de salir de él, ni siquiera para volver a París (junio de 1652-abril 1656)" (41).

Metz ofrecía a su observación los espectáculos más variados. Después de graves disturbios, la ciudad gozaba de una paz relativa, agravada por la reciente guerra y por la estela dejada por la Fronda, siempre latente. Ciudad fronteriza, ciudad guarnición, tenía aspecto militar y debía procurar alojamiento a un gran número de soldados. Por otra parte, y para evitar el pillaje, había que pagar tributo a las tropas de Condé. Además, al igual que ocurría en toda la región, los protestantes formaban un grupo unido y fuerte, constituyendo, aproximadamente, la mitad de la población y ocupando los puestos de mando en los tribunales, en la administración y los negocios. Las necesidades de la vida habían establecido entre ellos y los católicos

relaciones un tanto peculiares, se toleraban, se unían frente a peligros comunes, y, en otras ocasiones, se reclamaban por éstos medidas de rigor, mientras que por aquellos se postulaba el derecho común. Por último, los judíos, poco numerosos, controlaban en cierta modo el comercio y se imponían por su fortuna. "No hay que hacerse una idea exagerada, afirma Gandar, de los privilegios de que disfrutaban los judíos en Metz. Poco numerosos y sin apoyo, relegados, como leprosos, no tanto por las prescripciones de la ley, sino por una repulsión instintiva y universal, a su pobre barrio Saint-Féroy, obligados a levantar a menudo sus tristes casas en zonas sombrías sin que jamás les fuese permitido franquear el recinto primitivo para construir al sol; condenados a encerrarse los días de fiesta y los domingos, y a salir solamente cubiertos con el sombrero amarillo que les distinguía y provocaba la risa de los niños y las increpaciones del populacho: vemos que estaban lejos de ser, ante la ley, hombres como los demás. Pero era la única comunidad judía que tuvo, en el reino, el derecho de poseer, construir y practicar abiertamente el culto de sus padres (Emmery, Recueil des édits enregistrés au Parlement de Metz. Ch. Abel, Les juifs à Metz, Metz, Lorette, 1852)" (42).

"Pero la particularidad de su estancia en Metz, continúa Gandar refiriéndose a Bossuet, no era el número creciente de Protestantes mezclados con los Católicos, ni su templo de Chambièrre donde hablaba Paul Ferri, el ministro del pico de oro, y su joven émulo, David Ancillon... Desde los primeros momentos, la fé de Bossuet se enfrentó a la herejía, que rompía la unidad de la Iglesia, y a la incredulidad, que derrumbaba el fundamento mismo del cristianismo" (43). Afirmación certera la de Gandar, ya que Bossuet, entre los veinticinco y los treinta años, no sólo descubrió la complejidad histórica de Francia partiendo del espectáculo que a sus ojos ofrecía la realidad de Metz, sino que no tuvo dificultad alguna en tomar contacto con el ministro protestante Paul Ferri, que, a su vez, mantenía cordiales relaciones con su padre.

Los ministros portestantes, Ferri y Ancillon, asistían con frecuencia a las predicaciones de los católicos, y los predicadores católicos no se diferenciaban mucho de los protestantes. Era preciso, por consiguiente, emplear los términos con mucho tacto y ser excesivamente moderado. Paul Ferri siempre tuvo tacto y moderación; sin embargo, en 1654, en el sermón recapitulativo que estaba de uso en la ciudad de Cène, Ferri sostuvo que después del año 1543, y debido a que desde esa fecha la Iglesia Romana había adoptado una doctrina errónea sobre la justificación, no había posibilidad de salvación. Con posterioridad, Ferri, desarrollando el contenido de este sermón, y ampliándolo, lo publicó y distribuyó como una especie de Catecismo para el uso de sus fieles. Por esta causa, Bossuet escribió la "Réfutation du Catéchisme de Paul Ferri", dedicándolo al mariscal Schomberg. Esta fué su primera obra, y fué significativa tanto por su claridad, como por el hecho de captar los puntos esenciales de donde dependía todo lo demás. Bossuet, dejando a un lado los aspectos sin relevancia de la obra de Ferri, y sin perder el tiempo en discusiones polémicas, no tuvo dificultad alguna en demostrar que la doctrina de la Iglesia Romana sobre la justificación no había cambiado desde 1543, y que, por tanto, era conforme a la tradición, exponiendo, de forma sucinta y razonada, la actitud de su Iglesia, con el fin de demostrar a los fieles protestantes que se abusaba de ellos con argumentos inadecuados.

"El catecismo de Ferri, indica Baumann, distaba mucho de ser una fortaleza inexpugnable. Deformaba el dogma católico, pretendiendo, por ejemplo, que la Iglesia da a Jesucristo, agregados en la Redención. A lo que Bossuet respondió en tono soberbio: "Nosotros confesamos y mostramos a la gloria de Nuestro Señor Jesucristo que una sola gota de su divina sangre, hasta una sola lágrima y un solo suspiro, bastan a redimir mil y mil mundos"... Ferri alegaba que los fieles, hasta 1543 eran ignorantes, no habiendo tenido la revelación de la verdadera Iglesia, y que la Iglesia Romana no era la que fué después.

Bossuet, "atacando -como decía Montaigne-, en el fuerte de la duda", lo arrincona en esta evidencia: si la Iglesia es de institución divina, no ha podido dejar de ser, y de ser visible. ¿Dónde estaba ella antes de 1543, sino en la unidad católica? Si no está más ahí es porque nunca lo estuvo, y es porque no hay verdadera Iglesia. Conclusión que no disgustaría a los neoprotestantes del siglo XX; pero que inquietó el dogmatismo ingenuo de Paul Ferri. En el fondo sentía como indefendible la paradoja de la Reforma: antes de nosotros no había nada más. ¿Cómo, pues Cristo habría desechado, casi en seguida de haberla fundado, su Iglesia? ¿Para reconducirla a la verdad habría esperado catorce o quince siglos? Según parece, Ferri anhelaba el retorno a la unidad, a condición de mantener doctrinas que le eran caras; él no habría desechado ni el catecismo de Trento, ni la eficacia intrínseca de los sacramentos, ni la Presencia real, ni la supremacía romana; en una palabra, gustoso volvería a ser católico, a condición de seguir siendo protestante" (44).

El día 20 de agosto de 1653 predicó Bossuet en Metz el panegírico de "San Bernardo" (45), que se convierte, en cierto modo, en una especie de documento autobiográfico, al que conviene relacionar, a nuestro juicio, con el sermón sobre "la Ley de Dios", pronunciado el mismo año; si en el primero, este sacerdote de veintiséis años nos indica cómo ha dominado los tumultos de su corazón, en el segundo, nos describe de qué manera ha trazado las líneas de su pensamiento. Describe con una pasión totalmente pascaliana las agitaciones del espíritu humano luchando de error en error, las agitaciones del corazón humano balanceándose de deseo en deseo; es preciso encontrar el camino que conduzca a la tranquilidad dentro del equilibrio. "Pero al fin, después de varias dudas, he aquí la reflexión que hago; estoy en una completa ignorancia. He estado expuesto en este mundo, sin saber lo que hay que hacer; y lo que puedo aprender está mezclado de tantas clases de errores, que mi alma estaría suspendida en una incertidumbre continua, si no tuviera más que sus propias luces; y a pesar de esta incertidumbre, me veo embarcado en un largo y

peligroso viaje". En esta situación, necesita un guía y una regla, encontrando ambas cosas en la ley de Dios. "Del mismo modo que la regla de los movimientos interiores es una justa y sana razón, la regla de la razón, es Dios mismo; y cuando la razón humana compone sus movimientos según la voluntad de su Dios, de ello proviene este orden admirable, este temperamento justo, esta mediocridad razonable que produce toda la belleza de nuestras almas" (46).

Bossuet, con veintiséis años, definió con una sencillez plena las directrices de su espíritu: medida, equilibrio, unidad; digamos razón para abarcar y terminar con la enumeración de sinónimos.

Antes de terminar con el período de la vida de Bossuet que estamos estudiando, no podemos dejar de hacer una breve referencia a otro de sus sermones que pertenece a esta época, predicado en Metz, según Lachat, en el año 1654 (47), y que Floquet, coincidiendo con Lachat, indica que se pronunció en la Catedral de Metz el 1 de Enero de 1654 (48). Nos referimos al sermón sobre la "Realeza de Jesucristo". Sermón poco conocido, pero importante a nuestro juicio, ya que, en su contenido podemos comenzar a apreciar el origen de la fe política de Bossuet y descubrir su naturaleza.

El sermón sobre la "Realeza de Jesucristo" no se pronuncia en el declive del reinado de Luis XIV, ni se pronuncia en el transcurso de las luchas civiles, sino en pleno auge de las calamidades e infidelidades que llevaban a los súbditos a la división. Hay que tener en cuenta, a este respecto, que el conde de Harcourt había prometido entregar al emperador, en diciembre de 1653, Brisach y Philipsbourg. "Pueblo de Metz, os elogiaré ser fiel a nuestro rey. Nunca os hemos visto entrar en las distintas facciones que se han formado contra su servicio. Vuestra obediencia no es dudosa, ni vuestra fidelidad se tambalea. Cuando hablábamos estos días pasados de esos cobardes que habían vendido

a los enemigos del Estado los lugares que el rey les había confiado, os hemos visto estremecer de indignación. Los llamábais traidores, indignos de ver el día, por haber traicionado de forma cobarde la confianza del príncipe y no haber tenido fe en su rey. Fieles a los reyes de la tierra, ¿por qué sólo traicionamos al rey de los reyes?... Figuraos, cristianos, que hoy, en medio de esta asamblea aparece un ángel de Dios que hace sonar lo que decía Elías a los Samaritanos: "Quousque claudicatis in duas partes. ¿Pueblos, hasta cuándo vacilaréis entre dos facciones? Si el Dios de Israel es el verdadero Dios, hay que adorarlo; si Baal es Dios, hay que adorarlo. Queridos hermanos, los predicadores son los ángeles del Dios de los ejércitos. Y yo os digo hoy a todos, y Dios quiera que me lo diga a mí mismo como es necesario: Quousque claudicatis ¿Hasta cuándo vacilaréis? Si Jesús es vuestro rey, devolvedle vuestra obediencia; si Satanás es vuestro rey, ponéos del lado de Satanás...". Y el sermón termina con esta bonita oración: "Hermanos, ¿no queréis que renueve hoy el juramento de fidelidad que todos debemos a nuestro gran rey? ¡Oh rey Jesús!, a quien pertenecemos con tan justo título, quien nos ha redimido por un precio de amor y caridad infinita, os reconozco por soberano. Es a vos sólo a quien me consagro. Vuestro amor será mi vida, vuestra ley será la ley de mi corazón. Cantaré vuestras alabanzas, nunca dejaré de implorar vuestra misericordia. Quiero seros fiel, quiero estar con vos sin reserva, os quiero consagrar todas mis atenciones, quiero vivir y morir a vuestro servicio" (49).

El modelo propuesto por Bossuet en este sermón es Jesucristo, uniendo en su persona la realeza y el sacerdocio, y para el que reclama una sumisión total. Se inspira, por otra parte, en dos sentimientos que se fortalecen entre sí y que llegan casi a confundirse: el súbdito fiel se compromete sobre el honor a servir a Dios, y el cristiano se compromete sobre el Evangelio a servir al rey. Por ello, decíamos al principio que en el contenido de este discurso podíamos comenzar a ver el origen de la fe política de Bossuet. Para él, la realeza y el sacerdocio



son las dos partes de la herencia de Jesucristo, dos potencias distintas, pero en virtud de su origen común, igualmente sagradas, igualmente necesarias para la salvación de los pueblos. Tanto la una como la otra estaban en peligro, y Bossuet tuvo que defender, junto con el derecho divino de los reyes, el derecho divino de la Iglesia y su autoridad soberana.

No podemos olvidar otro evento importante en la vida de Bossuet acaecido en este mismo año. Nos referimos a su nombramiento, el 27 de agosto de 1654, como gran archidiácono de Metz (50), función que desempeñará durante diez años aproximadamente.

Fué muy importante el trabajo realizado por Bossuet desde 1653 a 1659 en la casa de la Citadelle. Allí se formó y se trazaron las directrices de su pensamiento. De la obra escrita de esta época quedan pocos testimonios, tan sólo la "Refutación del Catecismo de Paul Ferri", y algunos de sus sermones. Su doctrina social, si se nos permite emplear este término, se estableció a través del ejemplo de Vicente de Paul y del estudio de la doctrina de los Padres: "Ninguno de nosotros puede vanagloriarse de haber sido mejor tratado por la naturaleza que los demás. Pero el insaciable deseo de acumular no ha permitido que esta fraternidad hermosa pūdiera durar en este mundo. Ha sido preciso llegar al reparto y a la propiedad que ha producido todas las querellas y todos los procesos; de ahí ha nacido la palabra lo mío y lo tuyo, esa palabra tan fría, como dice admirablemente San Juan Crisóstomo". Y el joven moralista no duda en extraer de esta doctrina una consecuencia audaz, advirtiéndolo a los ricos en relación con los pobres: "Guardaos de creer que hayan perdido totalmente el derecho natural que tienen de tomar en la masa común lo que les es necesario. No, no, ¡oh ricos del siglo!, no es únicamente por vosotros por quienes Dios hace lucir el sol" (51).

Ese "únicamente" podría inducirnos a encontrar una duda en

el teólogo. Pero tenemos que tener en cuenta que nos encontramos en 1652, y que, siete años más tarde, en el sermón sobre la "Eminente dignidad de los pobres", después de deplorar la gran desigualdad de condiciones que nos presenta por un lado la extrema opulencia, y de otro la extrema indigencia, Bossuet traspondrá su doctrina social al plano sobrenatural, representando a los pobres como una encarnación de Jesús crucificado, y ofrecerá, de este modo, ante el auditorio de personas acomodadas una situación, que sin dejar de ser social se convierte en un motivo sagrado. Podemos apreciar, por tanto, cómo Bossuet en este período de Metz, entre los veinticinco y los treinta y dos años, inserta en su vida las ideas y las máximas que ha adquirido a lo largo de su educación y preparación, contrapesándolas, limitándolas, efectuando concordancias entre las mismas y fundamentándolas en la razón y el equilibrio.

## II. - DESDE EL PERIODO DE METZ HASTA SU EPISCOPADO EN LA DIOCESIS DE CONDOM.

En 1659 Bossuet volvió a París. Oficialmente cumplió una misión temporal que le había confiado su cabildo. Pero, en realidad su regreso fué decidido y preparado por Vicente de Paul, por la Compañía del Santo Sacramento, por la Reina Madre, por el grupo de acción católica, del que había sido corresponsal en Metz, y que, ahora, contaba con él para una empresa decisiva.

El momento era crucial. Después de los disturbios de la Fronda, Francia volvía a la calma y al orden; después de una guerra que duraba, bajo formas violentas o larvadas, varios años, Francia conocía la paz. La prohibición del uso de las armas así lo hacía presentir. Una especie de alegría popular daba a las calles de París un aire de fiesta. Un joven rey, del que se esperaba un fuerte espíritu de mando y del que se presumía una precoz sabiduría, llegaba a la mayoría de edad y se hacía cargo del poder. Todas las fuerzas de la nación se alegraban y se

adelantaban a ponerse a su servicio. Luis de Borbón, vencedor de Rocroi, reconociendo sus errores, imploraba su gracia y perdón, y el pueblo francés se alegraba de poder contar de nuevo con este capitán, todavía joven para defender el país.

La Reina Madre, gracias a la acción religiosa que ella misma había propugnado, no dejaba de ignorar que la reforma católica se imponía como un hecho evidente. No obstante, los libertinos todavía se dejaban oír, y los cristianos relajados defendían sus conquistas. Molière alzaba su voz, convirtiéndose en el principal adversario que encontró Bossuet a su regreso a París.

Bossuet, gracias a la costumbre que tenía de simplificar la realidad, comprendió claramente las magníficas posibilidades que se le ofrecían y decidió sin titubeos la labor que era precisa en aquel momento. Por ello, al proclamarse definitivamente la paz el día 15 de febrero de 1660, abriendo la cuadragésima estación de los Mínimos con su discurso sobre los "Demonios", significó su alegría patriótica con gran exuberancia: "Así, así, pueblos, regocijaos; y si queda algún resto de maldad pasada, que caiga hoy delante de estos altares, y que se celebre en alto grado a este sabio ministro, que se nos muestra dando la paz, siendo su interés el bien del Estado y su gloria el reposo de los pueblos (Bossuet se refiere sin lugar a dudas a Mazarino). Yo no persigo ningún favor; no hago causa propia en la cátedra ¡Dios no lo quiera! Soy francés y cristiano; siento, siento la felicidad pública; y descargo mi corazón ante Dios en ocasión de esta paz venturosa que no lo es menos de la Iglesia que del Estado... Corresponde a los predicadores del Más Alto Rango hacer sonar las trompetas delante del pueblo y gritar los primeros: ¡Viva el rey Salomón. Viva el Rey! ¡Viva el Rey! ¡Viva Salomón el Pacífico! ¡Que el respeto y el amor concurren juntos, la fidelidad de sus pueblos sea inviolable, inquebrantable, y, en fin, para mantener largo tiempo la paz sobre la tierra, que haga reinar la justicia, que haga reinar a las leyes, que haga reinar a Jesucristo!" (52).

"Francés y cristiano" es el orden jerárquico que atribuye a sus sentimientos. Francés en primer término, ya que por naturaleza lo es antes de ser cristiano, porque la "felicidad pública" es el fundamento de su elevación para "descargar ante Dios su corazón".

Bossuet sentía una gran predisposición hacia la monarquía. Y no era ésta una simple adhesión por tradición, una fidelidad mística a las flores de lis; quería un rey capaz de asegurar a su pueblo la concordia y el reposo, y de acrecentar así el bien de la cristiandad.

"Muchas y trágicas impresiones le quedaban, indica Baumann, de los tiempos de guerra o de anarquía: su padre y su abuelo, evocando los horrores de las luchas civiles, los beneficios de Enrique IV y el "duelo universal" que motivara su muerte; luego, en 1636, en Dijon, Galas y sus treinta mil hombres poniendo a saqueo y rescate a la población; la toma de Corbie, el pánico ante la invasión; más tarde, en plena Fronda, el terror en París asediada y hambrienta; en Borgoña, los magistrados del Parlamento amenazados de pillaje; en Seurre, los facciosos incendiando las casas, asesinando a los notables -aunque Luis XIV, que apenas contaba catorce años, se había mostrado sobre los muros de la ciudad: la guarnición lo había aclamado-; en seguida, en Lorena, franceses luchando contra franceses, gobernadores entregando plazas fuertes a España o al Emperador; campos devastados y pueblo hambriento" (53).

El momento era grave. Ya hemos indicado el fervor con el que fué acogido el joven rey que traía la paz. Pero se le amaba singularmente por las esperanzas que concurrían en su persona. Se esperaba del joven rey que acabara con los opresores, que aliviara el conjunto de los impuestos, que ordenase silencio a los libertinos y que diera ejemplo de todas las virtudes. Se esperaba, en suma, el advenimiento de un santo. Y en principio, no decepcionó estas esperanzas. Mandó con nitidez, emprendió una

dura acción contra los explotadores de finanzas y parecía que se iba a convertir en el esperado padre del pueblo. Las cosechas del año 1661 se vieron comprometidas por el mal tiempo, el invierno fué muy crudo. El pan faltó varias veces en París, donde los mendigos acudían de todas partes. Se moría de hambre y de frío en las calles. El Rey, conmovido, hizo comprar trigo en el extranjero y transformó el Louvre en depósito de viveres. Pero muy pronto estas buenas predisposiciones se disiparon: comenzó a despilfarrar en festejos brillantes, en los que en una noche se gastaba el importe de la comida de los pobres correspondiente a varios meses; preparó un carrusel fastuoso e inútil; y comenzó la ruinosa transformación de Versalles. Sus costumbres preocupaban incluso más, ya que, después de la temporada que pasó la Corte en Fontainebleau, su aventura con Luisa de la Vallière adquiría una pública notoriedad. Por todo esto, el pueblo temía que retornase la época de las amantes reales, y que el vicio alentado por este ejemplo se instalase de nuevo en la Corte. Derroche de fondos públicos, costumbres libertinas; ¿era ésta la dirección que tomaba el nuevo reino?

La Reina Madre y su partido contaba con la palabra de Bossuet para reaccionar frente a esta situación.

Bossuet está preparado para ello. A su llegada a París, se alojó en el decanato de Santo Tomás del Louvre, una especie de comunidad de padres fervorosos, en contacto directo con Vicente de Paul, con la Compañía del Santo Sacramento y las damas de la caridad de las que se servía la Reina para realizar sus obras. Hacía notar con ésto que nunca sería un abad mundano. Encontramos en esta época a Bossuet en su mesa de trabajo; en la Facultad de Teología de la Sorbona, donde preside voluntariamente las tesis y se complace argumentando en latín; en la cátedra, donde predica con frecuencia. Dirige en San Lázaro los ejercicios de los ordenantes, sostiene con su palabra las iniciativas de Vicente de Paul; en 1660, predica la Cuaresma en los Mínimos de la Plaza Real, en 1661, predica la Cuaresma en los Carmelitas y, entre una

y otra, predica numerosos sermones para las fiestas de la Virgen, panegíricos de santos, y tomas de hábitos (54).

Es necesario remarcar la juventud ardorosa de Bossuet en torno a la predicación de esta época. Gracias a sus dotes de orador, Bossuet queda clasificado en su medio, y no sólo se le distingue del conjunto de predicadores por la autoridad de su palabra, sino que se cuenta con él para cualquier campaña difícil. Por este motivo, fué elegido en 1662, gracias a la influencia de la Reina Madre, para predicar la Cuaresma en la Corte.

Bossuet tiene treinta y cinco años, y no ha conocido hasta el momento ningún fracaso importante. Tiene plena confianza en la razón y en las verdades que anuncia, aunque no desconoce las dificultades que van a surgir: un joven rey de veintitrés años, ebrio de poder y de pasiones, una corte joven que le alienta a no fijar límites a sus deseos. Y advierte que sus peores enemigos no son los impíos: el rey detesta a los libertinos cuyas irreverencias vulgares turban el orden del reino. Pero, además de los libertinos y de los devotos, se encuentra el grupo de los cristianos mundanos, creyentes de buena fé, que se han conducido separando la religión y la vida. La religión es para ellos una tradición, un adorno, no tiene sitio ni influencia en sus vidas, que se rigen por una moral complaciente y por conveniencias mundanas. El rey es el prototipo de estos cristianos mundanos: pretende, como rey muy cristiano que es, dar ejemplo de fidelidad a la Iglesia, proteger la religión, celebrar Pascuas devóticamente, y, al mismo tiempo, emplear libremente para sus caprichos las riquezas del pueblo, conservando como favorita a la Vallière públicamente.

Será contra esta caricatura del Cristianismo contra la que Bossuet se levantará, decidiendo, en suma, la orientación del reino.

Como decíamos anteriormente, Bossuet fué elegido en 1662 para predicar la Cuaresma en la Corte. Por este motivo, pronunció varios sermones en el Louvre durante el período comprendido entre el 26 de febrero y el 9 de abril del mismo año. Pero, ya desde el primero de los sermones, sobre la "Predicación evangélica", el 26 de febrero, estableció, de acuerdo con las directrices que se había fijado, el punto de partida. Bossuet, dejando a un lado a los libertinos, se dirige a ese otro grupo de personas que se ha dejado ganar por "ese contagio que se respira con el aire del mundo en sus conversaciones y costumbres". Atacará a la sociedad que da a las artes "más inocentes un tinte de vicio". Se advierte en este Sermón el plan que Bossuet adoptará a lo largo de la Cuaresma. Se puede apreciar la forma en que ataca a los cristianos mundanos en el orgullo, en su desprecio hacia los pobres, en el deterioro de sus costumbres.

Es precisamente por esta línea por donde aborda al Rey. Como si quisiera, desde el primer día, fijar su objetivo sobre su persona. Se lanza a un ataque directo y brusco, hablando de los pecadores que no quieren reconocer su pecado, diciendo que están cegados como David, y que es preciso enviarlos a Nathan. "Nathan le habla, conversa con él, y él oye tan poco de lo que debe oír, que es preciso decirle: ¡Oh príncipe!, ¡es a vos a quien se os habla!". Hay que tener en cuenta que Bossuet predicaba en la capilla del Louvre, Nuestra Señora de la Paz, inaugurada dos años antes, y que se caracterizaba por ser una capilla de no muy grandes dimensiones, en la que la palabra del orador llegaba directamente a su audiencia, situada de forma muy próxima. Por este motivo, no dudamos de que los cortesanos se sorprendieran ante tal audacia, en la que Bossuet, al final del sermón, pidió a Dios que le diera "palabras sabias", prudencia y "circunspección": "¡Oh Dios!, véis en qué lugar hablo y vos sabéis lo que hay que decir en él".

El sermón del 5 de marzo, sobre "El mal rico", no se ajustó en nada a aquellos límites de prudencia y circunspección que

Bossuet postulaba el 26 de febrero. No nos parece un sermón, se asemeja, más bien, a una actitud, a uno de los actos más dignos y gloriosos, a nuestro juicio, en la vida de Bossuet. "Entre los gritos furiosos de estas pobres impúdicas e insaciables (las pasiones), ¿es posible que oigáis la voz languidecente de los pobres que tiemblan ante vosotros? ¿Por eso mueren de hambre? Si, señores, mueren de hambre, en vuestras tierras, en vuestros castillos, en las ciudades, en los campos, a la puerta y en los alrededores de vuestras casas... En las provincias lejanas, e incluso en esta ciudad, entre tantos placeres y excesos, una infinidad de familias mueren de hambre y desesperación: verdad constante, pública, segura... Que no se pregunte nadie hasta dónde llega la obligación de asistir a los pobres: al hambre ha zanjado la duda, la desesperación ha terminado con la cuestión, y nosotros estamos obligados a seguir las enseñanzas de los Padres y de los teólogos, ya que si no asistimos al prójimo según nuestros medios, somos culpables de su muerte, daremos cuenta a Dios de su sangre, de su alma, de todos los excesos a los que la furia del hambre y la desesperación les precipite. Es todo lo que se puede decir a Vuestra Majestad. El resto hay que decirlo a Dios..." (55).

A Luis XIV no le gustaba que le recordasen públicamente que los pobres morían a las puertas del Louvre, ni que se le amenazase con una nueva Fronda, la Fronda de los hambrientos. Por esto, la Corte se preguntaba cómo soportaba las audacias del canónigo de Metz. Pero, incidentes dramáticos dieron un nuevo giro al momento que nos ocupa. Luisa de la Vallière, inquieta y preocupada por callados remordimientos, turbada por las predicaciones de Bossuet, huyó de la Corte y se refugió en el convento de Chaillot. Luis XIV la trajo de nuevo a la Corte, y, posteriormente, se encontró a la Reina conmovida por una supuesta carta del Rey de España en la que denunciaba a su hermana, María Teresa, las fantasías extraconyugales del Rey. Es posible que la carta procediera del entorno de la propia Reina, e incluso de ella misma, que no soportaba el triunfo de Luisa de la Vallière.



No obstante, Luis XIV acusó de esta situación al partido de los devotos, a su madre, a la duquesa de Navailles, a Lamoignon; apercibió un complot para limitar su autoridad e imponerle una especie de tutela moral. Manifestó violentamente su cólera y su voluntad de ser rey absoluto, tanto en su vida privada, como en el gobierno del Estado, y se ausentó deliberadamente de las predicaciones de la Cuaresma. Bossuet, pese a que contaba con su presencia a la hora de pronunciar el sermón sobre "La muerte", como se deduce de la interpelación que se contiene en el mismo, no se dejó desconcertar por estos acontecimientos.

Ante la ausencia del Rey, Bossuet tuvo que cambiar de método con el fin de concluir con aquella empresa que parecía perdida. Sabe que Francia necesita una autoridad incuestionable. Por prudencia, por patriotismo, se inclina ante el hecho, y traslada a otro plano distinto las lecciones que pretende dar al Rey. Por ello, en el sermón del Domingo de Ramos, "Sobre los Deberes de los Reyes", ya no encuadrará al Rey en el tribunal de la moral común, lo sitúa en otro lugar, lo sitúa en un lugar superior al resto de los hombres, a los que no deberá rendir cuentas, pero lo somete, con tanto o más rigor, al juicio de Dios, de quien depende directamente. En lo sucesivo será así como tratará a Luis XIV.

Sería conveniente precisar, que el cambio en la actitud de Bossuet ante el Rey no significa, en modo alguno, renuncia al apostolado, como veremos a continuación, sino que esperará ocasiones más propicias para llevar a cabo la línea que se había fijado. Lo que sí que podemos observar, es que a partir de la Cuaresma del Louvre, la orientación moral del reino había quedado fijada.

Bossuet fué felicitado por su Cuaresma en la Corte, pero había sido indiscreto y tardarían en llamarlo de nuevo.

Pese a haber fracasado, en cierto modo, en su empresa

apostólica, su elocuencia había quedado patente. De 1662 a 1669, fecha en que fué nombrado obispo de la diócesis de Condom, sería erróneo considerarlo como un predicador profesional. Sigue siendo un canónigo de Metz con una misión en París, en donde se hace cargo de ciertos asuntos por razón de su ministerio. Por consiguiente, aunque permanezca en París por motivos de trabajo, reside en Metz, donde retorna cuando puede, pasando en Metz, o al menos fuera de París, la mitad de su tiempo.

La confianza unánime del Cabildo le lleva a la dignidad de gran Decano, cargo para el que es elegido el 10 de septiembre de 1664, en Metz, (56), y el día de su toma de posesión, tiene la dicha de ver cómo su padre, integrado en la Iglesia, es nombrado gran Archidiácono, cargo que, a su vez, Bossuet deja vacante.

Este Cabildo, tan diferente para él, le ocasiona otra serie de deberes. Existe una especie de libertad episcopal representada por el duque de Verneuil, que se ha emancipado de sus reglamentos y de la disciplina eclesiástica, oponiendo a Bossuet una tenaz resistencia.

Metz poseía una abadía de Benedictinos, Sainte-Glossinde, donde no podía ser admitido ningún monje que no probara, con testigos, sus títulos de nobleza.

Una abadesa, Luisa de Foix de Candale, consentía en Sainte-Glossinde los más increíbles desórdenes. Dispensaba del ayuno y de la abstinencia a las religiosas, a condición de que una sola, por turno, ayunara, y era conocida su participación en diferentes actos sociales.

Bossuet y el canónigo Juan Royer fueron nombrados comisarios apostólicos al objeto de informar sobre tales escándalos.

Después de una extensa investigación, decidieron que en Sainte-Glossinde habría de establecerse una nueva comunidad,

según la observancia reformada de la regla de San Benito, y que no se tendría en cuenta más a la nobleza; la abadía debía abrirse para todas las personas que sintieran vocación y reunieran las demás cualidades requeridas.

La abadesa protestó contra esta decisión ante la Santa Sede; la nobleza lorenesa apoyó su causa, y pronto comenzaron a circular libelos en contra de Bossuet. La abadesa prolongó dieciséis años su defensa, hasta que fué expulsada del convento; fué transferida a Ligny, al monasterio de las Ursulinas del que no debía salir jamás.

Cuando Bossuet fué designado obispo de Condom, se encontró con el hecho de que su predecesor, en lucha con las clarisas, había lanzado la interdicción sobre el convento de Nérac, habiendo llegado hasta la excomunión de la Superiora. Esta, recurrió ante el Parlamento de Burdeos considerando abusiva la medida. El obispo elevó su queja al rey, y éste dispuso que el convento fuera sometido al obispo.

El clero de Gascuña tenía necesidad de ser reformado: los curas rurales pasaban por ser ignorantes y perezosos, poco rígidos en su conducta; dejaban caer en ruínas sus iglesias, no hacían catecismos ni instrucciones, no pagaban a sus vicarios, decían sin motivo dos misas por día, con el fin de aumentar sus ingresos.

Bossuet elaboró estatutos conforme a la tradición, ganándose las furias del capítulo, y sólo se llegó a una relativa calma cuando Bossuet renunció, en parte, a sus propuestas.

Del mismo modo, en Meaux, siguió en la dirección espiritual, los principios de unidad que Luis XIV aplicaba a los asuntos del reino, como veremos en el cuarto epígrafe de este capítulo. En todas partes suprimió las exenciones a los conventos, y los sometió a la jurisdicción ordinaria.

Es difícil imaginar el tiempo, el ingenio, el ánimo y la perseverancia que hacía falta emplear en estos asuntos. No cabe duda de que Bossuet se adaptaba a toda esta serie de formalidades agotadoras por necesidad, ya que, como había demostrado, su mayor preocupación, y en donde empleaba toda su paciencia con mucho más tesón, era en las conferencias con los protestantes.

Estas conferencias, que habían comenzado en Metz, no podían, por mucho tiempo, quedar reducidas al marco provinciano. Se transformaron en un tema nacional y universal; fueron, lo que podríamos denominar la gran tarea de Bossuet, la que levantó en él más esperanzas y la que le proporcionó las mayores alegrías y amarguras. Desde sus primeros contactos con el ministro Ferri sintió que la época de las controversias había terminado, y que la única forma de conseguir la conciliación era a través de la unión. Su espíritu, apasionado por la unidad, soñó con la unión de las confesiones protestantes a la Iglesia Romana. Luis XIV, que pretendía conseguir la unidad del reino, quería proceder a la conversión de los protestantes por la vía de la persuasión, y Bossuet, no tuvo inconveniente alguno en formar parte del consejo político constituido al efecto, sirviendo, de este modo, a los intereses temporales del rey, y a los intereses espirituales de la Iglesia.

-

Sus conversaciones con Ferri, situaron a ambos en un plano de estima, de confianza y de amistad, como se desprende del contenido de una carta que recoge Baumann: "Al tiempo de preguntaros por vuestra salud, os ruego me indiquéis qué día podremos conferenciar juntos. Por mi parte, puede ser desde hoy mismo, pero, de todos modos, me parece bien el día que tengáis tiempo disponible. Yo iré a vuestra casa, y sólo os pido que nos halleemos solos y con entera libertad. Cuidad vuestra salud, y creed en mi absoluta adhesión" (57).

Bossuet, después de cada entrevista, hacía un resumen de la conversación para que Ferri pudiera leerlo. Bossuet lo llevó casi

a reconocer que los dogmas de la Iglesia Católica, sobre los cuales versaban las disputas, dejaban intactos los fundamentos de la salvación, y a medida que se prolongaban las conversaciones las divergencias disminuyeron hasta el punto de llegar a pensarse en una unión próxima. No obstante, los protestantes consideraban que Ferri se dejaba seducir, y los católicos que se le hacían muchas concesiones. Ferri, ante las múltiples cartas anónimas que paralizaban su buena voluntad, renunció a las conferencias, y antes de morir en 1669, escribiendo sus últimas disposiciones, recomendaba el manuscrito de su respuesta a Bossuet, "Réplica a la Refutación del Catecismo", y pedía que su cuerpo "descansase en el cementerio de los de aquella religión que siempre y hasta la muerte había profesado".

A pesar de todo, no se puede pensar que Bossuet hubiere perdido el tiempo con Ferri. De sus disputas dedujo que la obstinación de los calvinistas tenía por causa fundamental, la ignorancia de la verdad. Por lo tanto, debía hacérsela conocer por escritos y no sóloamente por coloquios.

Ese fué el origen de la "Exposición de la doctrina de la Iglesia Católica, sobre las materias de controversia", el más importante de sus libros si se consideran los efectos que produjo. Fué traducido al italiano, al alemán, al inglés y al flamenco.

De hecho, la "Exposición" destaca en absoluta limpidez la creencia de la Iglesia sobre los puntos donde "esos señores de la religión sedicente reformada" la desfiguraban. Bossuet justifica los dogmas, en nombre de la tradición, partiendo de los datos de la fe que los calvinistas admitían como los católicos. Pero expone, no demuestra.

Para los protestantes también, pocos años después, compuso su "Tratado de la comunión bajo las dos especies". Los protestantes objetaban que "el cáliz" constituía un obstáculo

para la reunión de las Iglesias. Bossuet reaccionó en su libro contra la falsa importancia que se le atribuía a aquella argumentación.

Los libros de Bossuet operaron conversiones entre los judíos, como la de Rafael Levy; entre los anglicanos, como la de Milord Drummond, Conde de Perth. Su método lograba aclarar las ideas, exponer la verdad y no contrariar las opiniones. Tuvo relaciones con el anatomista danés Nicolo Stenon, que años después, en Florencia, abjuró de la fe luterana. Un sobrino de Stenon, Winslow, también luterano, en octubre de 1699 abjuró en la capilla de Meaux, y tomó el nombre de Benigno.

Fué así como instruyó a los dos hermanos Dangeau, el marqués y su hermano, y a su hijo, el futuro abad de Dangeau. Turenne y su sobrino, el conde de Lorge, tardaron más en convertirse, quisieron grandes explicaciones y valorarlo todo.

Bossuet no se ocupó sólo de separar a Turenne del calvinismo, aunque sus entrevistas influyeron gravemente sobre su determinación. Su sobrina, la señora de Duras, vaciló hasta 1678. Se decidió cuando hubo asistido, en casa de la condesa de Roye, a la conferencia de Bossuet con Claudio, presidente del Consistorio de Charenton.

Las abjuraciones, singularmente la de Turenne en 1668, fueron un acontecimiento religioso y, además, un acontecimiento político. Las abjuraciones de los gentiles representaban para Luis XIV un triunfo personal, así como la consagración de sus puntos de vista nacionales. Por ello, concibió un gran respeto por Bossuet y constató la valía de aquel doctor que ejercía su magisterio sobre las almas.

Doctor es, podríamos decir, la situación social de Bossuet. Es doctor de la Sorbona y, a su vez, voluntario en la Facultad de Teología, donde preside las tesis, lo que le obliga a lecturas,

dicusiones e informes. Examina libros y califica duramente aquellos que le parecen peligrosos, como fué el caso de un "Opusculum" anónimo que intentaba rehabilitar la moral relajada de los casuistas, según indica Calvet (58). Además, es reconocido como gran maestro de Navarra, por esto, cuando el arzobispo de París, Péréfixe, reunió el sínodo diocesano, el 17 de junio de 1665 (59), que se auguraba tormentoso, solicitó a Bossuet que lo pacificase pronunciando el discurso inaugural. El problema jansenista le inquietaba y apeló a Bossuet (60).

¡Bossuet y el jansenismo! Se ha discutido hasta la saciedad su identificación con el jansenismo (61), siendo muchos los autores, incluso durante su vida, los que lo vincularon con esta doctrina. Sin embargo, habría que matizar mucho sobre esta cuestión. Vamos a intentar aproximarnos a la postura adoptada por Bossuet lo más fielmente posible.

En 1662, en su oración fúnebre del Padre Bourgoing, superior general del Oratorio, y en 1663, en la oración fúnebre de Nicolás Cornet, se manifiesta claramente sobre la cuestión. Es más, lo declara públicamente al jesuíta La Chaise, confesor del rey: "Es sabido que no soy jansenista", como se hace eco de ello Voltaire en su libro "El siglo de Luis XIV" (62). Respecto al problema doctrinal, Bossuet no duda, condena la doctrina de Jansenio (63) y las argucias de los jansenistas, como condena, a su vez, la moral relajada de los casuistas, contra la que los jansenistas se levantaron. Roger Labrousse, en relación con la cuestión que nos ocupa, indica lo siguiente: "En 1663, al pronunciar la oración fúnebre de Nicolás Cornet, que había sido su regente en el colegio de Navarra, el abate Bossuet trató de colocarse en un justo medio entre lo que él llamaba los "excesos" tanto de los jansenistas como de los jesuítas. No sólo rechazó vigorosamente la indulgencia de los casuistas, sino que condenó también la tendencia de aquellos "que encuentran en todas partes crímenes nuevos y agobian a la debilidad humana reforzando el yugo que Dios nos impone"; pues ¿quién no apercibe que este rigor hincha

la presunción, alimenta el desdén, entretiene un descontento orgulloso y un espíritu de fastuosa singularidad, haciendo que la virtud parezca demasiado pesada, el Evangelio excesivo, el cristianismo imposible?". Por lo cual, "es preciso caminar por el medio" (64).

"No es cierto sin embargo, como se ha afirmado, indica Calvet, que Bossuet fuera con Péréfixe a Port-Royal a sugerir a las religiosas que firmaran el formulario" (65). No se ocupó de esta cuestión más que con la Madre Agnés y con su sobrina, la Madre Angélica de Santa Teresa, deportadas ambas al monasterio de la Visitación. Sus habilidades fracasaron con la primera, si bien, su sobrina sí se dejó persuadir y firmó el indicado formulario (66).

No nos cabe la menor duda de que Bossuet utilizaría todas sus facultades para mantenerse al margen de aquella querrela agotadora, por este motivo, el hecho de sobrevenir la paz de la Iglesia en 1669, supuso para él una gran alegría.

No nos olvidemos de la predicación de Bossuet durante este período que discurre entre 1662 y 1669, y que pone fin a su carrera de predicador en París. Predicó Panegíricos, Sermones de circunstancia, Sermones de investidura y de profesión religiosa, ejercicios de ordenantes en San Lázaro durante el año 1663 y en 1669, conferencias familiares a las damas en el locutorio de las Carmelitas y en el Hotel Longueville en 1668. Pero se prodiga poco en ocasiones solemnes: 1665, Adviento en el Louvre; 1666, Cuaresma de Saint Germain; 1668, Adviento de Saint-Thomas del Louvre; 1669, Adviento de Saint-Germain.

Bossuet era consciente de que en 1662 no pudo conseguir las metas que se había fijado, por ello, sin renunciar nunca a sus fines, intenta emplear otro método y otro tono, adaptándose a la predicación en su forma clásica, excluyendo alusiones demasiado directas y vivas, observaciones fuera de medida, fuera de los



límites de las conveniencias sociales, penetrando en las almas a través de la justicia y de la verdad. El partido de los mundanos se acrecentaba, a pesar de la resistencia del de los devotos y de la Reina Madre; la gran querrela, la querrela decisiva, en la que se trataba de definir el papel y lugar de la religión en la vida del mundo, llegaba a su punto más difícil con el "Tartufo", "Don Juan", y el "Misántropo" de Molière.

Bossuet, en 1665, en el Adviento del Louvre establece su nuevo método, que empleará a fondo en la Cuaresma de 1666. Desde el primer domingo de Adviento se pudo apreciar que su ímpetu no había desaparecido y que se amoldaba a una disciplina más clásica. Hizo soplar sobre la Corte un viento de juicio final, respondiendo a la acusación de hipocresía lanzada por los mundanos contra los devotos, y, dirigiéndose a ellos les dijo: "Ante la cruda luz del juicio final, ¿cómo apareceréis? Hipócritas del mundo, abusadores públicos, venid que se os quite la máscara y se os despoje de ese fardo, no obstante, es preferible dejarlo sobre vosotros con el fin de que parezcáis doblemente horribles, del mismo modo que una mujer fardada es más fea, en la que no se sabe qué disgusta más, si su fardo o su fealdad". Con los hipócritas que engañan al mundo y llegan a veces a engañarse ellos mismos, serán confundidos los insolentes que se vanaglorian de sus crímenes; aunque estén situados en la cima, sean reyes o príncipes, serán librados a la mofa del universo. "Lo vemos todos los días en el mundo, esos pecadores soberbios que, con la faz y la frente de una mujer desenfrenada, osan, ya no digo excusar, sino sostener sus crímenes. Ya no encuentran bastante placer en sus intemperancias, sino que se vanaglorian públicamente. Anuncian sus pecados como Sodoma... y ponen una parte de su grandeza en su libertinaje desenfrenado. Me vienen a la memoria estas bellas palabras de Tácito que, hablando de los excesos de Domiciano después de la llegada de su padre al imperio, dijo que sin mezclarse en los asuntos públicos, empezó a comportarse como hijo de príncipe por sus adulterios y por sus bacanales, nihil quidquam publici muneris attigerat, sed stupris

et adulteriis filium principis agebat". A estos pecadores insolentes, Dios los espera el día del juicio final." ¡Cuántos bajarán de sus pedestales! ¡Cuántos buscarán sus antiguos títulos, añorando su grandeza perdida! ¡Haga el Dios que yo adoro, que tantos grandes que me escuchan no pierdan su rango en ese día! ¡Que este augusto monarca no vea caer su corona; que esté al lado de San Luis que le tiende la mano y le enseña su puesto! ¡Oh Dios, que este sitio no esté vacante!" (67).

El segundo domingo, Bossuet se dirige de nuevo contra los libertinos, contra los libertinos de conducta, contra los indiferentes que han postergado la religión. Frente a la caricatura de la religión que han inventado, Bossuet invoca las exigencias de la moral cristiana, tan razonable y tan bella, que "aquel que contradice estas santas leyes se considera enemigo del género humano".

El tercer domingo, debía hablar sobre el honor del mundo, ese falso honor del que los grandes hacen una religión; no subió a la cátedra ese día, porque acompañó en sus últimos momentos a Gaston de Foix que moría de viruela. El último domingo fué consagrado a la necesidad de la penitencia. Este sermón, muy general en sus términos, termina bruscamente con el análisis preciso de una conciencia que, no por casualidad, toma el sitio habitual de la alocución al rey: "Es preciso algo nuevo para conmoveros. Habéis franqueado altivamente las más potentes consideraciones. Esta primera ternura de una conciencia inocente, ¡oh!, ¡de qué forma la habéis endurecido! La penitencia, la comunión, habéis aprendido a profanarla: eso ya no os emociona. Los terribles juicios de Dios que tenían en otro tiempo tanta fuerza para conmoveros y el respeto que le teníais a este trueno, los habéis disipado como un vano temor y os habéis acostumbrado a dormir tranquilo en medio de ese fragor" (68).

Por los sermones de Adviento, Bossuet vuelve a contactar con su auditorio de 1662 y, por este motivo, prepara con esmero la

Cuaresma que debe predicar en 1666. Un acontecimiento importante se produce en el intervalo, la muerte de la Reina Madre. La Corte de luto abandona París y se instala en Saint-Germain, y es allí donde se espera al predicador. Bossuet no debe ignorar hacerlo con disposiciones nuevas. La muerte de la Reina Madre ha disipado las barreras morales que retenían a la joven Corte; la gran fiesta comienza, los placeres van a desbordarse. El carnaval de 1666, a pesar del luto oficial, es el más desenfrenado que se ha visto jamás, y, para escándalo de los devotos, se prolonga durante la Cuaresma y la Semana Santa. Por un capricho, el Rey se traslada de Saint-Germain a Versalles, la ciudad de los placeres; la Corte le sigue; ésta, faltará al sermón, a no ser que el predicador consienta en hacerse oír en Versalles. En sus palabras se advierte cierta amargura. Ha renunciado a las alusiones demasiado directas, pero su predicación, más general, llegará a lo más alto y a lo más profundo de las almas. Hay tal serenidad en el vigor empleado por Bossuet, así como un relativo abandono de toda preocupación personal, que hacen situar a la Cuaresma de Saint-Germain por encima de la del Louvre.

De los sermones que se conservan de esta estación, hay tres que interesan principalmente en la biografía de Bossuet: el sermón sobre el "Honor", pronunciado el 24 de marzo; el sermón sobre el "Hijo Pródigo", pronunciado el 31 de marzo; y el sermón sobre la "Justicia", pronunciado el 18 de abril.

En el sermón sobre el "Honor", critica la vanidad de las gentes de la Corte que, no pudiendo conseguir la grandeza la falsifican. Saquea a los ídolos que se han fabricado, llegando a desafiar incluso sus vicios, llegando hasta desafiarse a ellos mismos. Critica el orgullo de los Faraones que se imaginan que se han creado a ellos mismos. "Aquel que se persuade que es por causa de su industria por lo que se ha establecido y no reflexiona sobre la Providencia divina que lo ha conducido de la mano, no dice como el Faraón... todo este gran dominio es mío, soy el artesano de mi fortuna, y me he hecho a mí mismo. Quien

quiera que se imagine que puede acabar sus negocios por medio de su brazo y por su cabeza, sin remontarse al principio de todas las cosas, se cree a sí mismo un Dios en el fondo de su corazón... Desgracia a aquel que, haciendo recuento de todas las cosas necesarias para llevar a cabo sus empresas, no cuenta ante todo con el socorro de Dios y no le da toda la gloria" (69).

El sermón sobre el "Hijo Pródigo" es un sermón breve y conciso. El Rey no escatimaba ningún placer y la Corte le imitaba. Bossuet, les propone en la aventura del "Hijo Pródigo" un fiel retablo de la vida humana. Sois de aquellos, les dice en suma, que dicen desconocer que la religión viene a solucionar sus vidas privadas y a atrincherar sus placeres. Pero los placeres son vuestros peores enemigos; arruinan las casas y las gentes, matan los cuerpos con las enfermedades nuevas que traen, matan las almas separándolas de Dios. Una vez que la razón queda aprisionada por ese vino humeante, se pierde y no puede volver a Dios, errando de objeto en objeto. La vida de los sentidos es "un movimiento alternativo del apetito al disgusto y del disgusto al apetito, el alma siempre flotando incierta entre el ardor que se enciende y el ardor que se apacigua. Es así como se llega a la servidumbre, por la alianza entre el hábito y el placer. Se llega a ser esclavo del placer, incluso del placer que nos huye y que ya no nos quiere. ¡Ah! desgraciados, que estáis adormecidos sobre el borde del precipicio".

Después de penetrar de esta forma en los últimos rincones del alma, Bossuet invita a la Corte a encontrar la paz a través de la reconciliación con Dios. Vivís aquí, indica, en un gozo aparente, pero en el fondo estáis inquietos por los favores que se os negarán mañana. Os arregláis asilos para la hora de la desgracia, pero esos asilos están en manos de la fortuna. Nada es sólido aquí, no tenéis ninguna excepción ni privilegio contra las miserias comunes, y seríamos demasiado incautos en la historia de la humanidad si necesitásemos que se nos probase esta verdad.

El sermón sobre la "Justicia" es mucho más que una mera acción oratoria, es un verdadero programa de gobierno. Luis XIV había decidido realizar una reforma en la justicia, ocasión que fué aprovechada por Bossuet para pronunciar ante el Rey, sus ministros y consejeros una auténtica lección de ciencia política: "Cuando nombro la justicia, nombro a la vez el lazo sagrado que mantiene la unión de la sociedad humana, el freno necesario de la licencia, el fundamento único de la paz, la equitativa moderación de la autoridad y el sostén saludable de la disciplina. Cuando reina la justicia, se encuentran la fe en los tratados, la seguridad en el comercio, la claridad en los negocios, el orden en la administración; en la tierra reina la tranquilidad, y el mismo cielo, por decirlo así, brilla sobre nosotros más benignamente y nos inspira mejores ideas. La justicia es la virtud principal, y el común ornamento de los hombres de gobierno y de los particulares: manda en los unos y obedece en los otros; encierra a cada uno en sus límites y opone una barrera infranqueable a las violencias y a las usurpaciones... Más si la justicia es la reina de las virtudes morales, no debe aparecer sola: la veréis acompañada en su trono y servida por las tres excelentes virtudes que podemos llamar sus ministros principales, la constancia, la prudencia y la bondad... La justicia debe sujetarse a leyes; de otro modo, su conducta sería irregular; ha de saber distinguir lo falso de lo verdadero en los hechos que le son expuestos; de no hacerlo así, obraría ciegamente en su aplicación; finalmente, debe ser flexible en ciertas ocasiones y dar algún lugar a la indulgencia, pues, de lo contrario, siendo rigurosa, resulta excesiva e insoportable. La constancia le da firmeza en sus leyes; la prudencia la ilumina en las causas; la bondad le hace soportar las miserias y las debilidades: de suerte que la primera la sostiene, la segunda la aplica, la tercera la atempera y el concurso de todas ellas, hácela perfecta y cumplida" (70).

"Habiendo sido definida la justicia, según todos sabéis - indica Bossuet-, como una voluntad constante y perpetua de dar a

cada uno lo que le pertenece, fácil nos será conocer que el hombre justo debe ser fuerte, ya que hasta la firmeza se halla comprendida en la definición de la justicia... Pero hay otra razón que ha obligado a los jurisconsultos a incluir la firmeza en la definición de la justicia; es la de poder oponerla aún más a su enemigo principal, el interés... ¡Oh hombres!, tenéis siempre en los labios a la equidad y a la justicia; en vuestros negocios, en vuestras asambleas, en vuestras conversaciones, oímos resonar continuamente este nombre sagrado; y, por poco que se os perjudique en vuestros intereses, invocaréis al punto a la justicia en vuestro auxilio... Apartémonos de tan gran exceso, guardémonos bien de introducir en este comercio de las cosas humanas abuso tan reprobado por las Sagradas Escrituras, y ruína cierta del derecho y de la justicia: dos medidas, dos balanzas, dos pesos desiguales; una medida larga para exigir lo que se nos debe, y una medida corta para restituir lo que debemos... No puedo menos de reprender aquí, de paso, este abuso común que consiste en pagar religiosamente cierta especie de deudas y en olvidar por completo las demás... Por ejemplo, las deudas de juego son privilegiadas y se hace cuestión de honor el cumplirlas, mientras que no se teme hacer languidecer miserablemente a obreros y mercaderes, únicos que sostienen desde hace tanto tiempo ese esplendor que puedo muy bien llamar doblemente engañoso y doblemente de prestado, porque no procede ni de vuestra bolsa ni de vuestra virtud; por lo cual la familia desconsolada que vuestra vanidad reduce al hambre, clama venganza ante Dios contra vuestro lujo... Interés, dios del mundo y de la corte, el más antiguo, el más despreciado y el más inevitable de los engañadores, desde el origen del mundo vienes engañando... En esta corrupción casi universal que el interés ha introducido en el mundo, si aquellos a los que Dios ha colocado en los primeros puestos no aplican todo su poder a sostener a la justicia, reinará la aflicción en la tierra y los fraudes serán infinitos. ¡Oh santa reforma del estado de la justicia, obra digna del gran genio del monarca que nos honra hoy con su audiencia, haga Dios que puedas ser llevada a tan feliz término como prudentemente has

sido emprendida!". Y tras significar, resumiendo, que la justicia debe ser firme e incommovible, termina, Bossuet, el primer punto del sermón que estamos estudiando, haciendo una clara alusión al derecho divino de los reyes: "Advirtamos aquí, de paso, señores, que el trono real pertenece a Dios, y que los reyes lo ocupan únicamente en nombre suyo. Es cosa magnífica para los reyes, y que nos obliga a reverenciarles con una especie de religión, pero por la que Dios les advierte también de la obligación en que están de ejercer santamente y divinamente su autoridad divina y sagrada" (71).

Sin la prudencia, la justicia está ciega, dirá Bossuet en la segunda parte del sermón. Los magistrados deben escuchar, verificar, investigar, "no basta prestar atención a todo lo que se presenta, es preciso también buscar por sí mismo y marchar delante de la verdad, si queremos conocerla y descubrirla". Los que imparten justicia deben conocer todos los resortes de la máquina que se les ha confiado y tener un corazón recto. El Rey debe conocer siempre la verdad y ceder sólo ante la verdad. "Pensad que los oídos del rey son sagrados y que es profanarlos demasiado indignamente llevar hasta ellos, como hacéis, ya las injustas prevenciones de un odio ciego, ya los perniciosos refinamientos de un falso celo, ya las mentirosas invenciones de una envidia escondida. Infectar los oídos del Rey, es más criminal que envenenar las fuentes públicas, y que robar los tesoros de la nación; puesto que el verdadero tesoro de un Estado es que impere la verdad en el espíritu de su Rey. Vigilad, señores, vuestras palabras, principalmente en la Corte, donde todo es tan importante y delicado. En ella se cumple lo que dice el Sabio: Las palabras encubiertas no se pierden en el aire" (72).

La justicia sin la bondad es cruel, nos dirá Bossuet en el tercero y último de los puntos de este sermón. "Tal es la primera obligación de esta justicia atemperada por la bondad, o sea, soportar las debilidades y perdonar a veces las faltas. La

segunda es mucho mayor, y consiste en evitar la miseria; quiero decir que el hombre justo no debe pedir siempre ni lo que puede ni lo que tiene derecho a exigir de los demás. Hay momentos difíciles en que es una crueldad y una especie de vejación exigir el pago de una deuda, y quiere la justicia que se tenga en cuenta, no sólo la obligación, sino también la situación en que se encuentra el deudor". El príncipe deberá conocer las posibilidades de su pueblo y aliviará sus necesidades, imitando la bondad y la justicia divinas. "Constituye un insulto a la miseria pedir grandes cosas a los humildes; es envilecer la majestad pedir al Altísimo cosas pequeñas... Pero, vos, Señor, que sois en la tierra la imagen viva de aquella Suprema Majestad, imitad su bondad y su justicia, a fin de que el universo admire en vuestra persona sagrada a un rey justo y a un rey salvador, al ejemplo de Jesucristo; a un rey justo que restablece las leyes, a un rey salvador que alivia las miserias" (73).

El "Sermón sobre la Justicia" es, a nuestro juicio, uno de los sermones más significativos e importantes dentro de la carrera oratoria de Bossuet, y lo es no sólo por su contenido, en el que refleja su punto de vista personal sobre esta cuestión, sino por la manera de abordarlo y por el momento en que lo hace. Bossuet se pronuncia sobre el tema que nos ocupa cuando Luis XIV pretende hacer una reforma de la justicia, y, aprovechando la ocasión y siguiendo el método que previamente se había fijado en cuanto a la forma de su predicación se refiere, brinda una serie de máximas al Rey, exige una serie de principios a los magistrados y advierte a la Corte del peligro que supondría el que la verdad no imperase en el espíritu del monarca. Por otra parte, no podemos olvidar que años más tarde, cuando elaboró "La Política sacada de las Sagradas Escrituras", Bossuet, al pronunciarse sobre los "Deberes de la Realeza", dedicó, íntegramente, el contenido del Libro VIII a la Justicia, y en él podemos apreciar que, pese a la distancia en el tiempo, siguen teniendo plena validez para Bossuet las ideas que expuso en el "Sermón sobre la Justicia", ya que, en suma, el Libro VIII de la



"Política" no es más que el desarrollo del sermón predicado en 1666 ante el Rey.

Bossuet no reaparecerá en la cátedra de la Corte hasta 1669, para el Adviento de Saint-Germain. Pero, sucesos importantes se habían producido en el intervalo: la muerte de su padre el 15 de agosto de 1667 en Metz (74); la legitimación de los bastardos se produjo en 1667; y, el "Anfitrión" de Molière en 1668; la opinión pública ya no contaba de la misma manera para Luis XIV. Bossuet, siguiendo su método, se guardó de lanzar alusiones demasiado directas, pero en su sermón sobre el "Endurecimiento", pronunciado en diciembre de 1669, fué neto y firme.

La finalidad perseguida por Bossuet en este sermón era combatir, una vez más, el mortal letargo de las gentes de la Corte, que prácticamente se habían convertido en ateos. "La muerte... se insinúa con el alimento que tomamos, con el aire que respiramos, incluso con los remedios que utilizamos para defendernos". El hábito os mantendrá en el vicio; tendréis la vergüenza de la vejez de Salomón. No tendréis más que "arrepentimientos que renuevan todos los crímenes". Abandonaréis un vicio, más otro vendrá a tomar su lugar. La luz del alma se apaga lentamente en ese medio de pecado. Se os llama vivos y estáis muertos.

El sermón termina con esta terrible lección en la que la elocuencia se convierte en audacia. "Señor, ¿de qué os servirá el haber llevado a tan alto grado la gloria de Francia, de haberla hecho tan poderosa por mar y tierra, el haber conseguido por vuestras armas y consejos que el más célebre, el más antiguo, el más noble reino del universo sea también el más temido, si después de haber llenado todo el mundo de vuestro nombre y todas las historias de vuestros hechos, cómo no trabajáis todavía en hechos que puedan ser presentados ante Dios y que merezcan ser escritos en el libro de vuestra vida? ¿Vuestra majestad no ha visto en el Evangelio de hoy la extrañeza del mundo alarmado con

la espera temible del día en que Jesucristo aparecerá en su majestad? Si los astros, si los elementos, si esas grandes obras que Dios parece haber querido construir tan sólidas para hacerlas durar siempre están amenazadas de ruina, ¿qué será de aquellas levantadas por manos mortales? ¿No véis ese fuego devorador que precede al Juez terrible, que destruirá en un mismo día las ciudades y las fortalezas, las ciudadelas, los palacios, las casas de placer, los arsenales, los mármoles, las inscripciones, los títulos y las historias, haciendo un gran fuego y un montón de cenizas todos los monumentos de los reyes? ¿Podemos imaginar la grandeza de lo que un día no será más que polvo? Es preciso llenar otros fastos y otros anales" (75).

Todo lo que el Rey amaba, todo aquello sobre lo que había establecido su grandeza, Bossuet lo reduce a polvo en este sermón, demostrando, de nuevo, que no carecía del valor necesario para someter a la meditación de Luis XIV cualquier tipo de cuestión encaminada a fijar la directriz moral del reino.

Pero hay todavía otro trazo, el último, que es preciso recordar en el Adviento de Saint-Germain, y que señala el final de las predicaciones de Bossuet.

El día de Navidad, clausurando el Adviento y despidiéndose de la Corte, Bossuet confiesa su inquietud; tiene miedo de que Dios se canse del espectáculo que ésta produce y que el año venidero sea funesto para Francia. Se guardará de hacer malos presagios, pero, ¿cómo tolerar ese furor de diversión que se ha instalado en la Corte? Enmascararse, disfrazarse, bailar, correr, ir de aquí para allá, el carnaval prolongado hasta la Cuaresma y convertido en el gran momento de la vida. "Y mientras que vosotros no empleáis vuestras riquezas más que para el placer... los pobres mueren de hambre y frío".

Es así como Bossuet, discípulo de Vicente de Paul, termina su carrera de predicador en París, la termina del mismo modo que

la había comenzado, defendiendo la causa de los pobres ante el Rey y la Corte.

### III.- PRECEPTOR REAL.

El diez de septiembre de 1669, según Calvet (76), o el día trece del mismo mes y año, según Champailler (77), Bossuet fué nombrado obispo de Condom. Inmediatamente y sin esperar sus bulas, presenta su dimisión como canónigo y decano de Metz. El dieciséis de noviembre, pronuncia la oración fúnebre de Enriqueta de Francia, reina de Inglaterra. Será en lo sucesivo la gran voz que se hará oír en las circunstancias solemnes, en todas aquellas circunstancias en las que la palabra atraerá la atención de la nación. Mientras se prepara para su consagración y para la administración de la diócesis en la que va a residir, recibe una gran alegría, Enriqueta de Inglaterra, duquesa de Orleans, prototipo de la frivolidad de esa Corte que tanto criticó, le pide que le instruya en la vida cristiana. Las entrevistas que se producen por esta causa, presididas por una gran sinceridad, conmueven y acercan a Bossuet a la duquesa, hasta que, de forma súbita, y a la vuelta de un viaje a Inglaterra, muere. El veintiuno de agosto de 1670, Bossuet pronuncia su Oración Fúnebre. Mientras tanto el Rey se preocupa en nombrar un preceptor para el Delfín, función que habrá de ser compartida con el Duque de Montausier. Entre los cien candidatos que se le propusieron, eligió a Bossuet, probablemente impresionado por los puntos de vista políticos que se apreciaban en la "Oración Fúnebre de la Reina de Inglaterra".

En el exordio de esta oración fúnebre, quizás el más imponente que ha dado comienzo a un discurso religioso, Bossuet, dirigiéndose al duque de Orleans, hermano de Luis XIV y consorte de Enriqueta de Inglaterra, esboza el principio del derecho divino. Nos adelanta lo que años más tarde sostendrá en la "Política": "Dios es el rey de los reyes: a él corresponde

instruirlos y modelarlos como a ministros suyos". Está manifestando que todos los poderes humanos no son más que emanaciones del primer poder y que el poder del soberano temporal es únicamente una delegación de la autoridad divina, y lo dice con estas palabras: "SEÑOR: Aquel que reina en los cielos, y del que dependen todos los imperios; aquel a quien únicamente pertenecen la gloria, la majestad y la independendencia, es también el único que se glorifica dictando ley a los reyes y dándoles, cuando le place, grandes y terribles lecciones. Ora levante los tronos, ora los humille, ora comunique su poder a los príncipes, ora lo recoja en sí mismo, dejándoles solamente su propia debilidad, siempre les enseña sus deberes de una manera soberana y digna de Él. Porque al darles su poder les ordena que lo usen como lo emplea Él mismo, para el bien del mundo; y al retirárselos les hace ver que toda su majestad es prestada, y que, por estar sentados en el trono no dejan de encontrarse bajo su mano y suprema autoridad. Así es que no instruye a los príncipes con discursos y palabras solamente, sino que también con hechos y con ejemplos. Et nunc, reges, intelligite: erudimini, qui judicatis terram. Y ahora, oh reyes, entended: instruíos vosotros, jueces de la tierra". Pero, no sólo se refiere al principio del derecho divino en esta oración, se pronuncia también sobre la multitud de sectas en que se han dividido los protestantes, cuestión a la que dedicaría en 1688 una especial atención en la "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes": "Así, pues, los calvinistas, más atrevidos que los luteranos, dieron lugar a la aparición de los socinianos, cuyo partido engrosaban diariamente. Del mismo tronco brotaron las infinitas sectas de los anabaptistas, y sus opiniones, mezclándose con las de los calvinistas, dieron vida a los independientes, que no han tenido límites, entre los que se encuentran los tembladores, gentes fanáticas que creen que todos sus desvaríos les son inspirados; y los llamados buscadores, porque mil setecientos años después de Jesucristo, buscan todavía la religión y no tienen punto de reposo. Así es, señores, como los espíritus, una vez agitados, cayendo de ruinas en ruinas, se

han dividido en tantas sectas". Es más, sienta las bases sobre lo que considera debe ser la unidad de la Iglesia, de las que se serviría cuando se cuestionó el derecho de regalía, pronunciando el 9 de noviembre de 1681 su célebre sermón "Sobre la Unidad de la Iglesia", y haciendo una clara distinción entre el poder temporal y el espiritual, ya que, si bien ambos tienen su origen en la voluntad de Dios, son independientes el uno del otro: "¿Qué es el episcopado cuando se separa de la Iglesia, que es su todo, así como de la Santa Sede, que es su centro, para contra su naturaleza unirse a la realeza como a su jefe? Estos dos poderes de orden tan diferente no se unen, sino que mutuamente se estorban cuando se les confunde en uno solo; y la majestad de los reyes de Inglaterra hubiese permanecido más inviolable, si, contenta con sus sagrados derechos, no hubiera querido llamar a sí los derechos y autoridad de la Iglesia". Además, relaciona entre sí a la Iglesia con el Estado, cuestión que muchos años más tarde desarrollará ampliamente en la "Política" al tratar el tema de la situación de la Religión en el Estado: "Así, pues, cuando esta piadosa princesa servía a la Iglesia, creía servir al Estado; creía asegurar súbditos al rey al conservar fieles a Dios". Por último, y refiriéndose a la Providencia, apuntará la idea matriz que inspirará todo el sistema del "Discurso sobre la Historia Universal": "Más que nunca se sometió la reina a esta mano soberana, que desde lo más alto de los cielos tiene las riendas de los imperios; y, desdeñando los tronos que pueden ser usurpados, dedicó todo su anhelo al trono en que no se teme tener iguales, y sin envidia se ve a los competidores" (78). Por todo lo anterior, podemos apreciar que Bossuet a los 42 años ya tenía fraguada en su mente una serie de principios que, si bien no podemos definir como un verdadero sistema, revelaban, en cierto modo, sus diferentes puntos de vista políticos, y consideramos que posiblemente fuera éste el motivo por el que Luis XIV se decidió a elegirlo para el cargo de preceptor.

Bossuet aceptó sus nuevas funciones seculares, así como el cargo que se le ofrecía en la Corte, el día cinco de septiembre

de 1670, siendo consagrado obispo de Condom el día veintisiete del mismo mes y año ante la asamblea del clero de Francia (79).

De esta forma se convertía en una de las personalidades más influyentes del reino, y al no poder permanecer en Condom ni administrar, por tanto, su diócesis, presenta su dimisión el treinta y uno de octubre de 1671 (80), renunciando a sus ocupaciones de predicador y doctor, entregándose de lleno a su nueva tarea, la de formar al heredero del trono.

Ser preceptor del Delfín era una tarea de suma importancia, ya que ponía al que estaba investido de tal función en contacto directo con el Rey y permitía no sólo ganar su confianza, sino que la misma fuese fuente de posibles favores.

Por su parte, "la Academia francesa pretendía contarle entre sus miembros, como dice Calvet, ya que su director, Charpentier, al recibirlo el ocho de junio de 1671, remarcó su agradable apariencia de corazón y semblante, felicitando al preceptor por su incorporación, tras considerar la misma como motivo de júbilo. En su agradecimiento, Bossuet, después de pronunciar unas bellas palabras sobre el papel de la Academia, se entregó a elogiar la figura del Rey de forma entusiasta, amplia y total" (81).

Su cargo de preceptor estaba retribuido con una renta de cincuenta mil libras, pero además de sus haberes de preceptor gozaba de los devengos de tres beneficios: Gassicourt, que había defendido con largos procesos; Saint-Étienne du Plessis-Grimoult (25 de noviembre de 1671); y Saint-Lucien de Beauvais (14 de agosto de 1672), lo que provocó los reproches del Mariscal de Bellefonds, a quien Bossuet respondió el nueve de septiembre de 1672 con una carta que nos da muestras de su franqueza, y que en cierto modo lo encuadra: "No me encuentro aún bastante hábil para hallar todo lo necesario teniendo únicamente lo necesario; y perdería la mitad de mi espíritu si viviese con estrecheces en mi casa" (82).

En efecto, tiene otras cosas que hacer. Las misiones de confianza acuden a él. Se le encarga de la preparación espiritual de Luisa de La Vallière cuya presencia en la Corte no dejaba de ser para el Rey un mudo reproche y para la favorita una sorda amenaza. Bossuet pronunció el 4 de junio de 1675 un sermón por la profesión de Luisa de La Vallière, duquesa de Vanjours, ingresando ésta a continuación, y por voluntad propia, en el Carmelo (83).

Desde este momento, a pesar de su dignidad y de su cargo, Bossuet se distancia de la Corte. Comienza a reunirse con eclesiásticos y con laicos de gran preparación. Estas reuniones, en las que se tratan cuestiones de especial interés, pronto toman una forma regular y se mantienen varios días por semana. En ellas se lee y se comenta la Biblia, particularmente a los profetas, siendo este el motivo por el que, cuando se referían a ellas, se las denominase "El pequeño Concilio". Estas conferencias o reuniones se prolongaron hasta que Bossuet se marchó a Meaux, cuando fué nombrado obispo de aquella diócesis, y participaron en ellas y en diferentes fechas una serie de personas de gran relevancia para la vida de Francia: Fléchier, Fleury, de la Broue, Mabillon, Fénelon, Langeron, Renaudot, Cordemoy, de Saint-Luc, Nicolas Thoinard, de Choisy, La Bruyère. Cenaban en casa de Bossuet, en una mesa sobria, pero cordial; paseaban, hablaban y discutían diferentes puntos de vista; el resultado de las conferencias, cuando era importante, era recogido por Fleury y consignado al margen de la Biblia por Bossuet.

A pesar suyo, tuvo que volver a la Corte y hacerse cargo de una difícil cuestión. En la Cuaresma de 1675, un sacerdote se negó a dar la absolución a Madame de Montespan por causa de su conducta escandalosa. La marquesa, que quería festejar la Pascua, tuvo un arrebató y apeló al Rey. El Rey, preocupado, efectuó algunas consultas, y entre las diferentes opiniones que solicitó se encontraba la de Bossuet, al que tenía en gran consideración. Bossuet no vaciló: el escándalo era público; el Rey y la favorita

no podían festejar la Pascua a no ser que dieran una prueba pública de su buena voluntad, es decir, debían separarse. El Rey aceptó la indicación de Bossuet y la marquesa se retiró a un convento para hacer penitencia. Posteriormente, Luis XIV tuvo que ausentarse de la Corte y reunirse con sus ejércitos al objeto de iniciar la campaña militar de Flandes, pero antes de partir solicitó a Bossuet que prestase auxilio espiritual a Madame de Montespan. Bossuet aceptó esta tarea y aprovechó para darle ánimos al Rey en su perseverancia, rogándole, además, que disminuyese la presión de los impuestos, como se desprende del contenido de dos cartas escritas por Bossuet, la primera del mes de mayo de 1675 (84), y la segunda fechada en Saint-Germain a 10 de julio del mismo año (85).

Esta, digamos, misión no llegó a buen fin, ya que, cuando Bossuet fué al encuentro del Rey en Luzarches, cuando volvía de Flandes, éste no le dijo nada, pero su callada presencia y la gravedad de su gesto hablaron tan claro que no hacían falta palabras. En efecto, había ordenado que la favorita le esperara en Versalles. Bossuet, aceptó lo irreparable y el Padre de la Chaise entró en funciones. El preceptor ya no tendría a su cargo la conciencia del Rey. ¿Fué esta la causa de su enfermedad y el motivo por el que dejó la educación del Delfín en manos del subpreceptor Daniel Huet? No lo sabemos, pero de lo que no cabe duda alguna es de que esta situación le afectaría mucho más que los contratiempos de otras ocasiones.

Estas facetas de la vida de Bossuet en la Corte no deben hacernos olvidar que su ocupación principal era la educación del Delfín. Bossuet se entregó en cuerpo y alma a su función, no como su predecesor Périgny, que incluso perdió la salud, pero sí hasta el punto de renunciar a trabajos tan absorbentes como la predicación. Se obligó a enseñárselo todo personalmente, excepción hecha de las matemáticas y de la física, de las cuales, sin embargo, fijó el método; y sólo en situaciones de extrema enfermedad delegaba sus funciones en el subpreceptor, no sin



antes haberle dejado fijada la tarea a seguir.

Ha habido diferentes opiniones a la hora de apreciar los métodos empleados por Bossuet y los resultados que se obtuvieron, ya que éstos no estuvieron en consonancia con los esfuerzos que se emplearon. Pero sería conveniente, antes de cualquier pronunciamiento, que prestásemos atención al plan de estudios trazado por Bossuet y del que da puntual información al Papa Inocencia XI, padrino del Delfín, en una carta fechada el 8 de marzo de 1679 (86). La instrucción del Delfín se revela, según el contenido de la carta, como una educación realista que supo desembarazarse de la pedantería, teniendo como meta, única y exclusivamente, la formación del futuro Rey de Francia.

Por voluntad del Rey, el Delfín ha sido sometido a un plan que no le deja un sólo día sin ocupación. "Estableció por ley á los estudios de este Príncipe, no permitirle pasase dia alguno sin estudiar... Como la vida de los Principes es una continua ocupación, no teniendo dia alguno libre de grandes cuidados, es muy conveniente se exerciten desde su infancia en todas las ocupaciones de la mayor seriedad, y disponer con industria se apliquen cada dia por espacio de algunas horas, á fin de que su espíritu, luego que se entreguen á los negocios, se halle ya habituado al trabajo, y todo acostumbrado á las cosas de mayor gravedad" (87).

La religión es el fundamento de toda la educación, se imparte una lección diaria. El maestro enseña al alumno que piedad, bondad y justicia son inseparables, y que el rey piadoso será bueno para su pueblo y justo en todos sus asuntos. La fuente de toda la instrucción se encuentra en el Evangelio y en la Biblia. Se lee el Evangelio de pié, descubierto, y si el alumno se distrae durante la lectura se le despoja del libro para imprimir en su espíritu la reverencia que se debe a los textos sagrados; de la Biblia, se leen las historias de los reyes y de los profetas, y se explica la forma en la que son llamados los

malos reyes al orden por los profetas, y el modo en que son corregidos por Dios. "El estudio de cada día por mañana, y tarde se principiaba por las cosas sagradas: y el Principe se estaba con la cabeza descubierta, mientras duraba esta lección, oyendo y entendiendola con sumo respeto... Logré á fuerza de la repetición, que estas tres palabras, piedad, bondad, y justicia, con toda su conexión, se le imprimiesen indeleblemente en su memoria... Sabía ya el Principe todas las historias del antiguo, y nuevo Testamento: muchas veces las recitaba... Siendo ya un poco mas adulto, leyó el Evangelio, los hechos de los Apostoles, y los principios de la Iglesia... Si leyendo el Evangelio mostraba acaso el Principe tener divertido el pensamiento en otra cosa, ó no tener toda la atención y reverencia debida á esta lectura, le quitaba yo de improviso el libro, para darle á entender se debia leer con respeto... Despues de haber leído muchas veces el Evangelio, le dí á leer las historias del antiguo Testamento, y principalmente la de los Reyes, en la qual hice reflexionarse, que contra los mismos Reyes executó Dios los mayores castigos, y quiso quedase perpetua memoria de sus severisimas venganzas exercitadas contra ellos..." (88).

Con respecto a la gramática, el maestro deja a un lado las curiosidades de etimología y de filosofía, donde Périgny perdió mucho tiempo; le enseña la gramática latina y francesa. El alumno toma contacto con la sabiduría pagana, respetuosa con la religión y con la dignidad del hombre, incompleta a pesar de todo sin la Revelación. Bossuet no le hizo conocer a los autores mediante la lectura de parte de sus obras, sino a través de obras enteras, para que pudiese juzgar con más conocimiento tanto el conjunto como los detalles. El Delfín hizo notar sus preferencias por Salustio y César, por lo que a historiadores se refiere, y supo apreciar, entre los poetas, a Virgilio y a Terencio, especialmente a este último por el análisis detallado de las costumbres que realizaba. "¿Qué importa referir los estudios Gramaticales? No me detendré mucho en esto. Fue pues mi principal cuidadosa solicitud hacer conociese el Principe en primer lugar,

la propiedad, y despues la elegancia de los idiomas Latino y Francés... En la leccion de estos Autores jamás me separé de mi principal designio, que era hacer utilizasen y sirviesen todos sus estudios á adquirirle juntamente con la piedad la noticia de las costumbres, y la de la politica. Le hacia conocer en los abominables mysterios de los gentiles, y en las fabulas de su Theología las profundas tinieblas en las que estaban sumergidos, siguiendo sus propias falsas luces... También le hacia observar, que aunque los gentiles vivian engañados, tenian no obstante un profundo respeto á las cosas que reputaban por sagradas... En todo lo demás hacia estas observaciones, no como lecciones, si solo como discursos familiares, y esto facilitaba entrasen mas gratamente en su ánimo... No me pareció á proposito hacerle leer las obras de los Autores separadas en muchas partes. Hice leyese qualquiera obra toda entera continuadamente, y como sin descansar, á fin de que poco á poco se habituase, no á considerar todas las cosas en particular, sino la série de ellas, y el fin principal de una obra, descubriendolo todo de una vez, y la conexion de todas sus partes. Entre los Poetas, los que agradaron con especialidad al Serenisimo Delfin, son Virgilio, y Terencio; y entre los Historicos, Salustio, y Cesar" (89).

Por lo que se refiere a la geografia, Bossuet indicó lo siguiente: "Entre todas estas ocupaciones vimos la Geografia, como por recreacion, y como haciendo viage: discurriamos ya pasando el apacible rio, ya costeando las riberas del mar, y navegando tierra á tierra: despues internados hasta el golfo, surcando las hinchadas ondas, penetrabamos los espacios mediterraneos, los puertos, y ciudades; pero no los discurriamos, como harian los pasajeros, sin curiosidad, sino exâminandolo todo, inquiriendo el conocimiento de las costumbres, especialmente las de Francia, y deteniendonos en las Ciudades mas famosas para adquirir noticia de las opuestas inclinaciones, y humores contrarios de tantos pueblos diferentes de que se compone esta belicosa é inquieta nacion: lo qual, unido á la vasta amplitud de un Reyno tan populoso, manifestaba al Serenisimo

Delphin, que no se podia gobernar rectamente, sino es con una profunda sabiduria" (90).

"Finalmente, le enseñé la historia, prosigue Bossuet; y así como esta es la maestra de la vida humana, y de la política, procuré con suma vigilancia se instruyese en ella con toda exactitud; pero principalmente puse la atención en enseñarle la de la Francia, que es la suya propia. Pero no le permití la fatiga de revolver, y escudriñar los libros; y exceptuados algunos Autores de la nación, como son Filipo de Commines, y el Bellai, de los cuales dispuse leyese los mas selectos lugares, yo mismo me dediqué á acudir á los manantiales, y saqué de los Autores mas aprobados lo que mas podia conducir á hacerle comprehender la série de los sucesos, y cosas. Le referia yo en voz viva quanto podia retener con facilidad en la memoria. Hacia lo repitiese; escribialo el Principe en francés, y despues lo traducia en latin: esto le servia de tema, y yo corregia con igual atención sus traducciones francesa, y latina. El sabado repasaba el Principe seguidamente quanto habia compuesto en toda la semana: y creciendo la obra, la dividí, juntamente con él, en diferentes tomos, y de este modo la recorria toda muchisimas veces de mi orden. De esto resultó, que con la continuacion de escribir nuestra historia, compuesta de mano y estilo del Principe en idioma latino, y frances juntamente, llegase hasta la de los Reynos mas remotos... No descendiamos con todo eso á descripción muy difusa de las cosas de poco momento, ni nos deteniamos en la rigurosa averiguacion de las que no sirven mas que de curiosidad; pero si anotabamos las costumbres buenas y las malas de la nación, los estatutos de los antiguos, las leyes fundamentales, las mutaciones grandes y sus causas, el secreto de los consejos, los sucesos inopinados, para acostumar y disponer su animo: de modo, que así quedase prevenido para quanto pudiese suceder... Mas para que el Principe aprendiese de la historia el modo de regir y gobernar las cosas y asuntos del Reyno, procuré, en los lugares en que aparecia el peligro de exponerlo á la ruina, exâminar muy bien todas las circunstancias, para resolver

y determinar, (como se practicaria en un Consejo,) lo que se debiera hacer en semejantes ocasiones, pidiendole su parecer para ver lo que deliberaria". Además de seleccionar una serie de supuestos particulares que estudia y analiza con su alumno, al igual que se hiciera en un consejo, Bossuet siempre se remite en la enseñanza de esta disciplina al modelo de los reyes, particularmente a la figura de Luis IX, tan apasionado a la hora de servir a Dios y a la grandeza de Francia: "Finalmente, aunque es cierto que de toda la historia de nuestros Reyes tomamos exemplo para la vida y costumbres, solo proponemos á San Luis por modelo y dechado de un Rey perfecto" (91).

En filosofía, el preceptor dejó a un lado las cosas evidentes que había enseñado de forma positiva, así como las que expuso sin espíritu sistemático y de forma paralela. El verdadero fruto de la filosofía es, para Bossuet, enseñar al hombre a conocerse a sí mismo, y por medio de este conocimiento elevarse hasta el conocimiento de Dios. Por este motivo, compuso para instruir en esta materia al Delfín el tratado denominado "Del conocimiento de Dios y de sí mismo". "Por lo que mira á las cosas pertenecientes á la Philosophía, escribe Bossuet, se las distribuí de tal manera, que las que son ajenas de toda duda, y utiles á la vida, puedan mostrarsele con toda seriedad, y con la certeza de sus principios. En quanto á las que solamente se fundan en opinion y acerca de aquellas que se disputan, me contenté con referirselas á modo de Historia, juzgando como propio de su dignidad oír las dos partes, y el proteger igualmente á sus defensores, sin intervenir en sus contiendas: porque el que nació para el mando y gobierno, debe aprender á usar de el acertado juicio, y no á perderse en el litigio. Pero despues de haber considerado que la Philosophía consiste principalmente en atraer á sí mismo el ánimo para elevarlo como por una firmisima y segura escala hasta hallar á Dios... formé un Tratado de el conocimiento de Dios y de sí mismo, en el qual explico la maravillosa fabrica del cuerpo, y la celestial naturaleza del alma, por el camino cierto de las cosas que cada

uno experimenta en sí mismo". Para enseñar a su alumno el arte de razonar le instruyó en la lógica, pasando después a la retórica que es el arte de dar movimiento y color al razonamiento. En cuanto a la moral, la extrajo pura y simplemente de la Biblia y del Evangelio. A estas nociones de filosofía, creyó deber añadir elementos de jurisprudencia, poniendo de relieve los principios generales del derecho y las reglas de la vida civil (92).

No enseñó personalmente la física, la historia natural, la geometría ni las matemáticas, las hizo dar por un buen maestro, al que impuso como norma evitar las curiosidades y llegar al fondo de las cosas a través de las experiencias.

Para completar toda esta serie de estudios, Bossuet añadió a este programa tres disciplinas que constituían una enseñanza superior: una filosofía de la historia, "Discurso sobre la Historia Universal"; un estudio de principios de política, "La Política sacada de la Sagrada Escritura"; y un estudio del Estado del reino y de Europa, un tablero de las instituciones y de las leyes, así como de los tratados. Bossuet consideraba que cuando el príncipe culminara su estudio con el contenido de las tres materias indicadas, estaría en condiciones de afrontar sus diferentes funciones, en las que, por medio de la práctica, acabaría su formación. "Ahora que el curso de sus estudios está quasi al fin, creí debía yo trabajar principalmente sobre tres cosas esenciales. Primeramente, en una historia universal que tuviese dos partes, de las cuales la primera comprendiese desde el principio del mundo hasta la caída del antiguo Imperio Romano, principio y coronación de Carlo Magno; y la segunda, desde este nuevo Imperio, establecido por los franceses... Por la segunda obra se descubren los secretos de la política, las máximas del gobierno, y los manantiales de la Ley, y del Derecho, en la doctrina y ejemplos de la Sagrada Escritura... La tercera obra comprende las leyes, y las costumbres particulares del Reyno de Francia. Poniendo este Reyno en comparación con todos los demás, se manifiesta á los ojos del Principe todo el estado de la

Christiandad, y tambien el de toda la Europa" (93)

El programa era francamente admirable, quizás demasiado rico, demasiado suntuoso. Muchos sabios se movían alrededor del niño. Montausier no le dejaba respirar un solo minuto, no dudando en pegarle cuando se distraía. Y por la noche, antes de acostarse, debía repetir las lecciones de todo el día. Un niño genial sometido a este plan de estudios habría hecho grandes progresos, pero el Delfín "no era un intelectual", como nos dice Victor Giraud (94). Espíritu claro, recto, sensato, realista, le costaba mucho moverse en la abstracción y perseverar en el esfuerzo. A pesar de todo terminó aprendiendo muchas cosas y cuando terminó su formación demostró sentido común y valentía. Pero, ¿cuáles fueron sus aptitudes? Las habría demostrado si hubiera reinado, y nunca llego a hacerlo.

No podemos dejar de significar que Bossuet, por causa del preceptorado, y a sus cuarenta y cinco años, tuvo que reemprender sus estudios clásicos. Los autores antiguos vueltos a leer a esa edad, enriquecida con las experiencias de la vida, le parecieron nuevos; descubrió en ellos, como señala a Inocencio XI en su carta, la vieja sabiduría, y concibió un respeto más preciso por aquel fondo permanente de razón y de bondad, logrando realizar la síntesis entre la sabiduría cristiana y la pagana, alcanzando, en aquel momento, su plenitud y equilibrio.

Las funciones de preceptor llegaban a su fin. La boda de su alumno con la princesa de Baviera se celebró en Châlons el día 7 de marzo de 1680. Bossuet fué nombrado dos meses antes, el 8 de enero, primer limosnero de la Delfina (95), encargándosele, además, su traslado desde Alsacia a Versalles. "Designado primer limosnero de la Delfina, duquesa de Borgoña -dice Baumann- prestará juramento, según el uso, de rodillas. Representese el espectáculo del gran obispo, con sus cabellos blancos, arrodillado delante de esa chiquilla ¡Oh señor -exclamó ella-, me confunde veros en esa posición!" (96).

#### IV.- OBISPO DE MEAUX.

El matrimonio del Delfín puso término a las funciones del preceptor, y el cargo de limosnero de la Delfina no dejaba de ser más que un título honorífico.

Bossuet era obispo, pero no contaba con diócesis. Los obispados de Beauvais y de Châlons quedaron vacantes, obispados a los que no pudo optar por causa de su origen. Se le nombró obispo de Meaux el 2 de mayo de 1681 (97). Obispado modesto, humilde recompensa por tantos servicios. Pero, aunque Bossuet forzaba a la estima por su carácter y a la admiración por lo extenso de su saber, había dejado constancia de que no poseía el espíritu de la Corte, no sabía adivinar lo que sería grato al Rey, y había manifestado en contadas ocasiones su independencia. Se le hizo ver que Meaux estaba próximo a Versalles y que siendo el ordinario de aquella diócesis podría visitar la Corte y efectuar sus funciones de limosnero, todo ello sin faltar a la regla de la residencia que le era tan querida.

Antes de tomar posesión de su diócesis, Bossuet debió prestar toda su atención a un espinoso asunto que amenazaba turbar profundamente a la Iglesia de Francia: el asunto de la "Regalía". Las circunstancias que llevaron a Bossuet a convertirse en el portavoz del galicanismo, son, a nuestro juicio, de tal importancia, que consideramos merecen una especial atención en el período de la vida de Bossuet que estamos contemplando (98).

Podríamos afirmar, en general, que las Iglesias de los países católicos profesan, en la actualidad, las mismas creencias y se someten a la autoridad de Roma en lo referente a cuestiones de dogma y disciplina. Pero, bajo el Antiguo Régimen la situación era distinta: la Iglesia de Francia tenía máximas distintas a la Iglesia de Roma, máximas que si bien no rompían la unidad del mundo católico, marcaban, nétamente, notables diferencias entre



ambas.

Entre los teólogos, algunos, como los ultramontanos, Bellarmino particularmente, sostenían la tesis de que el poder de los papas prevalecía sobre el poder temporal: el papa era el soberano universal que podía disponer de los tronos y desligar a los súbditos del deber de fidelidad. Otros, en cambio, los galicanos, apoyándose en el Evangelio: "Mi reino no es de este mundo... Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", separaban el poder civil de la autoridad espiritual. Ambos poderes debían estar aliados, pero tenían que ser independientes. Frente a la Iglesia se encontraba el Estado que recibía directamente de Dios el poder para proteger y constreñir.

Además del principio de la independencia del poder temporal de los reyes con respecto a la Santa Sede, el galicanismo se caracterizaba por propugnar otras dos cuestiones capitales: por la primera, concerniente a la jurisdicción episcopal, se mantenía, en suma, que los obispos eran los vicarios de Jesucristo y procedían directamente de Jesucristo, siendo el Papa el primero de ellos; refiriéndose, la segunda, a la autoridad de los Concilios. En efecto, según la doctrina ultramontana, que era la de Roma, el papa, sucesor de Pedro y vicario de Jesucristo, era el único representante de Jesucristo y delegaba en los obispos parte de su autoridad. Los galicanos, por su parte, respondían que Jesucristo había dado a Pedro la primacía, pero también dió a todos los apóstoles, al igual que a Pedro, el derecho de enseñar en su nombre, el derecho de atar y desatar, por esta razón, los obispos eran los sucesores directos de los apóstoles en todos los países evangelizados por ellos. Se convertían, por tanto, en vicarios de Jesucristo, y no en simples representantes del papa. Los galicanos no podían, en consecuencia con el principio anterior, reconocer la infalibilidad del papa, ya que éste sólo era el primero entre un conjunto de iguales. Afirmaban, por ello, que las decisiones papales no se convertían en dogma ni en artículo de fé automáticamente, sólo lo hacían después de

recibir el consentimiento de todas las Iglesias reunidas en Concilio. La infalibilidad correspondía a la Iglesia universal y no al Papa, del mismo modo que la autoridad del Concilio era superior a la del Papa.

La dificultad que presentaba el galicanismo para la Iglesia de Francia consistía en conciliar, de acuerdo con su doctrina, las obligaciones políticas hacia el Estado con los deberes hacia la Santa Sede, y a este respecto hay que tener en cuenta que Roma no estaba en la línea de admitir que un poder temporal se interpusiera entre la autoridad de Pedro y su Iglesia.

Por su parte, el rey de Francia, que creía recibir su corona directamente de Dios, entendía que era el amo absoluto en su reino. Pero, no dejaba de ser miembro de la Iglesia, cuyo jefe residía en el exterior y era, a su vez, superior jerárquico de los obispos de Francia y pastor soberano de los católicos franceses. ¿Cómo podría hacer compatibles sus derechos y pretensiones como monarca, con sus deberes como hijo de la Iglesia? ¿Cómo permitiría que sus obispos y súbditos prestasen la obediencia debida, por un lado a la realeza, y por otro al papado? Este problema recibió a través del tiempo soluciones parciales, en las que la monarquía disponía, por colación, de los beneficios de gran parte de los bienes de la Iglesia. Por otro lado, la realeza estaba protegida contra todo tipo de injerencia ultramontana, ya que las máximas del galicanismo se habían convertido en leyes del Estado, y la Iglesia de Francia se sostenía en el Rey para defender contra Roma sus "derechos, libertades y franquicias".

En 1673, un edicto reafirmó el derecho de regalía, en virtud del cual los reyes de Francia cuando vacaba un obispado percibían las rentas correspondientes y proveían los beneficios hasta que el nuevo titular prestaba juramento de fidelidad. Esto, que en realidad podría considerarse como una situación de hecho abusiva, se presentaba por los servidores de la corona como un derecho

inalienable e imprescriptible. Enrique IV había obviado dificultades usando moderadamente estas prerrogativas tradicionales; Luis XIV, lejos de atenerse a estos procedimientos de prudencia, quiso ampliar la regalía extendiéndola a todo el reino. Varios obispos se opusieron a las pretensiones reales, en particular los de Pamiers y de Alet, Francisco de Caulet y Nicolás Pavillón respectivamente, que rehusaron investir a los "designados para la regalía", es decir, a los beneficiarios nombrados por el rey, y acudieron a la autoridad del Papa Inocencio XI, el cual, mediante una carta dirigida a Luis XIV en marzo de 1678, declaró que no podía dejar se despojara de sus libertades a las iglesias que acababan de ser sometidas a la regalía, convirtiéndose la cuestión en un episodio de la lucha entre el Sacerdocio y el Imperio.

Podríamos decir que todas las instituciones se alertaron y se pusieron en movimiento: jansenistas contra jesuítas, ministros y consejeros contra Roma, etc. El Rey, mientras tanto, no se decidía a contestar al Papa. Lo hizo al cabo de varios meses, reafirmando en su declaración. Los incidentes se sucedieron en Pamiers, lo que decidió al Papa a tomar bajo su protección al obispo y remitir una segunda carta a Luis XIV, que al no ser contestada, provocó una tercera mucho más amenazadora.

El Rey siguió sin responder. No obstante, la Asamblea del Clero lo hizo en su lugar mediante una carta dirigida al Rey en julio de 1680, en la que se hacía patente el "profundo malestar" que había creado en la Asamblea la lectura de la nota pontificia.

Incidentes más graves se produjeron en Pamiers y provocaron una nueva intervención del Papa, convirtiéndose la cuestión de la regalía en un "asunto de Dios". La ruptura parecía inevitable.

Miembros relevantes de la Iglesia de Francia se reunieron y aconsejaron a Luis XIV que convocara un concilio nacional, o bien una asamblea general del clero.

La Asamblea, convocada en junio de 1681, se reunió en noviembre de 1681, siendo la persona de Bossuet su principal exponente, el cual, como ya hemos indicado, terminaba de ser nombrado obispo de Meaux. Es preciso constatar que Bossuet, incluso siendo galicano y servidor apasionado de la realeza, no por ello dejaba de ser fiel defensor de la primacía romana. Luis XIV, que era consciente de la autoridad del obispo, le pidió que interviniese en esta difícil cuestión, ruego que fué atendido por Bossuet, siendo designado, junto con el Arzobispo de París, diputado por la provincia.

Todas las miradas se fijaron en él. Su función en la Asamblea se consideraba decisiva. Los pacíficos contaban con su espíritu moderado, los galicanos con la firmeza de su doctrina, y los cortesanos veían en él al portavoz real. Entre los magistrados y los ministros como Colbert, la cuestión tomaba un aspecto jurídico y nacional; se trataba de salvaguardar la soberanía del poder real incluso al precio del cisma. Entre los obispos, el galicanismo tenía una forma eclesiástica y otra canónica; tendía a defender la inmunidad y privilegio de la Iglesia galicana frente a las pretensiones romanas, excluyendo toda idea de cisma. Colbert y Luis XIV contaban con la Asamblea para disminuir a cualquier precio el poder del Papa frente a la corona.

Bossuet pronunció el 9 de noviembre de 1681 el sermón "Sobre la Unidad de la Iglesia", discurso de apertura de la Asamblea del Clero, en el que se pronunciaba de la siguiente forma: "¡Cuán hermosa esta Iglesia galicana, llena de ciencia y de virtud! Pero, ¡cuán hermosa en su todo, que es la Iglesia católica! ¡Cuán hermosa santamente e inviolablemente unida a su jefe, es decir, al sucesor de San Pedro! ¡Oh, que no sea nunca turbada esta unión! ¡Que nada altere esta paz y esta unidad en la que Dios habita! (99). Bossuet dividió el contenido del sermón en tres partes: la Iglesia, hermosa y una en su todo; la Iglesia, hermosa y una en cada miembro; y, la Iglesia hermosa y una, de una

belleza y unidad perdurables. En ellas afirma; por un lado, la doctrina de la Iglesia galicana, y por otro, exalta la dignidad y autoridad del Soberano Pontífice. El discurso entero proclamaba la necesidad de la unidad dentro de la diversidad. ¿Cómo realizarla? Correspondía a la Asamblea determinar la forma. No obstante, el sermón hizo efecto entre los componentes de la Asamblea y calmó los ánimos; el Rey se mostró satisfecho de la primera parte, y el Papa no estuvo descontento con la segunda. Se caminaba hacia una pacificación del conflicto, pero era indispensable que la Asamblea, consciente de la situación no se constituyese en Concilio. Bossuet intentaba por todos los medios que ésto no ocurriera, pero el Arzobispo de París, Harlay de Champvallon, insistía para que se cuestionara y discutiera sobre la autoridad del Papa, y el Rey, por su parte, exigía una declaración sobre las máximas de la Iglesia galicana.

La Asamblea, posteriormente, haciéndose cargo del litigio pidió a Luis XIV una declaración que modificase ligeramente sus pretensiones. El Rey accedió a esta petición y la Asamblea otorgó su consentimiento al nuevo edicto, de 3 de febrero de 1682, escribiendo a continuación al Papa para recordarle que la seguridad de los Estados se apoyaba en la piadosa unión de la realeza y el sacerdocio.

El Papa guardó silencio, y fué entonces, cuando aquellos que pretendían reducir el poder del papado frente a la corona, como Colbert, pensaron que la ocasión era buena para "renovar la doctrina de Francia sobre el uso del poder de los papas". Bossuet entró a formar parte de la comisión que se creó para preparar la declaración; y fué él, finalmente, quien la redactó.

La declaración del 19 de marzo de 1682 se compuso de cuatro artículos: el primero establece, inspirándose en un texto de San Pablo, que "los reyes soberanos no están sometidos a ningún poder eclesiástico, por orden de Dios, en las cosas temporales", y que ellos "no pueden ser desposeídos ni directa ni indirectamente por

la autoridad de los jefes de la Iglesia"; el segundo trata "de la plenitud del poder" que tienen los papas sobre las cosas espirituales; el tercero dispone que "las reglas, las costumbres, las constituciones recibidas en el reino, deben ser mantenidas y los límites establecidos por nuestros padres deben permanecer inamovibles"; en el cuarto, se afirma que "aunque el papa tenga la parte principal en las cuestiones de fé y que todos sus decretos conciernen a todas las Iglesias y a cada Iglesia en particular, su juicio no es infalible, a no ser con el consentimiento de todas las Iglesias reunidas en Concilio".

El Papa, en un breve apostólico de 11 de abril de 1682, dirigido a "sus venerables hermanos e hijos queridos" rechazó por inadmisibles aquellas pretensiones, concluyendo de esta forma: "Nos desaprobamos, rasgamos, rompemos, todo lo que se ha hecho en esa asamblea por el asunto de la regalía".

La Asamblea respondió el 6 de mayo del mismo año con una "protesta" en la que se mantenía que "la Iglesia galicana se gobernaba por sus propias leyes, guardando inviolablemente su uso". Dos meses antes, en marzo de 1682, el Rey publicó un edicto por el que prescribía la enseñanza de los cuatro artículos en todos los colegios, y la obligación de suscribirlos para todos los candidatos a los grados teológicos. El conflicto, localizado en este punto, permaneció agravado, ya que sesenta obispados permanecieron vacantes durante diez años, habiendo denegado el Papa las bulas a los obispos que fueron nombrados y se sometieron al edicto. Todo se apaciguó en 1693 por un acto de sumisión de los obispos, muy vago en sus fórmulas, pero muy preciso en su significado de respeto y sentido común.

Sería un error considerar a Bossuet en esta cuestión como un portavoz de Luis XIV, o como un agente de los intereses de la realeza. Servir a la corona, sí la sirvió, pero con ello no hizo más que servir a sus propios ideales. Por tradición familiar, por formación doctrinal, Bossuet era galicano, muy ligado a las

libertades de su Iglesia, invariable sobre el apostolado de los obispos, y muy distante de reconocer la infalibilidad personal al Papa. Pero, apasionado por la unión, estaba dispuesto a las concesiones necesarias para evitar la ruptura y salvaguardar la autoridad doctrinal de Roma, indispensable para poner fin a los debates ideológicos y conservar la unidad. A pesar de todo, permaneció fiel a sus cuatro artículos, incluso después de haber sido condenados por Roma. Los defendió en latín clásico, los explicó, los delimitó, deseoso de salvaguardar la doctrina galicana, de justificar su posición, de contentar al Rey, de satisfacer al Papa.

Estamos convencidos de que Bossuet sentiría un gran alivio al dejar tras de sí aquella Asamblea en la que, a través de tantas peripecias, había combatido el excesivo galicanismo, el ultramontanismo, la ligera moral de los casuistas, la teología jansenista, y que fué con gran alegría a tomar posesión de su diócesis, el día 8 de febrero de 1682 (100). Fué recibido en Meaux triunfalmente. El miércoles de Ceniza, ofició y predicó en su catedral, prometiendo a sus diocesanos ausentarse lo menos posible.

Bossuet es un hombre de acción y de apostolado. El hábito y la necesidad de actuar, comprimidos durante los años de la educación del Delfín, se liberaron en el episcopado, lanzándose Bossuet a su tarea con júbilo. Administra, decide, manda, gobierna. Visita todas las parroquias de su diócesis, predicando familiarmente al pueblo, hace catequesis, restablece la disciplina y el orden. Reorganiza las conferencias eclesíásticas, presidiéndolas con frecuencia, no deja pasar ningún año sin reunir y presidir el sínodo, predica en la catedral principalmente en las grandes fiestas, controla la administración de los hospitales, establece escuelas primarias para la educación de los niños, multiplica las instrucciones a su pueblo, redacta y publica un catecismo, restablece la disciplina en los conventos y somete a su autoridad a todos aquellos que se habían apartado

de ella. Esto no fué fácil. La abadesa de Jouarre, una princesa de Lorraine, pretendía que su abadía estaba exenta desde el siglo XIII, y, pese a que los fundamentos históricos en los que se apoyaba fuesen dudosos, contaba con su linaje para hacer respetar su privilegio. Bossuet decidió poner fin al escándalo e inició un proceso contra la princesa, en el que obtuvo sentencia favorable, y como quiera que ésta se negó a abrirle las puertas de su casa, se presentó en Jouarre con el intendente de policía y una tropa de funcionarios. Este despliegue de fuerza le dispensó de usar la misma; poco a poco redujo a las religiosas recalcitrantes, y sometió a la orgullosa abadesa a un régimen de autoridad severo, cometido e implacable, hasta el extremo que terminó por dimitir.

Bossuet tuvo en Meaux la satisfacción de haber escapado de la esclavitud de la Corte, de ser su propio dueño y de estar en su casa. El palacio episcopal no era suntuoso, pero era cómodo y confortable. El jardín no dejaba de tener unos caracteres acentuados de nobleza, desde él se divisaba el llano y la ciudad; invitaba al obispo a pasear por él, a considerar sus parroquias, su ciudad, su catedral. Bossuet amaba la naturaleza directa y fuertemente. La reencuentra en Germigny, casa de campo de los obispos de Meaux, cercana a la casa episcopal. El castillo aunque tosco, era amplio, sólido y acogedor. El paisaje, en un recodo del Marne, tenía una espiritualidad especial. Jardines de flores, de frutos, de legumbres, rodeaban el castillo; tierras oscuras, frías pero fértiles, se extendían un poco más lejos, y un bosque rico en caza completaba el panorama.

Meaux y Germigny son su centro. Prometió residir y reside. Pero su valía es demasiado amplia para encerrarse en los límites de su pequeña diócesis, y la vida le llama fuera de ella. Ha sido y es la voz de Francia; cuando deben decirse cosas importantes, cuando se producen acontecimientos solemnes, o cuando se dan situaciones en las que el país se encuentra comprometido, es necesario que Bossuet cumpla con su misión. Pronuncia la oración fúnebre de la Reina el 1 de septiembre de 1683, de la princesa



Palatina el 9 de julio de 1685, de Le Tellier el 25 de enero de 1686, del príncipe de Condé el 10 de marzo de 1687. Con la desaparición de estos grandes personajes es toda una época la que perece, época que es ensalzada por Bossuet con tal aparato dialéctico que la ruina de la muerte pasa desapercibida para servir de ornamento a una monarquía que prosigue.

En otro orden de cosas, diremos que el ideal perseguido por Bossuet sobre la unión de las confesiones protestantes a la Iglesia Romana, iniciado en 1655 con la publicación de su primera obra, "Réfutation du Catéchisme de Paul Ferri", a la que prosiguieron: "Exposition de la doctrine catholique sur les matières de controverse", impresa en 1671; "Traité de la communion sous les deux espèces" y la "Conférence avec M. Claude", publicadas ambas en 1682, culmina en este período con la realización de la "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes", obra en la que Bossuet, apoyándose en los textos de los mismos protestantes, diseña la tabla de sus perpetuas fluctuaciones doctrinales, y a la que por su relevancia dedicaremos una especial atención en el capítulo III de nuestro trabajo dedicado a la obra historiográfica del autor.

La publicación en 1688 de la "Historia de las Variaciones" supuso un duro golpe para los protestantes. Se podía pensar en que habían quedado sin efecto las graves dificultades opuestas a los católicos, y que no restaba más que salir del terreno de la controversia e iniciar las vías tendentes a la consecución de la unidad. Esto era, sin duda, lo que estimaba Luis XIV desde hacía mucho tiempo. Consideraba que los protestantes carecían de argumentos válidos para oponerse a la unidad del reino, y decidió revocar el Edicto de Nantes.

Bossuet aprobó la resolución, como se desprende de estas palabras pronunciadas en la oración fúnebre de Miguel Le Tellier: "Ensanchemos nuestro corazón ante la piedad de Luis; levantemos hasta el Cielo nuestras aclamaciones, y digamos a este nuevo

Constantino, a este nuevo Teodosio, a este nuevo Marciano, a este nuevo Carlomagno, lo que seiscientos treinta padres dijeron en otro tiempo en el Concilio de Calcedonia: Has afirmado la fe; has exterminado los herejes: ésta es la obra más digna de tu reinado; éste es su propio carácter. Por ti no existe la herejía. Solamente Dios ha podido realizar esta maravilla. Rey del Cielo, conserva al rey de la Tierra: ésta es la oración de las iglesias; ésta es la oración de los obispos" (101), si bien rehusó emplear cualquier tipo de coacción para convertir a los herejes (102). El método empleado por Bossuet en su diócesis se limitó a la instrucción, a la persuasión, al diálogo con los protestantes.

Entre los protestantes existían dos claras tendencias que pugnaban por la primacía: una aceptaba la Reforma en cuanto derrocaba las disciplinas tradicionales; la otra intentaba conciliar el espíritu de la libertad con la disciplina, incluso con la jerarquía, y no cuestionaba la unidad de gobierno dentro de la Iglesia. Leibniz, que era partidario de la segunda tendencia, había demostrado en varias ocasiones su interés por aquel acercamiento, y fué entonces cuando se encontró con Bossuet.

"Leibniz, el espíritu más universal de su época, nos dice Calvet, llevado por los principios de la filosofía universal y por los planos generales de su política, había esbozado el plan de una organización de la tierra, había diseñado una organización de la humanidad a través del cristianismo. Este plan, pese a sus imprecisiones, coincidía, para Francia e incluso para Europa, con el plan de Bossuet. En presencia de aquel genio, Bossuet comprendió que ya no era preciso discutir y que la hora de la colaboración había llegado. Sin embargo, era preciso entenderse previamente; y entonces aparecieron a plena luz las diferencias entre el espíritu francés y el germánico en cuanto a la concepción de la unidad. Leibniz convencido, como filósofo, que los elementos heterogéneos, incluso contrarios, pueden integrarse en una síntesis, cuando la inteligencia y la voluntad los dominan

suficientemente, era partidario de declarar que la unión de todas las Iglesias cristianas estaba hecha, que se reunirían después en congreso para constituir, primero con todos los elementos comunes de creencia y después por concesiones mutuas, una confesión única de fe. Bossuet, convencido como teólogo, que sobre definiciones dogmáticas que no dependen de los hombres es vano intentar unirse si no se está de acuerdo sobre el fondo, opinaba que se debía extraer por medio de conferencias las verdades esenciales sobre las que las diversas Iglesias tenían una fe común, que se debían reducir tras su esclarecimiento los puntos de divergencia, resolviendo por medio de concesiones las dificultades de carácter secundario, llegando así a la unidad doctrinal a través de la unidad de los espíritus. Leibniz quería decretar la unidad, Bossuet quería construirla" (103).

Podemos constatar en la "Correspondance de Bossuet", editada por Ch. Urbain y E. Lévesque, la intensa relación que tuvo con Leibniz, así como el gran respeto que se profesaron ambos contendientes. De la misma, que se prolongó hasta 1702, poco antes de la muerte de Bossuet, resalta, como cuestión principal, la insumisión, por parte de Leibniz, a las decisiones del Concilio de Trento. Leibniz consideraba como no celebrado dicho Concilio por el hecho de no haber participado en el mismo los reformados, como se desprende del contenido de una carta dirigida por Leibniz a Bossuet el 8 de febrero de 1692, y que se recoge en la edición que Jaime de Salas Ortueta preparó de los "Escritos de filosofía jurídica y política de Leibniz": "En cuanto a la cuarta cuestión: la de si yo dudo de que los decretos del Concilio de Trento sean tan bien acogidos en Francia y Alemania como en Italia o España: podría referirme al sentir de algunos doctores españoles o italianos... Pero, sin detenerme en esto, respondería como ya lo he hecho: aun cuando toda la doctrina del Concilio de Trento sea aceptada en Francia, ello no significará que se la acepte como algo que proviene del Concilio Ecuménico de Trento, ya que muchas veces se ha puesto en duda el que este Concilio posea tal cualidad" (104).

Entre Roma y los príncipes alemanes de la casa de Hannover se emprendieron negociaciones; también hubo un proyecto de reunión con los protestantes de la confesión de Augsburgo. Pero, la oposición, irreductible en este punto, rompió las conversaciones. Leibniz fué quien las rompió. Declaró que el "tono decisivo" de Bossuet le había sorprendido. "Llevaba adelante -decía- doctrinas que yo no podía dejar pasar sin traicionar mi conciencia y la verdad".

En realidad, las intenciones de los príncipes protestantes se veían obstaculizadas por razones políticas, y Leibniz, no queriéndose comprometer ni comprometer a Alemania por la vía de la sumisión, se negó a renunciar a esa independencia de criterio que había sido el fondo filosófico de su pensamiento.

Podemos hacernos cargo del pesar de Bossuet ante la ruptura de las conversaciones con Leibniz. Pero no fué éste el único motivo que turbaría su espíritu, ya que, en los últimos años de su vida, coincidiendo con el final del siglo, toda aquella construcción política y espiritual que apenas acababa de terminar comenzó a resquebrajarse. Paul Hazard se dió perfectamente cuenta de ello y situó precisamente en estas fechas, 1690, el principio de la gran crisis que padeció la conciencia europea, de donde surgirían la filosofía, la revolución y los principios del mundo moderno.

Los protestantes, en un principio desconcertados por la publicación de la "Historia de la Variaciones", sacaban partido de la obra. En lugar de discutir como historiadores la historia escrita por Bossuet, lo que sin duda podrían haber hecho en ciertos aspectos, se acomodaron a ella, y fué sobre las variaciones en las que el teólogo católico veía prueba de su error donde descubrieron manifestaciones nuevas que les encaminaban a una vía filosófica cada vez más distante de la teología romana. Por otro lado, la revocación del Edicto de Nantes, las brutalidades de los agentes del poder real, que los

obispos no se atrevieron a condenar y que algunos aprobaban, transformaron a los reformados en perseguidos.

El jansenismo era otro elemento de división. Se le podía considerar como adormilado, pero se despertaba de una forma más súbita y peligrosa, ya que, dejando a un lado las querellas teológicas de escuela, mantenía una concepción religiosa de la vida en lucha contra aquella moral relajada que, incluso el propio Bossuet desde hacía treinta años, no había dejado de censurar en su predicación.

Bossuet, además, se encontraba abrumado por la audacia de un Spinoza que intentaba arruinar la autoridad de las Escrituras, de un Richard Simon que atacaba los textos de éstas, de un Elías du Pin que reducía a polvo los textos de la Tradición. Mientras tanto, los libertinos aprovechaban esta situación para volver a recuperar las posiciones que les habían hecho perder el descrédito en el que habían caído. Pretendían apoyarse en la historia crítica, amparándose en Bayle, y en la ciencia, haciéndolo en Fontenelle.

Es fácil comprender la amargura de Bossuet en estos últimos años del siglo XVII, en los que presentía que toda su obra se ponía a temblar. Tenía algún consuelo que provenía de su ministerio pastoral, en particular de sus conventos, de las visitas en Meaux, en Faremoutiers, en Jouarre. Le habían causado algunos contratiempos en un principio, como ya vimos, pero ahora, se le comprendía, se le aceptaba. Su correspondencia con Mme. Cornuau, Mme. D'Albert y Mme. de Luynes, nos muestran cuán reconfortante le resultaban aquellos que estaban bajo su dirección. Al contacto con aquellas religiosas se renovó su piedad y sintió renacer en su persona un manantial fresco de poesía que dió como frutos las "Meditaciones sobre el Evangelio" y las "Elevaciones sobre los Misterios".

De este manantial refrescante le vendría a Bossuet su última

gran batalla. Si la crítica le ocasionó sinsabores, la mística se convirtió en el gran tormento de su vida.

Se hablaba por todas partes de una espiritualidad nueva que se deslizaba por el mundo. Su portavoz era Mme. Guyon, la cual, queriendo repudiar las tesis de Molinos, condenadas en 1687 por la Iglesia, significó sus principios de error y los hizo mucho más peligrosos.

En Francia, antes de Mme Guyon, ya circulaban subrepticamente los manuales molinistas en los que se propugnaba la libertad de permitirlo todo sin ofender a Dios. Pero, fué desde la llegada a París de Mme. Guyon, unos años atrás en las fechas que estamos contemplando de la vida de Bossuet, cuando sus doctrinas, esparcidas por Europa a través de sus libros: el "Medio breve"; "Explicación del Cantar de los cantares"; y, "Los Torrentes", tomaron un auge considerable. Su doctrina consistía en hacer prevalecer, en el interior de cada uno, el sentimiento sobre la reflexión, la intuición sobre la voluntad, la inercia del abandono sobre el impulso activo. Pretendía hacer más cómoda la oración, y la convertía en una contemplación pasiva, posible en algunas almas aunque en raros momentos, y en un estado de puro amor, casi irreal. Su prestigio procedía de su probada e indiscutible piedad, y de cierta seducción espiritual a la que las almas fervorosas no podían sustraerse. Por este motivo, ganó la confianza de personas relevantes, como los duques de Chevreuse, de Beauvilliers y de Charots, incluso la de Mme. de Maintenon, y a través de ella, la de las damas de Saint-Cyr. No obstante, tuvo detractores. Muchos ejemplares de sus libros fueron quemados públicamente y sus manifestaciones se consideraron extravagantes por algunos sectores de opinión, lo que provocó cierta inquietud en Luis XIV.

Mme. de Maintenon, que en un principio había asumido la defensa de Mme. Guyon ante el rey, temiendo haberse precipitado en la cuestión, se esforzaba por esclarecer el asunto; se buscaba

un juez apropiado y se pensó en Bossuet para que dictaminara sobre la nueva doctrina.

Bossuet, poco preparado para tal menester debido a su desconocimiento de la literatura mística, interrogó a Mme. Guyon, no apreciando, a primera vista, motivos que le infundiesen a dudar sobre su sano espíritu. No obstante, acostumbrado a las investigaciones a fondo, quiso leer su obra escrita, entera, tomando notas. No tuvo que ahondar mucho en el estudio de sus libros; su juicio se estableció definitivamente: aquella mujer estaba trastornada.

Pero, detrás de Mme. Guyon, Bossuet creyó descubrir aquella nueva espiritualidad de la que tanto se había hablado, y su extrañeza fué todavía mayor, cuando detrás de Mme. Guyon descubrió a Fénelon, a aquel joven sacerdote que consideraba amigo y discípulo, que tantas veces había acogido en Meaux, Germigny, París, Versalles, en aquel grupo selecto al que pertenecían Fleury, Langeron, Saint-Luc. No podía sospechar que hacía aproximadamente unos seis años que Fénelon conocía a Mme. Guyon. Tomó contacto con ella y con sus doctrinas en Beynes, en casa de la duquesa de Charots, en el año 1689.

Nos encontramos en el comienzo de la querrela del quietismo. Aquello fué más que una batalla, fué una gran guerra entre dos colosos que se prolongó durante dos años y medio (105)

Como indicábamos anteriormente, la inquietud provocada en el mundo devoto por la espiritualidad de Mme. Guyon, era preciso que se apaciguase mediante la emisión de un dictamen justo, al que la interesada se había sometido previamente. Sus jueces fueron, junto a Bossuet, Noailles, obispo de Châlons, y M. Tronson, superior de San Sulpicio. Se reunieron en Issy donde, a lo largo de varios meses, examinaron los textos de Mme. Guyon, analizaron memorias e incluso consultaron a Fénelon, que, si bien se abstenía de defender la causa de Mme. Guyon, se ponía a

disposición de los jueces para realizar cuantas observaciones fueren precisas con el fin de evitar los posibles errores que pudieran considerarse graves, y es evidente que sus opiniones se reflejaron en la sentencia de 10 de marzo de 1695, redactada con el título "Treinta y cuatro artículos sobre la doctrina de la oración". La sentencia condenó severamente la espiritualidad de Mme. Guyon; pero las fórmulas eran prudentes: la doctrina del amor puro quedó fuera de cualquier ataque. Los treinta y cuatro artículos reflejaban el compromiso alcanzado por las mutuas concesiones efectuadas entre Bossuet y Tronson bajo el arbitraje de Noailles, y por las concesiones de los tres jueces a Fénelon. La paz, así alcanzada, ponía fin a penosas dificultades: Fénelon aceptó sus términos; Mme. Guyon tuvo que aceptar aquel resultado al que previamente se había sometido.

La cuestión, paralizada en estos términos, no hubiera dado lugar a la querrela, si Fénelon y Bossuet, poco satisfechos con el contenido de la sentencia que ellos mismos firmaron, no hubieran sentido la necesidad de explicar el alcance que habían querido darle.

Bossuet, considerando insuficientes los artículos de Issy, público el 16 de abril de 1695 una "Ordonnance sur les états d'oraison", a la que siguió otra obra más amplia, escrita a principios de 1696: "Instruction sur les états d'oraison", en la que exponía, en suma, los excesos de los que abusan de la oración, para inclinar las almas a una cesación de varios actos expresamente mandados por Dios y esenciales a la piedad. Esta obra, todavía sin imprimir, la envió el 22 de julio de 1696 a Fénelon al objeto de recibir su aprobación. Bossuet no tenía ningún motivo para dudar de Fénelon, ya que, después de las conferencias de Issy, él mismo fué quien lo consagró cuando fué nombrado, el 10 de julio de 1696, arzobispo de Cambrai. La aprobación del arzobispo supondría la ratificación de los acuerdos de Issy, e incluso que los mismos prolongaban su validez en el tiempo.



Pero Fénelon, descontento con el trato del que había sido objeto Mme. Guyon: había sido encarcelada en Vincennes e interrogada por la Reynie como una delincuente común, y arrepentido de no haber defendido mejor su causa en Issy, rehusó leer el manuscrito y lo devolvió a su autor.

Al mismo tiempo, excitado y molesto por el trabajo de Bossuet, terminó su explicación de los treinta y cuatro artículos en un libro donde exponía las "Maximes des Saints sur la question de l'Oraison". El manuscrito lo envió al doctor Pirot para su aprobación, y a su amigo el duque de Chevreuse, que se apresuró en imprimirlo y distribuirlo al público, de forma que apareció el 28 de enero de 1697, cinco semanas antes que la "Instrucción" de Bossuet.

El libro de Bossuet, en el que denunciaba los errores de los falsos místicos y levantaba contra ellos la barrera de la tradición, pasó desapercibido. No ocurrió lo mismo con el de Fénelon, ya que éste, con el pretexto de exponer la doctrina de los santos sobre la mística, defendía la doctrina de Mme. Guyon, como así se estimó por un gran número de teólogos y por el gran público, incluso por Mme. de Maintenon, que, además de haberse pronunciado en su contra, llegó a expulsar de Saint-Cyr a tres damas sospechosas de debilidad por acatar su doctrina. Por todas estas razones, el rey impuso a Fénelon que sometiera su libro a una comisión de obispos. Pero Fénelon, que no tenía la intención de someterse y que trataba de evitar el juicio de Bossuet, hizo llamamiento a Roma y se sometió al juicio del Papa. La situación era delicada, ya que, hacía tan sólo quince años que se había celebrado la Asamblea del clero en la que Bossuet había mantenido la inmunidad de la Iglesia galicana frente a las pretensiones de la Santa Sede.

Roma aceptó juzgar y la cuestión de las "Máximas de los Santos" se convirtió en la querrela del Quietismo. Fénelon quería trasladarse a Roma para defender se causa, pero Luis XIV se lo

prohibió y en agosto de 1697 le exilió en Cambrai, por lo que tuvo que hacerse representar en Roma por el abad de Chantérac. Bossuet, por su parte, también se consideró obligado a esclarecer al tribunal las circunstancias que le impulsaron a publicar sus "Instrucciones sobre los estados de oración", comenzando así, entre los dos prelados, un debate casi público en el que se multiplicaron los tratados, las disertaciones, las advertencias, las respuestas a los tratados, las réplicas a las respuestas, etc., con una fecundidad y un ingenio que causan verdadera admiración.

Fénelon, después de enviar una carta al Papa dándole cuenta de los motivos por los que sometía a su autoridad las "Máximas de los Santos", publicó una extensa "Instrucción Pastoral", en la que se esforzaba por demostrar la ortodoxia de las "Máximas", citando en su apoyo autores místicos. Quería demostrar, sutilmente, que la caridad es un amor de Dios independiente del motivo de la recompensa, aunque siempre se desee la recompensa, hasta en el estado de la más perfecta caridad.

Bossuet había refutado la carta al Papa, en un opúsculo anónimo: "Carta de un doctor en teología de la Facultad de París al señor abate..., doctor de la misma facultad", y del mismo modo, refutó la "Instrucción Pastoral" de Fénelon con su "Préface de l'Instruction Pastorale de M. de Cambrai", nítida y firme, lo mejor, tal vez, en la violencia de este debate.

El 6 de agosto de 1697, Godet des Marais, obispo de Chartres, Noailles, arzobispo de París, y Bossuet enviaron a Roma una declaración conjunta en la que denunciaban el libro de Fénelon, considerándolo renovador de los errores de Molinos: "Déclaratio trium Ecclesiae principum", a la que Bossuet añadió, "Summa Doctrinae libri cui titulus: Explication des Maximes des Saints", consistente en una exposición metódica de los errores de Fénelon, y que, según Bossuet, debería facilitar el trabajo a los consultores. Fénelon le respondió por medio de "Quatre Lettres à

M. de Meaux", obra maestra de polémica cortés y de habilidad ingeniosa, en la que se transporta la controversia a la noción del amor de Dios, que en su perfección es necesariamente puro, es decir, desinteresado. Bossuet, en la "Réponse à quatre lettres de M. de Cambrai", escrita a principios de 1698, no está a la altura de Fénelon en lo que a la noción del amor puro se refiere, e insiste sobre la virtud de la esperanza inseparable del amor. Pero sucedió algo inesperado. Una "Lettre d'un théologien" anónimo, que emanaba sin duda alguna de Fénelon, acusó a Bossuet de condenar a los místicos y a los escolásticos bajo el pretexto de destruir el Quietismo renaciente. Bossuet no duda y, en marzo de 1698, publica: "De Nova quaestione tractatus tres. Mystici in tuto, Schola in tuto, Quietismus redivivus", en donde deja sentado que no es a los místicos ni a los escolásticos a quien condena, sino al quietismo que renace con M. de Cambrai, al que no está dispuesto a dejar de perseguir.

Los meses pasaban. Los libelos se sucedían unos a otros y Roma no se pronunciaba. Lo cierto es que las posturas de Bossuet y Fénelon no eran tan distantes. Ambos reconocían que el amor de Dios es desinteresado; Fénelon incluía en aquel amor perfecto la esperanza de salvación; Bossuet depuraba de esta esperanza todo motivo interesado y la absorbía en el amor.

Fué el sobrino de Bossuet, el abate Bossuet, su representante en Roma, el que hizo que la cuestión tomara otro aspecto. Era preciso presentar nuevos motivos al tribunal para que éste se decidiera, ya que, la cuestión teológica estaba lo suficientemente debatida. Si Bossuet lo conocía todo, ¿por qué no decirlo todo? Todo era la vida y el carácter de Mme. Guyon, así como sus relaciones con Fénelon. Bossuet se dejó persuadir por su sobrino y, recogiendo las notas que había tomado de los escritos de Mme. Guyon, las de su "Vida" por ella misma redactada, e incluso las de aquellos capítulos secretos que le había querido ocultar y que a pesar de todo conocía, utilizando, además, las confidencias hechas por Fénelon en persona, publicó la "Relation

sur le Quiétisme", el 26 de junio de 1698.

Se puede considerar la "Relación" como una obra maestra de la lengua francesa, en la que se dan cita todos los géneros de la elocuencia: bufonería, mofa, ironía, desdén, burla, inventiva, indignación, pero en ningún modo podríamos considerarla como una buena acción, y mucho menos como una acción propia de Bossuet.

La "Relación sobre el Quietismo" tuvo un efecto fulminante. En París los amigos de Fénelon guardaron silencio. En Roma, se escandalizaron: ¿Cómo un arzobispo podía esperar de una visionaria la dirección de su espíritu y de su oración?

Fénelon respondió. Su respuesta a la "Relación", moderada, digna y hábil de fondo y forma, reemprendía toda la historia de la cuestión. Reprochaba a Bossuet el haber violado el secreto de una cuasi confesión, y el haber formulado contra él acusaciones infamantes. Bossuet respondió a este escrito con "Remarques sur la Réponse de M. de Cambrai à la Relation sur le Quietisme", a finales del año 1698, y Fénelon replicó con una "Réponse aux Remarques", a la que Bossuet contestó con dos escritos en enero de 1699: "Réponse d'un théologien à la lettre de M. de Cambrai à M. de Chartres" y "Réponse aux préjugés décisifs de M. de Cambrai", a los que siguió otro, de febrero del mismo año: "Réflexions ou dernier éclaircissement sur une réponse de M. de Cambrai".

Era preciso acabar, Luis XIV, por medio de una carta presionante, pedía al Papa que pusiera término a una controversia que turbaba al reino. El Santo Oficio dictó sentencia el 12 de marzo de 1699. El libro de Fénelon, tanto en la edición francesa como en sus traducciones, era condenado por "poder inducir insensiblemente a los fieles a cometer errores ya condenados por la Iglesia... y por contener proposiciones que, bien por el sentido de sus palabras, bien por su relación con los principios, son temerarias, escandalosas, malsonantes, ofenden a los oídos

piadosos, son perniciosas en la práctica e incluso erróneas". Lo más significativo de la sentencia de Inocencio XII, sucesor de Inocencio XI y heredero, por tanto, del problema, es el hecho de no haberse utilizado, ni siquiera una sola vez a lo largo de todo su contenido, el término herético. Del mismo modo, también es digno de mención que la decisión pontificia adoptase la forma de breve, y no de bula, lo que denota una clara intención de censurar a Fénelon sin causarle males mayores. No obstante, si se examinan las veintirés proposiciones extraídas de las "Máximas de los Santos", será fácil advertir que lo que se condena es, una vez más, el molinismo, del que se desprenden, sin lugar a dudas, una serie de indicios en el libro de Fénelon.

La larga lucha con Fénelon y el incremento de sus funciones hicieron que Bossuet se alejara de su diócesis. Fué nombrado superior de la casa de Navarra el 14 de agosto de 1695, conservador de los privilegios de la Universidad el 14 de diciembre del mismo año, Consejero de Estado con alojamiento en la Corte el 29 de junio de 1697, primer limosnero de la futura duquesa de Borgoña el 30 de octubre de 1697. Si a estas ocupaciones añadimos que buscase el apoyo real en defensa de sus principios, entenderemos que Bossuet residiese más tiempo en París o Versalles que en Meaux. Prometió a sus diocesanos residir y ausentarse lo menos posible. Pero, sólo se le podía ver algunas semanas en Pascua y en Todos los Santos; presidía el sínodo; ordenaba a sus sacerdotes; y una vez hecho ésto se marchaba. Ni siquiera los encantos de Germigny eran capaces de retenerle.

A partir de 1702 comenzó a sentirse enfermo, aquejado de grandes dolores en la vejiga. El primero de abril de 1703, en París, lo sondaron, encontrándole varios cálculos. Los médicos, en lugar de operar, le trataron con calmantes. En la noche del 24 al 25 de agosto, la fiebre se le acentuó; se temió que pudiera morir sin haber recibido los últimos sacramentos. Cuando volvió en sí, hizo llamar a Hébert, se confesó, dictó su testamento, y algunos días más tarde, en la mañana del 8 de septiembre, llevado

a la capilla con sus ornamentos de prelado, comulgó. Con posterioridad mejoró su estado de salud, situación que se prolongaría hasta el 25 de febrero de 1704, fecha en la que de nuevo aparecieron los dolores. El 18 de marzo se sintió mejor, pero, el 28 del mismo mes, ya no podía sostener levantada la cabeza, como observa Ledieu, su secretario. El martes 8 de abril, a las seis de la mañana se le trajo el viático y la extremaunción. El 9 recibió a mediodía la visita del cardenal Noailles, que le impartió su bendición. El día 12 de abril, a las cuatro y cuarto, expiró. Su oración fúnebre se pronunció el 23 de julio en Meaux por el P. de la Rue y el 18 de agosto por Ignace de la Loubère en el colegio de Navarra.

## NOTAS

- (1) Baumann, E., "Bossuet", traducción de Nestor Mermot, Buenos Aires, Editorial Excelsa, 1946, pág. 7.
- (2) Sobre la vida de Bossuet se han realizado varios estudios, de entre los que cabe destacar los siguientes: Burigny, L., "Vie de M. Bossuet", Bruxelles, 1761; Bausset, "Histoire de J. B. Bossuet", Paris, 1814; Floquet, A., "Etudes sur la vie de Bossuet de 1627 à 1670", Paris, 1855; Ledieu, F., "Mémoires touchant la vie et les ouvrages de J. B. Bossuet, évêque de Meaux", édition de l'abbé Guettée, Paris, 1856; Floquet, A., "Bossuet, précepteur du Dauphin", Paris, 1864; Reaume, Ch., "Histoire de Jacques Bénigne Bossuet et de ses oeuvres", Paris, 1869; Lanson, G., "Bossuet", Paris, 1891; Rébelliau, A., "Bossuet", Paris, 1900; Ledieu, F., "Journal, Les dernières années de Bossuet", éd. par Ch. Urbain et E. Lévesque, Bruges-Paris, 1928-1929; Baumann, E., "Bossuet", Paris, 1929; Giraud, Victor, "Bossuet", Paris, 1930; Calvet, J., "Bossuet, l'homme et son oeuvre", Paris, 1941.
- (3) Calvet, J., "Bossuet, l'homme et son oeuvre", Paris, Boivin, 1941, pág. 5.
- (4) Calvet, J., obra citada, pág. 6.
- (5) Baumann, E., obra citada, págs. 7 a 9.
- (6) Calvet, J., obra citada, pág. 6.
- (7) Pérez de Urbel, Fr. Justo, en Estudio preliminar a "Pascal y Bossuet. Escritos Escogidos", traducciones revisadas por Tristán Fernández, Barcelona, Editorial Exito S.A., 1951, pág. 31.
- (8) Bossuet, "Panegírico de San Francisco de Sales, en Pascal y Bossuet. Escritos Escogidos", estudio preliminar por Fr. Justo Pérez de Urbel, traducciones revisadas por Tristán Fernández,

Barcelona, Editorial Exito S.A., 1951, pág. 400.

(9) Ginard de la Rosa, Rafael, en Prólogo a "Bossuet: Oraciones Fúnebres", Madrid, 1879, pág. 11.

(10) Baumann, E., obra citada, pág. 11.

(11) Baumann, E., obra citada, págs. 12 a 14.

(12) Pérez de Urbel, Fr. Justo, obra citada, pág. 31.

(13) Baumann, E., obra citada, pág. 28.

(14) Calvet, J., obra citada, pág. 9.

(15) Baumann, E., obra citada, pág. 28.

(16) Calvet, J., obra citada, pág. 9.

(17) Champailler, Ivonne, Cronologie de la vie de Bossuet en, "Bossuet: Oeuvres", textes établis et annotés par l'Abbé Bernard Velat et Ivonne Champailler, Paris, Editions Gallimard, 1961, pág. XXIII.

(18) Pérez de Urbel, Fr. Justo, obra citada, pág. 31.

(19) Champailler, I., obra citada, pág. XXIII.

(20) Baumann, E., obra citada, pág. 31.

(21) Pérez de Urbel, Fr. Justo, obra citada, pág. 31.

(22) Pérez de Urbel, Fr. Justo, obra citada, pág. 32.

(23) Champailler, I., obra citada, pág. XXIII.



- (24) Ginard de la Rosa, R., obra citada, pág. 10.
- (25) Truchet, Jacques, Cronologie et Préface a "Bossuet: Discours sur l'Histoire Universelle", Paris, Garnier-Flammarion, 1966, pág. 7.
- (26) Truchet, J., obra citada, pág. 8.
- (27) "Oeuvres Oratoires de Bossuet", éditées par l'Abbé Lebarq, revues et augmentées par Ch. Urbain et E. Lévesque, Paris, Hachette et Desclée, 1914-1926, T. I, pág. 9.
- (28) Champailier, I., obra citada, pág. XXIII.
- (29) Champailier, I., obra citada, pág. XXIII.
- (30) Calvet, J., obra citada, pág. 14.
- (31) Champailier, I., obra citada, pág. XXIII.
- (32) Champailier, I., obra citada, pág. XXIV.
- (33) Baumann, E., obra citada, pág. 32.
- (34) Pérez de Urbel, Fr. Justo, obra citada, pág. 32.
- (35) Champailier, I., obra citada, pág. XXIV.
- (36) Baumann, E., obra citada, págs. 38 y 39.
- (37) A. Martimort, en las páginas 183 a 201 de su libro "Le gallicanisme de Bossuet", publicado en París, en el año 1953, se refiere, tras cuestionarse la posibilidad de una posición política en la Compañía del Santo Sacramento, a las relaciones que mantuvo Bossuet con la indicada Compañía, así como a la influencia que ejercieron en su obra espiritual los medios

devotos. La Compañía fué suprimida por Luis XIV debido a su carácter secreto. El rey nunca admitió que sus súbditos pudieran reunirse sin control y que pudieran fomentar cualquier tipo de conspiración. "El pertenecer a la Compañía, sostiene Martimort, implicaba para Bossuet cierta elección moral de la que se derivaban ciertas opciones políticas: la afirmación de la influencia de la religión en los asuntos humanos; el mundo es una realidad dominada por el maquiavelismo y el egoísmo; el devoto trabaja para cambiar este mundo; asistencia a los pobres; misiones extranjeras; educación; etc. Pertenecer a la Compañía implicaba realizar una reforma moral y religiosa: lucha contra los duelos; las blasfemias; las herejías; el libertinaje; etc, lucha que no podía llevarse a cabo más que con el esfuerzo de un gran poder fortalecido con aquellas exigencias morales".

Pero, pese a su aproximación a los medios devotos, es preciso significar al respecto que no eran los devotos los únicos que reflexionaban sobre el gobierno de la ciudad, ya que también lo hacían los juristas, los historiadores, los geógrafos y los hombres de letras que frecuentaban el salón del primer presidente Lamoignon, como nos dice A. Floquet en la pág. 516 del Tomo III de sus "Etudes sur la vie de Bossuet", publicado en París, en el año 1855. "El papel político de la Academia Lamoignon fué muy importante y Bossuet se relacionó con una serie de escritores políticos que pertenecieron a la misma, como Fleury, Cordemoy, Le Vayer de Boutigny, etc., si bien no hay noticias de que frecuentase la Academia antes de su preceptorado. El primer indicio de su presencia fué el catorce de diciembre de 1670, día en el que habló de la elocuencia de los libros sagrados. Sin embargo, sus posteriores relaciones con estos hombres inducen a relacionar con los postulados de la Academia el origen de varios temas de sus sermones".

(38) Champailler, I., obra citada, pág. XXIV.

(39) Pérez de Urbel, obra citada, pág. 32.

(40) Calvet, J., obra citada, pág. 16.

(41) Gandar, E., "Bossuet Orateur", études critiques sur les sermons de la jeunesse de Bossuet, quatrième édition, Paris, Perrin et Cie., 1888, pág. 42.

(42) Gandar, E., obra citada, pág. 53.

(43) Gandar, E., obra citada, págs. 52 y 53. ,

(44) Baumann, E., obra citada, págs. 121 y 122.

(45) Champailler, I., obra citada, pág. XXIV.

(46) "Oeuvres Oratoires de Bossuet", édition de Lebarq, T. I, pág. 329.

(47) "Oeuvres Oratoires de Bossuet", nouvelle édition complète, suivant le texte de l'édition de Versailles, amélioré et enrichi a l'aide des travaux les plus récents sur Bossuet et ses ouvrages, Paris, Garnier Frères, 1889, T. I, pág. 390.

(48) Floquet, A., "Etudes sur la vie de Bossuet de 1627 a 1670", Paris, Didot, 1855, T. I, pág. 259.

(49) "Oeuvres Oratoires de Bossuet", édition de Versailles, 1889, T. I, págs. 420 a 422.

(50) Champailler, I., obra citada, pág. XXIV.

(51) "Oeuvres Oratoires de Bossuet", édition de Lebarq, T. I, pág. 200

(52) "Oeuvres Oratoires de Bossuet", édition de Lebarq, T. III, pág. 235.

(53) Baumann, E., obra citada, págs. 83 y 84.

(54) Calvet, J., obra citada, pág. 27.

(55) "Oeuvres Oratoires de Bossuet", édition de Lebarq, T. IV, págs. 113 a 115.

(56) Champailler, I., obra citada, pág. XXVI.

(57) Baumann, E., obra citada, pág. 122.

(58) Calvet, J., obra citada, pág. 36.

(59) Champailler, I., obra citada, pág. XXVII.

(60) Cornelius Janssens, nació el 28 de octubre de 1585 en Acquoy (Holanda) y murió el 6 de mayo de 1638, siendo obispo de Ypres (Bélgica). Teólogo de Lovaina interpretó el pensamiento de San Agustín sobre la gracia y la predestinación, en la línea de Bayo, lo que motivó que su doctrina fuera condenada por la Iglesia, después de su muerte.

El jansenismo, que en un principio fué un sistema teológico, pasó, poco a poco, a convertirse en un partido religioso-político que encontró en el galicanismo un pretexto para oponerse a la Santa Sede, y también al Estado.

Jansenio estudió teología en la Universidad de Lovaina donde estuvo en contacto con el discípulo predilecto de Bayo, Jacobo Janson. En aquella época, un ambiente de polémica reinaba en Lovaina: en la Universidad se prolongaba la tradición bayanista, a la cual se oponían los jesuitas, agrupados en torno a Leonardo Lessius. Sin embargo, parece que, en aquel momento, Jansenio no se interesó directamente por la controversia. Al ir luego a París para continuar sus estudios, se encontró con otro discípulo de Janson, Jean Duvergier de Hauranne, el futuro abad de Saint-

Cyran: este fué el principio de una amistad que facilitaría más tarde la difusión del jansenismo en Francia. Después de una estancia de estudio en Bayona, en casa de Duvergier, Jansenio vuelve a Lovaina donde, hacia 1619, estudia más detenidamente cuestiones acerca de la gracia. En 1621, recibe la visita de Saint-Cyran y le comunica sus ideas. A partir de este momento, comienza entre los dos amigos una correspondencia acerca de lo que será su obra fundamental el "Augustinus", que Jansenio comienza en 1628, y que termina, prácticamente, en 1636, cuando fué nombrado obispo. No obstante, la muerte le impidió darle el toque final, y en su testamento, Jansenio se somete de antemano al juicio de la Santa Sede, de lo que podemos deducir que aunque Jansenio dió su nombre a la herejía jansenística, él no fué hereje, sino que vivió y murió en el seno de la Iglesia católica. Sus amigos Liberto Froidmond, rector de la Universidad de Lovaina, y Enrique Calenus se encargaron de la publicación del libro en 1640.

El libro "Augustinus" se propagó después de la muerte de Jansenio, rápidamente por Bélgica, Holanda y Francia, habiendo aparecido una edición en París con la aprobación de los doctores de la Sorbona; mientras, por otro lado, un decreto del Santo Oficio del 1 de agosto de 1641 lo condenaba y prohibía su lectura, y al año siguiente Urbano VII renovaba la condena con su Bula In eminenti. Por lo que respecta a la Sorbona, aunque aceptó la Bula In eminenti, algunos de sus doctores continuaron recomendando las obras de Jansenio, por lo que Nicolás Cornet, maestro de Bossuet, desglosó cinco proposiciones y las sometió al juicio de la Facultad, y ésta remitió el asunto a la Asamblea general del clero en 1650. La mayoría tuvo por más acertado que Roma se pronunciase, y 85 de los obispos escribieron en este sentido a Inocencia X, enviándole juntamente las cinco proposiciones desglosadas. Otros 11 obispos elevaron al Sumo Pontífice su protesta contra la idea de hacer un ensayo de las nuevas doctrinas fuera de Francia, y pedían que, a lo sumo, se instituyese un tribunal especial para dictaminar sobre el asunto

y se abriese un debate en el que los teólogos de ambos bandos pudiesen aducir sus argumentos. El Papa accedió a la petición de la mayoría, aunque teniendo en cuenta, en lo posible, los deseos de la minoría. Se nombró una comisión compuesta por cinco cardenales y trece consultores, cuyos trabajos de investigación duraron dos años, habiendo presidido el Papa la última de las sesiones, tras las que se condenaron como heréticas cinco proposiciones del "Augustinus", el 31 de mayo de 1653, por medio de la Bula Cum occasione.

Mientras Jansenio estableció la doctrina desde un punto de vista teológico, su amigo Saint-Cyran aseguró la difusión de esta doctrina en Francia, con un estudio detenido de sus consecuencias para la vida cristiana, de tal modo que se le puede considerar como el fundador de lo que será llamado el partido jansenista.

Saint-Cyran, que tenía la fama de ser un director espiritual exigente, predicó sus teorías rigoristas en la abadía de Port-Royal, que se convertirá, bajo su impulso, en el bastión del jansenismo. En torno al famoso monasterio se agruparon los llamados "Solitarios de Port-Royal" que llevaban a la práctica las enseñanzas de Saint-Cyran, hasta que Luis XIV ordenó, en 1711, la destrucción del monasterio.

A Saint-Cyran le sucedió en el partido jansenista su discípulo predilecto, Antonio Arnauld, que en 1656 fué excluído de la Sorbona junto con otros ocho doctores al no someterse a la Bula Ad sacram Beati Sedem de Alejandro VII. Por aquellas fechas intervino Pascal para prestarles auxilio con sus "Provinciales", redactadas con estilo brillante y que acabaron por incluir en la controversia al gran público. A principios del siglo XVIII se sitúa el punto crucial de la polémica, siendo en este momento cuando surge Fénelon, entonces arzobispo de Cambrai. Fénelon no se contentó con refutar el sistema de Jansenio sobre la gracia, sino que se esforzó también por desenmascarar, punto por punto,

los distintos subterfugios utilizados por sus seguidores. A Arnauld le sucedió en la dirección del partido Pascasio Quesnel, cuyas "Reflexiones Morales" fueron censuradas por la Bula Unigenitus de Clemente XI, el 8 de septiembre de 1713. El documento tardó varios años en ser aceptado en Francia, hasta que, en 1730, fué hecho ley del Estado. A partir de este momento, se puede decir que el jansenismo pierde terreno en Francia. De allí pasará a Ytalia, no sin antes fortalecerse en Holanda.

No deja de ser interesante, en relación con el tema al que nos estamos refiriendo, contrastar la opinión de Jean Delumeau contenida en las págs. 276 y siguientes de su libro: "La Reforma", traducción de José Termes, cuarta edición, Barcelona, Editorial Labor S.A., 1985, en el que, al pronunciarse sobre las influencias mutuas entre católicos y protestantes, relaciona las distintas obras de los miembros de la Compañía del Santísimo Sacramento, las de los defensores del quietismo, singularmente de Fénelon, y las de los jansenistas, llegando a sostener que el jansenismo e incluso el prejansenismo pueden haber constituido "un puente" entre el catolicismo y el protestantismo.

(61) Ingold, A.M., "Bossuet et le jansénisme", Paris, 1897; Rébelliau, A., "Bossuet et le Jansénisme", Paris, 1898; Numerosos artículos de Bouix, (Revue des sciences ecclésiastiques, 1865), Cherot, (Etudes religieuses, I, 1899), Gazeau (Etudes religieuses, 1874-1877), Gazier (Revue politique et littéraire, 1875, T. I), La Broise (Revue des Facultés catholiques de l'Ouest, II, 552, 1893), y fundamentalmente la controversia de Th. Delmont y de Ch. Urbain de 1899 a 1906 (Revue du clergé français, T. XX, septiembre de 1899; T. XXV, enero de 1901).

(62) Voltaire, "El siglo de Luis XIV", versión directa de Nélida Orfila Reynal, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, pág. 493.

(63) En la Bula Cum occasione del 31 de mayo de 1653, Inocencio

X condenó cinco proposiciones del "Augustinus", sin querer con ello dar su aprobación al resto del libro. 1) La primera proposición plantea la imposibilidad, para un hombre justo (en determinadas circunstancias), de cumplir algunos mandamientos de Dios, por faltarle la gracia eficaz y por estar sometido a una delectación terrestre superior. La doctrina católica, en cambio, enseña que Dios da al justo gracia suficiente para observar todos los preceptos divinos. 2) La segunda proposición afirma que, en el estado de naturaleza caída, no se resiste nunca a la gracia interior. Al condenar esta aseveración, se quiere decir que la gracia no es irresistible: la voluntad conserva su libertad bajo el influjo de la gracia. 3) La tercera proposición pone de relieve que Jansenio no resuelve el problema de la libertad humana frente a la delectación superior, ya que para él, sólo la coacción exterior destruye la libertad, no así la necesidad. Ahora bien, un acto realizado por invencible necesidad no puede ser verdaderamente libre y, por tanto, tampoco meritorio. 4) Al rechazar la posibilidad, en el estado de naturaleza caída, de la gracia suficiente, Jansenio sostiene -en la cuarta proposición- que la voluntad humana carece de la facultad de resistir a la gracia o de obedecerle. 5) La última proposición queda así redactada: "Es semipelagiano decir que Cristo murió o que derramó su sangre por todos los hombres absolutamente". Así como las proposiciones anteriores fueron declaradas heréticas, ésta es considerada como falsa, temeraria y escandalosa. Y, entendida en el sentido de que Cristo sólo murió por la salvación de los predestinados, es condenada como herética. De este modo, frente a las restricciones de Jansenio, la doctrina católica insiste en la universal voluntad salvífica de Dios.

(64) Labrousse, Roger, en *Introducción a "Bossuet: Traité du Libre Arbitre"*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, Instituto de Filosofía, 1948, págs. 30 y 31.

(65) Calvet, J., obra citada, pág. 38.



(66) El Papa Alejandro VII, sucesor de Inocencio X, publicó, el 15 de febrero de 1664, la nueva Constitución Regiminis apostolici, en la que mandaba con amenaza de la censura eclesiástica, por desobediencia, que todos los eclesiásticos, hombres y mujeres, firmasen el siguiente formulario: Ego N. Constitutioni Apostolicae Innocenti X datae die 31 Maji anni 1653 et Constitutioni Alexandri VII datae die 16 Octobris anni 1656 SS. Pontificum me subjicio, et quinque propositiones ex Corn. Jansenii libro cui nomen Augustinus excerptas et in sensu ab eodem auctore intento, prout illas per dictas Constitutiones Sedes Apostolica damnavit, sincero animo rejicio et damno, et ita juro. Sic Deus me adjuvet, etc.

(67) "Oeuvres Oratoires de Bossuet", édition de Lebarq, T. IV, págs. 562 y 564.

(68) "Oeuvres Oratoires de Bossuet", édition de Lebarq, T. IV, pág. 615.

(69) "Oeuvres Oratoires de Bossuet", édition de Lebarq, T. V, pág. 58.

(70) Bossuet, "Sermón sobre la Justicia, en Sermones de Bossuet", traducción y prólogo de S. Juan Arbó, Barcelona, Luis Miracle editor, 1940, págs. 46 y 47.

(71) Bossuet, "Sermón sobre la Justicia, en Sermones de Bossuet", edición citada, págs. 49 a 58.

(72) Bossuet, "Sermón sobre la Justicia, en Sermones de Bossuet", edición citada, págs. 60 y 64.

(73) Bossuet, "Sermón sobre la Justicia, en Sermones de Bossuet", edición citada, págs. 69 y 72.

(74) Champailler, I., obra citada, pág. XXVII; y, Truchet, J.,

obra citada, pág. 9.

(75) "Oeuvres Oratoires de Bossuet", édition de Lebarq, T. VI, pág. 579.

(76) Calvet, J., obra citada, pág. 48.

(77) Champailler, I., obra citada, pág. XXVIII.

(78) Bossuet, "Oración Fúnebre de Enriqueta María de Francia, reina de Inglaterra, en Oraciones Fúnebres de Bossuet", traducción de Francisco Navarro Calvo, tercera edición, Madrid, Espasa Calpe S.A., 1968, págs. 18 a 42.

(79) Truchet, J., obra citada, pág. 10.

(80) Champailler, I., obra citada, pág. XXVIII.

(81) Calvet, J., obra citada, pág. 50.

(82) Pérez de Urbel, Fr. Justo, obra citada, pág. 33.

(83) Bossuet, "Sermón por la profesión de madame de la Vallière, duquesa de Vanjours, en Sermones de Bossuet", edición citada, págs. 221 y sgs.

(84) Luis XIV, "Memorias sobre el arte de gobernar", prólogo, selección y traducción de Manuel Granell, segunda edición, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina S.A., 1947, págs. 135 a 138.

(85) Mongrédien, Georges, "Luis XIV", traducción de J. Maceín, T. Cerdón, J. García Grau y A. Pérez, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1971, págs. 355 a 359.

(86) Bossuet, "De la instrucción del Serenísimo Delfín al Papa Inocencio XI". Esta carta se encuentra en la "Política deducida

e las propias palabras de la Sagrada Escritura", revista y traducida por Don Miguel Joseph Fernandez, tercera impresión, Madrid, 1789, Tomo I, págs. 53 a 87.

87) Bossuet, "De la instrucción del Serenísimo Delfín al Papa Inocencio XI", edición citada, págs. 54 y 55.

88) Bossuet, "De la instrucción del Serenísimo Delfín al Papa Inocencio XI", edición citada, págs. 57 a 62.

89) Bossuet, "De la instrucción del Serenísimo Delfín al Papa Inocencio XI", edición citada, págs. 63 a 67.

90) Bossuet, "De la instrucción del Serenísimo Delfín al Papa Inocencio XI", edición citada, págs. 69 y 70.

91) Bossuet, "De la instrucción del Serenísimo Delfín al Papa Inocencio XI", edición citada, págs. 70 a 73.

92) Bossuet, "De la instrucción del Serenísimo Delfín al Papa Inocencio XI", edición citada, págs. 75 a 80.

93) Bossuet, "De la instrucción del Serenísimo Delfín al Papa Inocencio XI", edición citada, págs. 82 a 86.

94) Giraud, Victor, "Bossuet", Paris, E. Flammarion, 1930, pág. 3.

95) Champailler, I., obra citada, pág. XXX.

96) Baumann, E., obra citada, pág. 93.

97) Truchet, J., obra citada, pág. 11.

98) De Maistre, J., "De l'Eglise gallicane dans son rapport avec le Souverain Pontife", Lyon, 1821; Gérin, Ch., "Recherches sur

l'Assemblée de 1682", Paris, 1869; Martimort, A., "Le gallicanisme de Bossuet", Paris, 1953; y, "L'établissement du texte de la Defensio declarationis de Bossuet", Paris, 1956.

(99) Bossuet, "Sermón sobre la Unidad de la Iglesia, en Sermones de Bossuet", edición citada, pág. 254.

(100) Champailler, I., obra citada, pág. XXX.

(101) Bossuet, "Oración Fúnebre de Miguel Le Tellier, en Oraciones Fúnebres de Bossuet", edición citada, pág. 167.

(102) Rébelliau, A., "Bossuet, historien du Protestantisme", Paris, 1892; Crouslé, L., "Bossuet et le protestantisme. Etude historique", Paris, 1901.

(103) Calvet, J., obra citada, págs. 70 y 71.

(104) Leibniz, G. W., "Escritos de filosofía jurídica y política", edición preparada por Jaime de Salas Ortueta, Madrid, Editora Nacional, 1984, pág. 532.

(105) Phélippeaux, J., "Relation de l'origine, du progrès et de la condamnation du Quiétisme répandu en France", S. I., 1732; Crouslé, L., "Fénelon et Bossuet", Paris, 1895; Brémond, H., "Apologie pour Fénelon", Paris, 1910; Delplanque, A., "Fénelon et la doctrine de l'amour pur d'après sa correspondance avec ses principaux amis", Lille, 1907; Sanson, H., "Saint Jean de la Croix entre Bossuet et Fénelon"; Schmittlein, R., "L'aspect politique du différend Bossuet-Fénelon", Bade, 1953; Cognet, L., "Le Crépuscule des Mystiques: Le conflit Fénelon-Bossuet", Tournai, 1958; De Caussade, "Instructions spirituelles en forme de dialogues sur les divers états d'oraison suivant la doctrine de Bossuet", publiées por H. Brémond sous le tittre "Bossuet, maître d'oraison", Paris, 1931.

CAPITULO SEGUNDO.- OBRA DE BOSSUET.

I.- OBRA RELIGIOSA.

A) OBRA ORATORIA.

B) OBRA MORAL.

C) OBRA ESPIRITUAL.

D) OBRA DOCTRINAL.

E) DIVERSAS OPINIONES EMITIDAS SOBRE LA OBRA RELIGIOSA DE BOSSUET.

II.- OBRA HISTORICA.

III.- OBRA POLITICA.

## CAPITULO SEGUNDO.- OBRA DE BOSSUET

### I.- OBRA RELIGIOSA

Al abordar la obra religiosa de Bossuet es preciso que distingamos en la misma al menos cuatro grupos o divisiones, enlazados entre sí por un denominador común; la defensa del Cristianismo, y marcados todos ellos por el sello especial y característico del autor.

El primero consistiría en su labor como predicador, su obra oratoria, y a éste pertenecerían; sus "Sermones", sus "Oraciones Fúnebres" y sus "Panegíricos". Podríamos distinguir un segundo grupo en el que el autor se nos presenta como moralista, y en donde sus obras tienen un marcado carácter de polémica, a éste pertenecerían; "Las Máximas y Reflexiones sobre la Comedia" y el "Tratado de la Concupiscencia". El tercer grupo es el compuesto por aquellas obras en las que Bossuet nos muestra su legado espiritual y al que pertenecerían sus; "Meditaciones sobre el Evangelio" y las "Elevaciones a Dios sobre todos los Misterios de la Religión Cristiana". Por último cabría hablar de sus obras doctrinales, grupo compuesto por; "El Tratado del Conocimiento de Dios y de si mismo", "El Tratado del Libre Albedrío" y la "Lógica".

#### A) OBRA ORATORIA

Bossuet fué muy conocido en su época, y lo es actualmente, por su elocuencia. Su Obra Oratoria está compuesta principalmente por sus "Sermones", "Panegíricos" y "Oraciones Fúnebres".

Freppel (1) distingue en la carrera oratoria de Bossuet tres períodos: el primero comprende los sermones que predicó en Metz, pronunciados sin interrupción desde 1652 a 1656, durante todo el año 1658 y una parte de los años 1664, 1665, 1666, 1667 y 1668.

La segunda parte estaría compuesta por los predicados en París, después del mes de abril de 1656 y hasta el mes de septiembre de 1670. La tercera parte se extendería desde 1681 a 1704 y comprendería los sermones predicados en la diócesis de Meaux y el discurso (sermón) sobre la Unidad de la Iglesia.

Se ha dicho que fué este sermón el único que publicó Bossuet a lo largo de su vida. Es anecdótico que de los casi doscientos sermones que se han encontrado (2), predicados a lo largo de sus veintidós años de obispado, Bossuet no publicara ninguno de ellos a excepción del indicado.

Gustave Lanson nos dice que Bossuet no ha publicado sus Sermones, solamente: sur l'Unité de l'Église (3); Jacques Truchet en el Prefacio que antecede al Sermón sobre la Muerte nos indica que el Sermón sobre la Unidad de la Iglesia es el único que publicó en 1681 (4), Lanson y Tuffrau en su obra conjunta, manifiestan que tan sólo ha publicado el Sermón Sur l'Unité de l'Église (1681) pudiendo considerarlo como el manifiesto del galicanismo (5); Yvonne Champailier constata que se poseen 235 sermones, incluidas las oraciones fúnebres, pero que se han perdido al menos 485, de los cuales se conocen los títulos, y que Bossuet no tuvo jamás la intención de publicarlos; imprimió solamente el sermón sur l'Unité de l'Église à l'ouverture de la fameuse Assemblée (6); J. Calvet afirma que Bossuet no publica sus sermones (7); Maury significa que Bossuet no se dignó jamás poner sus sermones en limpio y que, además, tenía la costumbre de decir que no los había escrito (8); Moland asevera que Bossuet no coleccionó ni publicó él mismo sus obras oratorias, que sólo sus principales oraciones fúnebres fueron impresas durante su vida, y en cuanto a la multitud de discursos que había pronunciado en la cátedra, que nunca pensó en darlos al público ni en perpetuar su recuerdo (9); Voltaire, en el "Siglo de Luis XIV", se pronuncia en el mismo sentido que los anteriores al decirnos que Bossuet no publicó sus sermones (10); Gandar, por su parte, opina al respecto: "De los casi doscientos sermones pronunciados en la

cátedra y que hoy podemos leer, Bossuet tan sólo publicó siete. Dejó caer en el olvido tanto sus oraciones fúnebres, como los sermones; incluso la oración fúnebre de la reina madre, pronunciada en 1667, de la que ni siquiera se ha recuperado el manuscrito. La de la reina de Inglaterra no ha sido impresa hasta 1669, bajo la instancia de la Duquesa de Orleans, su hija. Diez meses más tarde, después de la muerte de esta princesa, también se publicó su oración fúnebre, ya que ésta tenía el mismo deseo. Desde entonces se publicaron sus cuatro últimas oraciones fúnebres, el obispo de Meaux no hizo más que ceder a la voluntad de las familias y obedecer la costumbre". En otro lugar de su estudio nos dice: "Cuando pronunció el sermón sobre la Unidad de la Iglesia en la famosa Asamblea del clero francés, el 9 de noviembre de 1681, fué necesario que lo imprimiera, ya que se trataba de una obra de controversia y era necesario que lo pudieran leer en Roma y en toda Francia. El sermón para la Profesión de fé de Mme. de la Vallière y después la oración fúnebre de Nicolas Cornet, fueron dados al público en vida de Bossuet, pero por manos extrañas. Es suficiente decir que Bossuet jamás tuvo la idea de recopilar sus sermones" (11).

Llegados a este punto de nuestro trabajo, la pregunta es obligada: ¿Habían sido escritos, los sermones, por Bossuet? Esto se ha dudado durante la primera mitad del siglo XVIII.

Ledieu, secretario del Prelado, es el que más ha contribuido a propagar esta opinión. En sus Memorias dice que: "El Abad Bossuet nunca llevó a la Corte Sermones estudiados, y preparados, no le era posible pensar en ellos, antes de pronunciarlos, sino muy pocos días, y algunas veces pocas horas". En otra parte de sus Memorias añade: "El gran número de Sermones manuscritos que dejó, son una prueba de ésto. Están en cuadernos con la nota de, Quaresma I, Quaresma II, Adviento I, o Adviento II, u otras semejantes. Por la mayor parte, son una o dos hojas volantes, donde hay un texto al principio, y un racionio, y al margen escrito. Para el Exordio; una división, y dos o tres miembros,



siempre anotados con distinción a continuación del texto, o del designio del Exordio; y para el cuerpo del Sermón sólo se encuentran algunos pasajes de Santos Padres" (12).

Por esto asegura el P. de la Rue que: "No se han podido recoger después de su muerte, sino hojas sueltas, que sólo contienen el plan del discurso, el origen de los movimientos, y de los golpes que debían servir de nervios y adornos..." (13).

El historiador Burigny en la vida que escribió de Bossuet adopta la relación de Ledieu y del P. de la Rue, pese a manifestar: "El depositario de los papeles del Señor Bossuet tiene muchos planes de sus Sermones, y algunos enteros, que se cree ser los primeros que publicó" (14).

Todo lo que había escrito Bossuet se hallaba, al final de su vida, contenido en grandes cartapacios y, a su muerte, fueron entregados a su sobrino, nombrado Obispo de Troyes en 1710, el cual los prestó y muchos de ellos se perdieron. A la muerte del Obispo de Troyes en 1743, los documentos repartidos que había en Meaux fueron enviados a M. de Chasot, primer Presidente del Parlamento de Metz e hijo menor de una de las hermanas de Bossuet.

Fué el abad Leroy el que se encargó de buscarlos en Troyes y Meaux, y adquirirlos para la biblioteca del Rey y posteriormente entregarlos al abad Lequeux, encargado de supervisar la gran edición de las obras de Bossuet. Del estado de la relación en el momento de la entrega de los manuscritos se mencionan quince o veinte discursos, la mayoría autógrafos, entre los cuales se distinguen varios sermones para la fiesta de la Santa Virgen, sobre el Honor del Mundo, con un elogio a M. el príncipe de Condé, y al panegírico de San Francisco de Sales. El contrato de venta y el proceso verbal de la entrega fueron señalados para el 30 de enero de 1768 en el monasterio de Blancs-Manteaux, por el abad Leroy, por el Abad Lequeux y por cuatro

religiosos que habían sido encargados de reconocer la autenticidad de las piezas y de hacer una estimación de las mismas.

Unos meses más tarde, en los últimos días de abril, Claude Lequeux moría inesperadamente. Por esta causa, el Rey, mediante una carta fechada a 29 de mayo, designó a los cuatro benedictinos para continuar la edición en la que Lequeux había trabajado hasta su fallecimiento. Al final de dos procesos verbales en ese mismo año, se encuentra entre los cuatro religiosos, y por primera vez, un nombre digno de elogio, el del benedictino Dom Jean-Pierre Déforis.

Déforis desde que fué elegido para continuar la edición de las obras de Bossuet, se absorberá totalmente en este trabajo durante veinticuatro años, período en el que fué ayudado por el benedictino Dom Coniac. El fruto de esta gran labor dió lugar a la primera edición -edición especial- de los Sermones de Bossuet que vió la luz en París en el año 1772 (15), la cual se publicará tan sólo dos años más tarde, traducida al castellano, en Valencia (16).

Déforis nos indica que el Señor Obispo de Troyes los poseyó por muerte del Señor Bossuet su tío; y por las copias que él mismo hizo de algunos de estos Sermones, vemos que no ignoraba absolutamente las riquezas de que era depositario. Quizás le detuvieron el intento de publicarlos, las dificultades que encontraba de poner en orden todos estos discursos.

Por muerte del Señor Obispo de Troyes, los recogió con otros muchos manuscritos del Obispo de Meaux, el Presidente Chasot, sobrino del primero: y se han conservado en su familia hasta que emprendimos nuestra Edición. Apenas la habíamos empezado, y a las menores insinuaciones, nos han comunicado con libertad las viudas de Chasot, M. de Montholon su hermano, y M. de Choppin de Arnouville su yerno, cuanto poseían. Y en esta multitud de

manuscritos adquiridos, hemos descubierto la mayor parte de los Sermones que hoy publicamos.

Nunca explicaremos con exactitud el estado informe a que estaban reducidos estos Sermones, y cuanta repugnancia encontrábamos al copiarlos y examinarlos. Escritos sobre hojas sueltas muy confusas, y con muy mala letra. Llenos de borrones, cargados de interlineados de una letra muy menuda, y tenían añadidas por encima muchas palabras para servir de variantes. A esto se agregaban multitud de transposiciones casi ininteligibles y adiciones de toda especie, haciendo el trabajo mucho más penoso y largo, gran número de textos latinos sin citas por lo común (17).

Y para destruir la opinión tan generalizada, ya en la época, de que Bossuet no escribía sus Sermones, Déforis se pregunta: ¿Cómo podemos publicar una colección de Sermones de Bossuet, si todos nos aseguran que no los escribía, y él mismo lo declara expresamente en una carta?.

No obstante, ¿qué pueden todas las autoridades contra la evidencia que desmiente el hecho que ellas afirman? Poseemos los originales de los Sermones impresos en esta Colección, y además una Carta de Bossuet cuya copia original se ha conservado entre sus manuscritos que dice: "Exmo. Sor. Incluyo a V.E. una señal de mi obediencia, que acredita no puedo olvidar lo que V.E. manda. Envío a V.E. un Sermón que por su bondad me ha pedido mucho tiempo ha de palabra y por escrito. Este deseo es hijo de la bondad de V.E. pues para juzgar este regalo digno de su persona, deve tener mucha. De todos modos, lo pongo en manos de V.E. y toma la libertad de ofrecerselo, no por la estimación que dèl hago, sino por la que V.E. le manifiesta. Quizàs se la perderà V.E. al leerlo, y quando así suceda, no tendrè menos gusto de aver obedecido a V.E. tendre satisfacción de que V.E. como se lo ruego aumente la estimación de mi afecto, aunque sea con perjuicio de la que pudiera tener à mi capacidad". Ya no queda

duda de que el Señor Bossuet ha escrito algunos de sus Sermones, y todo demuestra que los que damos al público han salido realmente de su pluma (18).

Déforis no sólo se limita a aseverar la autenticidad de los Sermones que publica, sino que nos ofrece en su trabajo abundantes datos y notas referidos a la predicación de Bossuet, así como los elogios sobre el autor efectuados por el P. Rue (19); por el abad de Choisy (20); del abad de Clerambault (21); las críticas de la Bruyère (22); o el juicio que se contiene sobre Bossuet en la pág. 562 del Diario de los Sabios de 1704 (23); o la comparación que efectúa el abad Collin entre Bossuet y Flechier (24); o el comentario recogido del abad Gros de Besplas (25); o la opinión de Rollin -Trat. de los Estud. Tomo I- (26); de Trublet -Reflexiones sobre la elocuencia del púlpito- (27); de Noailles (28); o de Voltaire (29); y lo que el mismo Bossuet entendía sobre cómo debería ser un predicador evangélico (30); o el juicio que formula el propio Bossuet sobre San Agustín (31). Se indica asimismo que Bossuet predicó seis Cuaresmas, la primera en los Mínimos; la segunda en los Carmelitas; la tercera al Rey; la cuarta en el Valle de Gracia; la quinta en Santo Tomás del Louvre; y la sexta al Rey. Predicó cuatro Advientos, tres ante el Rey, y uno en Santo Tomás del Louvre (32).

Déforis publica en 1772 tres volúmenes que forman los tomos IV, V y VI de las obras de Bossuet, en 1778 la primera parte del tomo VII y el VIII, este último contiene las Oraciones Fúnebres. Más tarde, cuando le entrega la viuda de Chasot y M. de Montholon los documentos que tenían en Metz, publica la segunda parte del tomo VII, que contiene los Panegíricos.

El benedictino rehizo los sumarios, tradujo los textos de la Escritura que no estaban traducidos, completó las frases imperfectas, llenó lagunas y desarrolló en ocasiones, a su manera, una idea indicada simplemente por el autor. Sin embargo, señaló cuidadosamente con corchetes sus adiciones al texto de

Bossuet.

Incurrió en un error más grave, cuando halló dos o tres redacciones casi semejantes del mismo sermón predicado en épocas diferentes, reunió trozos de unos y de otros, y por este medio formó un solo discurso juntando el contenido de dos o tres. Esto desnaturalizaba profundamente la obra de Bossuet, pero felizmente, sólo se verificó en muy pocas oraciones.

Déforis no pudo acabar la edición de las obras de Bossuet, ya que, aunque se declaró contra la revolución, fué acusado de ser el autor de la constitución civil del clero: Protestó por medio de una carta dirigida a la Gazette de France. Esta carta hizo que le prendieran a consecuencia de las matanzas de septiembre. Estuvo sucesivamente encerrado en la Fuerza, el Luxemburgo y la Conserjería. Condenado a muerte por el tribunal revolucionario fué conducido al suplicio el 25 de junio de 1794. Llegado al pié del cadalso, pidió y obtuvo que le guillotinasen el último para poder exhortar a las víctimas que debían precederle, murió como un mártir.

La edición de las obras de Bossuet -empezada por Lequeux y continuada por Déforis- fué terminada por el librero Lamy (como después veremos), a quien el benedictino, temiendo por su vida, había dado órdenes de enviar, veinticuatro horas después de su muerte, todos sus documentos.

El librero Antoine Boudet que también imprimió las Oraciones Fúnebres de Bossuet, quería conocer el parecer del abad Maury al respecto e incluyó, al principio de su edición de los sermones, un Discurso Preliminar escrito por el abad, lo que hizo reivindicar sus derechos a Déforis, por lo que tuvo que publicar de forma independiente las "Reflexions sur les sermons nouveaux de Bossuet" (33).

La opinión de los entendidos había cambiado en este

intervalo de tiempo. Se habían leído poco los sermones, pero se llamó la atención de los estudiosos por un triple suceso: por la publicación, en 1808 por el librero Lamy, de la segunda edición completa de los sermones de Bossuet (34); por la publicación, en 1814 por M. de Bausset, de la "Historia de Bossuet" (35); y, por la bella edición de sus obras completas, preparada en San Sulpicio, impresa en Versalles entre los años 1815-1819. Los tomos XI al XVII, que contienen los Sermones, Panegíricos y las Oraciones Fúnebres, aparecieron en 1816 (36).

Cuarenta años más tarde el abad Vaillant, ante los errores de hechos y fechas acreditados por M. de Bausset, se propuso elaborar una edición sobre los sermones de Bossuet, revisando enteramente los manuscritos, y presentó una tesis en la Facultad de Letras de París: "Études sur les sermons de Bossuet, d'après les manuscrits" (37). Esta tesis, muy incompleta y realizada con mucha rapidez, tuvo el gran mérito de rectificar muchos errores existentes sobre el tema, y sirvió en gran manera a los interesantes estudios que realizó M. Floquet sobre la vida de Bossuet (38).

Para terminar, diremos que el difícil trabajo comenzado por Vaillant, que murió muy joven, fué continuado y terminado por M. Lachat, el cual publicó las "Obras completas de Bossuet" en 31 vol. (39). Los tomos VIII al XII, que contienen los Sermones, Panegíricos y las Oraciones Fúnebres, aparecieron desde 1862 a 1864. Lachat, que quería Bossuet, sólo Bossuet y nada más que Bossuet, para realizar su edición consultó y estudió minuciosamente los manuscritos, y suprimió todo el trabajo de Déforis, como eran los sumarios, las traducciones e interpolaciones de las primeras ediciones. Del mismo modo, reconstituyó varios sermones que el benedictino había amalgamado.

Por último, y en relación con los Sermones, cabe decir que, además de la traducción que efectuó D. Domingo Morico en 1774, existe otra traducción más reducida de los mismos realizada por

S. Juan Arbó en 1940 (40), que contiene un breve pero interesante prólogo en el que además de los apreciables juicios sobre Bossuet que efectúa el traductor, se recogen opiniones de Brunetière (41), su gran defensor, y del P. Neuville (42), conteniendo once de sus sermones más significativos.

Para efectuar un juicio crítico sobre los sermones de Bossuet es preciso que nos centremos sobre los manuscritos subsistentes de gran número de ellos, ya que, en la actualidad, no nos es posible realizar otra cosa.

Al contemplar los sermones de Bossuet apreciamos que están trabajados con el mayor esmero, pero observamos que tienen distinto carácter según el período al que pertenecen de la carrera evangélica del autor. Esta carrera puede dividirse en tres partes que corresponden a las ciudades en que Bossuet ejerció su ministerio. Empezó a predicar en Metz en el año 1652, como ya hemos dicho. Este período es el de la juventud del orador y en él Bossuet escribe sus sermones apresuradamente. Es la época de los ensayos. Los sermones predicados se resienten del gusto general predominante, pero ya se encuentra en ellos planes superiormente concebidos, ideas nuevas y rasgos de admirable elocuencia.

El segundo período corresponde a la estancia de Bossuet en París. Es la época de su madurez y a ella corresponden sus obras maestras oratorias.

La tercera parte comprende la época en que Bossuet fué nombrado obispo de Condom y preceptor del Delfín, período en que predicó muy poco.

Cuando se le nombra obispo de Meaux en 1682, reanuda el curso de su apostolado, pronunciando numerosas oraciones, exhortaciones y conferencias pastorales. Bossuet, como siempre, tiene la costumbre de escribir antes de predicar, pero en este

tiempo ya no traza más que bosquejos rápidos antes de subir a la cátedra. Se limita a poner por escrito la división del sermón, en dos o tres partes, y algunos textos de la Escritura. Su elocuencia ha tomado una nueva forma y ha adquirido la familiaridad y la unción del doctor de la primitiva Iglesia.

Consideramos que los Sermones de Bossuet son la obra capital de su vida. No hay ninguno de sus trabajos posteriores que no sea el desarrollo de alguno de sus sermones.

Todo el tema de las "Variaciones de las Iglesias Protestantes" se encuentra en el primer punto de un sermón predicado, en la investidura de un nuevo católico, por Bossuet a la edad de 25 años. El "Discurso sobre la Historia Universal" no es más que el magnífico comentario de la segunda parte de un sermón para el noveno domingo de Pentecostés, igualmente compuesto en Metz. El germen de su filosofía moral está en el sermón sobre la Ley de Dios. La "Política deducida de las propias palabras de la Sagrada Escritura" no hace más que sistematizar y coordinar las ideas y los principios diseminados en sus viejos sermones sobre los "Deberes de los Reyes" y sobre la "Justicia", predicados en 1662 y 1666 respectivamente, como posteriormente veremos, con más detenimiento, al estudiar su obra histórica y su obra política.

Freppel distinguía, como ya hemos indicado, tres períodos en la carrera oratoria de Bossuet. Esta división se aplica igualmente a sus Oraciones Fúnebres. Las dos primeras en Metz, las cinco siguientes en París, y las cuatro últimas en Meaux.

Pronunció once oraciones fúnebres: Yolanda de Monterby (1656), Henry de Gornay (1658). Estas dos en Metz, las cinco siguientes en París: El Padre Bourgoing (1662), Nicolás Cornet (1663), Ana de Austria (1667), Enriqueta de Francia (1669), Enriqueta de Inglaterra (1670) y las cuatro restantes en Meaux: María Teresa (1683), Ana de Gonzaga (1685), Le Tellier (1686), El



Príncipe de Condé (1687). Las seis últimas fueron publicadas por Bossuet, la de Ana de Austria se ha perdido y la de Nicolás Cornet es incierta.

Existen en castellano cuatro ediciones de sus Oraciones Fúnebres. La primera data de 1879 (43). Contiene tan sólo tres Oraciones Fúnebres: la de la Reina de Inglaterra; la de la Duquesa de Orleans; y la del Príncipe de Condé. Rafael Ginard de la Rosa nos indica que la oración fúnebre de la Reina de Inglaterra es sin duda su obra más acabada (44), pero además, nos manifiesta, al hablar de su obra del Conocimiento de Dios y de sí mismo, que Bossuet desenvuelve las doctrinas cartesianas sin comprender su trascendencia (45); le considera sospechoso por su ultramontanismo (46); dice que sus errores son tan numerosos como sus libros (47); que no respeta gran cosa la verdad histórica cuando trata de cumplir sus deberes de panegirista (48); que es cortesano más que sacerdote (49); y que pertenece a la raza temible de los sofistas convencidos (50).

Existe otra edición de sus Oraciones Fúnebres que data de 1911 (51), la cual contiene seis Oraciones Fúnebres precedidas de un compendio biográfico del personaje: Enriqueta María de Francia; Enriqueta Ana de Inglaterra; María Teresa de Austria; Ana Gonzaga; Miguel Le Tellier; Luis de Borbón. Príncipe de Condé.

D. Francisco Navarro y Calvo en las primeras cuarenta páginas de su obra recoge diversas e interesantes opiniones vertidas sobre Bossuet por La Harpe (52); por Chateaubriand en su obra "El Genio del Cristianismo" (53); por Dussault en su "Noticia acerca de Bossuet" (54); y por Mr. Villemain en el Discurso de apertura del curso de Elocuencia Francesa (55). Desde la pág. 40 a 68 se exponen datos biográficos de Bossuet extraídos del Barón de Barante, de la Academia Francesa.

La obra anterior está publicada en la actualidad por Espasa

Calpe en el año 1968 (56) si bien carece del prólogo de Navarro y Calvo. Quiero significar que éste es el único libro de Bossuet que todavía hoy se encuentra en librerías.

Hay en castellano, por último, otra versión de sus Oraciones Fúnebres en un libro de 1951 (57). En el mencionado libro aparecen cuatro Oraciones Fúnebres: Enriqueta María de Francia, Reina de Gran Bretaña; Enriqueta Ana de Inglaterra, Duquesa de Orleans; Ana Gonzaga de Cléveris, Princesa Palatina; Luis de Borbón, Príncipe de Condé. Tres Panegíricos: de San Francisco de Sales; de San Francisco de Asís; y de Santa Teresa, y el texto completo del Tratado del Libre Albedrío, dividido a su vez en once capítulos, además de noticias muy concisas de la vida y obras de Bossuet (58).

De entre las ediciones en lengua francesa que hemos consultado en relación con las Oraciones Fúnebres de Bossuet, podríamos destacar, por su importancia: la de Thomas (59); la de Lefèvre (60); y la de J. Roger Charbonnel (61).

Nosotros consideramos que Bossuet hizo de las "Oraciones Fúnebres" un "Sermón" y las marcó con su sello personal abordando los temas como historiador, por ello se informaba de aquellos que habían conocido y convivido con los personajes. No podemos, sin embargo, relevar en el autor errores y omisiones graves. A veces sobrepasa el plan de la crónica exacta e inserta sus opiniones en la historia general. La primera parte de la "Oración Fúnebre de la Señora" completa la idea que tenemos de la Corte de Francia entre 1660 y 1670; "La Oración Fúnebre del Príncipe de Condé" aporta información exacta sobre la historia militar de Francia durante un tercio de siglo; "La Oración Fúnebre de Enriqueta de Francia" presenta las causas y rasgos de la revolución de Inglaterra.

Sus oraciones fúnebres no son únicamente discursos teológicos y religiosos, porque las tendencias más amplias de la

política se mezclan en ellas con las instrucciones del cristianismo.

La religión y la política son los dos ejes fundamentales sobre los que giran principalmente todas las cosas humanas. Son los dos intereses que tocan más poderosamente a los hombres; y estos dos intereses, estrechamente relacionados entre sí, y en cierto modo fortaleciéndose reciprocamente, son los dos resortes que mueven siempre la elocuencia de Bossuet.

A la vez profeta, doctor de la iglesia, profundo político, historiador sublime, Bossuet es uno de los hombres que han comprendido mejor el conjunto de los asuntos humanos y de las cosas divinas, el cristianismo y la política: esta doble ciencia es, sin duda, una de las fuentes de aquella elocuencia singular que le caracteriza y que escapa a toda comparación, de la misma manera que se levanta sobre toda rivalidad.

#### B) OBRA MORAL

Cuando hablamos de Bossuet como moralista, enseguida pensamos en obras con un marcado carácter de polémica: "Las Máximas y Reflexiones sobre la Comedia" y el "Tratado de la Concupiscencia" son las obras más significativas de este grupo, nacidas ambas alrededor de 1694.

Las Máximas y Reflexiones sobre la Comedia (62) son una pieza de eterno debate, un ajuste de cuentas. Se aborrecía a los comediantes porque -en la época- estaban excomulgados; pero se disfrutaba de los espectáculos que éstos producían. Bossuet quizás por su formación espiritual y por su genio, se pronunció con demasiada severidad, hubiera sido más provechoso el emplear más ecuanimidad y menos cólera, el resultado hubiera sido el mismo, pero Bossuet veía en el teatro algo peligroso para la moral y arremetió contra él con toda la fogosidad que le era

posible, por ello escribió contra Molière, Racine y Corneille, y en suma contra todo el teatro pasado, presente y futuro.

El Tratado de la Concupiscencia trata sobre un tema muy diferente. En primer lugar diremos que este título no es de Bossuet: el manuscrito, autógrafo, de 1694, no llevaba ningún título. El sobrino de Bossuet, que lo publicó en 1731, lo llamó exactamente "Consideraciones sobre estas palabras de San Juan: No amad al mundo", pero el título de Tratado de la Concupiscencia que añadió, probablemente por la preocupación de la actualidad teológica, no podía más que sorprender al lector. En él no se habla nada de la cuestión de la naturaleza de la concupiscencia, que dividía a católicos y protestantes, católicos, ortodoxos y jansenistas. Es simplemente una meditación sobre un tema que tiene un lugar común en el cristianismo, una meditación solitaria para fijar su pensamiento a lo largo de los XXXII Capítulos en los que se divide el Tratado, pudiendo ser ésta la más personal de sus obras como moralista, e incluso simplemente, su obra maestra (63).

En la magnífica Introducción de Edmundo González Blanco fechada en Luanco a 12 de Agosto de 1928, se analiza con gran profundidad a lo largo de cuatro capítulos la postura y el contenido de la obra que Bossuet realizó en su lucha contra el quietismo o misticismo reglamentado, fruto de la cual fué este "Tratado de la Concupiscencia" (64); indica que Bossuet se declara pietista pero no místico (65); que llega a declarar que la concupiscencia, que es el amor del placer, puede ser constantemente vencida pero nunca destruida y que ningún hombre permanece de continuo sin pecado, por lo cual la obligación de orar y de humillarse subsisten aún para el justo. *L'amour propre parvient à L'entière destruction del amour de Dieu ... La concupiscence peut être vaincue, mais non pas éteinte ni entierment désarmée* (66); que la sociedad reposa en la unidad religiosa, de donde deriva, según Bossuet, la unidad política. Por eso se opuso con tantas fuerzas al protestantismo. Rota

concupiscentemente la unidad religiosa, el protestantismo rompió también la unidad política, y los pueblos quedaron clasificados según sus creencias (67); Gerson declaraba que vale más seguir a los teólogos doctos, que conocen las reglas, que a los devotos (68); en igual sentido San Francisco de Sales y Santa Teresa de Jesús (69); dice que Bossuet no sólo en moral sino en metafísica puso límites al misticismo, inspirándose en San Agustín e inclinándose a la doctrina platónica y mística de la intuición racional de Dios (70); que escribió en colaboración con Fénelon una Refutación de Malebranche, cuyas objeciones alcanzaron al optimismo de Leibnitz (71); que Bossuet reprochó a Descartes el que, en su método, hubiese descuidado de todo punto el elemento tradicional y de creencia, que se encuentra en la constitución de la razón humana, elemento que sacrificó enteramente a la evidencia. De esta suerte el método de Descartes quedó exclusivo e incompleto, la armonía entre filosofía y religión se hizo más difícil preparándose futuros y grandes conflictos (72); que le faltó originalidad filosófica, y que, en la teología natural, se atuvo a la tradición de Santo Tomás sin llegar, con Descartes, a la metafísica voluntarista de Duns Scott. El Dios de Bossuet no es una voluntad superior al pensamiento propiamente dicho, sino más bien un pensamiento que somete la voluntad a sus leyes. Es la razón universal siempre existente y siempre entendida. Es el sol de las inteligencias descrito por Platón (73); Bossuet no sigue a Santo Tomás en psicología en el problema concerniente al alma de los animales y discrepa mucho de Santo Tomás en su concepción del "yo" (74); admitía un positivo dualismo en el "yo" o compuesto humano. Para Bossuet el "yo" es un todo natural en que alma y cuerpo son partes que se favorecen y ayudan. Este criterio se asemeja al de Fénelon y Malebranche, pero difiere del de Leibnitz, el cual entendía ser el "yo" un amontonamiento de mónadas regidas por una mónada de superior calidad (75); de la concepción de la existencia y del ser de Dios infiere Bossuet su perfección y su eternidad. Lo que llamamos Dios es un ser real, anterior a todo lo imperfecto, y que, siendo él mismo independiente e inmutable, lo domina y lo mueve todo por el poder

de su voluntad omnímota (76); del ser de Dios deduce también su unidad y su eterna beatitud (77); Bossuet dice que Dios puede incesantemente añadir nuevas perfecciones al mundo, sin salvar nunca la distancia infinita que separa la perfección relativa de las criaturas de su propia y absoluta perfección. No siendo infinita la creación no puede procurar a Dios ninguna perfección nueva, ni darle grado alguno de existencia, y en esto consiste, según Bossuet, el fundamento de la soberana libertad del acto creador. La necesidad en Dios la constituye su propia naturaleza y se determina por la producción de las tres personas divinas, por el desarrollo de su vida esencial y por su causalidad interna. Fuera de la esfera de lo infinito empieza el imperio de la libertad divina (78); aceptó el axioma cartesiano de que crear es conservar y conservar es crear, y de que la conservación del mundo es por ende una creación continua; pero rechazó el corolario de que sea absolutamente imposible una creación de esencia o de materia (79); Bossuet muestra escasa originalidad teológica en el "Tratado", ya que San Pablo inspiró a San Agustín y éste inspiró a Bossuet. No trata de ocultarlo pues les cita multitud de veces, copia numerosos pasajes de sus escritos, comenta sentencias de ellos y muestra las sendas trazadas por los mismos (80); donde la personalidad y el genio de Bossuet se destacan con más relieve es en el aspecto psicológico y ético de su libro (81).

### C) OBRA ESPIRITUAL

Podríamos decir que las obras de piedad más representativas en las que Bossuet nos muestra su legado espiritual son las "Elevaciones del alma a Dios sobre todos los Misterios de la Religión Cristiana" y las "Meditaciones sobre el Evangelio".

Las "Elevaciones del alma a Dios sobre todos los Misterios de la Religión Cristiana" (82) fueron escritas hacia 1695 para las religiosas de Meaux y publicadas en 1727. Bossuet, en los

nueve capítulos en los que a su vez está dividida la obra, se nos muestra como teólogo, metafísico, olvidándose para quien escribe, abandonándose a la contemplación, y elevándose sobre las más altas cimas de la especulación.

Las "Meditaciones sobre el Evangelio" (83) fueron escritas en 1695 para las ursulinas de Meaux y enviadas a éstas para sostener sus reflexiones y sus oraciones (un cuarto de hora por la mañana y un cuarto de hora por la tarde). Fueron dadas al público en 1731. Bossuet se puso al frente de dos Sermones de Jesucristo, el Sermón de la Montaña y el Sermón de la Última Cena, el primero contiene en abreviado la nueva ley y define el espíritu, el segundo contiene las instrucciones de Jesús entre el Domingo de Ramos y la Última Cena, son una especie de conversación a media voz de oraciones.

El autor las divide en cuatro partes. En la primera nos da, como decíamos antes, un compendio del Sermón de la Montaña, resumen de la doctrina y moral cristiana. En la segunda parte vuelve a tomar el hilo de los sermones que hizo Jesucristo desde el Domingo de Ramos hasta la Última Cena. El que hizo a sus Apóstoles durante la Cena termina esta segunda parte y ocupa toda la tercera. La cuarta comprende las meditaciones sobre los sermones o discursos que hizo Jesucristo después de la Última Cena.

Francisco Martínez Moles (84) nos dice que las Meditaciones sobre el Evangelio se compusieron en 1695 y se envió una copia manuscrita a las religiosas de la Visitación, las cuales conservan la Carta y el Manuscrito. Su sobrino las publicó en 1731. Miguel Fichant quiso probar que las Meditaciones no eran de Bossuet, por ello, su sobrino en 1734 publicó una instrucción pastoral que desvaneció las objeciones. Otro crítico afirmó que éstas sí eran de Bossuet, pero que no eran una obra completa, sino un ligero ensayo. Su sobrino refutó de nuevo afirmando que las había leído varias veces con Bossuet, que éste le mandó

publicarlas, y que si éste hubiera descubierto en ellas la más leve semilla de error, no las hubiera enviado a las religiosas.

Hay otra versión en castellano más moderna de esta obra y que data del año 1955 (85) en la que se transcribe la carta que envió Bossuet a las religiosas, fechada a seis de Julio de 1695. Las compuso, se indica, especialmente para Mme. Cornau y Mme. Albert de Luynes y algunas otras religiosas de la Visitación, transcribiéndose también, en el mencionado libro el epitafio que está en el sepulcro del propio Bossuet.

La carta original dedicatoria del libro, conservada en la actualidad por las religiosas del Monasterio de la Visitación de Santa María de Meaux, dice lo siguiente: "Yo os envío, hijas mías, estas Meditaciones sobre el Evangelio, porque confío que vosotras seréis las que habéis de obtener de ellas los frutos más abundantes. Las empecé a ruegos y para la utilidad de algunas de vosotras, pero las habéis recibido con tanta alegría que he considerado que debían ser para todas. Recibidlas, pues, como un testimonio del santo afecto que me une a vosotras, como verdaderas y humildes hijas que sois de San Francisco de Sales, que es el honor del Episcopado y a la luz de nuestro siglo. Soy de vosotras, en el santo amor de Nuestro Señor Jesucristo, mis hijas queridas, vuestro afectuoso servidor. J. Benigno, obispo de Meaux. En Meaux, a seis de Julio de mil seiscientos noventa y cinco.

El epitafio al que hacíamos referencia es del tenor siguiente:

A. O.

HIC QUIESCIT RESURRECTIONEM EXPECTANS,  
JACOBUS BENIGNUS BOSSUET,  
EPISCOPUS MELDENSIS, COMES CONSISTORIANUS,



SERENISSIMI DELPHINI PRAECEPTOR,  
SERENISSIMAE DELPHINAE,  
DEINDE SERENISSIMAE DUCIS BURGUNDIAE  
ELEEMOSYNARIUS;  
UNIVERSITATIS PARISIENSIS  
PRIVILEGIORUM APOSTOLICORUM CONSERVATOR,  
AC COLLEGII REGII NAVARRAE SUPERIOR.  
OBIIT ANNO DOMINI MDCCIV, DIE XII APRILIS,  
ANNOS NATUS LXXVI, MENSES VI,  
ET DIES XVI.  
VIRTUTIBUS, VERBO AC DOCTRINA CLARUIT  
IN EPISCOPATU ANNOS XXXV,  
E QUIBUS MELDIS SEDIT XXIII.  
JACOBUS BENIGNUS ABBAS BOSSUET, ABBAS  
S. LUCIANI BELLOVACENSIS, ET ARCHIDIACONUS  
MELDENSIS, PATRUO COLENDISSIMO LUGENS  
POSUIT.

Pese a que hemos citado, dentro de este apartado que denominamos obra espiritual de Bossuet, las Elevaciones del alma a Dios sobre todos los Misterios de la Religión Cristiana y las Meditaciones sobre el Evangelio como las obras más significativas de este grupo, no podemos olvidar dentro del mismo otras obras del autor, como: "Doctrina Espiritual de Bossuet extraída de sus obras" (86). La traducción de la obra "Doctrine Spirituelle de Bossuet", extraída y compilada de sus obras por autor anónimo, es de una edición publicada por el librero Charles Doniol, de París, en 1855.

El escritor anónimo, en el prólogo de la edición traducida, dice: "Con el propósito de perpetuar y prolongar el bien que puedan producir los escritos espirituales de Bossuet, hemos pensado en reunir algunos extractos y publicarlos en un volumen con el título de: Doctrina Espiritual de Bossuet ..., todo lo que el Santo Obispo ha dejado sobre espiritualidad se encontraba distribuido, aquí y allá, en cien lugares diversos ..., ayudado,

con el concurso de personas piadosas e ilustradas, hemos recogido esos documentos dispersos para reunirlos en una obra de un solo cuerpo, y después, para reproducir fielmente el texto de Bossuet".

En igual sentido que el anterior nos encontramos con el "Tratado de la Usura" (87). Es una traducción libre, según se dice en la Introducción (88) del "Tratado sobre la Usura" que escribió Bossuet en 1682 contra Grocio, con extensión de sus pensamientos y acomodación de los mismos a las apologías de la usura.

En igual sentido que las anteriores, y dentro de las obras que encuadramos en este grupo, nos encontramos con un librito destinado a consolar los espíritus cristianos, se titula: "Delicias de las Almas Afligidas o Cartas de Consuelo". El autor es Olivier, obispo de Evreus (89).

Por último, y para terminar este capítulo relativo a la Obra Espiritual de Bossuet, cabe decir que existe traducción en castellano, además de las indicadas precedentemente, de las siguientes obras espirituales del autor:

- "Doctrina de la Iglesia en materias de controversia", Madrid, 1730.
- "Exposición de la Doctrina de la Iglesia Católica", Madrid, 1751.
- "El célebre catecismo de la doctrina cristiana", traducción de Miguèl Joseph Fernandez, Madrid, 1770 (438 págs.). Esta obra se reeditó en 1772 y 1776. Hay dos versiones más tituladas: "Catecismo para el uso de todas las iglesias del Imperio francés", Madrid, 1808, y "Catecismo cristiano", traducción de J. Coll y Vehí, Barcelona, 1865.

- "Defensa de la Declaración de la Asamblea del Clero de Francia de 1682 acerca de la potestad eclesiástica", traducción de D. Francisco Martínez Moles, Madrid, Pedro Marín, 1771 (seis volúmenes).
- "Devocionario perfecto o Colección de oraciones que la Iglesia Católica reza en la misa", traducción de D. Francisco Martínez Moles, Madrid, 1773 (168 págs.).
- "Instrucciones y meditaciones sobre el perdón de los pecados para el tiempo del Jubileo y sobre el modo de ganar las indulgencias", traducción de D. Francisco Martínez Moles, Madrid, Joaquín Ibarra, 1776.
- "Defensa de la Tradición y de los Santos Padres", Madrid, Román, 1778 (dos volúmenes).
- "Explicaciones de la Misa a un nuevo católico", Madrid, 1780.
- "Manual del cristiano", Valencia, 1851.

Como es fácil de advertir todas ellas pertenecen al siglo XVIII, a excepción de la última, que es de 1851, y de las dos versiones del "Catecismo cristiano", que son de 1808 y 1865 respectivamente.

#### D) OBRA DOCTRINAL

Para dar fin a este capítulo dedicado a la Obra Religiosa de Bossuet tendríamos que hablar ahora de sus obras doctrinales, grupo compuesto principalmente por "El Tratado del conocimiento de Dios y de Si Mismo", "El Tratado del Libre Albedrío" y "La Lógica".

Para enseñar la filosofía al Delfín, dice en su carta al

Papa Inocencio XI, distinguió por un lado los principios adquiridos e indiscutibles, que enseñó con reverencia, y las cuestiones que emanan de la opinión, que enseñó bajo forma histórica. Esta enseñanza redactada dió una "Moral" que se perdió, una "Lógica" publicada en 1828 (90) y el "Tratado del Conocimiento de Dios y de Si Mismo" (91).

Después de la muerte de Bossuet se hicieron de este tratado dos ediciones muy diferentes y defectuosas: la de 1722 sobre una copia que Bossuet hizo hacer por Fénelon y por el duque de Borgoña; y la de 1741 procurada por el obispo de Troyes sobre una copia llena de notas de Bossuet. Por fin, sobre el manuscrito mismo de Bossuet, se dió en 1846 una edición más correcta. El libro comprende cinco partes y comienza por estas palabras que diseñan el plan del mismo: "La sabiduría consiste en conocer a Dios y a si mismo. El conocimiento de nosotros mismos debe elevarnos al conocimiento de Dios. Para conocer bien al hombre hay que saber que éste está compuesto por dos partes; el alma y el cuerpo". La primera parte trata del alma y sus acciones; la segunda, muy incompleta, trata del cuerpo y sus funciones; la tercera trata de la unión del alma y del cuerpo y de la influencia recíproca de las dos partes; la cuarta trata del Dios creador del alma y del cuerpo y autor de su unión; la quinta intenta una comparación entre el hombre y el animal. Se puede ver en el libro un excelente manual de filosofía cartesiana, pero no por ello se aparta de las doctrinas de Santo Tomás.

En relación con este Tratado conviene recordar la opinión, no muy favorable, de Rafael Ginard de la Rosa cuyo juicio quedó expuesto al hablar de las Oraciones Fúnebres (notas 43 y 45 a 50 de este capítulo).

El Tratado del Libre Albedrío (92) es un opúsculo que fué descubierto entre los papeles del difunto obispo de Meaux por su sobrino el abad Bossuet, más tarde obispo de Troyes. Fué éste último quien lo publicó en el año 1710, es decir, seis años

después de la muerte del autor. No se sabe con seguridad a qué época de la vida de Bossuet pertenece la obra. Puede pertenecer a la época de la educación del Delfín, entre 1670 y 1681, pero también puede pertenecer a los años posteriores cuando "Monsieur de Meaux" se dedicaba a sus deberes pastorales, a sus polémicas con Jurieu, Fénelon y Richard Simon, y también a la revisión general de sus opiniones, período que se extiende hasta su muerte en 1704. No hay, que sepamos, ningún argumento muy decisivo en favor de cualquiera de esas dos soluciones. Se dice, en defensa de la primera fecha, que el Tratado era digno de figurar entre los textos que Bossuet redactó para el uso particular de su real alumno, por eso la obra, que es un esfuerzo para conciliar la libertad de la voluntad humana con la soberanía de la voluntad divina, sería un manual destinado a llevar al Delfín hasta los umbrales de la teología. Puede ser. Hay quienes rechazan esa idea, diciendo que la materia del Tratado es demasiado austera para que Bossuet haya podido imaginar enseñarla a "Monseñor", que no era precisamente un alumno brillante, pero el argumento de Bossuet podría ir encaminado a prevenir al futuro "Rey muy cristiano" contra ciertos errores teológicos en lo referente a la gracia y al libre albedrío. No obstante, puede aducirse una objeción bastante clara: cuando Bossuet escribió al Papa Inocencio XI respecto a la educación del Delfín, no mencionó este Tratado entre las obras que él tenía el propósito de redactar "ad usum Delphini". Esta omisión nos hace pensar que los partidarios de la segunda fecha tienen menos probabilidades de equivocarse, ya que, en los años de Meaux Bossuet reservó parte de sus energías a la composición de algunos opúsculos cuyo fin principal parece ser el de precisar y a veces rectificar sus concepciones personales en materia de moral religiosa o de teología. En este caso, el Tratado debe alinearse junto al "Tratado de la Concupiscencia" y las "Elevaciones a Dios sobre los Misterios de la Religión Cristiana", es decir, entre obras que no parecen responder a ninguna exigencia polémica apremiante y constituyen más bien el testamento espiritual del obispo de Meaux.

De cualquier modo el Tratado ofrece todas las características de un ensayo filosófico-religioso de fines del siglo XVII. Libro breve, claro, dirigido visiblemente al "honnête homme" antes que al especialista, era de aquellas obras que -por aquella época- gustaban a mucha gente. Bastaba con que tratara un tema a la vez metafísico y teológico para despertar el interés de los estudiosos, tanto legos como eclesiásticos. En efecto, el cisma tan frecuente entre la actividad filosófica y el pensamiento religioso no se había producido todavía. La vida intelectual estaba integrada por todas las publicaciones y polémicas relativas a la ciencia, la filosofía o la teología, sin que fuera posible establecer una separación estricta entre esas distintas categorías. Así Bossuet estaba en su papel de filósofo católico cuando dedicaba al problema del libre albedrío un opúsculo que, en caso de publicarse a fines del siglo XVII, hubiera llamado la atención de todos los círculos cultos no sólo por su fondo, sino también por su forma, ya que el Tratado era una "meditación" escrita en lengua filosófica.

Roger Labrousse en la Introducción que precede al texto de la traducción de la obra efectúa un estudio sobre la historia del problema del libre albedrío, ciñéndose a la crisis luterana (93), a la crisis molinista (94) y a la crisis jansenista (95). A continuación analiza la doctrina de Bossuet sobre: la libertad (96); la providencia (97); las bases de una conciliación (98); el agustinianismo (99); el molinismo (100); el tomismo (101) y el ocasionalismo (102). Por último diremos que este Tratado está dividido en XI Capítulos en los que se intenta conciliar la libertad de la voluntad humana con la soberanía de la voluntad divina.

Además de las obras citadas en este capítulo relativo a la obra religiosa de Bossuet, y las que más tarde se indicarán en los capítulos referentes a su obra Histórica y Política, cabe señalar entre sus principales escritos de carácter moral los siguientes:

- Réfutation du catéchisme de Paul Ferri (Metz. 1655).
- Discours prononcé à l'académie française (1671).
- Exposition de la doctrine de l'Eglise catholique sur les matières de controverse (Paris. 1671).
- Sermón prêché à l'ouverture de l'assamblée du clergé (1681).
- Conférence avec M. Claude sur la matière de l'Eglise (Paris. 1682).
- Traité de la communion sous les deux espèces (Paris. 1682).
- Lettre pastorale aux nouveaux convertis du diocèse de Meaux (Paris. 1686).
- Catéchisme du diocèse de Meaux (Paris. 1687).
- Avertissements aux protestants (Paris. 1689-91).
- Recueil des orāisons funèbres (Paris. 1689).
- L'Apocalypse (Paris. 1689).
- Explication de quelques difficultés sur les prières de la messe (Paris. 1689).
- Liber Psalmorum, additis canticis, cum notis (Lyon. 1691).
- Lettre sur l'adoration de la Croix (Paris. 1691).
- Libri Salomonis (Paris 1693).

- Ordonnance pastorale sur les états d'oraison (Paris. 1695).
- Méditations sur la rémission des péchés pour le temps du Jubilé et des indulgences tirées principalement du concile de Trente (Paris. 1696).
- Epistolae quinque Ecclesiae praesulum (Paris. 1697).
- Instruction sur les états d'oraison, où sont exposés les erreurs des faux mystiques de nos jours, avec les actes de leur condamnation (Paris. 1697).
- Declaratio trium Ecclesiae principum circa librum, cui titulus est: Explication des Maximes des Saints (Paris. 1697).
- Summa doctrinae libri cui titulus: Explication des Maximes des Saints (Paris. 1697).
- Réponse à quatre lettres de M. de Cambrai (Paris. 1698).
- De Nova quaestione tractatus tres. Mystici in tuto, Schola in tuto, Quietismus redivivus (Paris. 1698).
- Relation sur le Quiétisme (Paris. 1698).
- Réponse de l'évêque de Meaux aux lettres et écrits de l'archevêque de Cambrai (Paris. 1699).
- Mandements pour la publication de la constitution du pape Innocence XII, du 12 mars 1699, portant condamnation et défense du livre intitulé: Explication des Maximes etc. (Paris. 1699).
- Augustiniana Ecclesiae Romanae Doctrina a Cardinalis Sfondrati Nodo extricata (Colonia. 1700).



- Première instruction pastorale, contra el predicador Jurieu (Paris. 1700).
- Seconde instruction pastorale (Paris. 1701).
- Censura et declaratio conventus cleri Gallicani, etc. (Paris. 1701).
- Ordonnance contre le Nouveau Testament de Trévoux (Paris. 1702).
- Seconde Instruction sur les passages particuliers de la Version du Nouveau Testament, etc. (Paris. 1703).
- Explication de la prophétie d'Isaïe sur l'enfantement de la Ste-Vierge et du psaume 21 sur la passion et le delaissement de Notre Seigneur (Paris. 1704).

Las obras compuestas de 1653 a 1704 por Bossuet fueron 130. De ellas editó él mismo 80, y su sobrino el abad Bossuet, luego Obispo de Troyes, editó 8; el resto, descontadas las cartas y sermones, apareció entre 1741 y 1789. Hasta el presente no existe ninguna edición crítica y cronológica completa. Las colecciones más notables de las obras de Bossuet son: la de Venecia de 1736, la del abad Pérau (1743-1750. 20 volúmenes), la de Dom Déforis (1772. 21 volúmenes), la de Hemey, d'Auberive y Caron (43 tomos. Versailles y París. 1815), la de Beaucé Rusand (60 tomos. París. 1825), la de Floquet (obras escogidas. 1828), la de Lefèvre (12 tomos. París 1836), la de Lachat (31 tomos. París. 1862-66), y la de Menard (1883).

#### E) DIVERSAS OPINIONES EMITIDAS SOBRE LA OBRA RELIGIOSA DE BOSSUET.

A continuación analizaremos las opiniones emitidas sobre la "Obra Religiosa" de Bossuet por algunos autores.

## SIGLO XVII

Bossuet nos dice cien veces: "Yo no comprendo como un hombre de espíritu tiene la paciencia de hacer un libro por el sólo placer de escribir...". Esa fué su conducta, sólo escribir o imprimir en caso de necesidad.

En lo patético, se insinuaba hasta lo más íntimo por medio de sus giros nuevos y desconocidos; sus tiernos ojos, su aire acogedor, su voz dulce, su gesto modesto y natural, su nobleza y su dignidad, todo era apasionado...

Al pronunciar su sermón, no se ceñía ni a las palabras, ni a los giros, ni a las figuras. De otra forma, repetía él, su acción hubiera languidecido, su discurso se vería enervado... Instalado en la cátedra, seguía la impresión producida sobre su auditorio, y, de repente, borrando voluntariamente de su mente lo que había meditado, unido a su pensamiento presente, empujaba el movimiento por el cual veía, sobre los rostros, los corazones sacudidos y enternecidos.

Sobre el papel aún se siente un carácter de piedad y de unción que enternece al lector. Pero en el momento de la misma actuación, Bossuet fué emocionante hasta las lágrimas: los príncipes y princesas lloraron, como lo hice yo y muchos otros.

Ledieu, Mémoires et Journal sur la vie et les oeuvres  
de Bossuet.

Releemos todas las bellas oraciones fúnebres de M. de Meaux,... lloramos de nuevo a M. de Turenne, Mad. de Montausier, el príncipe, Madame y la reina de Inglaterra; admiramos este retrato de Cromwell; éstas son obras maestras de la elocuencia, que encantan al espíritu. No basta decir; "¡Ah esto es viejo!"; no, esto no es viejo, es divino. (Carta de 11 de enero de 1690).

Un prelado nos ha dicho (sobre la oración fúnebre de Condé) que M. de Meaux se superó a si mismo y que jamás se hizo valer y se trató tan noblemente materia tan bella...

¡Obra bastante bella y de mano de maestro! pero el paralelismo entre Turenne y Condé me parece un poco violento. (Mme. de Sévigné parece reflejar aquí la opinión de Bussy-Rabutin, que le había escrito el 31 de marzo: "Turenne fué celebrado más que razonablemente y exaltado en detrimento de Condé"). (Carta de 10 de marzo y 25 de abril de 1687).

Mme. de Sévigné, Lettres. Existe traducción de esta obra en castellano: Sainte-Beuve, Camilo, "Cartas escogidas de Madame de Sévigné", versión española de Fernando Soldevilla, Buenos Aires, Librería y Editorial el Ateneo, 1944, pág. 418.

El obispo de Meaux y el padre Bourdaloue me recuerdan a Demóstenes y Cicerón. Los dos, maestros de elocuencia en la cátedra, han tenido el destino de los grandes modelos: uno ha hecho malos censores y el otro malos copistas...

¿Qué diría yo de ese personaje (Bossuet) que ha hecho durante tanto tiempo hablar a la crítica envidiosa, y la hizo callar; al que se admira a pesar de uno mismo, que arrasa por el gran número y por la eminencia de sus talentos? Orador, historiador, teólogo, filósofo, de una rara erudicción, de una más rara elocuencia, sea en sus charlas, sea en sus escritos, sea en la cátedra; un defensor de la religión, una luz de la Iglesia -hablamos por adelantado en lenguaje de la posteridad- un padre de la Iglesia: ¿qué no es?.

La Bruyère, Les Caractères, chap. "De la chaire", et Discours à l'Académie française.

No he podido oír la oración fúnebre de M. de Meaux... Su actuación ha pasado por ser, aquí y en París, por una de las más bellas que haya hecho, e incluso que se pueda hacer. Hubo en ella, de muy bellos trazos, bastante valentía, y lo sublime reinó en numerosos pasajes... He sentido verdaderamente haber dejado escapar el placer de oír pieza tan bella...

La Bruyère, Lettre du 18 août 1685.

Hemos leído la Oración fúnebre de M. el Príncipe por M. de Meaux. Creo que ha introducido algunos retoques paralelamente al hacerla imprimir. Esta pieza nos parece desigual. Hay trozos bonitos, otros bastante mediocres y bastante lánguidos, a menudo malos epítetos y expresiones malvadas... Si digo mal, hacédmelo saber...

Mme. de Coligny, Lettre à Bussy (14 mai, même année).

Sobre la "Oración fúnebre de Ana de Gonzaga": Encuentro el discurso bello y emocionante, pero también extrañamente osado...

Gourville, Lettre à Condé.

La Oración fúnebre ha sido emocionante, sembrada de bellos pasajes y pronunciada con mucho celo. Bossuet no ha escondido los defectos de la persona de la cual hacía el elogio, pero ha hecho valer también sus buenas cualidades, y particularmente su piedad.

Le P. Alleaume, Lettre à Condé.

Bossuet más ocupado de las cosas que de las palabras, no solicita derramar flores en su discurso, ni agradar al oído con

el armonioso sonido de los periódicos: su único objeto es hacer sensible la verdad de sus oyentes: con este fin la presenta por todas las partes que pueden hacerla conocer y amar. Nacido para lo sublime, lo expresó en muchas partes con toda su fuerza y majestad.

Abbé Collin, Trat. del Orador de Cic., prólogo, págs. 49 y 50.

No se encontrará en parte alguna tanta claridad, solidez, designios grandes, nobleza, fuerza y elevación, como en los discursos de Bossuet. Y cuando quiere sujetarse a seguir todas las reglas, manifiesta que no sería inferior a nadie, si estimara que debía reprimirse: la actividad que le impele, no siempre le permite esta sujeción: y si algunas veces salta esa barrera, es para tomar un vuelo que nos arrebatara, que nos transporta y nos hace olvidar facilmente estos pequeños descuidos.

Rollin, Trat. de los Estud., T. I, pág. 368.

Nunca conoció este célebre Orador, ni para sí, ni para todo Predicador Evangélico, otro medio de acalorar el ánimo e inflamar el corazón, que la oración, la lección de los Padres, y sobre todo la meditación de las Escrituras.

Abbé Gros de Besplas, Ensayo sobre la elocuencia del púlpito, pág. 106.

Se presentó en la Cátedra del Evangelio como un Crisóstomo: Que reunió todos los géneros de la elocuencia y todas las calidades de un perfecto orador, el raciocinio, el sentimiento y la imaginación.

Trublet, Reflexiones sobre la elocuencia del púlpito, pág. 61.

... había dejado de predicar, pero si sus grandes ocupaciones le hubieran permitido continuar este ministerio, siempre hubiera tenido el primer lugar. Así los que han amado sinceramente a la Religión, han creído no poder alabar bastante a este hombre, que al ver un nuevo error, más pernicioso porque afectaba mayor perfección, que amenazaba la tranquilidad de la Iglesia, sin atender a su avanzada edad, ni a las incomodidades de su persona, estenuada con tantos trabajos, no oyó más que a su celo, para afirmarlo con sus doctas obras, tan dignas de nuestra admiración.

Abbé de Clerambault, Elogio del Señor Bossuet.

#### SIGLO XVIII

En una palabra, todo hablaba en el orador, todo era animado, grande, persuasivo, sin saber qué admirar más, si su vida, su elocuencia, las cosas que decía, o el modo con que las presentaba. Su acción en la Cátedra de la verdad era tan natural, sus tonos tan penetrantes y al mismo tiempo tan ajustados; sus pinturas tan vivas: ya majestuoso y tranquilo como un caudaloso río, nos conducía con un modo dulce y casi insensible al conocimiento de la verdad; y ya impetuoso, y rápido como un torrente arrastraba los ánimos, y los corazones, sin dejar más arbitrio que para el silencio, y la admiración.

L'Abbé de Choisy, Éloge de Bossuet, à l'Académie française.

Me siento transportado por la divina elocuencia de las oraciones fúnebres... Lo que yo admiro no es la pompa vana de las palabras... Incluso más que la repentina valentía de las imágenes, es el esfuerzo magnífico y continuo por el que el orador, nacido para ser gran ministro, arrastra a los espíritus,

les impone la verdad, se torna dueño de sus conductas y pensamientos, y hace así de la elocuencia el instrumento más poderoso de la naturaleza humana...

Vauvenargues, Jugement sur Bossuet.

Hubiera aprendido en él a reflexionar, a pensar, a expresar, y hubiera deseado caer en aquellas negligencias de estilo inseparables de la actividad, de la impetuosidad del genio.

P. Neuville, Lettre du P. Neuville au sieur Boudet.

Bossuet en las oraciones fúnebres se muestra un prelado ciudadano.

D'Alembert, Éloge de Bossuet, oeuvres, Belin, 1779, T. II, págs. 246-276.

La peroración (de la Oración fúnebre de Enriqueta de Francia) es tan tranquila que no parece serlo. Sea por su diseño, sea porque la lección que Bossuet prometió a los reyes estaba dada, sea porque su ingenio se calma y apacigua... este fin de discurso, se parece al final de la vida de Enriqueta, que se apaga sin brillo; y después de ese cúmulo de desgracias reales y de lecciones divinas, el orador reposa el alma de sus auditores en una esperanza dulce y cristiana.

De Vauxcelles, Prédicateur royal, (1756), op. phil. et litt. (1796).

Lo que da más plenitud y consistencia a los sermones de Bossuet es el admirable uso que hace de las Sagradas Escrituras.

He ahí la inagotable mina en la cual encuentra sus pruebas, sus comparaciones, sus ejemplos, sus transiciones y sus imágenes... Funde tan bien sus pensamientos con los pensamientos de las Escrituras que se podría creer que él los ha creado, o, al menos, que han sido concebidos expresamente para el uso que él hace de ellos... Todo, en efecto, en un sermón, debe provenir de las Escrituras, o, al menos, tener el color de los libros sagrados...

Maury, Essai sur l'éloquence de la chaire (1772).

Creo, si me atrevo a decir lo que pienso, que un hombre ha recibido dones más espléndidos que los demás, puesto que él sólo se ha elevado al grado más alto en lo que pertenece a la ciencia y en lo que al genio atañe: este hombre es Bossuet. No tiene igual en la elocuencia, en la oración fúnebre, en lo que se refiere a la historia, en el entusiasmo religioso, en la controversia; y al mismo tiempo, nadie ha avanzado más en una ciencia inmensa que comprende una multitud de otras: la de la religión. Paréceme que éste es el hombre que ha honrado más a la Iglesia y a Francia... Tenemos, en la oración fúnebre de Ana de Gonzaga, el más sublime de los sermones.

La Harpe, Cours de littérature (1799).

El mérito de sus Sermones nacía de su origen que era un corazón y un alma llena de cuanto hay de más magnífico, y por decirlo así, de más divino en los Profetas y en los Padres. Tuvo en grado excelente todas las partes del Orador: Tan sublime en el elogio, como penetrante en la moral, sólido y justo en la instrucción, insinuante en la persuasión, siempre noble y propio en la expresión.

P. de la Rue, Sermones, T. I, prólogo.



Vemos a menudo un extraño contraste entre los verdaderos colores de la historia y los brillantes barnices de las oraciones fúnebres.

... La elocuencia de Bossuet quería suprimir algunas familiaridades, escapadas a su genio vasto, impetuoso y fácil, las cuales mermaban un poco de sublimidad de las oraciones fúnebres.

... Bossuet tenía ciencia e ingenio. Era el primero de los rapsodas, pero el último de los filósofos.

... ¿Dígame por qué, desde Bossuet y Fénelon, no hemos tenido absolutamente ninguna buena oración fúnebre? ¿Es culpa de los muertos o de los vivos?

Voltaire, Lettre sur les panégyriques, Temple du goût, Lettre au duc de Bouillon (23 décembre 1767), Lettre à d'Argental (18 septembre 1768).

Los sermones de Bossuet, acompañados de notable mímica, fueron los primeros que oyó la corte en el género sublime, y obtuvieron tanto éxito, que el rey hizo escribir en su nombre al padre del predicador, que era intendente de Soissons, felicitándole por la gloria de tener tal hijo.

Se había dedicado a las oraciones fúnebres, género de elocuencia que exige cierta imaginación y cierta grandeza majestuosa que tiene algo de poesía... El elogio fúnebre de la reina de Inglaterra, viuda de Carlos I, que pronunció en 1669, es una obra magistral... El elogio de Madame, que falleció en la flor de su edad y murió en sus brazos, obtuvo el mayor y el más raro de los éxitos, el de hacer derramar lágrimas a la corte.

Voltaire, Siècle de Louis XIV. Existen dos traducciones de esta obra en Castellano: "Siglo de Luis XIV", traducción de Condorcet, Valencia, La Propaganda Democrática, casa editorial de M. Senent, 1893, pág. 235. La segunda traducción es la versión de Nélida Orfila Reynal, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, pág. 362.

## SIGLO XIX

La muerte de la reina de Inglaterra vino a ofrecer a Bossuet el más grandioso y majestuoso de los temas. Le hacía falta la caída y restauración de los tronos, la revolución de los imperios, todas las fortunas diversas unidas en una sola vida y pesando sobre una misma cabeza.

Sainte-Beuve, Causeries du Lundi (T. X).

Bossuet, es el genio hebreo extendido, fecundado por el cristianismo y abierto a todas las adquisiciones de la inteligencia.

Sainte-Beuve, Causeries du Lundi.

Jamás la elocuencia estuvo privada de todo cálculo; es una gran alma que se muestra al desnudo y que arrastra con ella...

Las oraciones fúnebres están, sin duda, escritas en un lenguaje admirable; pero lo que les proporcionó ese éxito clásico, es precisamente un mérito literario y una habilidad de panegirista que, cuando reflexionamos seriamente, no están

siempre en perfecta armonía con la cátedra de la verdad.

De Barante, *Mélanges* (T. I, p. 21 y 40).

En el estilo de Bossuet, la franqueza y la buena hombría galas se hacen notar con grandeza. Es pomposo y sublime, popular y casi inocente. Bossuet emplea todos nuestros idiomas, como Homero empleaba todos los dialectos. El lenguaje de los reyes, de los políticos y de los guerreros, el del pueblo y el de los sabios, de la aldea y de la escuela, del santuario y del foro; el viejo y el nuevo, el trivial y el florido, el sordo y el sonoro, todo le sirve y de todo ello hace un estilo simple, grave, majestuoso. Sus ideas son, como sus palabras, variadas, comunes y sublimes.

Joubert, *Pensées* (éd. 1877, T. II, p. 351-352).

Bossuet, hoy, sería periodista.

Balzac, *Illusions perdues*.

Bossuet se equivocaba cuando creyó que el protestantismo era incompatible con las grandes sociedades, ordenadas y prósperas... La debilidad de los espíritus más grandes, es querer ser profeta.

Nisard, *Histoire de la littérature française* (T. III, XIII).

El catolicismo arrancado o negado, la obra de Bossuet ni se desvanece ni se derrumba.

Lanson, *Bossuet*.

Aquello que la religión tiene de más augusto y sagrado, la historia de más imponente, la elocuencia de más noble y majestuoso, la poesía de más sensible, se encuentra reunido en esta admirable composición. Hay que decir que es más obra de su corazón que de su ingenio.

La oración fúnebre de la Palatina es quizás... aquella que mejor hace sentir cuanto el ingenio, tan firme y tan osado, de Bossuet, era ágil y flexible para dar a todos los sujetos el carácter y colorido que les eran propios.

De Bausset, Histoire de Bossuet (1814-1828).

La oración fúnebre de la Palatina merece entera confianza, naturalmente, con el tono del panegírico admitido. Todas las faltas están indicadas, y los elogios pueden justificarse con los testimonios más autorizados, y con el de Retz en persona.

Victor Cousin, Mme. de Longueville pendant la Fronde  
(p. 175, nota).

... Prefiero en lugar de la admirable descripción de la conversión de Ana de Gonzaga, la descripción de su vida penitente. No conozco nada que haga mejor sentir, en hecho de arte y elocuencia, la íntima alianza entre lo bello y lo severo. Creeríamos estar viendo un cuadro de Philippe de Champaigne.

S. de Sacy, Variétés morales (2 éd., 1859).

Sobre los sermones:

Incluso en aquellos sermones que la moral parece llenar, el dogma tiene su parte. El recuerdo del Evangelio no aparece sólo

al comienzo del exordio, o, aquí y allá, por accidente... Jesucristo está en todas partes en el discurso: suministra el sujeto, el plan, las pruebas, la conclusión; todo está reglado por su palabra, apoyado en su ejemplo.

Gandar, Bossuet, orateur (1866).

Las palabras en Bossuet son contemporáneas de la idea y del sentimiento. No hay nada más raro en el mundo. Entre grandes escritores, con un poco de atención, podemos apreciar el trabajo latente y constante del estilo... Incluso cuando ha debido calcular cada expresión, parece que Bossuet improvise... Jamás piensa en él mismo, y menos todavía en el público de los "conocedores". Piensa en su sujeto, que intenta no sólo situarlo en su mejor día, también en su día más verdadero...

Podemos, debemos incluso añadir que nadie, en nuestro idioma, ha sido dotado como Bossuet con cualidades de orador. Por la propiedad, la justeza y el esplendor de la expresión; por una riqueza o una fecundidad de invención verbal que sólo comparte en francés con Rabelais o V. Hugo, por la libertad en el giro y lo inesperado de la imagen; por el número y la armonía del período; por la belleza extrínseca y desnuda, de alguna manera, de la frase; por la amplitud del suspiro en fin, Bossuet no es únicamente único, es incomparable. Incluso en sus escritos y tratados, el orador desborda constantemente al escritor... Nótese además, que al igual que la elocuencia del apóstol San Pablo, la suya, entre toda su pompa, tiene también ese acento de familiaridad o incluso de rudeza "que no persuade tanto como cautiva los entendimientos". Y sin embargo, la dulzura y la ternura no faltan en ella...

Brunetière, Grande Encyclopédie.

¡Oh gran hombre, tu gloria vencerá siempre la monotonía de sus elogios tantas veces repetidos! Se te concedió el privilegio de lo sublime, y nada es tan inagotable como la admiración que lo sublime inspira. Ora refieras los transtornos de los Estados y penetres en las profundas causas de las revoluciones; ora derrames lágrimas sobre una joven moribunda en medio de las pompas y peligros de la corte; sea que tu alma se remonte con la de Condé y comparta el ardor que describe; sea que en la impetuosa riqueza de tus sermones medio preparados, te apoderes, desenvuelvas todas las verdades de la moral y de la religión, de todos modos engrandesces la palabra humana, excedes al orador antiguo y no te pareces a él: reuniendo imaginación más atrevida, entusiasmo más elevado, fecundidad más original, vocación más alta, parece que añadas el brillo de tu genio a la majestad del culto público y consagres más y más la religión misma.

Mr. Villemain, Discours d'ouverture du cours  
d'éloquence française.

Bossuet ya no es el rival de Demóstenes, es el de Píndaro. Algunos pasajes de sus oraciones fúnebres son verdaderos trozos líricos. Puede asegurarse que a ningún orador se concedió con tanta largeza el don de la inspiración como a Bossuet; y cuando se piensa que su entusiasmo en obras tan extensas no desmaya ni decae, admira este extraño privilegio como un fenómeno de los que asombran a la naturaleza y desconciertan sus leyes.

Dussault, Notice sur Bossuet.

Nació pontífice... Su existencia fué un discurso.

La muerte del príncipe de Condé le suministró el más magnífico de sus textos. Fué la última y la más sublime de sus oraciones fúnebres. Parece que a medida que se acercaba al

sepulcro, su genio se impregnaba de la solemnidad de la tumba... La peroración de aquel discurso es la cumbre de la elocuencia moderna.

Lamartine, Cours de littérature (Entretien VIII, 1856-1869). Existe traducción de esta obra en castellano: Lamartine, "Cursos familiares de literatura", traducción de Joaquín Guichot, T. II, Sevilla, E. Perié y Compañía, editores, 1868, conferencia VIII, págs. 88, 92 y 93).

Ocupado sin cesar del sepulcro, y como inclinado sobre los abismos de otra vida, Bossuet se complace en dejar caer de sus labios esas grandes palabras de tiempo y de muerte, que retumban en los silenciosos abismos de la eternidad. Se sumerge, se anega en inexplicables tristezas y en inconcebibles dolores. Ha transcurrido más de un siglo, y aún resuena en los corazones este famoso grito: ¡Madama se muere, Madama ha muerto! ¿Han recibido alguna vez los reyes semejantes lecciones? ¿Se expresó alguna vez la filosofía con tanta independencia?

El obispo de Meaux ha creado una lengua, tan sólo hablada por él y en la que comunmente la palabra más sencilla, la idea más sublime, la frase más trivial y la imagen más terrible sirven, como en la Escritura, para darle dimensiones sorprendentes.

Así, cuando exclama, mostrando el ataúd de Madama: ¡Ved ahí, a pesar de su gran corazón, a esa princesa tan admirable y tan querida! ¡Vedla ahí, tal como la muerte nos la ha hecho! ¿Por qué produce un involuntario estremecimiento esta palabra tan sencilla: tal como la muerte nos la ha hecho? Por la oposición que resulta entre este gran corazón y esta princesa tan admirada, y el inevitable accidente de la muerte, que le sobrevino como a

la más desvalida de las mujeres; y porque el verbo hacer, aplicado a la muerte, que deshace todo, produce una contradicción en las palabras y un choque en las ideas que conmueve el alma; como si para pintar aquella catástrofe los términos hubiesen cambiado su acepción gramatical, y el lenguaje se hubiese conmovido como el corazón.

La de la Duquesa de Orleans es la más admirable, porque es una obra exclusivamente producida por el genio. En ella no figuran esos cuadros de los disturbios de las naciones, ni esa explanación de los negocios públicos, que sostienen la voz del orador. El interés que excita una princesa que deja de existir en la flor de su edad, parece debe agotarse en breve, pues todo se reduce a algunos contrastes vulgares de la hermosura, de la juventud y la grandeza, con lo terrible de la muerte; y no obstante, sobre este fondo estéril erigió Bossuet uno de los más hermosos monumentos de la elocuencia; este fué su punto de partida para mostrar la miseria del hombre por su lado perecedero, y su grandeza por su lado inmortal. Empieza por rebajarlo hasta el nivel de los gusanos que le devoran en el sepulcro, para pintarlo luego glorioso con la virtud de los reinos incorruptibles.

Habíamos creído durante algún tiempo que la oración fúnebre del príncipe de Condé, a excepción del movimiento que la termina, era generalmente demasiado elogiada, pues juzgábamos era más fácil, como en efecto lo es, llegar a las formas de la elocuencia del principio de este elogio que a las del panegírico de madama Enriqueta; más cuando hemos leído maduramente este discurso; cuando hemos visto al orador empuñar la trompa épica durante la mitad de su peroración, y componer como al azar un canto homérico; cuando, retirándose a Chantilly con Aquiles en descanso, vuelve a entrar en el hogar evangélico, donde halla de nuevo los grandes pensamientos y las reflexiones cristianas que llenan sus principales oraciones fúnebres; cuando, después de haber depositado a Condé en el ataúd, llama a los pueblos, a los



príncipes, a los prelados y a los guerreros al catafalco del héroe; cuando, por último, avanzando con sus nevados cabellos y haciendo oír los acentos del cisne, muestra Bossuet un pié en la tumba y el siglo de Luis, cuyos funerales parece presidir, próximo a hundirse en la eternidad: a este postrer esfuerzo de la elocuencia humana, nuestros ojos han derramado lágrimas de admiración, y el libro ha caído de nuestras manos.

No se sabe con cual genio descendió en la oración fúnebre de la princesa Palatina hasta la interpretación de un sueño, sin ofender la majestad del arte oratorio, al mismo tiempo que desplegó en este discurso su alta capacidad para las abstracciones filosóficas.

¡Y cuantos otros géneros de bellezas, de sublimidad, de ameneidad o de tristeza, se advierten en medio de esta teología!.

Chateaubriand, Génie du christianisme. Existe traducción de esta obra en castellano: Chateaubriand, "El Genio del Cristianismo", traducción de D. Manuel M. Flamant, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, editores, 1853, III parte, libro IV, capítulo IV, págs. 128 y 129.

Las opiniones emitidas por autores españoles sobre la "Obra Religiosa" de Bossuet son las siguientes:

Sobre los sermones:

En los Sermones de Bossuet, es donde su personalidad se manifiesta más plenamente, con sus defectos y sus virtudes, con toda la amplitud de su genio; y tengo la seguridad de que hay

fragmentos de sus Sermones que en nada ceden en fuerza patética, en belleza y en profundidad, a las mejores de sus otras obras, y aún de las mismas Oraciones. En ellas, su genio se mueve sin trabas, y, en el calor de sus elogios o sus inventivas, se remonta a alturas que en ninguna otra parte logra igualar. Lo vemos como un gigante, levantándose en medio de su siglo, en medio de la corrupción y la licencia, y predicando sin descanso, con el fuego heredado de los antiguos profetas y de los Apóstoles... Se ayuda para ello de todas las fuerzas de la naturaleza, y de todos los ejemplos de la Historia, y, sobre todo, de la Biblia, manantial inagotable, ...

..., nadie como Bossuet lo hizo con mayor grandeza. En sus Sermones, la verdad crepita como un bosque en llamas; ruega y apremia, amenaza y reprende, y si alaba en el rey virtudes que no posee, no es por el afán de adulación, sino por despertar en su alma el deseo de poseerlas. Así también instruía Sócrates, y no puede decirse que careciera de valor. Pretender, además, otra cosa en la corte de Luis XIV era perder el tiempo, y labrarse uno mismo su perdición. Labrar su perdición, es un acto de grandeza, es labrar su salvación, cuando ello puede servir a la salud de la patria o al mayor beneficio de la humanidad; cuando no sirve para esto, es locura o estupidez. Los grandes hombres se han hecho para las grandes acciones, y no para sucumbir en inútiles entretenimientos de cortesanos.

La Justicia alabada en su hermoso Sermón de la Justicia, es la que soñaron siempre los espíritus elevados; el honor es el nuestro; el valor es el nuestro también; es nuestra la piedad; y también es nuestra la Muerte...

Juan Arbó, en Prólogo a "J. B. Bossuet: Sermones",  
Barcelona, Luis Miracle editor, 1940, págs.  
5, 6, 10 y 11.

En él vemos brillar con grandeza sin igual las dos grandes cualidades que dominan la elocuencia: el valor de eternidad en el desarrollo de las ideas y el soplo lírico que les infunde. El genio del orador se mueve con una libertad serena y majestuosa que viene a confirmar, de una manera definitiva, las conclusiones de la dialéctica y de un conocimiento pasmoso de las Sagradas Escrituras que dan a su acento las figuras más audaces, las descripciones más vivas, las amenazas más terribles, los argumentos más vigorosos.

Pérez de Urbel, Fr. Justo, en Estudio preliminar a "Escritos Escogidos de Pascal y Bossuet", traducción de Tristán Fernández, Barcelona, Editorial Exito S.A., 1951, pág. 37.

Sobre las oraciones fúnebres:

Ya ha quedado expuesta la opinión de Rafael Ginar de la Rosa sobre las oraciones fúnebres de Bossuet, y en particular sobre la de la Reina de Inglaterra (nota 44 de este capítulo).

Ginar de la Rosa, R., en Prólogo a "Bossuet: Oraciones Fúnebres", Madrid, Biblioteca Universal, 1879, pág. 20.

... Bossuet, que pudo ilustrar su genio con todas las lumbreras de su siglo, al elegir por modelos a los Padres de la Iglesia, debía embellecerlas, adquiriendo su estilo carácter de originalidad que no se encuentra en ninguna parte, y que le distingue profundamente de todos los grandes oradores. De los Padres de la Iglesia imita especialmente la audacia de los giros y de las imágenes, y sobre todo, la marcha libre y altiva de su elocuencia; siendo el único de los panegiristas modernos que, a

ejemplo suyo, rechaza el uso de las divisiones, introducido por los escolásticos y reprobado por Fénelon.

En Francia, donde más se cultivó este género de oratoria, brillaron hombres eminentes, tales como Flechier, Mascaron, Masillon, Bourdaloue, La Rue y Bauvais...; pero es indudable que ninguno llegó a la altura de Bossuet, que en las oraciones fúnebres compite y muchas veces excede a los oradores de la antigüedad. Las oraciones fúnebres, especialmente la de la Reina de Inglaterra, la de la Duquesa de Orleans y la del Príncipe de Condé, le colocaron a la cabeza de los oradores de su tiempo, y en los posteriores nadie ha podido igualarle... La fama de Bossuet está consagrada por los siglos.

Navarro y Calvo, Fr., en Noticias biográficas a "Bossuet: Oraciones Fúnebres", Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1911, págs. 23, 24 y 25.

## II.- OBRA HISTORICA

La obra historiográfica de Bossuet está compuesta por el "Discurso sobre la Historia Universal" (1681), por la "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes" (1688), por la "Defensa de la Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes" (1691), por la "Relación sobre el Quietismo" (Relation sur le Quiétisme. 1698) y por la "Historia de Francia" (Abrégé de l'histoire de France jusqu'a Charles IX, cuatro vols., Paris, que no apareció, según Brunetiére, hasta 1747) (103).

Las dos primeras son quizás sus obras más importantes desde un punto de vista historiográfico y además son las únicas que están traducidas a nuestro idioma.

El Discours sur l'histoire universelle fué destinado

icialmente al futuro rey de Francia, su discípulo, y Bossuet lo estructuró en tres partes. En la primera, Las Epocas, realiza una tabla cronológica de acontecimientos, agrupándolas en doce épocas. La segunda parte la denomina Bossuet: La Continuidad de la Religión. La tercera es la dedicada al estudio de los Imperios. Se dió por primera vez al público en 1681.

De esta obra -su obra capital- se han realizado varias ediciones en España, siendo la más traducida y la más reeditada en nuestro país. La primera edición del "Discurso sobre la Historia Universal para explicar la continuidad de la Religión y las mudanzas de los Imperios" fué traducida por Andrés de Salcedo Miguèl Joseph Fernandez, en Madrid, se editó por Viuda de Juan Arcia Infanzon, en 1728 y constaba de dos volúmenes.

La segunda edición fué de 1766 y se publicó en Valencia: "Discurso sobre la Historia Universal, para explicar la continuación de la Religión, y las mudanzas de los Imperios. Traducido en lengua francesa por el Ilmo. Sr. Jacobo Benigno Bossuet, Obispo de Meaux, Consejero de el Rey en sus Consejos, Maestro antes de el Serenísimo Sr. Delphin, y primer Limosnero de el Serenísima Señora Delphina y Traducido en Idioma Español por don Andrés de Salcedo. Dedicado al PRINCIPE NUESTRO SEÑOR. En Valencia. Por Salvādor Fauli, junto al Colegio del V. Sr. Patriarca. Año 1766".

Es significativo lo que se hace constar en la dedicatoria de esta edición: "Al Principe Nuestro Señor. Serenísimo Señor... J.B.B., Maestro de el Serenísimo Señor Delphin, Avuelo V.A. unicamente para enseñanza suya. Delineòle en èl un mapa, que asi puede llamarse, de la Historia de el Mundo, desde su principio hasta Carlo Magno...". Posteriormente existe un Prólogo del Lector en donde se justifica el trabajo realizado y se disculpan los posibles errores.

Las tres siguientes ediciones se publican en Madrid por

Andrés Ortega en los años 1767 en dos volúmenes; en los años 1767-1769 en tres volúmenes y en los años 1767-1778 en tres volúmenes, y son traducidas todas ellas por D. Andrés Salcedo. En todas ellas consta la dedicatoria "Al Príncipe Nuestro Señor. Serenísimó Señor", la "Aprobación del Rmo. P.M. Francisco Montero" fechada a 25 de Agosto de 1727, la "Licencia del Ordinario. Doctor Don Cristoval Damasio", la "Aprobación del Rmo. P. Doct. Juan de Campo Verde" y un Prólogo al Lector. Sigue una tabla de los asuntos contenidos en la obra y las divisiones de la misma, así como el Carácter y Memorables circunstancias del Ilmo. Señor Bossuet. Obispo Meldense. Se recoge, curiosamente, en la pág. 6, una pregunta de Luis XIV a Bossuet en su contienda con Fénelon: "¿Qué habríais hecho Vos si yo hubiese protegido al Arzobispo de Cambrai?. Señor, respondió el insigne Bossuet: En tal caso, hubiera yo gritado veinte veces mas alto; pues quando se defiende la verdad el que esto practica, está cierto, y asegurado de conseguir, tarde, o temprano la victoria". Asimismo se recogen en estas circunstancias de Bossuet una pregunta que le formuló al jardinero que tenía a su servicio: "¿Cómo iban los árboles frutales?, y éste le respondió: Vuestra Ilustrísima cuida muy bien de sus Arboles: si yo plantara en vuestro Jardín San Agustines, San Crisóstomos, Vos, Señor vendríais con frecuencia a verles; mas por lo tocante a estos Arboles, no os poneis mucho en cuidado".

Es preciso indicar que la última edición de las citadas (la quinta, 1767-1778, tres vol.) de Andrés Ortega y traducida por Andrés Salcedo se diferencia de las dos precedentes en la Adición de un nuevo Tomo, el volumen III que se publica en 1778, a diferencia de los dos anteriores que son de 1767, y que se titula: "La perpetua estabilidad de la Iglesia hasta el fin de los tiempos". Traducción de Don Andrés de Salcedo y revista por Don Miguèl Joseph Fernandez, el cual prosigue el Discurso de Bossuet hasta el año 1762. En las págs. 3 y 4 del Exordio e Introducción nos explica: "... a este fin se dirige la continuación del Discurso. De suerte que se hallará en este

Compendio una Continuación conexas, no interrumpida de todos los Imperios de Oriente, y de Occidente, de los cuales los primeros han suministrado lugar a los Emperadores Turcos; tratándose también de los Reyes de España, de los de Francia, y de los de Inglaterra, desde Guillermo el Conquistador. Aquí para demostrar la infalibilidad de la Religión, se verá el origen de los Reinos, y de las Soberanías, que se han establecido desde el tiempo de Carlo Magno, hasta el año 1762, los cuales no son en pequeño número: se expresan los Papas, los Concilios Generales, los Institutos Religiosos, y las Ordenes Militares, los Cismas, y las Heregías, que han perseguido a la Santa Iglesia... el mundo en que los Pueblos, y los Imperios se han sucedido unos a otros: que gentes habitaron anteriormente esta tierra, que Nosotros ocupamos, y hallamos de tal manera preferentes a todo lo que se ha hecho en el Mundo. Quizá se atribuirá a omisión el no haber citado los Autores, de quienes se han deducido los Hechos, que aquí se refieren, pero se puede con verdad asegurar, que solo se han consultado a los mas plausibles, y dignos de crédito: y si no se han indicado, tocante a cada Hecho, solo ha provenido de no querer llenar los márgenes de citas, que pudieran distraer la atención de los Lectores".

La sexta edición del Discurso se publica en Valencia por Benito Monfort en el año 1772 y consta de dos volúmenes, al igual que la anterior edición valenciana de 1766 (segunda), siendo la última traducción del Discurso que realiza Don Andrés de Salcedo. Es, en suma, similar a las anteriores, si bien se recoge en la misma la Licencia del Real Consejo de 28 de Noviembre de 1771 dada por D. Juan de Peñuelas.

La séptima edición se publica en Madrid setenta años más tarde: "Discurso sobre la Historia Universal. Escrito en francés por el Ilmo. Sr. Jacobo Benigno Bossuet. Obispo de Meaux. Edición aumentada con nuevas adiciones y con variantes del texto. Traducida al Castellano por el Presbítero D. Juan Manuel Calleja. Madrid. Compañía General de Impresores y Libreros. 1842" y consta

de dos volúmenes. Juan Manuel Calleja interpreta, al principio de la obra y con gran belleza, la lección que Bossuet da al príncipe cuando le indica que está obligado a mantener el orden público, sin el cual no hay gobierno, libertad ni prosperidad; que hay que prestar obediencia a las leyes eternas y divinas sobre las que se deben fundar las humanas. Le hace palpable al alumno por el curso de los sucesos humanos, que la fuerza, el gran poder, las riquezas y hasta el saber humano de nada o de poco sirven cuando se empeñan en contrariar las leyes de la naturaleza, de la equidad y de la justicia, que son las leyes de Dios.

La octava edición se publica en Barcelona: "Bossuet. Discurso sobre la Historia Universal. Versión Castellana de D. F. Miguel y Badía. Barcelona. Imprenta Barcelonesa. 1880". Un volumen de 587 págs.. Esta edición carece de Prólogo y no contiene Introducción ni anotaciones de ningún tipo, pero -sorprendentemente- contiene una continuación del Discurso de Bossuet por José María Quadrado, el cual considerando inacabada la obra añade a la versión de F. Miguel y Badía dos tomos (1880-1881) que divide en tres partes: Cronología de los sucesos; Desenvolvimiento de la Iglesia; y Vicisitudes de los Estados, concretándose a la historia de los últimos once siglos.

La novena edición es la primera que se publica en nuestro siglo: "Jacobo Benigno Bossuet. Discurso sobre la Historia Universal. Traducción de la tercera y última edición revisada por el autor, de Manuel de Montoliu. Prólogo de B. Morales San Martín. Barcelona. Editorial Cervantes. 1940". Un volumen de 536 págs.. En ella se encuentra la definición que realiza Chateaubriand de Bossuet: "Bossuet, el obispo de Meaux, político como Tucídides, moral como Jenofonte, elocuente como Tito Livio y tan profundo y tan gran pintor como Tácito, tiene, además de todo esto, un estilo grave y un carácter sublime de que no hay ejemplo, excepto el del principio del libro de los Macabeos" (104); y la opinión que le merecía a Chateaubriand el Discurso: "Es la obra en que más y mejor puede conocerse cuánto influye el



genio del cristianismo en el genio de la historia" (105); o lo que significaba Bossuet para Mr. Chenodellé, el cual lo consideraba -en sus Estudios poéticos- como un gran poeta, además de historiador, filósofo, apóstol y orador de la grandeza de Isaías e Isócrates y Demóstenes (106).

Por último, y en relación a las ediciones en nuestra patria del Discurso, diremos que hay dos publicaciones más del mismo pero incompletas. La primera data de 1945 (décima): "Le Discours sur l'Histoire Universelle". Tercera parte. Notas biográficas, históricas y explicativas por D. Federico del Valle Abad. Granada. Editorial Avila. 1945. En la misma se nos indica por el autor que el Discurso no es nada más que una parte del curso de historia escrito por Bossuet para el Delfín, pues sólo llega a Carlomagno, y la continuación desde el año 800 hasta el siglo XVII no figura sino en sus notas, y que en los Imperios sigue el sistema providencialista de Paulo Orosio y de San Agustín (107). La segunda publicación incompleta del Discurso (undécima) a la que nos referimos tan sólo contiene la primera parte de la obra: "Bossuet. Discurso sobre la Historia Universal. 1ª parte: Las EPOCAS". Biblioteca de Clásicos Universitarios. Madrid. Editorial Escelicer. 1964.

La segunda gran obra histórica de Bossuet es la "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes" (Histoire des Variations des Eglises Protestantes. Paris 1688 y 1689, dos y cuatro volúmenes), seguida de la Défense de l'histoire des variations (Paris. 1691). Ambas forman parte de las luchas que mantuvo Bossuet frente a los protestantes con el fin de unificarlos y someterlos a la autoridad de la Iglesia Católica.

De la Historia de la Variaciones de las Iglesias Protestantes se han realizado dos ediciones en nuestro país.

La primera edición es de 1755 y se publicó en Madrid: "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes, y

Exposicion de la Doctrina de la Iglesia Catholica, sobre los Puntos de Controversia. Obras Curiosissimas, Enriquecidas de singular Erudicion, Escolastica, Theologica, y Dogmatica, en que se refieren las Variaciones de Doctrinas, las temerarias empresas de Luthero, los monstruosos excessos de Enrique VIII. Rey de Inglaterra, la hypocresia, y falsedad de Crammer, Arzobispo de Cantorberi; como tambien de otros Hereges, pretendidos Reformadores, y no menos sacrilegos Enemigos de la Santa Iglesia Catholica, cuya unica verdadera Religion con la mayor refulgencia triunfa gloriosamente de todas las Heregias. Por el Illmo. Sr. Jacobo Benigno Bossuet, Obispo Meldense: Y Traducidas de el Frances por Don Miguèl Joseph Fernandez, Secretario de el Excelentissimo Señor Marquès de Ariza. Con privilegio. En Madrid, por Andres Ortega. Año 1755". Se publicó en cinco Tomos. Los cuatro primeros contienen los quince libros en que a su vez se divide la "Historia de las Variaciones", dedicándose el quinto a la "Exposición de la Doctrina de la Iglesia Catholica sobre los Puntos de Controversia". Esta obra conjunta se volvió a imprimir por segunda vez en 1765, y por tercera vez en 1772.

En el Tomo I se encuentran: las Censuras del R. P. M. Lorenzo Redondo y del Rmo. P. Maestro Don Alexandro Aguado; El Rey (privilegio concedido a Don Miguèl Joseph Fernandez por diez años para imprimir la obra y las penas -pérdida de libros, moldes y pertrechos que tuviere, y mas cinquenta mil maravedis-impuestas a los que no observaren el mandato); Cartas del Rmo. P. Mro. Fr. Juan Briz y del M.R.P.M. Fr. Agustín Sanchez a Don Miguèl Joseph Fernandez; Parecer del Padre Juan de Bueno y Giron sobre la traduccion; Prologo del Traductor; Advertencia importante para la inteligencia de la presente Historia; Prologo, designio, e intento de esta obra, y los cuatro primeros libros de la "Historia de las Variaciones". El Tomo II contiene los libros quinto al noveno. El Tomo III los libros décimo al treceavo. El Tomo IV contiene los libros catorce y quince de la "Historia de las Variaciones" y la conclusión de toda la Obra.

Se nos indica por Miguèl Joseph Fernandez que: "... y entre otros el mui Docto, è Ilustrissimo Padre Maestro Fray Benito Feyjoè en el primer Tomo de su insigne Obra del Theatro Critico, pagina 16, quien tratando de las visibles contradicciones, en que caen los Hereges, aun los mas doctos, dice: Este fue el grande Argumento, con que azotò terriblemente à todos los Hereges, el Insigne Obispo Meldense Jacobo Benigno Bossuet en su Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes: duelome mucho de que esta maravillosa Obra no esté traducida en todas las Lenguas Européas; pues ni aún sè, que haya salido hasta ahora de el Idioma Francès al Latino, quando otros Libros inutiles, y aún nocivos, hallan Traductores en todas las Naciones. Iguales elogios reitera este Doctissimo Escritor à la pagina 300 del mismo primer Tomo: Escritos verdaderamente incomparables, dice, y que reduxeron mas Hereges à la Religion verdadera, que todos los rigores, justamente practicados en ellos por el Gran Luis XIV" (108). Asimismo nos indica: "El Ilustrissimo, y no menos Erudito Padre Don Fr. Miguèl de San Joseph, hoy dignissimo Obispo de Guadix, en su grande Obra de la Bibliographia, celebra igualmente à nuestro Piissimo Autor, y à sus preciosas Obras" (109). Diremos, por último, que Miguèl Joseph Fernandez insertó en el Prólogo de la Obra, traduciéndolos a su vez del Libro del Lutherano convertido, los cincuenta motivos y razones innegables por los cuales se debe anteponer, elegir abrazar la Fè Catholica Romana (110).

La segunda y última edición de la "Historia de las Variaciones" que se publica en nuestro país es de 1852: "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes, Escritas en francés por Monseñor Jacobo Benigno Bossuet, Obispo de Meaux: Y traducidas al castellano por Don Juan Diaz de Baeza, Presbítero. Barcelona: Librería Religiosa. Imprenta de Pablo Riera, 1852". Dos volúmenes.

Juan Díaz de Baeza, con independenciam de indicarnos que para traducir la obra ha tenido en cuenta las ediciones francesas de

1740 y de 1844-1845, nos significa que el protestantismo es la anarquía religiosa, y de la anarquía religiosa es muy lógico el tránsito a la anarquía civil, y que no estriba en cimientos más sólidos la autoridad temporal de los Gobiernos, que la espiritual de la Iglesia (111).

Cabe indicar, por último, y en relación con la "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes", que Constantino Roncaglia publicó un Compendio de la Obra y fué traducido al castellano en 1789 por Don Gabriel Quijano, el cual lo dedicó al Conde de Floridablanca (112).

No quisiéramos terminar este capítulo sin citar, al menos de pasada, tres publicaciones que tienen relación con el contenido de la obra histórica de Bossuet a la que nos estamos refiriendo.

La primera en orden cronológico es: "Narracion que de el gran gobierno de los antiguos Egepcios hace el Docto Monseñor Bossuet", traducción del Conde de Fridberg, Zaragoza, Francisco Revilla editor, 1736.

La segunda se titula: "Páginas de la vida de Jesucristo, sacadas de la Historia Universal", ilustradas con dibujos imitados de Alberto Durero, Rafael, Holbein, etc., Madrid, 1850.

La tercera y siguiendo la línea de la anterior se denomina: "Vida de Jesucristo sacada de la Historia Universal", introducción, semblanzas y bibliografía por César Macazaga Ordoño, publicada por Vicente García Torres, México, Cosmos, 1977.

### III.- OBRA POLITICA

La obra política de Bossuet está compuesta por "La Politique tirée des propres paroles de l'Ecriture Sainte", por "La Quinta

Advertencia contra los Protestantes", por "La Instrucción a Luis XIV" y por los Sermones sobre "Los Deberes de los Reyes" y sobre "La Justicia".

La "Política" de Bossuet es la última gran obra de apoyo al absolutismo en el siglo XVIII.

La "Política" y el "Discurso" -ambas escritas para la instrucción del Delfín y que serán por ello analizadas especialmente- se complementan, ya que las dos persiguen una misma finalidad: demostrar el gobierno de la Providencia; Dios gobierna a los hombres y a los estados de una manera especial e ineludible.

Bossuet escribió los seis primeros libros de su "Política" en el año 1679. Desde 1701 a 1704, año en que falleció, trabajó activamente en la continuación de la obra y le añadió cuatro libros más. Su sobrino, el abad Bossuet, la publicó en su redacción definitiva en el año 1709, junto con la Lettre au Pape Innocent XI sur l'education du Dauphin (en latín).

Existen dos versiones en castellano de la "Política" de Bossuet. La primera es de Don Miguèl Joseph Fernandez: "Politica deducida de las propias palabras de la Sagrada Escritura, dirigida al Serenissimo Señor Delfin. Escrita en frances por el Ilustrisimo Señor Jacobo Benigno Bossuet, Obispo Meldense. Revista y Traducida por Don Miguèl Joseph Fernandez, Secretario del Excmo. Señor Marqués de Ariza. Dedicada al Príncipe nuestro Señor Don Fernando de Borbón. En Madrid 1743". La primera edición de 1743, es en 4 v. 8Q; las dos posteriores -de 1768 y de 1789- en 3 v. 4Q.

En el primer Tomo de la Obra se encuentra la Dedicatoria al Príncipe Don Fernando de Borbón, el dictamen del Doctor Don Manuel López Aguirre, la Licencia del Ordinario, el Privilegio real, una explicación al lector, la tabla de los libros,

artículos y proposiciones comprendidas en el tomo, y un extenso prólogo, y además, la carta que envió Bossuet el 8 de Marzo de 1679 al Papa Inocencio XI sobre la educación del Delfín y la que remitió a su vez el Pontífice a Bossuet el 19 de Abril de 1679, ambas en latín y en castellano.

La segunda versión en nuestro idioma de la "Política" de Bossuet es de Don Jaime Maestro Aguilera y data de 1974 (113). Esta edición es la que hemos manejado para nuestro trabajo y no tenemos noticia de que existan otras versiones en castellano distintas a las indicadas anteriormente.

"Les six Avertissements aux protestants sur les lettres du Ministre Jurieu contre l'Histoire des Variations des Eglises protestantes" fueron publicadas en París por Bossuet entre los años 1689-1691 (114). A nosotros nos interesa particularmente el contenido de "La Quinta Advertencia contra los Protestantes" que fué publicada por Bossuet, según Jacques Truchet, en 1690 (115). No existe traducción en castellano de la misma.

"La Instrucción a Luis XIV" es de 1675, según Brunetière (116), y podemos encontrar el texto, traducido, en el libro "Memorias sobre el Arte de Gobernar" de Luis XIV (117).

El Sermón sobre los "Deberes de los Reyes" fué predicado en 1662. Troisième Sermon pour Le Dimanche des Rameaux Prêché devant Le Roi -Sur les Devoirs des Rois- Dans le carême de 1662 au Louvre (118). Para nuestro trabajo hemos utilizado la edición que se indica en la nota 118 de este capítulo y, además, la del Cardenal Maury de 1858 (119). No existe traducción en castellano de este sermón.

El Sermón sobre "La Justicia" fué predicado en 1666, según Brunetière (120), y tenemos la traducción del mismo en la versión sobre los "Sermones de Bossuet" que realizó S. Juan Arbó en 1940 (121).

## NOTAS

- (1) Freppel, Mgr., "Bossuet et l'éloquence sacrée au XVIII<sup>e</sup> siècle", cours d'éloquence sacrée fait a la Sorbonne pendant les années 1855-1856 et 1856-1857, T. I, Paris, Victor Retaux et fils, libraires-éditeurs, 1893, pág. 365.
- (2) Lanson, G., et Tuffrau, P., "Manuel Illustré D'Histoire de la Littérature Française", Paris, Librairie Hachette, 1931, pág. 308.
- (3) Lanson, G., "Histoire de la Littérature Française", Paris, Librairie Hachette et Cie, 1906, pág. 573.
- (4) Truchet, J., en Prefacio a "Bossuet: Sermon sur la Mort et Autres Sermons", Paris, Garnier-Flammarion, 1970, pág. 11.
- (5) Lanson, G., et Tuffrau, P., obra citada, pág. 308.
- (6) Champailler, Yvonne, "Bossuet: Oeuvres", textes établis et annotés, Paris, Gallimard, 1961, pág. 1.031.
- (7) Calvet, J., "Sermons de Bossuet", notices et notes, Paris, Librairie A. Hatier, 1932, pág. 4.
- (8) Maury, en Préliminaire a "Sermons Choisis de Bossuet", Paris, Librairie de Firmin Didot Frères, 1858, pág. 4.
- (9) Moland, Louis, en Introducción a "Bossuet: Oraisons Funèbres et Panègyriques", Paris, Garnier Frères, libraires-éditeurs, 1878, pág. V.
- (10) Voltaire, "El siglo de Luis XIV", versión directa de Nélida Orfila Reynal, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, pág. 362.

- (11) Gandar, Eug., "Bossuet Orateur", études critiques sur les sermons de la jeunesse de Bossuet, ouvrage couronné par l'Académie française, quatrième édition, Paris, Perrin et Cie., libraires-éditeurs, 1888, pág. V y VI.
- (12) Ledieu, "Memoires touchant la vie et les ouvrages de J. B. Bossuet, évêque de Meaux", édition de l'abbé Guettée, Paris, Didier, 1856, págs. 110 y 117.
- (13) De la Rue, en el Prefacio de sus "Sermones", T. I, Paris, 1719.
- (14) Burigny, "Vie de M. Bossuet", Bruxelles, 1761, pág. 69.
- (15) Lequeux, Dom Déforis et Dom Coniac, "Sermons de Bossuet", Paris, A. Boudet, 1772.
- (16) "Sermones del Illmo. Señor D. Jacobo Benigno Bossuet", traducción de D. Domingo Morico, Valencia, en la oficina de Benito Monfort, 1774-1776. Esta obra dividida en ocho tomos contiene doscientos Sermones, de los que cien al menos son obras maestras, y además, varios Exordios, abundantes Compendios y multitud de Fragmentos. Asimismo, contiene la traducción del prólogo de Dom Déforis. La que se titula segunda edición en castellano es de Madrid, Fortanet, 1885.
- (17) Déforis, en Prólogo a "Sermones del Illmo. Señor D. Jacobo Benigno Bossuet", traducción de D. Domingo Morico, Valencia, en la oficina de Benito Monfort, 1774-1776, págs. 1 a 3.
- (18) Déforis, obra citada, págs. 83 y 84.
- (19) Déforis, obra citada, págs. 15, 49, 52, 57 y 69.
- (20) Déforis, obra citada, págs. 55, 72, 77, 79 y 92.



- (21) Déforis, obra citada, págs. 68, 76, 77 y 81.
- (22) Déforis, obra citada, págs. 58 y 82.
- (23) Déforis, obra citada, pág. 64.
- (24) Déforis, obra citada, pág. 65.
- (25) Déforis, obra citada, notas a pié de las págs. 49 y 50.
- (26) Déforis, obra citada, págs. 59 y 61.
- (27) Déforis, obra citada, págs. 60 y 69.
- (28) Déforis, obra citada, pág. 76.
- (29) Déforis, obra citada, pág. 65.
- (30) Déforis, obra citada, pág. 53.
- (31) Déforis, obra citada, pág. 63.
- (32) Déforis, obra citada, pág. 8.
- (33) Maury, "Reflexions sur les sermons nouveaux de Bossuet", Paris, Boudet, 1772.
- (34) Lamy, "Collection complète des Sermons, Panègyriques et Oraisons funèbres de J. B. Bossuet", 17 T. en 19 vol. in-12, Paris, 1808.
- (35) Bausset, "L'Histoire de Bossuet", Paris, 1814.
- (36) "Oeuvres complètes de Bossuet", Versailles, Lebel, 1815-1819, 43 vol. in-8<sup>o</sup>.

(37) Vaillant, "Études sur les sermons de Bossuet, d'après les manuscrits", Paris, Plon frères, 1851.

(38) Floquet, "Études sur la vie de Bossuet jusqu'à son entrée en fonctions en qualité de précepteur du Dauphin (1627-1670)", 3 vol. in-8º, Paris, Didot, 1855.

(39) Lachat, "Oeuvres complètes de Bossuet", publiées d'après les imprimés et les manuscrits originaux, purgées des interpolations et rendues à leur intégrité, 31 vol. in-8º, Paris, Vives, 1862-1866.

(40) Bossuet, "Sermones", traducción y prólogo de S. Juan Arbó, Barcelona, Luis Miracle editor, 1940. Se publicó de nuevo por el mismo editor en 1943.

(41) Juan Arbó, S., en Prólogo a "J. B. Bossuet: Sermones", traducción de S. Juan Arbó, Barcelona, Luis Miracle editor, 1940, pág. 5.

(42) Juan Arbó, S., obra citada, pág. 7.

(43) Bossuet, "Oraciones Fúnebres", prólogo de Rafael Ginard de la Rosa, Madrid, Biblioteca Universal (Tomo LIII), 1879.

(44) Ginard de la Rosa, R., en Prólogo a "Bossuet: Oraciones Fúnebres", Madrid, Biblioteca Universal (Tomo LIII), 1879, pág. 20.

(45) Ginard de la Rosa, R., obra citada, pág. 12.

(46) Ginard de la Rosa, R., obra citada, pág. 13.

(47) Ginard de la Rosa, R., obra citada, pág. 17.

(48) Ginard de la Rosa, R., obra citada, pág. 28.

- (49) Ginard de la Rosa, R., obra citada, pág. 31.
- (50) Ginard de la Rosa, R., obra citada, pág. 32.
- (51) Bossuet, "Oraciones Fúnebres", versión castellana de D. Francisco Navarro y Calvo, Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1911.
- (52) Navarro y Calvo, Fr., en Noticias biográficas a "Bossuet: Oraciones Fúnebres", Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1911, pág. 25.
- (53) Navarro y Calvo, Fr., obra citada, pág. 26.
- (54) Navarro y Calvo, Fr., obra citada, pág. 31.
- (55) Navarro y Calvo, Fr., obra citada, pág. 38.
- (56) Bossuet, "Oraciones Fúnebres", Madrid, Espasa Calpe S.A. (nº 564 de la Colección Austral), 1968.
- (57) Pascal y Bossuet, "Escritos Escogidos", estudio preliminar de Fr. Justo Pérez de Urbel, traducción de Tristán Fernández, Barcelona, Editorial Exito S.A., 1951. Esta obra se reimprimió de nuevo en los años 1960 y 1962.
- (58) Pascal y Bossuet, obra citada, págs. 30 a 51.
- (59) Thomas, "Oraisons Funèbres de Bossuet", précédées d'un extrait de son éloge, Paris, A. Hiard libraire-éditeur, 1831.
- (60) Lefèvre, "Chefs-d'Oeuvre Oratoires de Bossuet", collationnés sur les Éditions Originales, Paris, Librairie de Firmin Didot Frères, 1854. Se recogen en esta edición diversos juicios sobre las Oraciones Fúnebres de Bossuet emitidos por el P. Neuville, por D'Alembert (Extrait de son Éloge de Bossuet), etc.

(61) Roger Charbonnel, J., "Oraisons Funèbres et Sermons de Bossuet", 15 ed., Paris, Montrouge, Librairie Larousse, sin fecha.

(62) Bossuet, "Maximes y réflexions sur la Comédie", suivant le texte de l'édition de Versailles, Paris, Garnier Frères, libraires-éditeurs, 1889.

(63) Bossuet, "Tratado de la Concupiscencia", versión castellana precedida de una introducción crítica por Edmundo González Blanco, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1928.

El Tratado está dividido en XXXII capítulos y como Apéndice aparece en este libro la obra "Elevaciones del alma a Dios sobre todos los Misterios de la Religión Cristiana", subdividida a su vez en IX, a los que González Blanco dedica un análisis en los capítulos V y VI.

La edición francesa más autorizada, a nuestro juicio, es la de Urbain, Ch., et Lévesque, Eug., "Bossuet: Traité de la Concupiscence", Paris, éditions Fernand Roches, 1930.

(64) González Blanco, E., en Introducción a "Bossuet: Tratado de la Concupiscencia", Madrid, Editorial Mundo Latino, 1928, pág. 7.

(65) González Blanco, E., obra citada, pág. 8.

(66) González Blanco, E., obra citada, pág. 9.

(67) González Blanco, E., obra citada, págs. 11 y 12.

(68) González Blanco, E., obra citada, pág. 12.

(69) González Blanco, E., obra citada, pág. 13.

(70) González Blanco, E., obra citada, pág. 15.

- (71) González Blanco, E., obra citada, pág. 15.
- (72) González Blanco, E., obra citada, pág. 17.
- (73) González Blanco, E., obra citada, pág. 18.
- (74) González Blanco, E., obra citada, pág. 18.
- (75) González Blanco, E., obra citada, págs. 19 y 20.
- (76) González Blanco, E., obra citada, pág. 22.
- (77) González Blanco, E., obra citada, pág. 23.
- (78) González Blanco, E., obra citada, pág. 26.
- (79) González Blanco, E., obra citada, pág. 28.
- (80) González Blanco, E., obra citada, pág. 32.
- (81) González Blanco, E., obra citada, pág. 33.
- (82) Bossuet, "Elevaciones del alma a Dios sobre todos los Misterios de la Religión Cristiana", traducción de M. J. Fernández, Madrid, 1769, 2 vols. Esta obra se editó de nuevo en Madrid, 1785, en 2 vols. Existe otra versión en castellano de la obra que puede verse en la edición, ya citada, del Tratado de la Concupiscencia de 1928 en la que aparece publicada como Apéndice (nota 63).
- (83) Bossuet, "Meditaciones sobre el Evangelio", traducción de Francisco Martínez Moles, Madrid, Joaquín Ibarra editor, 1770, 4 vols. Esta obra se editó por segunda vez en 1775, en 2 vols.
- (84) Martínez Moles, Francisco, en Prólogo a "Bossuet: Meditaciones sobre el Evangelio", traducción de Francisco

Martínez Moles, Madrid, Joaquín Ibarra editor, 1770, págs. 1 a 5.

(85) Bossuet, "Meditaciones sobre el Evangelio", traducción, prólogo y notas de D. Rafael Caldentey, Barcelona, Editorial Iberia S.A., 1995.

(86) Anónimo, "Doctrina espiritual de Bossuet extraída de sus obras", edición bilingüe y traducción de Angélica Berho Esteves y Juan Terán, prólogo y notas por Juan Terán, Tucumán, Universidad Nacional, Facultad de Filosofía y Letras, 1981.

(87) Bossuet, "La Usura en su verdadero punto de vista", observaciones del Gran Bossuet y adiciones del traductor, Méjico, Imprenta de Galván a cargo de M. Arévalo, 1834.

(88) Bossuet, "La Usura en su verdadero punto de vista", pág. 6.

(89) Olivier, "Delicias de las Almas Afligidas o Cartas de Consuelo, tomadas entre otros de Bossuet, seguidas de una Exhortación de San Juan Crisóstomo y de la Doctrina de la Iglesia sobre la vida futura por Bossuet", Madrid, Librería Universal de D. Leocadio López, 1856.

(90) Bossuet, "La Logique", Paris, Garnier Frères, libraires-éditeurs, 1889. La Lógica fué redactada para la instrucción del Delfín, pero no se publicó hasta 1828. Consta de tres libros. El primero titulado "De l'entendement" está dividido en 64 capítulos. El segundo titulado "De la seconde opération de l'esprit" está dividido en 15 capítulos. El tercero titulado "De la troisième opération de l'esprit" está dividido en 23 capítulos.

(91) Bossuet, "Tratado del Conocimiento de Dios y de Si Mismo", traducción de Alfonso Ruiz de la Piña, Madrid, Miguel Escribano editor, 1781. Se efectuó una reimpresión en Madrid y por el mismo editor en 1798.

- (101) Labrousse, Roger, obra citada, capítulos VII, X y XI, pág. 70.
- (102) Labrousse, Roger, obra citada, capítulo XI, pág. 76.
- (103) Brunetière, Ferdinand, "Manuel de l'Histoire de la Littérature Française", cinquième édition, Paris, Librairie Ch. Delagrave, 1897, pág. 199.
- (104) Morales San Martín, B., en Prólogo a "Bossuet: Discurso sobre la Historia Universal", traducción de la tercera y última edición revisada por el autor, de Manuel de Montoliu, Barcelona, Editorial Cervantes, 1940, pág. 5.
- (105) Morales San Martín, B., obra citada, pág. 7.
- (106) Morales San Martín, B., obra citada, pág. 7.
- (107) Del Valle Abad, Federico, en Notas biográficas, históricas y explicativas a "Bossuet: Le Discours sur l'Histoire Universelle", tercera parte, Granada, Editorial Avila, 1945, pág. 5.
- (108) Joseph Fernandez, Miguèl, en Prólogo a "Bossuet: Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes, y Exposición de la Doctrina de la Iglesia Catholica, sobre los Puntos de Controversia", traducción de Miguèl Joseph Fernandez, T. I, Madrid, Andres Ortega editor, 1755, pág. 4.
- (109) Joseph Fernandez, M., obra citada, pág. 5.
- (110) Joseph Fernandez, M., obra citada, págs. 9 a 28.
- (111) Díaz de Baeza, Juan, en Prólogo a "Bossuet: Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes", traducción de D. Juan Díaz de Baeza, T.I., Barcelona, Librería Religiosa, 1852, pág. 5.

La edición francesa más interesante es la de: Rossigneux, M. L., "Bossuet: Traité de la Connaissance de Dieu et de soi même", Paris, librairie Victor Lecoffre, 1900. El editor Lecoffre publicó antes del año 1900 una edición preparada por el teólogo M. l'abbé Caron, en la que la obra primitiva fué restituida a su integridad. Rossigneux sigue en su edición el texto del abad Caron.

(92) Bossuet, "Traité du Libre Arbitre", texto francés y traducción castellana de los alumnos del Seminario de francés, introducción y notas por Roger Labrousse, Universidad Nacional de Tucumán, Instituto de Filosofía, 1948.

El texto íntegro del Tratado se encuentra además, y como ya indicamos en la nota 57 de este capítulo, en el libro "Escritos Escogidos" de Pascal y Bossuet, Barcelona, Editorial Exito S.A., 1951.

(93) Labrousse, Roger, en Introducción a "Bossuet: Traité du Libre Arbitre", traducción de los alumnos del Seminario de francés, Universidad Nacional de Tucumán, Instituto de Filosofía, 1948, pág. 12.

(94) Labrousse, Roger, obra citada, pág. 19.

(95) Labrousse, Roger, obra citada, pág. 28.

(96) Labrousse, Roger, obra citada, capítulos I y II, pág. 36.

(97) Labrousse, Roger, obra citada, capítulo III, pág. 44.

(98) Labrousse, Roger, obra citada, capítulo IV, pág. 51.

(99) Labrousse, Roger, obra citada, capítulos V y VII, pág. 57.

(100) Labrousse, Roger, obra citada, capítulo VI, pág. 64.



- (112) Roncaglia, Constantino, "Compendio de la Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes", traducción de D. Gabriel Quijano, Madrid, Imprenta de D. José F. Urrutia, 1789.
- (113) Bossuet, "Política sacada de las Sagradas Escrituras", traducción y prólogo de Jaime Maestro Aguilera, Madrid, Tecnos, 1974.
- (114) Bossuet, "Les six Avertissements aux protestants sur les lettres du Ministre Jurieu contre l'Histoire des Variations des Eglises protestantes", a Paris chez Guillaume Desprez, Imprimeur Libraire ordinaire du Roy et Jean Desessarts, ruë, S. Jacques, à S. Profper, aux trois Vertus, 1717.
- (115) Truchet, Jacques, en Cronologie et Préface a "Bossuet: Discours sur l'Histoire Universelle", Paris, Garnier-Flammarion, 1966, pág. 12.
- (116) Brunetière, Ferdinand, "Manuel de l'Histoire de la Littérature Française", cinquième édition, Paris, Librairie Ch. Delagrave, 1897, pág. 192.
- (117) Luis XIV, "Memorias sobre el Arte de Gobernar", prólogo, selección y traducción de Manuel Granell, segunda edición, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina S.A., Colección Austral (nº 705), 1947, págs. 139 a 144.
- (118) Bossuet, "Sermons", nouvelle édition complète, suivant le texte de l'édition de Versailles, amélioré et enrichi a l'aide des travaux les plus récents sur Bossuet et ses ouvrages, T. II, Paris, Garnier Frères, libraires-éditeurs, 1889, pág. 772.
- (119) Maury, "Sermons choisis de Bossuet", Paris, Librairie de Firmin Didot Frères, 1858, págs. 216 a 233.
- (120) Brunetière, Ferdinand, obra citada, pág. 191.

(121) Bossuet, "Sermones", traducción y prólogo de S. Juan Arbó, Barcelona, Luis Miracle editor, 1940, págs. 43 a 72.

CAPITULO TERCERO.- OBRA HISTORIOGRAFICA DE BOSSUET.

I.- EL DISCURSO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL.

II.- LA HISTORIA DE LAS VARIACIONES DE LAS IGLESIAS PROTESTANTES.

### CAPITULO TERCERO.- OBRA HISTORIOGRAFICA DE BOSSUET.

La obra historiográfica de Bossuet está compuesta por el "Discurso sobre la Historia Universal" (1681), por la "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes" (1688), por la "Defensa de la Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes" (1691), por la "Relación sobre el Quietismo" (Relation sur le Quiétisme", 1698) y por la "Historia de Francia" (Abrégé de l'histoire de France jusqu'a Charles IX. 1747).

De las cinco obras indicadas, el "Discurso sobre la Historia Universal" y la "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes", son, sin lugar a duda, las más significativas dentro de este campo. En la "Defensa de la Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes", publicada tres años más tarde que la "Historia de las Variaciones", Bossuet respondió a las objeciones que le opusieron los protestantes, especialmente contra Basnage, el cual sostenía que las guerras de los reformados eran justas. Es un trabajo breve, pero interesante, en el que, siguiendo la línea de la "Historia de las Variaciones", se confirman los argumentos de Bossuet en lo que se refiere a las modificaciones que ha experimentado, doctrinalmente, el protestantismo. La "Relación sobre el Quietismo", ya ha sido objeto de nuestro estudio en el capítulo dedicado a la vida de Bossuet. El "Resumen de la Historia de Francia", fruto de las enseñanzas históricas profesadas por el preceptor real, contiene cierto número de lecciones sobre la historia de Francia, desde sus orígenes hasta el reinado de Charles IX. Esta obra, si bien inicialmente se publicó bajo el nombre del Delfín, pertenece al maestro que la dictó y revisó, formando parte, por tanto, del plan pedagógico que Bossuet se había trazado para la instrucción del hijo de Luis XIV.

Por todo lo anterior, para conocer la obra histórica de Bossuet es conveniente y, a su vez, necesario, centrar nuestro estudio en sus obras más importantes dentro de este género, es

decir, el "Discurso sobre la Historia Universal" y la "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes", por ello, intentaremos realizar un análisis detallado de las mismas a lo largo de este capítulo.

## I.- EL DISCURSO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL.

El Discurso sobre la Historia Universal se publicó en París a principios del año 1681 en casa de Sebastian Mabre-Cramoisy, en un volumen en 4º de 561 págs.. El privilegio real para la impresión, fechado a 11 de febrero de 1681, fué concedido por quince años. Esta edición, adornada de viñetas grabadas en dulce al principio y al fin de la obra, salió con la mayor perfección: fué contrahecha en Holanda el mismo año.

La segunda edición, que es sólo una reimpresión de la primera, con algunas correcciones, salió a la luz en 1682, en casa del mismo impresor, en un volumen en 12º de 639 págs... Se pusieron en la primera y última página las mismas viñetas en pequeño que en la edición en 4º. Se encontraban ejemplares de esta edición con la fecha de 1691, en casa de Le Roulland; pero sólo se mudó la portada.

El mismo Roulland obtuvo en dos de septiembre de 1695 un nuevo privilegio por seis años, a contar desde el día de la reimpresión. La tercera edición, hecha en virtud de este privilegio, se publicó a últimos de marzo de 1700; en un volumen en 12º de 607 págs.. Se lee en la portada: Tercera edición, revisada por el autor. En esta edición sólo se ha conservado la viñeta de la primera página.

Esta edición fué la última que se hizo en vida de Bossuet, y que él revisó. Se diferencia de las precedentes en que la segunda parte, que en las dos primeras ediciones tiene sólo trece capítulos, está dividida en treinta en la tercera. El último

capítulo de la obra está también dividido en dos; de donde resultan ocho capítulos en la tercera parte, en vez de los siete que tenía antes. El autor, al revisar su obra, corrigió muchos defectos de fechas y citas, retocó el estilo en varias partes, e hizo muchas adiciones, principalmente sobre la inspiración de los libros santos. Se ha seguido esta edición en la colección de sus obras impresas en París en 1743 y 1748 en 4<sup>o</sup>, y en las ediciones hechas separadamente del Discurso sobre la Historia Universal desde 1707 hasta 1741. Pero en 1753, los impresores de París que tenían el privilegio de publicar esta obra, en vez de continuar reimprimiéndola según la edición de 1700, dieron a la luz la de 1681, e insistieron en seguirla hasta el presente. Las ediciones de Didot para uso del Delfín: la que el mismo impresor publicó en 1814 entre las mejores obras de lengua francesa, y otras impresas con mucho lujo, son en todo conformes con la primera edición, y en ellas se han omitido las adiciones y correcciones hechas por Bossuet en la tercera.

Pero el abate Ledieu, su secretario, nos dice que en los últimos años de su vida el obispo de Meaux no dejaba de revisar su obra. El fruto de este su último trabajo es un gran número de adiciones importantes escritas todas de su propia mano, a fin de aclarar más las pruebas de autenticidad de los libros santos, y el enlace que tienen entre sí el Antiguo y Nuevo Testamento. La parte más considerable es un capítulo entero, a saber, el 29<sup>o</sup> de la segunda parte, cuyo título es: Medio fácil de remontarse hasta el origen de la religión y de hallar la verdad en su principio.

Estos fragmentos habían quedado hasta nuestros días sepultados en un profundo olvido. Fueron impresos por la primera vez, bajo el título bastante impropio de Variantes, y confundidos con las adiciones hechas en 1700 al fin de la edición estereotípica de Herhan, en 4 volúmenes de 18<sup>o</sup>, en París, 1806 (el propio impresor publicó en el mismo año una continuación del Discurso sobre la Historia Universal en dos volúmenes en 18<sup>o</sup>, como obra de Bossuet. Es una Tabla cronológica que comienza desde

la coronación del emperador Carlo Magno y concluye en 1661. Es cierto que M. Bossuet había redactado en todo o en parte este compendio de Historia. Los manuscritos que han servido para la impresión, y en donde se notan páginas enteras y muchas correcciones de su mano no permiten dudar de ello. Pero es necesario confesar también que sólo es un proyecto informe sobre el cual se había propuesto trabajar el sabio Prelado cuando tuviese tiempo, y que no vió la luz pública durante su vida. Nota de M. Auger). Se advierte en el prólogo, que la obra está "enriquecida con las Variantes que los antiguos editores habían ya publicado en las diferentes ediciones, particularmente las colecciones de las obras de Bossuet, impresas en 1743 y 1748, y se censura a Didot el Mayor de haber suprimido estas Variantes, sea porque no tuviese noticia de los manuscritos, sea porque estas Variantes exigiesen la supresión de algunas cosas importantes en el antiguo texto".

Pero estas son otras tantas imputaciones gratuitas.

19.- El más ligero examen hará ver, como se ha indicado antes, que en las ediciones de 1743 y de 1748, como también en las ediciones separadas del Discurso sobre la Historia Universal, se han limitado a copiar tanto la primera como la tercera edición.

20.- Mr. Didot no pudo tener noticia de las nuevas adiciones, sin que los PP. Benedictinos, editores de Bossuet, le hubieran comunicado sus manuscritos, los que de ellos eran depositarios; más esto no se verificó. Con más justa razón se podía censurar a este célebre impresor de no haberse resuelto a seguir la última edición publicada por el autor, es decir, la de 1700, puesto que había visto el esmero que el obispo de Meaux había puesto en revisarla y perfeccionarla.

30.- Lejos de exigir las Variantes en el texto la supresión de alguna cosa de importancia, sólo requieren a lo sumo la

supresión de tres o cuatro frases; si pueden decirse suprimidas las que el autor había omitido con el objeto de sustituir otras equivalentes, y frecuentemente para dar más claridad a su idea.

Lo que hay más de cierto en la aserción de los editores estereotípicos, es que no tuvieron conocimiento de las adiciones manuscritas, ni aun de las correcciones de la edición de 1700, sino cuando ya estaba impresa la suya. Entonces se determinaron a poner estos fragmentos al fin de cada tomo, indicando las páginas a que se refieren.

Pero esto no bastaba para llenar los deseos de Bossuet, que expresamente quería se insertaran en el cuerpo del Discurso, pues que al principio de cada parte indica las primeras palabras de la frase que debe seguirse inmediatamente (1).

Una vez efectuada la indicación que antecede, tomada de la edición de las Obras Completas de Bossuet, impresas en Versalles, pasamos a analizar el contenido del Discurso sobre la Historia Universal.

En su carta al Papa Inocencio XI sobre la educación del Delfín, Bossuet dice: "Finalmente, le enseñé la historia; y así como esta es la maestra de la vida humana, y de la política, procuré con suma vigilancia se instruyese en ella con toda exactitud; pero principalmente puse la atención en enseñarle la de la Francia, que es la suya propia. Pero no le permití la fatiga de revolver, y escudriñar los libros; y exceptuados algunos Autores de la nación, como son Filipo de Commines, y el Bellai, de los cuales dispuse leyese los mas selectos lugares, yo mismo me dediqué á acudir á los manantiales, y saqué de los Autores mas aprobados lo que mas podia conducir á hacerle comprehender la série de los sucesos, y cosas. Le referia yo en voz viva quanto podia retener con facilidad en la memoria. Hacia lo repitiese; escribialo el Principe en francés, y despues lo traducía en latin: esto le servia de tema, y yo corregia con



igual atención sus traducciones francesa, y latina. El sábado repasaba el Príncipe seguidamente quanto había compuesto en toda la semana: y creciendo la obra, la dividí, juntamente con él, en diferentes tomos, y de este modo la recorría toda muchísimas veces de mi orden. De esto resultó, que con la continuación de escribir nuestra historia, compuesta de mano y estilo del Príncipe en idioma latino, y francés juntamente, llegase hasta la de los Reynos mas remotos"(2).

Esta historia es pues de Bossuet sin tener el carácter de libro acabado e impreso. Es sólida, el mismo autor nos lo dice, ha ido a las fuentes, ha consultado a los historiadores más autorizados, para algunas cuestiones se hizo incluso traer los archivos reales, apartó las menudencias y curiosidades, subrayando sobre todo "las costumbres de la nación, buenas o malas, las costumbres antiguas, las leyes fundamentales, los grandes cambios y sus causas". Es, en suma, la historia de las instituciones, preocupación rara en los historiadores de la época.

Decimos preocupación rara -en los historiadores de la época- porque el siglo XVII se concentró en los problemas de las ciencias naturales, dejando a un lado los problemas históricos (3).

Este desinterés por el conocimiento de la historia se debió a la primacía intelectual de Descartes, para cuyo sistema el conocimiento histórico escapaba totalmente a la posibilidad de convertirse en seguro e indubitable. Como dice Collingwood: "la historia no era en absoluto una rama del conocimiento" (4).

No obstante lo anterior, los postulados metodológicos de Descartes se aplicaron a la investigación del pasado y surgieron dos escuelas muy importantes desde el punto de vista de la crítica histórica: la de los Benedictinos de San Mauro, con Jean Mabillon a la cabeza, y la de los Jesuitas del Padre Bolland.

Ambas concentraron sus esfuerzos en el tratamiento crítico erudito de las fuentes. Simultáneamente, junto a estos trabajos de gran significación metodológica, aparecerá el Discurso sobre la Historia Universal de Bossuet, que tratará de rescatar, en pleno siglo XVII, un sentido teológico de la historia retomando, en gran medida, el pensamiento histórico del cristianismo medieval de raíz agustiniana.

El Discurso ha tomado sucesivamente tres formas. Fué primero un libro de enseñanza que se componía de un resumen cronológico de la Historia Universal; cuando el príncipe abordó la filosofía, Bossuet le dió lecciones sobre la Historia de la Religión y sobre su desarrollo, y para terminar completó esta enseñanza con una clase de Filosofía de la Historia, que explica por medio de las leyes e instituciones el crecimiento y la decadencia de los imperios.

Estas enseñanzas Bossuet las recoge, las refuerza, las redacta con cuidado y hace el "Discurso" que da al público en 1681. Se diría que Bossuet viendo su libro acabado y publicado descubre su importancia, viniéndole entonces la idea de utilizarlo para su trabajo apologético. Dejando intacta la primera parte -que no es más que una cronología- recoge la segunda -continuación- de la religión- la retoca y confecciona una respuesta a Spinoza, el cual negaba el carácter inspirado de la Biblia. Retoca por lugares las consideraciones de la decadencia de los Imperios para responder a los libertinos que a partir de los espectáculos de la historia argumentaban contra la Providencia. Así refundida y rejuvenecida la obra apareció en 1700. Persuadido de que no había obtenido todo lo que podía dar de sí dicha obra, Bossuet la retocaba y preparaba una nueva edición de la misma cuando murió.

El Discurso se divide en tres partes: las Epocas, Continuación de la Religión, y los Imperios. En las primeras páginas dirigidas al príncipe Bossuet explica este plan:

"Primeramente, precisa que recorra con vos las épocas que os propongo, y que trazando en pocas palabras los principales acontecimientos que deben ir unidos a cada una de ellas, acostumbre a vuestro espíritu a poner estos acontecimientos en su puesto, sin mirar otra cosa que el orden de los tiempos. Pero como mi intención principal es la de haceros observar en esta sucesión de los tiempos la de la religión y la de los grandes imperios, después de hacer marchar juntos, según el curso de los años, los hechos que interesan a ambos, reanudaré particularmente, con las reflexiones necesarias, primero los que nos dan a entender la DURACION PERPETUA DE LA RELIGION, y, en fin, aquellos que nos descubren las CAUSAS DE LOS GRANDES CAMBIOS SOBREVENIDOS EN LOS IMPERIOS" (5).

Es un plan inspirado en la enseñanza y que Bossuet conservó en el libro sin atribuirle otro valor que no fuera el pedagógico. Para él los hechos rescatados y acumulados por los historiadores adquieren auténtica significación cuando son entendidos a través de los designios de la Providencia. Esta historia providencialista, reveladora de los designios divinos, es muy útil, sobre todo, para los príncipes que encontrarán en ella sabias lecciones: "Aun cuando la Historia resultara inútil para los demás hombres, habría que hacérsela leer a los príncipes: no hay mejor medio de descubrirles lo que pueden las pasiones y los intereses, los tiempos y las coyunturas, los buenos y malos consejos. Las historias no estan compuestas sino por las acciones que les ocupan; y todo parece haberse hecho para su uso. Si la experiencia les es necesaria para adquirir esta prudencia que les permite reinar bien, nada hay más útil a su instrucción que unir a los ejemplos de los siglos pasados, las experiencias que adquieren cada día. Así como ordinariamente sólo aprenden a expensas de sus súbditos y de su propia gloria a juzgar sobre los asuntos peligrosos que se les presenta, con el auxilio de la Historia forman su juicio, sin aventurar nada, sobre los acontecimientos del pasado. Cuando ellos ven hasta los vicios más ocultos de los príncipes, a pesar de las falsas alabanzas que se

les dispensa durante su vida, expuestos a los ojos de todos los hombres, sienten la vergüenza de la vana alegría que les causa la adulación, y conocen que la verdadera gloria es la que concuerda con el mérito" (6).

Bossuet siempre tendrá presente que su trabajo tiene como objeto formar intelectualmente al que un día sucederá a Luis XIV: "Después de ésto, alguna parte de la historia antigua que leeréis, os será de provecho. No pasará ningún hecho del que no advirtáis las consecuencias. Admiraréis la sucesión de los consejos de Dios en los asuntos de la religión; veréis, también, el encadenamiento de los negocios humanos; y con ello conoceréis con cuanta reflexión y previsión deben ser gobernados" (7).

Estas ideas extraídas de la dedicatoria a "Monseñor el Delfín" nos demuestran la intención pedagógica que Bossuet asigna a la historia, a la historia útil, a la historia entendida a través de la Providencia. Pero para que la historia logre esta finalidad debe ser contemplada con un criterio de universalidad. A este respecto, tenemos que observar que Bossuet, en su obra, distingue entre historias particulares y la historia contemplada con un criterio universal: "Esta especie de historia universal es, respecto a las historias de cada país y de cada pueblo, lo que un mapa general respecto a los mapas particulares. En los mapas particulares véis todo el detalle de un reino o de una provincia en sí misma; en los mapas universales aprendéis a situar estas partes del Mundo en su todo; véis lo que París o la Isla de Francia es en el reino, lo que el reino es en Europa y lo que Europa es en el Universo. Así, las historias particulares representan la continuidad de las cosas acaecidas en un pueblo con todo detalle; pero, con el fin de comprenderlo todo, hay que saber la relación que cada historia puede tener con las otras; lo que se hace con un compendio en el que se ve de un golpe todo el orden de los tiempos" (8).

Bossuet no hará una mera historia secular. Le interesan los

hechos pero conectados con la Religión. Historia sagrada y profana se mezclarán y adquirirán sentido entre sí. Este es uno de los aspectos en la historia de Bossuet, la cual será tratada a través de la evolución de la religión por un lado, y, por otro, a través de la evolución de los imperios: "El resultado de estas dos cosas, quiero decir el de la religión y el de los imperios, es lo que debéis imprimir en vuestra memoria; y como la religión y el gobierno político son los dos puntos sobre los que ruedan las cosas humanas, ver lo que referente a estas cosas se encierra en un compendio, y descubrir por este medio todo el orden y toda la continuación, es comprender en su pensamiento todo cuanto hay de grande entre los hombres, y tener, por decirlo así, el hilo de todas las cuestiones del Universo"(9).

Si la historia sagrada y la historia profana se complementan, Bossuet tomará aisladamente muchos de sus aspectos para lograr un mejor entendimiento de los mismos: "Pero el verdadero designio de este compendio no es el de explicaros el orden de los tiempos, aunque sea absolutamente necesario para enlazar todas las historias y mostrar su relación. Ya os he dicho, monseñor, que mi principal objeto es el de haceros considerar, en el orden de los tiempos, la CONTINUACION DEL PUEBLO DE DIOS y la de los GRANDES IMPERIOS. Estas dos cosas van juntas en este gran movimiento de los siglos, en el que tienen, por decirlo así, un mismo curso; pero para entenderlas bien es necesario separarlas algunas veces y considerar todo lo que corresponde a cada una de ellas"(10).

Bossuet divide el Discurso sobre la Historia Universal en tres partes. En la primera, Las Epocas, realiza una tabla cronológica de acontecimientos sagrados y profanos, sin distinguirlos entre sí, agrupándolos en doce épocas: "Es lo que se llama EPOCA, de la palabra griega que significa DETENERSE, porque uno se detiene allí para considerar como desde un lugar de reposo todo lo que ha sucedido antes o después, y evitar por este medio los anacronismos, es decir, esta especie de error que hace

confundir los tiempos. Precisa, ante todo, someterse a un breve número de épocas, tal como se hallan en los tiempos de la historia antigua:

Adán, o la creación;

Noé, o el diluvio;

La vocación de Abraham, o el comienzo de la alianza de Dios con los hombres;

Moisés, o la ley escrita;

Toma de Troya;

Salomón, o la fundación del Templo;

Rómulo, o Roma edificada;

Ciro, o el pueblo de Dios libertado de la cautividad de Babilonia;

Escipión, o Cartago vencida;

Nacimiento de Jesucristo;

Constantino, o la paz de la Iglesia;

Carlomagno, o el establecimiento del nuevo Imperio"(11).

La segunda parte del Discurso, La Continuidad de la Religión, está dedicada a presentar la historia de la Religión cristiana: "La religión y la continuidad del pueblo de Dios, considerada de esta manera, es el más grande y el más útil de todos los objetos que se pueda proponer a los hombres"(12).

La historia sagrada nos la presenta Bossuet a través de las vicisitudes del pueblo judío, pueblo elegido y depositario de la revelación. Dios establece con el pueblo elegido una relación directa a través de la revelación. La relación de Dios con el resto de los pueblos, será indirecta, siempre a través de los judíos, hasta el nacimiento de Jesucristo que los hará participar de la revelación: "Seguramente, monseñor, no se puede concebir nada más digno de Dios que haber escogido primeramente un pueblo que fuese un ejemplo palpable de su eterna providencia; un pueblo cuya buena o mala fortuna dependiese de la piedad y cuyo estado rindiese el testimonio a la sabiduría y a la justicia de Aquel que lo gobernaba. Por aquí comenzó Dios y es lo que hizo ver en

el pueblo judío. Pero después de haber establecido con tantas pruebas sensibles este fundamento inmutable que por sí solo conduce a su voluntad todos los acontecimientos de la vida presente, llegó el tiempo de instruir a los hombres con más altos pensamientos y de enviar a Jesucristo, a quien le estaba reservado descubrir al nuevo pueblo, formado con todos los pueblos del mundo, los secretos de la vida futura. Vos podréis seguir fácilmente la historia de estos dos pueblos y advertir cómo Jesucristo realiza la unión de uno y de otro, puesto que, esperado o dado, fué en todos los tiempos el consuelo y la esperanza de los hijos de Dios"(13).

Para la elaboración de esta segunda parte del Discurso, Bossuet ha utilizado todas las fuentes a su alcance. Se ha servido de autores judíos, como Flavio Josefo; cristianos, como Orígenes, Tertuliano, Eusebio de Cesárea; paganos, como Suetonio, Plinio, Tito Livio y Tácito. Pero, sus fuentes principales siguen siendo las Sagradas Escrituras: "¡Qué testimonio de su verdad ver que, en los tiempos en que las historias profanas no nos cuentan más que fábulas, o a lo sumo hechos confusos o semiolvidados, la Escritura, sin disputa el más antiguo libro que haya en el Mundo, nos conduce a través de tantos acontecimientos precisos, y por la misma continuación de las cosas, a su verdadero principio, es decir, a Dios, que lo ha hecho todo; y que nos marca tan claramente la creación del Universo, la del hombre en particular, la felicidad de su primer estado, las causas de sus miserias y de sus debilidades, la corrupción del mundo y el diluvio, el origen de las artes y el de las naciones, la distribución de las tierras y, en fin, la propagación del género humano y otros hechos de la misma importancia de los que las historias humanas sólo hablan confusamente y nos obligan a buscar en otra parte las fuentes ciertas!"(14).

La tercera parte del Discurso, los Imperios, está dedicada a la historia estrictamente humana, a recorrer el itinerario histórico de cada pueblo, buscando las causas que han motivado

los hechos. Bossuet realiza su cometido con el método que hubiera seguido cualquier historiador, pero debido a su formación, nos presenta los acontecimientos como el resultado de un plan divino. Hay una subordinación de lo humano a lo divino. Todo lo que sucede en la historia sirve al triunfo de la religión. La Providencia se manifiesta en el devenir de los hechos, incluso en los que puedan resultar contrarios para el cristianismo: "Primeramente, estos imperios tienen en su mayor parte una ligazón necesaria con la historia del pueblo de Dios. Dios se sirvió de los asirios y babilonios para castigar a este pueblo; de los persas para restablecerlo; de Alejandro y de sus sucesores inmediatos para protegerlo; de Antíoco el Ilustre y de sus sucesores para ejercitarlo; de los romanos para sostener su libertad contra los reyes de Siria, que no pensaban más que en destruirla. Los judíos estuvieron hasta Jesucristo bajo el poder de los mismos romanos. Cuando lo desconocieron y crucificaron, estos mismos romanos prestaron sus manos, sin saberlo, a la venganza divina y exterminaron a este pueblo ingrato. Dios, que había resuelto reunir en el mismo tiempo al pueblo nuevo de todas las naciones, reunió primeramente las tierras y los mares bajo este mismo imperio. El comercio de tantos pueblos diversos, en otro tiempo extraños unos a otros, y luego reunidos bajo la dominación romana, fué uno de los más poderosos medios de que se valió la Providencia para dar curso al Evangelio. Si el mismo Imperio romano persiguió durante trescientos años a este pueblo nuevo que nacía por todas partes en su recinto, esta persecución confirmó a la Iglesia romana e hizo brillar su gloria con su fe y su paciencia. Al fin cedió el Imperio romano; y habiendo encontrado algo más invencible que él, recibió apaciblemente en su seno a esta Iglesia a la que había hecho una guerra tan larga y cruel. Los emperadores emplearon su poder en hacer que se obedeciera a la Iglesia; y Roma ha sido la cabeza del imperio espiritual que Jesucristo quiso extender por toda la Tierra"(15).

Por este motivo, la historia de Bossuet se apreciará en su conjunto y se valorará en su verdadero sentido, cuando se la



entienda a través de la fe cristiana. Por ello, Karl Löwith nos dice en su obra "El sentido de la historia": "la misma ausencia de señales visibles de la Providencia en la historia del mundo evoca y prueba la necesidad de la fe en las cosas que no vemos. La fe no descansa en la certeza objetiva o en un cincuenta por ciento de probabilidades, sino más bien en la ausencia de éstas. Significa adscripción y riesgo, valor e impaciencia. Constituye una creencia en lo que de otro modo resulta increíble" (16).

"Así es como reina Dios sobre todos los pueblos. No hablemos más del azar ni de la fortuna, o hablemos solamente de ella como si fuese sólo un nombre con el que encubrimos nuestra ignorancia. Lo que es azar respecto a nuestros consejos inciertos, es un designio concertado con un consejo más alto, es decir, con su consejo eterno que encierra todas las causas y todos los efectos en un mismo orden. De este modo todo ocurre con el mismo fin, y a falta de comprender el todo hallamos el azar o la irregularidad en los sucesos particulares"(17).

Siguiendo el método indicado, Bossuet realiza el estudio de los pueblos de la antigüedad: escitas, etíopes, egipcios, medos, persas, griegos y romanos, analizando sus leyes, costumbres e instituciones.

Sus fuentes, al igual que en la segunda parte del Discurso, son todas las que tenía a su alcance. Se ha servido de los padres de la Iglesia, como San Agustín, San Pablo, y San Eusebio; de los clásicos de la época pagana y de obras de sectores ajenos a la Iglesia, como Plutarco, Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Políbio, Suetonio, César, Tito Livio y Tácito, y, en lo premedieval, de Gregorio de Tours, Casiodoro, San Isidoro, Flegardo o Eginardo. Pero, sus fuentes principales siguen siendo las Sagradas Escrituras, y, aún cuando utilice fuentes paganas, recurrirá a aquellas que estén más acordes con las Sagradas Escrituras. El mismo justifica así su predilección por Jenofonte.

"En lo que respecta a Ciro, los autores profanos no están de acuerdo sobre su historia; pero yo creo deber seguir más bien a Jenofonte, con San Jerónimo, que a Ctesias, autor fabuloso, al que la mayor parte de los griegos han copiado, como Justino y los latinos han hecho con los griegos; y sobre todo que al mismo Heródoto, a pesar de ser muy juicioso. Lo que me ha determinado a esta elección, es que la historia de Jenofonte, más seguida y más verosímil en sí misma, tiene también la ventaja de estar más conforme con la Escritura que, por su antigüedad y por la relación de los negocios del pueblo judío con los de Oriente, merecía ser preferida a todas las historias griegas cuando, por otra parte, no se sabía que había sido dictada por el Espíritu Santo.

En cuanto a las tres primeras monarquías, lo que escribieron la mayor parte de los griegos ha parecido dudoso a los más cultos de Grecia. Platón hace ver en general, bajo el nombre de los sacerdotes de Egipto, que los griegos ignoraban profundamente las antigüedades; y Aristóteles alineó entre los que contaban fábulas a cuantos asirios escribieron.

Es que los griegos escribieron más tarde, y, queriendo divertir con las historias antiguas a la Grecia siempre curiosa, las compusieron sobre-recuerdos confusos, limtándose a ponerlas en un orden agradable, sin cuidarse gran cosa de la verdad"(18).

El propósito inicial de Bossuet era, a la vez, más amplio y menos profundo que la obra que él compuso. Quería decir, así lo escribía al Papa Inocencio XI, "una Historia Universal que tuviera dos partes: la primera trataba desde el origen del mundo hasta la caída del antiguo imperio romano y el coronamiento de Carlo Magno; la segunda, a partir de ese nuevo imperio establecido por los franceses". Esta segunda parte, nunca se hizo. Su plan, bajo otro espíritu, se llevó a cabo únicamente por Voltaire. Y a pesar del mérito del "Ensayo sobre las costumbres", nosotros sentimos el hecho de que Bossuet no haya realizado para

la edad media cristiana lo mismo que hizo para la antigüedad judía o pagana.

La primera parte del "Discurso" de Bossuet presenta el esquema general de la sucesión de las doce épocas y siete edades del mundo, sin distinción alguna entre acontecimientos sagrados y profanos. Las edades se dividen por Jesucristo, cuyo nacimiento fuera señalado por la Providencia, y exactamente profetizado por Daniel. Las tres fechas más notables son: 4004: fecha de la creación; 754: fundación de Roma; y el año 1. La séptima edad, que comienza con el nacimiento de Jesucristo, es la última; ya que los imperios nacen y mueren, pero no la Iglesia de Jesucristo, que es eterna. Sin embargo, en la primera parte (única tratada), amplió su plan inicial. La repasó, como dice, con el Delfín en 1679, y añadió "reflexiones que ayudan a entender el resto de la religión y los cambios de los imperios". Lo que sólo era un retrato sincrónico de las historias antiguas, se convirtió en un ensayo audaz, original y profundo de una filosofía de la historia. Las coletillas han compuesto el cuerpo de la obra, y lo que en un principio era todo, ahora no es más que un imponente preámbulo.

Seguramente, esta primera parte titulada Las Epocas o la continuación de los tiempos, ya no puede satisfacer al historiador: la cronología, en ocasiones, cuenta con errores. Bossuet juzgaba con la ciencia de su siglo, pero si las seis o siete primeras épocas no contienen apenas hechos o informes que no se pueden discutir, en las otras, al contrario, apreciamos una claridad sorprendente y una visión justa de todas las historias. Los errores o inexactitudes de detalle no cuentan, en el conjunto prima la verdad. Aquí tenemos el mejor resumen de la historia universal que, en un centenar de páginas, nos conduce desde Ciro hasta Carlo Magno. Bossuet en esta tabla cronológica nos proporciona una visión extraña y potente: los hombres, los pueblos aparecen y pasan, se encuentran y chocan, se empujan y desaparecen, marcados cada uno de ellos por una rasgo imborrable,

llevados todos por el movimiento de la narración rápida y amplia. Es el acontecer de la humanidad donde se desarrollan, bajo nuestros ojos, quince siglos de la vida del mundo, y este compendio, que no es sólo fruto de la memoria, nos incita a la meditación a través de las reflexiones que sobre estas épocas realiza Bossuet.

Las reflexiones añadidas por Bossuet a su compendio sinóptico se han dividido naturalmente en dos partes, conforme a la idea de separación de los dos poderes, la cual ocupa un lugar tan esencial en la teología y en la política del autor. Aquellas que se refieren a la religión forman la segunda parte del libro, la más larga y, según la intención de Bossuet, la más importante. Estas doscientas cincuenta páginas, sustanciales y vigorosas, contienen y resumen toda la teología dispersa en los sermones y en las obras de controversia. Desde la creación, parándose en los libros de Moisés, estudiando las profecías, mostrando cómo la antigua ley preparaba a la nueva, que a su vez la convertía en caduca, exponiendo la vida y doctrina de Jesucristo, y haciéndonos asistir al establecimiento de la Iglesia, haciendo un maravilloso uso de las Escrituras y de los Padres de la Iglesia, mezclando en cada instante, como cosas inseparables, la moral y el dogma, nos desarrolla en veinte capítulos todo el seguimiento de la religión; después, parándose, suspende durante diez capítulos la inevitable conclusión hacia la cual se dirigía; vuelve sobre los puntos más discutidos, sobre las dudas y objeciones más graves, contesta a todos los adversarios de la Iglesia Católica, judíos, protestantes, libertinos, filólogos, reduce toda la materia en una simplicidad extrema y clara, y deja llegar su conclusión tan bien preparada: ¡Qué consuelo para los hijos de Dios! ¡Qué convicción de la verdad cuando ven que de Inocencio XI, que llena hoy (año 1681, fecha de la primera edición de la obra) tan dignamente el primer puesto de la Iglesia, se remonta sin interrupción hasta San Pedro, establecido por Jesucristo como príncipe de los apóstoles, del que, siguiendo a los pontífices que han servido bajo la ley, se llega hasta

Aarón y hasta Moisés y de aquí hasta los patriarcas y hasta el origen del Mundo! (19).

La idea de la Historia Universal estaba en todas partes desde los primeros tiempos de la Iglesia; estaba en San Agustín, Paulo Orosio, incluso en Balzac. La dificultad no consistía en concebirla, sino en ejecutarla; se necesitaba una ciencia, un poder de espíritu, una lógica, una habilidad increíbles. Es suficiente ser cristiano para observar las cosas humanas desde el cristianismo, pero había que ser Bossuet para elaborar tal obra con tal idea. Por ello, si observamos esta segunda parte en su conjunto, dejando a un lado la respuesta a Spinoza, el cual negaba el carácter inspirado de la Biblia (20), nos llamará la atención la elocuencia de Bossuet, como haría en cualquiera de sus sermones. Bossuet ve la continuación de la Religión y queda invadido por la grandeza del espectáculo que ésta le da al permanecer en pié ante la ruina de los Imperios. El Capítulo XXVII, en particular, es de un orador al que la emoción conmueve: "Esta Iglesia siempre atacada y nunca vencida, es un milagro perpetuo y un brillante testimonio de la inmutabilidad de los consejos de Dios" (21).

No olvidemos que esta segunda parte del "Discurso sobre la Historia Universal" es la suma abreviada de todos los argumentos que Bossuet opuso a sus adversarios, heréticos o libertinos; todo su método y sus pruebas se recogen en la elección de sus puntos de vista, desde donde abarca toda la historia sagrada; es la fuente de donde surgen todos los razonamientos, el principio de donde recoge la solución para resolver todas las dificultades.

Bossuet predicó en 1668 el Panegírico de San Andrés, en 1665 el Sermón sobre la Divinidad de Jesucristo, en 1654 el Segundo Sermón para la Investidura de un nuevo católico, y en 1651 el Sermón sobre la Bondad y el Rigor de Dios, cuatro discursos, entre tantos, que contienen algunas ideas de esta segunda parte del "Discurso sobre la Historia Universal" y que suponen casi

todas las demás. Cuatro capítulos importantes de esta segunda parte se hicieron con los mismos textos que el Sermón de 1651, donde se reproducen, a veces, hasta las mismas expresiones.

Bossuet, al salir de Navarra, ya iba armado con toda su teología. Pudo enriquecerla, reforzarla, pero no cambiarla ni renovarla, por eso, antes y después de 1670, en la "Refutación del catecismo de P. Ferri", en la "Exposición de la doctrina de la Iglesia Católica sobre los puntos de controversia", en la "Conferencia con Claudio" y en la "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes", funda todos sus medios de controversia sobre su concepción histórica de la perpetuidad de la religión; y la expuso en el "Discurso sobre la Historia Universal" porque lo meditó largamente, considerándola como la clave de todas las objeciones y todas las dificultades.

Pero esta segunda parte del "Discurso" con este sistema tan absoluto sobre los destinos del pueblo judío y sobre los acontecimientos del Antiguo Testamento, nos parece más teología que historia.

La tercera parte del Discurso permanece para nosotros de una manera más viva, siempre y cuando no busquemos en ella, no más que en las Consideraciones de Montesquieu, una continuación de los hechos. Es, puramente, una explicación de las revoluciones de los imperios. Se basa en los hechos, ciertamente, y permanece sólida aún cuando las circunstancias de los hechos se asienten sobre bases inexactas, incluso cuando existan errores en algunas fechas. Bossuet conocía la historia y sabía de la antigüedad lo que podía conocer cualquier humanista de su época, ya que había estudiado a los autores que él mismo cita como fuentes en su trabajo, pero, les atribuía una autoridad que nosotros hemos aprendido a limitar (22), y no tenía para controlarlos las investigaciones que empezaban a realizarse en su época, que han continuado después, y que han renovado nuestra visión del pasado.

Bossuet ha leído a los autores latinos y ve a Roma tal y como la presentaban sus historiadores. Renan escribe al respecto: "La Historia Universal de Bossuet no tiene ya, en el estado actual de los estudios históricos, ninguna parte que pueda permanecer en pié" (23). Ciertamente, tenemos sobre las instituciones de la República Romana y el Imperio puntos de vista diversos, pero, si decimos ésto de Bossuet, podríamos decir lo mismo de Tito Livio, Tácito, Montesquieu y Renan.

La ciencia histórica se forma día a día, a medida que se suceden los descubrimientos, y el conocimiento que tenemos del pasado se modifica en cada generación. De los grandes historiadores del pasado no aceptamos la información que nos suministran, sino verificándola, bien sea a través de las instituciones, o bien sea a través de los hechos, de ellos esperamos otras cosas, principalmente documentos humanos cuyo interés no disminuya con el tiempo, estudios sobre las costumbres y descripción de acontecimientos. A este respecto, todo lo que Bossuet nos dice sobre Roma es de gran valor:

"Hemos llegado finalmente a este gran imperio que devoró a todos los imperios del Universo, del que salieron los reinos más grandes del mundo que habitamos, cuyas leyes respetamos aún, y que, por consiguiente, debemos conocer aún mejor que todos los demás imperios"(24).

"De todos los pueblos del mundo, el más soberbio y el más audaz, pero al mismo tiempo el más ordenado en sus consejos, el más constante en sus máximas, el más advertido, el más laborioso, y, en fin, el más paciente, ha sido el pueblo romano" (25). Son estas las cualidades que formaban parte en la composición de aquella "virtus romana" que conquistó el mundo. Bossuet, investigando las fuentes de esa "virtus", dice con gran penetración: "El fondo de un romano, valga la expresión, era el amor a su libertad y a su patria. Una de estas cosas le hacía amar a la otra, ya que, por amar a la libertad, amaba también a

su patria, como una madre que le alimentaba en sentimientos igualmente generosos y libres" (26). De ahí se explica, por causa de aquella "virtus", que los romanos hayan aceptado, y aceptado hasta el punto de amarlos, el trabajo, la pobreza y la disciplina. "Con todo ello se formó la mejor milicia y la política más previsora, la más firme y la más continuada que hubo siempre" (27).

"Pero como no basta entender la guerra si se carece de buen consejo para llevarla bien y mantener el interior del Estado en buen orden, debo aún haceros observar la profunda política del Senado romano. Examinando la de los buenos tiempos de la República, no hubo jamás asamblea alguna donde los asuntos fuesen tratados más maduramente, ni con mayor secreto, ni con mayor previsión, ni por tan gran concurso ni con tanto celo para el bien público" (28).

"Un Estado que se siente así formado, se siente también al mismo tiempo en posesión de una fuerza incomparable, y nunca se considera sin recursos" (29).

"No obstante esta grandeza del nombre romano, no obstante la política profunda y todas las excelentes instituciones de esta famosa República, ésta llevaba en su seno la causa de su ruina por los perpetuos recelos del pueblo contra el Senado, o, mejor, de los plebeyos contra los patricios"(30).

"Y así Roma, tan celosa de su libertad, por este amor a la libertad que era el fundamento de su Estado, vió surgir la división entre todos los órdenes de que se componía "(31).

No canta un himno indefinido a la gloria de Roma. Su admiración, en el conjunto de la institución romana, se dirige hacia los lugares adecuados. Cuando Montesquieu intente aplicar al estudio de la grandeza romana los procedimientos del análisis filosófico, no podrá hacerlo sino repitiendo a Bossuet.



Y es aquí, donde encontramos uno de los mayores méritos en Bossuet: la libertad de examen, a pesar de su fe, en la historia.

Esta sensibilidad está ya patente en la "Historia de Francia" (32) -la cual, publicada bajo el nombre del Delfín, pertenece al maestro que la dictó y revisó- seguramente anterior al "Discurso sobre la Historia Universal". Nada menos "clerical" que las declaraciones de Bossuet sobre aquellas preguntas delicadas donde el espíritu de partido y el interés por la "buena causa" produjeron tantas veces mentiras piadosas. Cuando trata las relaciones de la monarquía francesa con la Santa Sede, habla de ello sin tendencias ultramontanas, claro está, pero también sin los prejuicios galicanos, y como no encuentra en los textos la Pragmática Sanción atribuida a San Luis, no habla de ello.

Pero es en el "Discurso" donde se manifiesta de forma más curiosa esta especie de liberación del espíritu de Bossuet. Es aquí, donde la concepción mística de una providencia reguladora de todos los acontecimientos del mundo antiguo, está lejos de tener sobre el método de Bossuet la influencia nefasta que podríamos temer.

Seguramente, al principio y al final de su libro, y de cada una de las partes del mismo, establece el principio de la acción perpetua de Dios, única, según él; pero en el intervalo, prudentemente, no utiliza ese Dios del que podía disponer a su antojo. Utiliza, apenas, dos o tres veces las impenetrables resoluciones de la sabiduría divina. En cualquier otra parte, busca en las cosas humanas la explicación de las cosas humanas; en lo que precede, la causa de lo que ha seguido; en los incidentes particulares, la causa de los grandes acontecimientos. De la organización especial de cada estado, deduce las consecuencias distintas que tenían que producirse. Atribuye a las ideas difundidas en las naciones griega y romana los destinos que estas naciones han tenido. Insiste sobre el sistema de educación romano porque algunos de sus resultados, natural y

necesariamente, se seguirían.

En los años de estudio de 1670 a 1680, descubrió entre los historiadores antiguos a Polibio, quien por su observación rigurosa de los acontecimientos de la historia griega, cartaginesa y romana, pudo predecir y profetizar, lo que ocurriría más tarde con estos estados.

Impresionado por tanta clarividencia, Bossuet, no sólo se esfuerza en imitar el método de este historiador, sino que su buen sentido extrae de su ejemplo la doctrina histórica que conviene, y declara con gran firmeza: "...; este mismo Dios quiso también que el curso de las cosas humanas tuviere su continuidad y sus proporciones: quiero decir que los hombres y las naciones han tenido cualidades proporcionadas a la elevación a que estaban destinados; y que a reserva de ciertos golpes extraordinarios, en los que Dios quería que su mano apareciera completamente sola, no hubo ningún cambio que no tuviese sus causas en los siglos precedentes. (Y desde entonces) la verdadera ciencia de la historia consiste en advertir, en cada tiempo, esas secretas disposiciones que han preparado los grandes cambios y las coyunturas importantes que los motivaron" (33).

¿Cómo podemos unir declaraciones tan diferentes? ¿Cómo este determinismo inspirado en Polibio puede coincidir con este fatalismo que viene de San Agustín? Seguramente hay un problema que Bossuet no se preocupó en resolver, conciliar el libre arbitrio humano con la gracia divina. Lo cierto es que podemos afirmar, sin lugar a dudas, que Bossuet, en aquel momento, albergaba al lado de su fe religiosa una dosis notable de fe científica.

Pero esta tercera parte nos parece, al menos en algunos aspectos, que depende de la anterior, ya que Bossuet nos muestra cómo Dios hace que los reyes y los imperios sirvan a su religión, elevando y derribando a los asirios, babilonios, persas,

Alejandro, Antíoco, los romanos. Ya no es sólo la historia judía sino la de todos los pueblos, sometida a su concepción teológica. Afortunadamente, Bossuet no para ahí: amplía primero su idea. De católica, se convierte en religiosa e incluso filosófica. Aquel Dios que levantaba sucesivamente tantos grandes imperios para castigar o proteger a su pueblo, se transforma en una Providencia que se considera el porvenir de los hombres, que desconcierta los cálculos de los ambiciosos y contribuye a la caída de los establecimientos más sólidos. Es suficiente leer el final de su libro para comprobar las palabras sorprendentes con las que Bossuet expresó esta gran verdad.

Muchos teólogos se fijarían en el primero y en el último capítulo de esta tercera parte. Pero Bossuet, en su propia teología, encuentra el principio de desarrollo. Distinguiendo, como lo hace, entre los dos poderes y buscando en la historia política de las naciones las leyes del ejercicio de este poder. Dios gobierna y conduce donde le place a los reinos y a los reyes; pero casi siempre actúa a través de segundas causas, y, "a reserva de ciertos golpes extraordinarios, en los que Dios quería que su mano apareciera completamente sola, no hubo ningún cambio que no tuviese sus causas en los siglos precedentes". De esta forma se pueden justificar todos los acontecimientos de la historia por las diversas coyunturas y circunstancias anteriores, por los caracteres de los pueblos, de los reyes y grandes hombres. Comprender la historia, es reducirlo todo a causas y efectos.

De esta manera el "Discurso", en su tercera parte, se acerca a la "Política"; verifica las máximas sobre los hechos de la historia profana; se puede sacar la misma conclusión de las dos obras, y una es el complemento de la otra. El "Discurso" nos permite moderar las doctrinas demasiado absolutas de la "Política", o bien, devolver a las ideas de Bossuet su verdadera amplitud. Hace su "Política" para las necesidades de un rey de Francia: por consiguiente, sólo contempla la monarquía absoluta.

Pero si no supiéramos que sólo ama al propio gobierno de cada país, y que juzga las constituciones sólo por la disposición y la fuerza que dan al magistrado para hacer el bien público, el "Discurso", en el sexto capítulo de la tercera parte, nos lo desvelaría claramente.

Bossuet se revela en cinco capítulos de la tercera parte como un gran historiador. En ellos se encuentran las reflexiones más sustanciales, más rigurosas y más profundas de toda la antigüedad. Hasta mediados del siglo pasado no existía mejor lectura para aquel que quería, de una mirada, abarcar las causas de la grandeza y la caída de los imperios. Montesquieu confirmaba a Bossuet contemplándolo: se trataba de corregir detalles. No le restaba ningún crédito.

Sin lugar a dudas, Bossuet fué el maestro de Montesquieu. Este último sólo tuvo que seguir la visión de su predecesor, completarla, corregir los detalles, extender y precisar con hechos la exposición de la organización militar y las máximas políticas de Roma. Lo que Montesquieu creó, enteramente, fueron las causas de la decadencia y, además, describió cómo el imperio se volvió necesario, y cómo fué preciso que el imperio se convirtiera en la presa de los bárbaros.

En el "Discurso sobre la Historia Universal", Bossuet manifiesta sus cualidades de historiador: es un maestro en la materia, la penetra, la ordena, le da forma y sentido; observa como filósofo el conjunto innumerable de hechos y los dispone en series continuas de causas y efectos; nunca se reduce a abstracciones frías en la expresión de sus informes ni en aquellas consecuencias que desarrolla; capta siempre el rasgo característico de la realidad; entra en el campo de la inteligencia por medio de la imaginación. Nadie supo describir mejor las costumbres de los pueblos, el genio de las civilizaciones, las alteraciones del espíritu público en un país a través de los siglos. Su tema se centraba en consideraciones

generales y sólo se permitía retratos de conjunto. Tuvo una gran simpatía hacia el hombre que le ayudó a comprender el pasado aun cuando fuesen diferentes las formas de civilización que estudió, y opuestas a su ideal preferido; buscó en ellas rastros de buen sentido y justicia; y en las costumbres más extrañas descubrió intenciones sabias y morales. Consiguió alabar el buen orden de los estados despóticos, el patriotismo de las repúblicas democráticas; comprendió a cada nación; estimó el sentimiento religioso incluso en las falsas religiones. En todas sus obras fué tan historiador, como orador o polemista, y el conjunto de reflexiones que realiza en el "Discurso sobre la Historia Universal" nos demuestra que contaba con la profundidad de un gran moralista político.

Llegados a este punto de la obra historiográfica de Bossuet, y una vez analizado el "Discurso sobre la Historia Universal", procede que comparemos el "Discurso" de Bossuet con la "Ciudad de Dios" de San Agustín, ya que en lo esencial hay una coincidencia entre ambos autores, al considerar los mismos que Dios es quien rige, con su providencia, los hechos de los hombres y el curso de la historia.

Se puede considerar la "Ciudad de Dios" de San Agustín como una apología política del cristianismo en relación con la historia de Roma, apología que alcanza su pleno desarrollo en exégesis mística. San Agustín se propuso, en primer lugar, destruir las acusaciones de los paganos que hacían a la religión cristiana responsable de las desgracias del Imperio Romano: dedicó los diez primeros libros de su "Ciudad de Dios" a declarar la inutilidad, incluso perversidad, de los antiguos dioses de los paganos, y a liberar lo que la historia romana tenía de humanamente bueno.

El "Discurso sobre la Historia Universal" de Bossuet vió la luz en una coyuntura histórica diferente, y este primer hecho es decisivo para comprender sus intenciones. Bossuet, en el seno de

un imperio cristiano próspero, no tiene necesidad de excusar los efectos políticos de la revolución cristiana, ya que parte de un hecho probado: el que la Iglesia ha perpetuado a la antigua Roma, renovándola.

Le quedaba a Bossuet la posibilidad de retomar las pruebas positivas recogidas por San Agustín. Su intención era la de continuar la Tradición de los primeros Padres de la Iglesia, toda la Tradición, y en particular aquella de la "Ciudad de Dios": esto lo reconoció ante su secretario Ledieu (34). Pero esta inspiración sólo se refiere a la segunda parte, "La Continuidad de la Religión", donde el número de referencias explícitas a la "Ciudad de Dios" es muy pequeño.

Georges Hardy, en su estudio "Le -De Civitate Dei- source principale du Discours sur l'Histoire Universelle", ha constatado doce en total, once para la Segunda parte y una para la Tercera, lo que no es mucho si se considera que para el capítulo V de los "Imperios", Bossuet se refirió nueve veces, en nota, a los textos de Platón (35). Georges Hardy tiene razón al decir que el corto número de referencias no pueden probar una influencia filosófica, ya que, Bossuet, en sus citas, no considera a la "Ciudad de Dios" más que como una enciclopedia cómoda, una revista de ejemplos y argumentos, y sólo remite al lector a su contenido para evitarle búsquedas vanas, o para apoyar, en la autoridad de San Agustín, las ideas que expresa, o para revelar las fuentes de su inspiración.

Con independencia de lo observado por Hardy, Bossuet ha podido recoger del grueso tratado de San Agustín mucha información sobre la historia de Roma y de los países que han influido en ella. Pero constatamos que la autoridad de San Agustín no es una razón suficiente para que Bossuet acepte sus opiniones, solamente las aceptará cuando encuadren con el resto de su información, pese a que San Agustín, para Bossuet, contiene toda la doctrina católica, y la "Ciudad de Dios" es una especie

de suma en donde ha tomado forma el pensamiento católico.

Es cierto que se podría encontrar en la disposición de la "Ciudad de Dios", la distinción sucesiva de los puntos de vista que son la base del "Discurso". Las dos ciudades, en la obra de San Agustín, unas veces caminan juntas, tanto en el libro, como en el tiempo (Libros XI, XII, XIII, XIV y XV), y en otras ocasiones son consideradas aisladamente (Libros XVI y XVII). Bossuet parece haber procedido de la misma forma al tratar sin distinción la historia sagrada y la profana en la primera parte del "Discurso", separándolas posteriormente en la segunda y tercera. Puede que haya tomado de San Agustín la primera idea de su plan, pero su realización es absolutamente diferente.

El orden seguido por San Agustín en su obra está condicionado por la oportunidad del desarrollo: en su "Ciudad", los acontecimientos de una o de otra de las dos series se detienen en pleno curso, y el autor relanza cada estimación cuando le parece conveniente (las dos ciudades van juntas hasta Abraham, después la ciudad de Dios continúa sola hasta Jesucristo). Mientras que en Bossuet toda la duración de las cosas humanas que abarca el "Discurso", entra en cada punto de vista, y esta igualdad de tratamiento hace que cuando debe pararse en el tiempo, o cuando se limita en el espacio, la universalidad de la historia no se suspende.

Que las dos series de acontecimientos hayan servido conjuntamente para marcar los diversos tipos de humanidad, puede ser una sugestión de la "Ciudad de Dios", pero la naturaleza de estas marcas puestas sobre el tiempo por una u otra de las dos fuerzas, que son distintas y a la vez concurrentes, es a Bossuet a quien le ha tocado descubrirlo con su noción de época.

Podemos hacer comparaciones entre las dos obras, pero lo que no debemos intentar es hacer una comparación de fondo entre los dos autores, ya que San Agustín no nos parece un historiador en

el sentido propio del término. (El no ha querido serlo). En efecto, su propósito de contar la historia de los Imperios, en el Libro XVIII, desaparece por la llamada del simbolismo inherente a la historia terrestre. La ciudad terrestre tiene para él poca realidad porque es la rival de la ciudad de Dios. Los ciudadanos de la ciudad celeste tienen el buen sentido de utilizar la paz civil que es el fruto, un fruto que es bueno, de la política terrestre; ellos colaboran incluso. Pero al final, su peregrinaje en este mundo es una prueba, casi única.

Bossuet, por el contrario, no está lejos de pensar que el hombre saca una gran utilidad de su condición histórica. Si "los dos puntos sobre los cuales se desenvuelven las cosas humanas" se sostienen tan fuertemente, es por la voluntad de Dios que funda toda dependencia.

Por todo ello, diremos que el "Discurso" no es una repetición actualizada de la "Civitas Dei", ya que, como señala Dujovne, "si bien la filosofía de la historia contenida en el Discurso es similar a la de la Ciudad de Dios, su desarrollo es inconfundiblemente original de Bossuet (36).

Croce nos dice que el Discurso de Bossuet "representa la concepción agustiniana, pero podada, templada y modernizada, sin el dualismo inconciliable de las dos ciudades y sin el Imperio Romano como último y duradero imperio, y deja actuar junto a la intervención divina las causas naturales dispuestas de antemano por Dios y reguladas por leyes, y concede una parte importante a las condiciones sociales y políticas de los diversos pueblos" (37).

Para Löwith, "comparado con la Civitas Dei Agustiniana, el Discurso de Bossuet revela un mayor sentido histórico del esplendor de la historia política, y un mayor interés en la sucesión pragmática de causas y efectos"(38). Además, indica que Bossuet se empeña, más que San Agustín, en hacer la historia de



la Iglesia triunfante, por lo que se le puede comparar con Eusebio de Cesárea, ya que ambos aplican los fundamentos del pensamiento histórico agustiniano en investigaciones históricas concretas.

No cabe duda, de que en cuanto a la filosofía de la historia, Bossuet es subsidiario de San Agustín, pero no así en cuanto a su trabajo historiográfico. Bossuet es más historiador que San Agustín, ya que en la Ciudad de Dios el aspecto histórico es el menos importante. Bossuet aplicará los principios agustinianos en un gran intento de síntesis histórica que abarcará la sucesión de los tiempos desde la creación hasta el surgimiento de Carlo Magno, considerando a la monarquía francesa heredera del Imperio Carolingio y a éste, como conectado directamente con el Imperio Romano de Occidente.

A continuación analizaremos las opiniones emitidas sobre el "Discurso sobre la Historia Universal" de Bossuet, por algunos autores.

Voltaire escribió su "Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones" para refutar y continuar la obra de Bossuet. Se opuso a la interpretación providencialista que Bossuet asigna a la historia: "El ilustre Bossuet, que en su Discurso sobre una parte de la historia universal captó su verdadero espíritu, al menos en lo que dice del Imperio Romano, se detuvo en Carlomagno... este elocuente escritor, al decir unas palabras de los árabes, que fundaron un imperio tan poderoso y una religión tan floreciente, habla de ellos como de un diluvio de bárbaros. Parece haber escrito únicamente para insinuar que todo ha sido hecho en el mundo por la nación judía: que si Dios entregó el imperio del Asia a los babilonios, fué para castigar a los judíos; que si Dios hizo reinar a Ciro, fué para vengarlos; que si Dios hundió a los romanos, fué nuevamente para castigarlos. Es posible, pero las grandezas de Ciro y de los romanos tienen también otras causas y el propio Bossuet no las ha

omitido al hablar del espíritu de las naciones"(39).

Voltaire en su obra "El siglo de Luis XIV" reconoce en Bossuet auténticos valores: "Aplicó Bossuet el arte oratorio a la historia..., Su discurso sobre la historia universal, escrito para la educación del Delfín, no ha tenido modelo ni imitadores, aunque el sistema adoptado por él para sincronizar la cronología de los judíos con la de las demás naciones ha encontrado sabios que la contradigan; su estilo le ha ganado tan sólo admiradores. Causó asombro esa fuerza majestuosa con la que describe las costumbres, el gobierno, el crecimiento y la caída de los grandes imperios, y esos rasgos rápidos de una verdad enérgica con los que pinta y juzga a las naciones"(40).

Fueter niega todo tipo de valor a la obra de Bossuet: "La obra de Bossuet no es ni notable ni original..., sigue el principio de los anales; los hechos están ordenados tan desmañada y confusamente como en las Enéadas... además tiene prevenciones teológicas. Juzga las fuentes de la historia profana comparándolas con la tradición eclesiástica y da la preferencia a la versión que corresponde mejor con la Biblia"(41).

Cassirer señala qué Bossuet ofrece en su Discurso: "un plan de conjunto de la -historia, sublime en su género, una interpretación religiosa universal de su sentido. Pero este atrevido edificio descansa sobre débiles cimientos si consideramos las bases empíricas, los puros hechos en que se apoya; ya que su verdad se asegura mediante un círculo vicioso. Toda la autoridad de los hechos de lo efectivamente histórico, se funda para Bossuet, en la autoridad literal de la Iglesia, y con ella, de la tradición"(42).

Ezequiel César Ortega significa que quienes han visto en la obra de Bossuet sólo aspectos negativos, no han llegado a pesar "su equilibrio, a veces sorprendente, entre lo providencial trascendente y lo inmanente, su utilización lógica de una

interpretación que -salvo variantes- continuó impugnando la historiografía y la filosofía de la historia, su captación de ciertas realidades, como la egipcia, la griega y la romana, que inspirara a Montesquieu y a muchos historiadores modernos: la apreciación de las costumbres, las instituciones, los monumentos de los pueblos"(43).

Calvet recoge tres opiniones vertidas por diferentes autores sobre la obra que estamos comentando: para Taine se trata de una obra pedagógica, un manual escrito para un niño, y como tal, tiene todas las limitaciones de un libro de enseñanza; Strowski le asigna un carácter fundamentalmente apologético y Augusto Comte, finalmente, piensa que es el primer ensayo importante de síntesis histórica (44). Ya hemos visto que el Discurso fué en primer lugar un manual, y con posterioridad, una obra apologética y un libro de historia universal.

León Bloy nos indica lo siguiente: "Lo que ha sido dicho con referencia al Cristianismo contemporáneo, pudo haber sido dicho, del mismo modo, con referencia a la aplicación detallada de la creencia en la providencia al entendimiento en la Historia (cuanto menos, mejor). Un uso más moderado de la providencia sería menos cuestionable y más cristiano" (45), en su crítica a Bossuet.

Enrique Tierno Galván refiriéndose a nuestro autor y a su obra, nos dice: "En Bossuet la Historia está bajo el signo de la quietud mágico-religiosa, punto de vista estrechamente conexas con la defensa que hizo de la tradición eclesiástica y con los antecedentes pascalianos que Delvaille ha denunciado. Aunque no es posible, en apenas ningún caso de crítica biointelectual, un juicio absoluto, las aproximaciones de Bossuet a los modernos son conexiones inexcusables que suenan a debilidades. Gillot cita una especie de declaración de modernismo de Bossuet en el discurso de contestación en la recepción de Th. Corneille, en 1685 (H. Gillot, La querelle des anciens et des

modernes en France, Paris, 1914, págs. 430 y 431). Sin embargo, el análisis de su posición respecto de la tradición de la Iglesia esclarece su actitud más general" (46).

Jean Touchard en relación con el tema que nos ocupa opina lo siguiente: "La Historia y la Política son para él corolarios de la fe. La Historia tiene para Bossuet el objeto de inspirar a los príncipes sabias lecciones. La Historia es una especie de drama divino, el pensamiento de Dios realizándose en la tierra; las revoluciones están destinadas a humillar a los príncipes. El Discours sur l'histoire universelle debe mucho a la Ciudad de Dios de San Agustín; la Historia es obra de la Providencia ... Pero este providencialismo está acompañado por un determinismo a lo Polibio (que es para Bossuet el mayor historiador de la Antigüedad), conduciendo todo ello a la necesidad del orden y a la legitimidad de los poderes establecidos"(47).

Federico del Valle Abad opina que Bossuet "es uno de los precursores de la filosofía de la historia y de la historia de la civilización, mucho antes que Montesquieu y Vico. Siempre teólogo y educador, señala la acción de la Providencia a lo largo de la Historia de la humanidad"(48).

Gustave Lanson nos significa al respecto: "A esta primera parte (las épocas) quiso añadir algunas reflexiones que formaron todo un cuerpo de filosofía de la historia. Han sido agrupadas en dos partes: una que explica la continuación de la religión, y otra que trata sobre los imperios"(49).

Tuffrau manifiesta que: "El Discurso es el primer ensayo de una síntesis histórica", y en otro lugar de su obra: "El Discurso es el imponente preámbulo de un ensayo de filosofía de la historia"(50).

Ferdinand Brunetière afirma que Bossuet: "Ha creado en la literatura europea la filosofía de la historia"(51).

Morales San Martín nos dice: "Debemos proclamarle como un gran pedagogo, pues tuvo el magno acierto Bossuet de presentar a los alumnos de la ciencia de la Historia, en una admirable síntesis, todo el espíritu de las razas que dieron origen a la historia y señalaron el camino accidentado que había de recorrer la humanidad. Y aunque los lectores han de encontrar en los primeros capítulos de este libro dicha maravillosa síntesis, que es la mejor filosofía de la historia que conocemos...". En otro lugar, Morales nos dice: "Este enunciado somero indica cuál será el magno contenido de esta primera parte del Discurso, y cuál es la consecuencia que de esta concienzuda exposición por épocas surgirá como definitiva filosofía de la historia en la Segunda parte, amplia confirmación de la Primera parte, y cómo en la Tercera deduce la divina intervención de la Providencia en las revoluciones de los imperios y de las razas, como conclusión filosófico-cristiana de la intervención providencial en la historia desde la Creación hasta la constitución de las nacionalidades y de los imperios. Quizá sea un acierto digno de loa y de difusión, el publicar este libro de Bossuet historiador de esta época del falseamiento preconcebido de la filosofía de la historia.."(52).

Paul Hazard en su gran obra "La crisis de la conciencia europea" escribe: "Si se lee la segunda parte del Discours sur l'Histoire Universelle recordando que Spinoza y Richard Simon atosigan el espíritu de Bossuet, se comprenderá mejor, no sólo el lenguaje apasionado que habla el defensor de la ortodoxia católica, sino el verdadero carácter del libro. Expone menos que refuta; responde a argumentos que difieran, por su naturaleza y por su esencia, del pensamiento específico del autor: dura tarea, la de adaptar a una profesión de fe, a un principio a priori, una justificación histórica que le imponen sus adversarios y que resulta necesaria si quiere contestarles verdaderamente. Su afirmación es muy clara: como la Escritura es de origen divino, no se tiene derecho a tratarla como un texto puramente humano. Y dicho esto, para responder a los nuevos exégetas, hay que entrar

en su plano, hay que considerar las perspectivas humanas. Tal es la dificultad de Bossuet; tiene que explicar el modo cómo Moisés ha recogido la historia de los siglos pasados, tiene que refutar la hipótesis según la cual Esdras es el autor del Pentateuco, tiene que abordar el texto en tanto que texto, que justificar las oscuridades, las dificultades, las alteraciones que contiene. Impaciente por salir de estas vanas disputas, avanza decidido: dejemos los detalles, vamos a lo esencial: en todas las versiones de la Biblia se encuentran las mismas leyes, los mismos milagros, las mismas predicaciones, la misma continuidad histórica, el mismo cuerpo de doctrina, en fin, la misma sustancia: ¿qué más se quiere?; ¿qué importan algunas divergencias de detalle, junto a este conjunto inmutable? Según su estilo, claro y franco siempre, no da vueltas a la objeción: la pone delante, y luego trata de eliminarla, con un movimiento impetuoso: Pero en fin, y esto es lo fuerte de la objeción, ¿no hay cosas añadidas en el libro de Moisés, y de dónde viene que se encuentre su muerte al final del libro que se le atribuye? ¿Qué maravilla es que los que han continuado su historia hayan añadido su fin bienaventurado al resto de sus acciones, para hacer de la totalidad un mismo cuerpo? Respecto a las otras adiciones, veamos de qué se trata. ¿Es alguna ley nueva, o alguna nueva ceremonia, algún dogma, algún milagro, alguna predicción?. Ni se piense siquiera: no hay la menor sospecha ni el menor indicio de ello; hubiera sido añadir algo a la obra de Dios: la ley lo había prohibido, y el escándalo que se hubiera intentado hubiera sido horrible. ¿De qué se trata, pues? Se habrá continuado tal vez una genealogía comenzada; se habrá explicado acaso un nombre de ciudad cambiado por el tiempo; con ocasión del maná de que se alimentó el pueblo durante cuarenta años, se habrá indicado el tiempo en que cesó este alimento celestial, y este hecho, escrito después en otro libro, habrá quedado anotado en el de Moisés, como un hecho consabido y público de que era testigo todo el pueblo; cuatro o cinco observaciones de esta índole hechas por Josué o por Samuel o por algún otro profeta de una antigüedad semejante, porque sólo se referían a hechos notorios y en que no había ninguna

dificultad, habrán pasado naturalmente al texto; y la misma tradición nos las habrá transmitido con todo el resto: ¿estará todo perdido por ello?.."(53).

En otra parte de "La crisis de la conciencia europea" Hazard nos dice: "La verdad es que, desde el momento en que publicó su Discours sur l'Histoire Universelle, en 1681, registró por su parte la emoción que agitaba a sus contemporáneos, ante las discordias que surgían entre la historia profana y la historia sagrada; y que, prefiriendo los datos tradicionales, creyó al menos deber explicar al Delfín las razones que tenía para conservarlos. ¡Qué molesta es esa cronología, verdaderamente! La historia sagrada nos dice, por una parte, cómo Nabucodonosor embelleció Babilonia, que se había enriquecido con los despojos de Jerusalén y del Oriente, cómo, después de él, el imperio babilónico no pudo soportar el poder de los medos y declaró la guerra a éstos últimos; cómo los medos tomaron por general a Ciro, hijo de Cambises, rey de Persia; cómo Ciro destruyó el poder babilónico y unió el reino de Persia, muy oscuro hasta entonces, al reino de los medos, tan aumentado por sus conquistas; así fué el dueño apacible de todo el Oriente, y fundó el mayor imperio que había habido en el mundo. Pero, por otra parte, los historiadores profanos, Justino, Diodoro y la mayoría de los autores griegos y latinos cuyos escritos se han conservado, no hablan así. No conocen a esos reyes babilónicos; no les dan puesto alguno entre las monarquías cuya sucesión nos cuentan; no vemos casi nada en sus obras de esos famosos reyes Teglathalasar, Salmanasar, Senaquerib, Nabucodonosor y de tantos otros tan renombrados en la Escritura y en las historias orientales", y añade: "Pero en 1700, cuando publicó la tercera edición del mismo Discurso, entonces se vió más claramente todavía el trabajo de su espíritu. L'Antiquité des temps del P. Pezron es de 1687, las respuestas del Padre Martianay y del P. Lequien son de 1689 y de 1690; la masa de ideas y de hechos que representan, la recogió Bossuet. Como a los cronologistas, le estorbaron los egipcios, los asirios y también los chinos que

requerían tantos siglos para el desarrollo de su historia, que hacían romperse los cuadros de la cronología sagrada. Como el P. Pezron, indicó, queriendo remediar la dificultad grave, el recurso a la Versión de los Setenta, que da cinco siglos más para alojar a esos importunos; como él, fué llevado a decidir, por razones de fecha, entre dos versiones de la Escritura que no concordaban en la medida del tiempo. Nunca, sin duda, tuvo un apuro más cruel"(54).

H. Brémond alaba la obra histórica de Bossuet, pronunciándose de la siguiente manera: "... la inteligencia y la imaginación cristiana están tan arraigadas en nosotros por el Discurso sobre la Historia Universal que no tenemos necesidad de volver a leer esa obra maestra. Lo tenemos en la médula por así decirlo, como las Fábulas de La Fontaine y el Arte poético de Boileau. Es para nosotros lo que fué el De Civitate Dei para la edad media. No digo que nos satisfaga plenamente a todos ni que responda a todas las necesidades del presente. Nuestra inquietud se encanta y se irrita por la sublime inmovilidad de Bossuet. Ya no somos los hijos de Voltaire, pero sí seremos todavía por mucho tiempo los hijos de Goethe, de Chateaubriand y de Michelet. Nos hace falta un profeta que haya vencido a la duda y Bossuet nunca ha dudado. Es el hombre de la tradición, la imagen, la encarnación magnífica del pasado cristiano,-el último de los Padres. El Discurso es incomparable de punta a punta. Escojamos cuatro grandes frescos: Moisés, Jesucristo, la Iglesia y los Romanos.."(55).

Martín Caparrós en su Estudio preliminar a la "Filosofía de la Historia de Voltaire", nos habla de Bossuet en los siguientes términos: "Todo su trabajo consiste en pulir lo que la Antigüedad le ha dado, en confirmar lo que ha sido suficientemente explicado, en conservar lo que ha sido confirmado y definido", dice de su propia tarea el obispo de Meaux, Jacques Bénigne Bossuet, en una carta de 1673. Es lo que haría en su Discurso sobre la historia universal, publicado en 1681 para la instrucción del delfín de Francia, su alumno.



El programa aparece cercano al de la escuela analista, aunque aplicado al conjunto de las edades del mundo hasta el reino del emperador Carlomagno. Pero la diferencia básica -además de la introducida por el estilo de Bossuet, considerado como uno de los grandes orfebres de su lengua, y por la tensión casi narrativa que imprime a su texto- está en el restablecimiento (casi) triunfante de la providencia como motor de la Historia, el plan divino como un hilo conductor visible a posteriori que los acontecimientos siguen con precisión. "Conclusión del discurso, en la que se demuestra la necesidad de referirlo todo a la providencia" es el título prístino del epílogo de su obra.

Pero Bossuet se debate en un círculo vicioso: la legitimidad de los hechos históricos que relata está basada en la autoridad literal de la Biblia, que, a su vez, está basada en la autoridad de la Iglesia y, por consiguiente, en el valor de la tradición eclesiástica, es decir, en los mismos hechos referidos por el obispo de Meaux, sin confrontación posible ni deseable con otras fuentes históricas. (De hecho, Bossuet había llegado a denunciar como concupiscencia la "insaciable avidez de conocer la historia"). Así, el sistema de Bossuet es absolutamente cerrado, cerrazón que él mismo utilizó como argumento contra las críticas de la Reforma: si todas las piezas de la doctrina se sostienen mutuamente, no se puede rechazar algunas de ellas sin llegar hasta la negación absoluta de la creencia. Para derrumbar el edificio no era siquiera necesario negar todo, sino simplemente demostrar algunos errores en el corpus del dogma" (56).

Bernard Velat se pronuncia de la siguiente forma: "En su Discurso sobre la Historia Universal, Bossuet se muestra historiador concienzudo. Recurre a fuentes de información de primera mano, las estudia, las traduce con cuidado y las comenta. Preocupado en el estudio de su información, hace llevar a cabo investigaciones a amigos o a los bibliotecarios del Rey. Evidentemente su obra comporta, a pesar del serio trabajo de documentación, importantes lagunas, errores en fechas y otras

deficiencias. Bossuet tiene el suficiente espíritu crítico para interpretar como se debe los documentos impresos o escritos que examinó, pero su natural inocencia o su complacencia por unos u otros personajes en particular, ha influido sobre sus puntos de vista.

Por otra parte, es preciso remarcar que Bossuet no es sólo historiador: su fe profunda le encamina a hacer filosofía de la historia; y considera a los hombres y a las cosas en función de su fe cristiana; de forma que su Historia Universal no es más que una vasta ilustración de la doble tesis cuyos dos argumentos nos parecen a la vez inconciliables e inexplicables, a saber, de una parte, nada escapa en el tiempo y en el espacio a la acción divina y, de otra, los hombres gozan de absoluta libertad para actuar. Y Dios hace servir los reyes y los reinos, durante el tiempo que ha resuelto, en sus designios secretos sobre la Iglesia. Este principio de la acción perpetua de Dios, invocado netamente por Bossuet, no quiere decir que el autor del Discurso lo explique todo en virtud de ese principio; ya que si tiene fe en la influencia de la Providencia todo poderosa, tiene fe, también, en la razón y en la libertad humana, como se desprende de esta frase extraída del Discurso y que un determinista no desautorizaría: "No ha habido absolutamente ningún cambio que no haya tenido su causa en los siglos precedentes". En conclusión, Dios lleva a los hombres y utiliza sus cualidades y sus defectos, sus virtudes y sus vicios para realizar su plan eterno"(57).

Wilhelm Dilthey hace una breve referencia sobre Bossuet cuando trata de las tres direcciones de la teología en el siglo XVI (58) y al hablar del "Espíritu francés" (59), pero es en su obra "El mundo histórico" donde nos indica que: "Voltaire ha liquidado la historiografía teológica de Bossuet y ha sido el primero que, en su Ensayo, ha tratado de exponer la nueva historia universal de la cultura humana" (60).

Chateaubriand en su obra el "Genio del Cristianismo" nos

indica lo siguiente: "A pesar de lo expuesto, la obra en que puede admirarse la influencia del Genio del Cristianismo sobre el de la Historia, es el Discurso sobre la Historia universal. Político como Tucídides, moral como Jenofonte, elocuente como Tito Livio, y tan profundo y gran pintor como Tácito, el obispo de Meaux emplea además un lenguaje grave y unos giros sublimes de que no hay ejemplo en parte alguna, exceptuando el principio del libro de los Macabeos.

Bossuet es más que un mero historiador: es un Padre de la Iglesia, es un sacerdote inspirado, sobre cuya frente, como sobre la del legislador de los hebreos, resplandece con frecuencia el rayo de luz. ¡Qué exámen hace de la tierra! Hállase en mil lugares a la vez. Patriarca bajo la palmera de Tofel; ministro en la corte de Babilonia; sacerdote en Memfis; legislador en Esparta; ciudadano en Atenas y en Roma, cambia a su albedrío de tiempos y lugares, pasando así con la rapidez y la majestad de los siglos. Armado con la vara de la ley, e investido de una autoridad increíble, empuja en confuso tropel a los judíos y los gentiles al sepulcro; cierra personalmente la muchedumbre de las generaciones, y apoyándose en Isaías y en Jeremías, levanta sus lamentaciones proféticas a través del polvo y de las ruinas del género humano.

La primera parte del Discurso sobre la Historia Universal es admirable por lo que respecta a la narración; la segunda por la sublimidad del estilo, y la elevada metafísica de las ideas; y la tercera por la profundidad de las miras morales y políticas. ¿Tito Livio y Salustio han escrito algo más hermoso acerca de los romanos, que estas palabras del Obispo de Meaux?.."(61).

Navarro y Calvo manifiesta que: "Proyectaba escribir un libro especial sobre las leyes y costumbres francesas; pero faltóle tiempo para ello, como también para continuar el Discurso sobre la Historia Universal, que queda suspendida en Carlomagno"(62).

Fr. Justo Pérez de Urbel, Catedrático de Historia de la Universidad de Madrid, nos comenta: "El Discurso sobre la Historia Universal es verdaderamente una obra maestra que, a veces, en su brevedad, nos dice muchas más cosas que una historia sabia y prolongada, y cuya segunda parte nos descubre una fina y profunda intención apologética, aprovechable todavía en sus rasgos esenciales" (63).

Dussault nos indica que: "El autor del Discurso parecía haberse excedido a sí mismo en esta obra maestra, en la que se muestra a la vez analista sabio y exacto, teólogo de primer orden, profundo político y escritor elegante sobre todo elogio. ¡Qué viva y pintoresca rapidez en la primera parte de su libro! ¡Qué prodigioso encadenamiento de todo el sistema religioso en la segunda! ¡Qué elevada inteligencia de las cosas humanas en la tercera! ¡Y cómo corresponde en todas ellas la energía y la originalidad de expresión a la energía del pensamiento! ¡Cuán acordes están las creaciones del estilo con el vigor de las concepciones! Vese que el autor poseía y dominaba por completo su asunto antes de tomar la pluma para fijar y exponer los detalles; este es el sello y el procedimiento del genio verdadero; así es que parece que este libro salió de golpe, por decirlo así, de la cabeza del escritor, por la actividad continua de una sola y prolongada inspiración, como los poetas, en una alegoría, quizás menos noble que ingeniosa, nos pintan la sabiduría saliendo de la cabeza de Júpiter" (64).

Champailler afirma que: "No se puede negar el persistente interés del Discurso. Bossuet se muestra en él como pedagogo, historiador, pero también como controversista, filósofo y teólogo, como escritor además. Se puede considerar el Discurso como obra maestra de la prosa francesa y también como suma del arte de la expresión" (65).

Thérèse Goyet opina lo siguiente: "El Discurso sobre la Historia Universal es seguramente una cúspide, pues la libertad

y la necesidad del artista culminaron allí. El creador sostiene humildemente que sólo es un trabajo escolar. Su apologética a través de la historia, por muy objetiva que sea, no representa más que -dos gotas de agua- comparada al acéano de las -demostraciones evangélicas- extendidas por sabios como Huet. Pero esa agua es totalmente pura porque salió, al igual que la vara de Moisés, de una orden de Dios, esa orden -más que interior- que sólo puede ser reconocida por el hombre inspirado.

El Discurso sobre la Historia Universal es uno de los casos en el que el imperativo de la fe se transmutó en necesidad poética. El Discurso, toma de conciencia histórica de la humanidad, es la producción más determinada del espíritu humanista" (66).

La opinión que nos da Chenodellé sobre Bossuet en sus "Estudios Poéticos", ya se ha indicado en la nota 106 del capítulo dedicado a la Obra de Bossuet.

Nuestra opinión sobre el "Discurso" de Bossuet ya ha quedado expuesta en las páginas precedentes. En primer lugar hemos analizado lo que Bossuet dice en su libro, el método que ha seguido, las fuentes en donde se inspira, el plan y división de su obra, entresacando de la misma las reflexiones en las que fundamenta sus puntos de vista. En segundo lugar hemos estudiado cada una de las partes del "Discurso", expresando nuestro criterio sobre cada una de las mismas, relacionándolas entre sí y buscando en el conjunto de la obra del autor las ideas que originariamente fueron el germen del "Discurso" y que posteriormente quedaron allí plasmadas.

Decíamos al principio de este capítulo que el siglo XVII no era el siglo de la Historia, por estar centrado en problemas concernientes a las ciencias naturales, y que ésto se debía, fundamentalmente, a la primacía intelectual de Descartes. Decíamos, también, que los postulados metodológicos cartesianos se aplicaron a la investigación del pasado y surgieron, entre

otras, dos escuelas importantes desde el punto de vista de la crítica histórica.

La inquietud por rehacer la historia en este período, la vemos dibujada en una serie de grandes figuras: Francesco Bianchini, que pedía a la arqueología los datos ciertos que no ofrecían los textos; Richard Bentley, el master de Trinity College, el conservador de la Biblioteca Real, el maestro de los estudios clásicos, espíritu de incomparable vigor; Pufendorf, que conocía bien el valor de los archivos; Leibniz, que se complacía en buscar y recopilar viejos pergaminos, ordenanzas reales e informes diplomáticos. ¿Cómo se trabajaba en todos los países? Enrique Meibom se dedicaba a poner al día las antigüedades germánicas; Thomas Gale, Thomas Rymer, los documentos ingleses; Nicolás Antonio, las fuentes de la historia literaria española.

Recordemos que en 1678, Du Gange publica su *Glossarium mediae et infimae latinitatis*; que en 1681, Mabillon publica su *De re diplomatica libri V*; que en 1708, Montfaucon publica su *Palaeographia graeca*, todo ello sin olvidar la figura de Antonio Muratori que consagró enteramente su vida a salvar del olvido los títulos de la humanidad. Inglaterra se interesaba por los estudios griegos. Holanda por los latinos. Italia por su propio pasado. Francia por la historia eclesiástica y la hagiografía.

A finales del siglo XVII la historiografía francesa estaba dominada por dos grandes corrientes: la de los analistas y la que Fueter, en su "Historia de la historiografía moderna", llama de los galantes. Los primeros, benedictinos de San Mauro y jesuitas del Padre Bolland, se limitaron a establecer la autenticidad de cuantos documentos les fué posible, yuxtaponiéndolos en orden cronológico, pero sin intentar sistematizaciones, análisis o interpretaciones de los datos establecidos, intentando extraer la verdad histórica de la crítica documental, con el convencimiento de que, una vez comprobada, esta verdad confirmaría por sí misma las doctrinas de la Iglesia. Los segundos, tendencia opuesta a la

anterior, representados por Antoine de Varillas, o su maestro el abate de Saint-Réal, tomaron de los renacentistas la idea de la historia como hecho literario, y en ellos, una base histórica real servía para el desarrollo de ideas que rozaban la ficción, o la aventura.

Frente a esta situación encontramos tres figuras señeras: la de Bossuet que publica su "Discurso sobre la Historia Universal" en 1681, la de Richard Simon que publica una "Historia crítica del Antiguo testamento" en 1678, y la Pierre Bayle que publica su "Diccionario histórico y crítico" en 1697, llevando la pretensión de la crítica absoluta a su nivel más exacerbado y preparando las nuevas armas metodológicas que posteriormente utilizarían los ilustrados. Por ello, Cassirer, en su "Filosofía de la Ilustración", llega incluso a hablar de la "revolución copernicana" de Pierre Bayle. Con posterioridad, los filósofos ilustrados, partiendo del principio de inteligibilidad universal, se propondrán convertir la historia en una ciencia, de la que extraerán, del campo de la historia razonada, lo sobrenatural, lo religioso, lo inexplicable de todos los dogmas. Por eso, la historiografía iluminista se centrará en descubrir en la concurrencia o sucesión de los hechos de los hombres una concatenación causal interna, alejada de las causas primeras de la teología, que permitiera estructurar un sistema explicativo.

Consideramos que cada una de las etapas descritas da lugar a la posterior y parte de la precedente. Es una concatenación lógica en la que no se puede aislar ningún elemento sin quebrantar el principio de desarrollo en la evolución del fenómeno historiográfico desde el medioevo hasta nuestros días.

Bossuet, a nuestro juicio, que no es historiador, sino que se hace historiador, juega un papel muy importante en esta evolución al publicar su obra en 1681. Ve la luz, por tanto, en plena crisis de la conciencia europea, la cual se produce -según Paul Hazard- entre 1680 y 1715. Parece que Bossuet intuía esta crisis de

pensamiento y, como preparándose para la última de sus batallas, revisa y reelabora su libro hasta 1704, fecha en la que muere.

Por todo ello, consideramos que el "Discurso sobre la Historia Universal" de Jacobo Benigno Bossuet es el primer ensayo de síntesis histórica de la civilización occidental, y tendremos que convenir en que -pese a estar dotado de presupuestos teológicos y filosóficos- no hay nada más válido y legítimo, en su época, que pretender escribir la historia para demostrar una tesis filosófica o religiosa.

## II.- LA HISTORIA DE LAS VARIACIONES DE LAS IGLESIAS PROTESTANTES.

La segunda gran obra histórica de Bossuet es esta historia de la Reforma, seguida de la Defensa de la Historia de las Variaciones, en la que Bossuet respondió a las objeciones que contra su relación y sus razonamientos le opusieron los protestantes; trabajo breve, pero precioso, que realza el mérito de la primera y la corrobora tanto en la parte histórica como en la doctrinal.

La "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes" está dividida en quince libros, precedidos por un prólogo en el que Bossuet nos explica el plan de la obra. El contenido de cada libro es el siguiente:

- Libro I.- Desde el año de 1517 hasta el de 1520.
- Libro II.- Desde el año 1520 hasta el de 1529.
- Libro III.- En el año de 1530.
- Libro IV.- Desde el año de 1530 hasta el de 1537.
- Libro V.- Reflexiones generales sobre las agitaciones de Melanchton, y sobre el estado de la Reforma.
- Libro VI.- Desde el año de 1537 hasta el de 1546.
- Libro VII.- Noticia de las variaciones y de la Reforma de Inglaterra en el reinado de Enrique VIII, desde el



año de 1529 hasta el de 1547, y en el tiempo de Eduardo VI, desde 1547 hasta 1553, con la historia de Crammer hasta su muerte, acaecida el año de 1556.

Libro VIII.- Desde el año de 1546 hasta el de 1561.

Libro IX.- Año de 1561, doctrina y carácter de Calvino.

Libro X.- Desde el año de 1558 hasta el de 1570.

Libro XI.- Historia abreviada de los Albigenses, Valdenses, Viclefitas y Husitas.

Historia de los nuevos Maniqueos, llamados los herejes de Tolosa y de Albi.

Historia de los Valdenses.

Historia de los Hermanos de Bohemia, vulgar y falsamente llamados Valdenses.

Historia de Juan Viclef, inglés.

Historia de Juan Hus y de sus discípulos.

Libro XII.- Desde el año de 1571 hasta el de 1579; y desde el de 1603 hasta el de 1615.

Libro XIII.- Doctrina sobre el Antecristo, y variaciones sobre esta materia desde Lutero hasta nosotros.

Libro XIV.- Desde el año de 1601 hasta fines del siglo XVII. Adición importante al libro decimocuarto.

Libro XV.- Variaciones sobre el artículo del símbolo: creo la Iglesiā Católica: firmeza constante e invariable de la Iglesia Romana.

La pretensión de Bossuet al escribir esta obra es clara, se desprende de los títulos de cada uno de sus libros, quiere someter a los protestantes a la inmutabilidad de la Iglesia Católica, y para ello se propone mostrarles sus múltiples variaciones. Por variaciones, entiende Bossuet, las modificaciones que ha experimentado, doctrinalmente, el protestantismo. La variación es signo del error, es sinónimo de falsedad. La prueba de ello, la encuentra Bossuet en sus divisiones internas, en la ausencia de unidad de criterio y en la carencia de rigor en sus proposiciones. Por este motivo, al

realizar un análisis detallado de todas estas cuestiones, redactando un nomenclator exacto de sus variaciones doctrinales, su obra se convierte en un verdadero y completo estudio histórico.

Lutero fué el causante de la Reforma y del Cisma. Al principio sólo impugnó el abuso de las Indulgencias, pero después arremetió contra las Indulgencias en sí mismas. Cuando fué condenado por el Papa León X no observó medida ni moderación, hablando y escribiendo contra los Divinos Misterios de la Religión Católica, principalmente contra los Sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía.

Los discípulos de Lutero constituyeron multitud de sectas a las que siguieron innumerables confesiones de fe, siempre diferentes y nunca uniformes, siendo la mayor parte tan ambiguas y equívocas que sus propios autores se encontraban, en la mayoría de los casos, incapacitados para explicarlas. Esto es en suma, el contenido de los cinco primeros libros.

En el libro sexto se prueba que Lutero y Melanchton, su discípulo, para asegurarse la protección del Príncipe Landgrave de Hesse, le permitieron tener dos mujeres al mismo tiempo. Permiso que le fué concedido por una deliberación firmada por los teólogos del partido protestante.

En el libro séptimo trata de la Historia de la Reforma de Inglaterra en tiempo de Enrique VIII, el cual, al no conseguir de la Santa Sede la anulación de su matrimonio con Catalina de Aragón, dió lugar al famoso Cisma, declarándose jefe de la Iglesia anglicana. A su muerte le sucedió Eduardo VI pero, al ser éste todavía muy joven para gobernar, regentó el reino su tío el Duque de Somerset, el cual era partidario de la doctrina de Zwinglio (cura de Zurich, contemporáneo de Lutero y discípulo suyo, al cual posteriormente abandonó y formó una secta cuyos partidarios se llamaban Zwinglianos o Sacramentarios, los cuales

negaban la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, que Lutero reconocía y confesaba). Los reformados se valieron del Duque para destruir todo lo que tuviera semejanza con el Culto romano: se aniquiló la Autoridad eclesiástica; se abolió la Misa; las iglesias fueron robadas y saqueadas; etc.

En el libro octavo Bossuet nos narra la victoria que obtuvo el emperador Carlos V contra los príncipes alemanes que habían formado la Liga de Esmalcalda en contra de los católicos, en la que fueron hechos prisioneros el Elector de Sajonia y el Príncipe Landgrave. La derrota obligó a los reformados a convenir con los católicos y suministraron pruebas evidentes de sus variaciones.

El libro noveno empieza por el nacimiento de la Reforma en Francia, donde Calvino se declaró contra la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Lutero había conservado, de los misterios y ceremonias de la Iglesia Católica, las que no eran contrarias a su secta. Calvino no conservó nada. Tuvo que salir de Francia y retirarse a Ginebra, donde estableció su nuevo evangelio y se declaró patriarca de la nueva reforma.

En el libro décimo se continúa la historia de la Reforma en Inglaterra durante el reinado de Isabel y se estudian las guerras civiles que por causa de la religión emprendieron los ministros protestantes.

En el libro undécimo Bossuet individualiza las herejías de los Valdenses, Albigenses, Viclefitas y Husitas, ya que los protestantes les reconocen como predecesores suyos en asuntos de doctrina. Hace ver con toda claridad las variaciones de todos ellos, al no estar conforme su doctrina presente con la de sus pretendidos antepasados.

En el libro duodécimo Bossuet vuelve a analizar las múltiples variaciones de los calvinistas: las confesiones de la fe de Rochela son condenadas por las de Nimes; éstas a su vez por

otras; nada hay estable, ni constante en sus profesiones de fe, tan sólo su inconstancia.

Un nuevo Artículo, que los reformados de Francia quieren admitir, constituye el contenido del libro número trece. Tienen éstos un Sínodo en Gap, y sobre la base de los descubrimientos que creen haber hecho en el Apocalipsis, quieren declarar por Artículo de Fe, que Roma es la prostituída de Babilonia, y que el Papa es el Antecristo.

El libro catorce trata de las disputas entre dos sectas de calvinistas: la de Arminio, y la de Gommaro. Los arminianos fueron condenados pero se resistían a someterse con el pretexto de que los que los habían juzgado eran sus contrincantes. En esta ocasión se ve a los protestantes más divididos que nunca. El sínodo de Dordrecht, define artículos, que son refutados por el de Charenton. Ginebra, por su parte, forma un Decreto referente a la Doctrina, y los reformados de Francia lo reprueban.

El libro quince y último trata únicamente de la Iglesia. Bossuet hace ver que las verdades de la fe no pueden ser fijadas más que por la Autoridad de una Iglesia visible. Combate alternativamente a Jurieu y a Claudio, los cuales estaban entre sí divididos y discordes en sus opiniones, aunque pertenecían a una misma secta. Nos indica que la Doctrina Católica es única, firme, sólida y uniforme, porque los que la profesan están vinculados a una Iglesia visible, cuya Autoridad veneran y cuyas decisiones siguen inviolablemente.

Durante los cuatro años, aproximadamente, que dedica a partir de 1680 a elaborar esta gran obra, se documentó tanto como le era posible a un francés de su época. Bossuet desconocía las lenguas extranjeras y sólo podía consultar las obras traducidas a su idioma. Inconveniente importante si se advierte el reducido número de libros eruditos, incluso del siglo XVII, que especialmente en Alemania no estaban escritos en latín.

Bossuet cuando ve que un texto en lengua extranjera le resulta indispensable, hace que se lo traduzcan. Obrecht magistrado de Estrasburgo, Lord Perth, el abad Renaudot y el propio Leibniz le ayudaron en varias ocasiones.

En cuanto a lo que puede leer, lo lee él mismo, toma notas directamente. Se pueden comprobar en el seminario de Meaux los enormes cuadernos de notas de su propio puño, certificando que ha deshojado de principio a fin, página por página, varios tomos de las ediciones de Lutero, de Calvino, de Melanchton, de Erasmo y de veinte autores más. Las copias que ha hecho las subraya, las anota, las resume. Los textos impresos no le bastan. Exige información suplementaria de los manuscritos. Reclama los servicios de los bibliotecarios del Rey y de sus amigos, tanto de Francia como del extranjero. Numerosos asertos de la "Historia de las Variaciones" se basan en documentos todavía inéditos (encuesta sobre los Valdenses de Pragelas, procesos verbales de sínodos provinciales del siglo XVI).

Bossuet confirma todo lo que cita de otros autores, porque sabe que en el noventa y nueve por cien de las veces, tanto sus citas como sus llamadas se comprobarán por sus adversarios, y comprendiendo que sus demostraciones resultarían inútiles si buscarse las pruebas de los cambios del protestantismo en autores recusables, se impone la obligación de no citar la opinión de autores que pudieran infundir sospechas a los protestantes, basándose, tanto como le es posible, en los decretos auténticos y oficiales surgidos de las asambleas solemnes de la Reforma, o en los escritos meditados y reconocidos de los grandes doctores. Evita los documentos de segundo orden. Clasifica con una gran prudencia a los historiadores, descartando rigurosamente a todos aquellos -Pallavicin, Mezeray, Varillas- que la duda de parcialidad o de insuficiencia científica podría descalificar. Busca las fechas, mide el valor de los textos y compara las afirmaciones, utilizando, para un mismo hecho, varias fuentes. Cuando los testimonios se oponen, organiza confrontaciones e

investigaciones de las cuales algunas son verdaderos modelos, como por ejemplo la que hace sobre el asesinato del duque de François de Guise.

Este método riguroso produce sus frutos y lleva a Bossuet a verdaderos descubrimientos. Se le debe la recuperación de la figura de Melancton, olvidado por los narradores del siglo XVII, y además, es el primero que establece, en el caso de los Albigenses y Valdenses, la tesis moderna de la historia, distinguiendo, a través de las denominaciones imprecisas de las crónicas monacales, afirmaciones que tratan de unos y otros. Bossuet diferencia dos sectas, en los Valdenses muestra a unos heterodoxos anodinos, moralistas más que doctrinales, no muy distintos de las grandes órdenes místicas nacidas en la Edad Media; y en los Albigenses, al contrario, nos muestra a unos heréticos empedernidos, herederos de la teología maniquea, y bastante radicales en su anticristianismo.

Hay que tener en cuenta que no era indispensable para su obra el estudio profundo que Bossuet realiza sobre los Albigenses y los Valdenses, ya que no pertenecían a la historia de la Reforma, pero indudablemente constituían una cuestión oscura -la de los reformados antes de la reforma- y Bossuet, seguramente, no quiso dejar de tratarla.

El objetivo perseguido por Bossuet a lo largo de toda su "Historia de las Variaciones" es manifiesto: someter a los protestantes a la autoridad de la Iglesia Católica. Pero para ello, es preciso demostrarles que, frente a la unidad e inmutabilidad de la Iglesia Católica, los protestantes han variado sus doctrinas constantemente, separándose entre sí: "Si los protestantes supieran a fondo cómo se formó su religión, si supieran con cuanta inconstancia han sido redactadas sus profesiones de fe, y las variaciones que han sufrido, de qué modo se han separado primeramente de nosotros, y después unos de otros entre sí mismos; las sutilezas, rodeos y equívocos que han

empleado para remediar sus divisiones, y reunir los miembros desunidos y esparcidos de su Reforma; no les contentaría seguramente esta Reforma de que tanto se glorian; antes bien, si he de decir francamente lo que siento, no le inspiraría sino desprecio. Estas variaciones, sutilezas, equívocos y artificios me propongo, pues, referir en la presente Historia; y para que esta relación les sea más útil, es necesario asentar algunos principios, en que no pueden menos que convenir los protestantes, y que el curso de la relación, una vez empeñada, no permitiría exponer"(67).

La variación es para Bossuet sinónimo de falsedad. La prueba de su falsedad se encuentra en las variaciones que ha tenido su doctrina, en las múltiples divisiones surgidas entre ellos, en la falta de unidad de su criterio y en la falta de solidez de sus proposiciones: "Cuando entre los cristianos se han visto variaciones en la exposición de la fe, siempre se las ha mirado como una señal de falsedad e inconsecuencia en la doctrina que se expone. La fe habla sencillamente: el Espíritu Santo derrama luces puras, y la verdad que enseña, conserva siempre un lenguaje uniforme... Por esta razón todo lo que lleva a alguna variación en la doctrina, todo lo que se expresa con términos ambiguos y dudosos, se ha tenido siempre por sospechoso, y no solamente fraudulento, sino también absolutamente falso; porque manifiesta un embarazo y dificultad que la verdad no conoce"(68).

Frente a las variaciones de los protestantes Bossuet contrapone la invariabilidad de la Iglesia Católica, y frente a las disidencias de aquellos la inmutabilidad de los principios de la doctrina católica: "Pero al mismo tiempo que las herejías, siempre variables, no concuerdan entre sí, e introducen continuamente nuevas reglas, esto es, nuevos símbolos; en la Iglesia la regla de la fe es inmutable, y nunca se reforma en lo más mínimo, dice Tertuliano: lo cual consiste en que la Iglesia, que hace profesión de no decir ni enseñar sino lo que ha recibido, jamás varía; y al contrario, la herejía que ha empezado

por innovar, no muda de naturaleza, y prosigue innovando siempre"(69).

Los protestantes, a pesar de intentar constituirse en Iglesia, no lo consiguen, ya que, las herejías en que se sustentan son obras humanas, en cambio, la infalibilidad de la Iglesia Católica garantiza la permanencia invariable de su verdad, que no es ninguna creación humana sino divina: "Dos cosas causan este desorden en las herejías; la una procede de la índole del espíritu humano, que si se deja llevar una vez del atractivo de la novedad, no cesa de buscar con apetito desordenado esta engañosa dulzura; y la otra proviene de la diferencia que hay entre lo que Dios hace y lo que hacen los hombres. La verdad católica, como que viene de Dios, es perfecta desde luego: la herejía débil producción del espíritu humano, es una obra que no puede hacerse sino por piezas mal unidas"(70).

Indudablemente la "Historia de las Variaciones" es una pieza de controversia, un elemento de una tesis apologética, y Bossuet acusa este carácter en vez de disimularlo. Sus conversaciones y discusiones públicas y privadas con Ferri, con Claude, y otros protestantes notables habían fijado un punto de doctrina: Jesucristo quiso fundar y fundó una Iglesia visible, a la que hay que pertenecer si se quiere ser llamado cristiano y se pretende la salvación. ¿Cómo reconocer a esta Iglesia verdadera? Bossuet se remonta a la época en que la disidencia aún no se había producido. La única Iglesia cristiana que existía era, según todos, la verdadera. Si ella lo fué en cierto momento, lo es siempre, porque no ha podido cambiar. En efecto, cuando tenemos la verdad y cambiamos, no puede ser más que para caer en el error. La fijidez es signo de la verdad, la variación del error. La Iglesia Católica no habiendo cambiado en su doctrina es, pues, la verdadera Iglesia. Las Iglesias protestantes, desde que se han separado, habiendo cambiado constantemente su doctrina, son erróneas.



El razonamiento, para ser concluyente, comporta dos partes documentales basadas en la historia: una, para establecer que la Iglesia Católica no ha cambiado; otra, para establecer que las Iglesias protestantes han variado en sus puntos esenciales. Bossuet deja a un lado la primera, dándola por sentada, y sobre la cual volverá más tarde en la "Defensa de la Tradición y de los Santos Padres", dedicándose a la segunda, el cuadro de las variaciones protestantes. Quiere redactar un nomenclator exacto de las variaciones doctrinales de las Iglesias Protestantes. Y es por este motivo por el que su libro de controversia se convierte en un libro de historia.

¿Qué método emplea para ello? El mismo nos lo dice: "En cuanto al método de la Obra, se verán caminar en ella las disputas y decisiones por el mismo orden con que han aparecido, sin distinción de materias, porque los tiempos mismos me invitaban a hacerlo así. De este modo se notarán mejor las variaciones de los protestantes y el estado de sus iglesias. Poniendo a la vista simultáneamente las circunstancias de tiempos y lugares, se verán también las cosas con más claridad, y esto podrá conducir para la convicción o la defensa de las personas de quienes se trata"(71).

Después de esta declaración advertiremos que no busca imponerse con declaraciones de imparcialidad, que no es neutral, que sabe donde quiere llegar, y que no esconde su meta: "Por lo demás en cuanto al fondo de las cosas, todo el mundo sabe cual es mi creencia; yo soy católico tan sumiso como el primero a las decisiones de la Iglesia, y con tal disposición, que nadie teme más que yo preferir sus propios sentimientos al sentimiento universal. Esto por supuesto, querer presentarme neutral e indiferente a título de historiador, o disimular lo que soy cuando nadie lo ignora, sería causar al lector una impresión muy grosera, pero con esta sincera confesión, aseguro a los protestantes que no pueden dejar de darme crédito, y que jamás leerán una historia, sea la que quiera, más verídica e indudable que ésta, porque todo cuanto diga contra sus autores y sus

iglesias, nada refiero que no esté probado claramente por su propio testimonio"(72).

La confesión tiene un cierto acento de honradez y orgullo. El compromiso fué cumplido. Era fácil de cumplir. Las confesiones de fe de los reformados eran piezas públicas que Bossuet tuvo en sus manos, a las que añadió documentos particulares de la biblioteca del Rey y manuscritos que hizo copiar en Ginebra. Su documentación era sólida: "Estos son los principios sólidos con los cuales me propongo demostrar a los protestantes la falsedad de su doctrina en sus continuas variaciones, y en la inestabilidad con que han explicado sus dogmas, no solamente en particular, sino también en cuerpo de Iglesia, en los libros que ellos llaman simbólicos, es decir, en los que han compuesto para expresar el consentimiento de sus iglesias, en una palabra, en sus propias profesiones de fe, decretadas, firmadas y publicadas por ellos mismos, y cuya doctrina, dice, sólo contiene la pura palabra de Dios, la cual, sin embargo, han variado en los artículos principales"(73).

Bossuet con estos supuestos teológicos y metodológicos se lanzó al estudio del proceso de la Reforma, y, sin ignorar las más diversas sectas, su estudio se centró en lo que él consideraba constituían sus dos cuerpos principales: uno es el de los luteranos, que tienen por regla la Confesión de Augsburgo, y el otro, el de los que siguen las opiniones de Zwinglio y de Calvino.

Para profundizar en el pensamiento de los reformados Bossuet deja por algunos momentos el análisis de documentos y actas, y ve a los hombres apasionados en sus creencias, los ve tras las confesiones de fe, los símbolos y las distinciones teológicas. Nos dice primero que no los miró, y que los vió de pasada, ocupado, como estaba en discernir las doctrinas. Aparecerán luego, pero únicamente acompañando a los propósitos que sostuvieron. Como dice Fueter; "No usa nunca el recurso de la

denigración moral. Ataca a la teología de los reformadores, no sus costumbres... no los ataca, sino a causa de su protestantismo"(74).

Por todo ello el interés de "La Historia de las Variaciones" no está en las propias variaciones. Lejos de renegar de ellas, los protestantes las consideraban como las pruebas de la vitalidad de su fe. Lo que permanece de gran interés para nosotros es la humanidad de la obra.

Así como el "Discurso" fué utilizado en la práctica para la instrucción del Delfín, Bossuet utilizará la "Historia de las Variaciones" con fines utilitarios: "... y sobre todo se conocerá que esta Historia es de un género particular; que debe presentarse con todas sus pruebas, y fortificadas, digámoslo así, por todos lados; y que ha sido preciso aventurarse a hacerla menos divertida, a trueque de hacerla más convincente y más útil"(75).

Pero en ésta obra, el pragmatismo histórico abandona su carácter político. Es otro tipo de utilidad la que persigue: lograr por medio de la manifestación de sus errores, que los protestantes vuelvan a unirse a la verdadera Iglesia; recurre a la historia para lograr la unidad de los cristianos y que, reconciliados católicos y reformados, la verdad resplandezca "por todas partes como un sol refulgente"(76).

Bossuet era sincero, y esta sinceridad le llevó a creer que la demostración luminosa de su libro serviría para la unión. No quería confundir a los protestantes, quería convencerlos y convertirlos, y creía que la razón, acompañada por la claridad de su exposición, tendría esta doble eficacia.

Es obvio que la "Historia de las Variaciones" de Bossuet no logró los fines que él deseaba. Sin embargo, merece su obra un lugar destacado en la historia de la historiografía moderna, ya

que, al margen de su tono polémico y apologético, constituye un minucioso estudio, visto con actitud realmente histórica, de un fenómeno religioso en su evolución.

Nos interesa ahora, al igual que hemos hecho con el "Discurso", analizar algunos juicios sobre la "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes".

Fueter, tan remiso a reconocer valores en la obra de Bossuet, considera que la "Historia de las Variaciones" es de "mayor valor historigráfico" que el "Discurso"(77).

Jean Touchard opina que la "Historia de las Variaciones" es un libro de tesis; para Bossuet, las variaciones son el signo del error, y la inmutabilidad el signo de la verdad: "Todo lo que varía, todo lo que se carga de términos dudosos y encubiertos ha parecido siempre sospechoso, y no sólo fraudulento, sino también absolutamente falso, porque indica una confusión que la verdad no conoce en absoluto". Así, la Reforma se reduce para Bossuet a la "rebelión de algunos hombres de Iglesia que por capricho inventaban nuevos dogmas y terminaban por casarse.."(78).

Miguèl Joseph Fernandez nos indica al respecto: "Se puede considerar esta excelente Obra, como una Historia, y al mismo tiempo reputarse por una total convincente refutación del detestable Protestantismo. En esta Historia sigue nuestro Autor el orden de los tiempos en todas sus partes, y circunstancias emprendiendo à la pretendida Reforma desde su origen, y principio, para lo qual dà à conocer los Autores de ella. Nadie tendrá justo motivo para acusar al Autor de haver cargado los Retratos de ellos, pues solo se vale de las expresiones de los Protestantes, tomando los colores, y matices de sus mismas Obras para pintarles. Estos diversos Retratos, unidos con una gran cantidad de hechos Historicos, necessariamente connexos con el assunto principal, constituyen una agradable variedad de esta Obra, haciendola mui importante, y no menos instructiva"(79).

Thérèse Goyet nos dice que, en Bossuet, la teología de sus maestros parisinos ha fecundado su espíritu hasta en su raíces más lógicas, y que la "Historia de las Variaciones" es el testimonio más seguro, la realización -contra la controversia religiosa- de una concepción humanista y laica de la verdad (80).

Mme. de Sévigné nos hace el siguiente comentario: "Leemos las Variaciones de M. de Meaux. ¡Ah! ¡Qué hermoso libro! ¡Cómo me agrada! El tiempo pasa como un relámpago, aunque sin placer y hasta con penas; él nos arrastra"(81).

Fr. Justo Pérez de Urbel señala que: "La lucha de Bossuet contra los protestantes culminó con la publicación de la Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes, que para M. de Saci es el más bello de los libros franceses. Iba destinado a demostrar que las doctrinas protestantes habían cambiado sin cesar desde sus orígenes, y lo realiza con un relato de una exactitud casi irreprochable y con una clarividencia certera y de impresionante originalidad"(82).

Fr. Navarro y Calvo manifiesta lo siguiente: "En 1682 publicó el Tratado de la comunión bajo las dos especies,... Pero la obra más importante que compuso contra la Reforma es la Historia de las Variaciones. Nunca se dijo nada más fuerte y razonable para reducir protestantes, ni hay ninguna obra de Bossuet en que manifieste más ciencia y autoridad tan sencilla e imponente a la vez, que asombran y subyugan: ningún libro se presta menos a la réplica. Para evadir su firmeza es necesario sacar la discusión fuera de la Iglesia cristiana y armarse del espíritu de libre exámen y de filosofía que ataca o desdeña toda autoridad religiosa. Bayle convino terminantemente en esto. Mucho tiempo después, la lectura de este libro convirtió a un hombre frío y esclarecido talento: Gibbon. Empeño hubo por llevarle de nuevo a la Reforma, pero no pudo salir de la religión católica sino por el escepticismo. Esto resulta evidente del principio que adoptó Bossuet para esta controversia: La verdadera sencillez de la

doctrina católica consiste esencialmente en determinarse siempre, en lo pertinente a la fe, por este hecho cierto: ayer se creía así, luego es necesario creer hoy de la misma manera.

En efecto, podrá existir sentimiento religioso, pero no religión desde el momento en que se admite la posibilidad de una innovación individual. Demostrando, pues con su inmensa y sincera erudición la perpetuidad de la Iglesia y la novedad de la doctrina reformada, que en vano trataba de enlazarse con los primeros días de la religión con el intermediario de algunas herejías, Bossuet precipitaba a los ministros en mil contradicciones"(83).

Lanson en relación con la obra que estamos comentando significa lo siguiente: "Bossuet, en sus Variaciones, actúa como historiador y no como teólogo únicamente. Su talento histórico sólo se pudo ejercer en consonancia con su doctrina teológica y cuando la historia contradice la teología, es la teología la que dicta al escritor su pensamiento y sus frases. Bossuet ha podido describir a los hombres de la Reforma: no podía explicar la misma Reforma. No se le puede preguntar sobre las causas históricas que han sustraído en pocos años la mitad de Europa al obediencia del Papa: el espíritu audaz de los innovadores, el humor indócil de la multitud, los fines políticos de los príncipes, los decretos misteriosos de la Providencia, ahí está todo lo que alega para dar razón de lo sucedido en Alemania, en Bohemia, en Suiza, en los Países Bajos, en Inglaterra y en otras tantas partes de la cristiandad. No vió ni notó lo suficiente que la Reforma, en todos esos países, fué consecuencia fatal de la imposibilidad que los pueblos sintieron en el momento de ir más lejos, quedándose sumisos a Roma, en el desarrollo de sus aspiraciones y de su genio: la constitución de la Iglesia obstaculizaba la vida nacional; la nación que quería vivir y ser todo lo que podía ser, rompió el obstáculo; el hecho religioso está envuelto y dominado en todas partes por necesidades históricas. Pero no es labor de un sacerdote proclamarlo; no se

puede pedir a Bossuet reducir la forma de la religión a múltiples expresiones del genio de las razas, formado y determinado por la historia. No debemos sorprendernos con otro error, consecuencia necesaria del primero: no creyó en la vitalidad del protestantismo: proclamó en varias ocasiones que la herejía llegaba a su término, y que Dios iba a restablecer la unidad de su Iglesia demasiado afligida. No fué buen profeta en esta materia, Lo que Lutero y Calvino habían perdido, Roma no lo ganó. La contradicción lógica que Bossuet relevaba en las iglesias luteranas y calvinistas no se resolvió en el sentido en que su celo católico esperaba. No entendió, no podía entender que lo que separó los pueblos de Roma, la necesidad de vivir y la necesidad de llenar sus destinos, debía impedirles la unión, y que una nación sufre menos por un error lógico que por la propia razón, cuando se hiere el espíritu nacional. Nos contentaremos con lo que Bossuet podía darnos, y sepamos admirar que haya sabido colocar en una exposición teológica, con gran fuerza dramática, figuras tan llenas de expresión y de vida"(84).

## NOTAS

(1) Esta noticia está tomada de la edición de las Obras completas de Bossuet, impresas en Versalles en 1815 hasta 1819; 43 volúmenes en 8º, en la que se indica por los editores lo siguiente: "Para conformarnos con su intención (la de Bossuet), hemos seguido con exactitud el texto de la tercera edición, insertando en los lugares indicados en los manuscritos los diferentes pasajes añadidos, que se enlazan muy bien con los que preceden y siguen, como puede observar el lector bien facilmente. Esta inserción no exige otras variaciones en la edición antigua, que la sustitución de un pequeño número de palabras señaladas por el mismo autor, y la supresión de algunas líneas concernientes a los samaritanos en la VII Epoca; porque Bossuet reunió un poco después bajo el mismo punto de vista todo lo que hace relación a la historia de este pueblo. En fin, deseando dar a esta edición toda la exactitud posible, hemos revisado las datas puestas a la margen de la primera parte, lo que nos ha dado ocasión de rectificar muchos errores; y principalmente donde hemos hallado que los años no correspondían a los sucesos, hemos puesto los correspondientes, colocando las fechas enfrente de los hechos a que hacen relación". "Discurso sobre la Historia Universal", escrito en francés por el Ilmo. Sr. Jacobo Benigno Bossuet, obispo de Meaux, edición aumentada con nuevas adiciones y con variantes del texto, traducida al castellano por el presbítero Don Juan Manuel Calleja, Madrid, Compañía General de Impresores y Libreros, 1842. "Noticia de las diferentes ediciones del Discurso sobre la Historia Universal y de las correcciones y adiciones hechas por el mismo autor", págs. IX a XII.

(2) De la "Instrucción del Serenísimo Delfín al Papa Inocencio XI de 8 de marzo de 1679", págs. 70-71. La carta de Bossuet al Papa Inocencio XI se encuentra en la "Política deducida de las propias palabras de la Sagrada Escritura", dirigida al Serenísimo Señor Delfín, escrita en francés por Jacobo Benigno Bossuet y traducida por Don Miguèl Joseph Fernandez, tercera impresión, Tomo I,



Madrid, 1789, págs. 53 a 87.

(3) Collingwood, R. G., "Idea de la historia", traducción de E. O'Gorman y J. Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, pág. 65.

(4) Collingwood, R. G., obra citada, pág. 65.

(5) Bossuet, Jacobo Benigno, "Discurso sobre la Historia Universal", traducción de la tercera y última edición revisada por el autor de Manuel de Montoliu, prólogo de B. Morales San Martín, Barcelona, Editorial Cervantes, 1940, pág. 13. Esta es la versión que hemos utilizado para nuestro trabajo, por tanto, las referencias que se hagan en este capítulo al "Discurso sobre la Historia Universal" se entenderán hechas a la indicada edición.

(6) Bossuet, obra citada, pág. 9.

(7) Bossuet, obra citada, pág. 13.

(8) Bossuet, obra citada, págs. 10 y 11.

(9) Bossuet, obra citada, pág. 11.

(10) Bossuet, obra citada, pág. 154.

(11) Bossuet, obra citada, pág. 12.

(12) Bossuet, obra citada, pág. 157.

(13) Bossuet, obra citada, págs. 157 y 158.

(14) Bossuet, obra citada, págs. 158 y 159.

(15) Bossuet, obra citada, págs. 423 y 424.

(16) Löwith, Karl, "El sentido de la historia", traducción de Justo Fernández Buján, cuarta edición, Madrid, Aguilar, 1973, pág. 161.

(17) Bossuet, obra citada, pág. 530.

(18) Bossuet, obra citada, págs. 49 y 50.

(19) Bossuet, obra citada, pág. 413.

(20) Enrique Tierno Galván considera a Espinosa como una de las últimas mentalidades humanistas de Europa que contribuyó a destruir en sus cimientos el edificio de la tradición bíblica-eclesiástica, "Tradición y Modernismo", Madrid, Editorial Tecnos S.A., 1962, pág. 40.

Jean Touchard nos dice al respecto: "Según Paul Vernière, aunque sólo se le cite una vez, Spinoza es para Bossuet el adversario innominado: lo que Bossuet trata de refutar en el Discurso es el Tractatus theologico-politicus", "Historia de las ideas políticas", traducción de J. Pradera, cuarta edición, Madrid, Editorial Tecnos S.A., 1981, pág. 287.

(21) Bossuet, obra citada, pág. 377.

(22) Confróntese en este sentido la opinión de Karl Löwith, obra citada, págs. 7 a 27.

(23) Yvonne Champailler recoge esta opinión del autor de la "Vie de Jésus", manifestando que ha sido juzgado con severidad por Renan. Refleja, asimismo, la opinión de M. Calvet, el cual considera que Bossuet ha realizado tanto una suma teológica, como histórica, en donde ha puesto al descubierto las grandes leyes divinas y humanas del gobierno del mundo, "Bossuet: Oeuvres", Paris, Gallimard, 1961, pág. 659.

- (24) Bossuet, obra citada, pág. 482.
- (25) Bossuet, obra citada, pág. 482.
- (26) Bossuet, obra citada, pág. 482.
- (27) Bossuet, obra citada, pág. 482.
- (28) Bossuet, obra citada, pág. 492.
- (29) Bossuet, obra citada, pág. 499.
- (30) Bossuet, obra citada, pág. 511.
- (31) Bossuet, obra citada, pág. 512.
- (32) Bossuet, "Abrégé de l'Histoire de France jusqu'a Charles IX", Paris, Desaint et Saillant, 1747, 4 vol.-in 12.
- (33) Bossuet, obra citada, págs. 429 y 430.
- (34) Griselle, E., "Un fragment inédit de Ledieu sur l'éducation du Dauphin", Paris, R.H.L., 1900, págs. 129 y 130.
- (35) Hardy, Georges, "Le -De Civitate Dei- source principale du Discours sur l'Histoire Universelle", Paris, Bibliothèque de l'Ecole des Hautes-Etudes, 1913, pág. 81.
- (36) Dujovne, Léon, "La filosofía de la historia desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII", Buenos Aires, Galatea, 1959, pág. 72.
- (37) Croce, Benedetto, "Teoría e historia de la historiografía", traducción de Eduardo Prieto, Buenos Aires, Editorial Escuela, 1955, pág. 203.

8) Löwith, Karl, obra citada, pág. 157.

9) Voltaire, "Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones", traducción de Hernán Rodríguez, Buenos Aires, Chette, 1959, págs. 171 y 172.

0) Voltaire, "El siglo de Luis XIV", versión directa de Nérida Rifa Reynal, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, pág. 3.

1) Fueter, E., "Historia de la historiografía moderna", T. 1, Buenos Aires, Nova, 1950, pág. 317.

2) Cassirer, E., "Filosofía de la Ilustración", traducción de Genio Imaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, pag. 231.

3) Ortega, Ezequiel César, "La filosofía de la historia de Bossuet y las escuelas eruditas del siglo XVII", Trabajos y Comunicaciones, N. 4, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de La Plata, 1954, págs. 165 y 166.

4) Calvet, J., "Bossuet: Oeuvres choisies", Paris, Librairie A. Cotter, 1941, pág. 305.

5) Bloy, Léon, "Textes choisis", crítica a Bossuet, Friburgo, L. A. Béguin, 1943, págs. 70 y 92.

6) Tierno Galván, Enrique, "Tradición y Modernismo", Madrid, Editorial Tecnos S.A., 1962, pág. 61.

7) Touchard, Jean, "Historia de las ideas políticas", traducción de J. Pradera, cuarta edición, Madrid, Editorial Tecnos S.A., 1981, págs. 270 y 271.

8) Del Valle Abad, Federico, en Notas biográficas, históricas explicativas a "Bossuet: Le Discours sur l'Histoire

Universelle", tercera parte, Granada, Editorial Avila, 1945, pág. 5.

(49) Lanson, Gustave, "Histoire de la Littérature Française", Paris, Librairie Hachette et Cie, 1906, pág. 578.

(50) Tuffrau, P., "Manuel Illustré D'Histoire de la Littérature Française", Paris, Librairie Hachette, 1931, págs. 304 y 314.

(51) Brunetière, Ferdinand, "Manuel de l'Histoire de la Littérature Française", cinquième edition, Paris, Librairie Ch. Delagrave, 1897, pág. 194.

(52) Morales San Martín, B., en Prólogo a "Bossuet: Discurso sobre la Historia Universal", traducción de la tercera y última edición revisada por el autor de Manuel de Montoliu, Barcelona, Editorial Cervantes, 1940, págs. 7 y 8.

(53) Hazard, Paul, "La crisis de la conciencia europea", (1680-1715), traducción de Julián Marías, tercera edición, Madrid, Ediciones Pegaso, 1975, págs. 183 a 185.

(54) Hazard, Paul, obra citada, págs. 190 y 191.

(55) Brémond, H., "Bossuet", textes choisis et commentés, T. II, Paris, Plon-Nourrit et Cie., imprimeurs-éditeurs, 1913, págs. 15 y 16.

(56) Caparrós, M., en Estudio preliminar a "Voltaire: Filosofía de la Historia", Madrid, Editorial Tecnos S.A., 1990, págs. XII y XIII.

(57) Velat, B., "Bossuet: Oeuvres", textes établis et annotés, Paris, Gallimard, 1961, pág. XIX.

(58) Dilthey, W., "Hombre y Mundo en los siglos XVI y XVII",

traducción, prólogo y notas de Eugenio Imaz, segunda reimpresión en español, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1978, pág. 121.

(59) Dilthey, W., "De Leibniz a Goethe", traducción, prólogo y notas de Eugenio Imaz, primera reimpresión en español, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1978, pág. 119.

(60) Dilthey, W., "El mundo histórico", traducción, prólogo y notas de Eugenio Imaz, primera reimpresión en español, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1978, pág. 368.

(61) Chateaubriand, "El Genio del Cristianismo", traducción de D. Manuel M. Flamant, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, editores, 1853, III parte, libro III, capítulo VIII, pág. 124.

(62) Navarro y Calvo, Fr., en Noticias biográficas a "Bossuet: Oraciones Fúnebres", Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1911, págs. 49 y 50.

(63) Pérez de Urbel, Fr. Justo, en Estudio preliminar a "Pascal y Bossuet. Escritos Escogidos", traducción de Tristán Fernández, Barcelona, Editorial Exito S.A., 1951, pág. 34.

(64) Dussault, "Noticē sur Bossuet", en articles publiés dans le Journal des Débats (juin 1810, mai 1811).

(65) Champailler, Y., "Bossuet: Oeuvres", Paris, Gallimard, 1961, pág. 661.

(66) Goyet, Thérèse, "L'Humanisme de Bossuet", T. I, Paris, Librairie C. Klincksieck, 1965, pág. 123.

(67) Bossuet, "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes", traducción de Juan Díaz de Baeza, Barcelona, Librería Religiosa, 1852, pág. 17. Esta es la versión que hemos utilizado para nuestro trabajo, las referencias que se hagan en

este capítulo a la "Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes" se entenderán hechas a la indicada edición.

(68) Bossuet, obra citada, págs. 17 y 18.

(69) Bossuet, obra citada, pág. 19.

(70) Bossuet, obra citada, págs. 19 y 20.

(71) Bossuet, obra citada, pág. 29.

(72) Bossuet, obra citada, págs. 27 y 28.

(73) Bossuet, obra citada, pág. 20.

(74) Fueter, Ed., obra citada, pág. 293.

(75) Bossuet, obra citada, pág. 28.

(76) Bossuet, obra citada, pág. 32.

(77) Fueter, Ed., obra citada, pág. 293.

(78) Touchard, Jean, obra citada, pág. 271.

(79) Joseph Fernandez, Miguèl, en Advertencia importante para la inteligencia de la presente historia a "Bossuet: Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes, y Exposición de la Doctrina de la Iglesia Catholica, sobre los Puntos de Controversia", traducción de Miguèl Joseph Fernandez, T. I, Madrid, Andres Ortega editor, 1772, págs. 1 y 2.

(80) Goyet, Thérèse, obra citada, T. I, pág. 132.

(81) Mme. de Sévigné, "Cartas Escogidas", acompañadas de notas explicativas sobre los hechos y las personas de su tiempo,

precedidas de observaciones literarias por Camilo de Sainte-Beuve, versión española de Fernando Soldevilla, Buenos Aires, Librería y Editorial el Ateneo, 1944, pág. 403.

(82) Pérez de Urbel, Fr. Justo, obra citada, pág. 42.

(83) Navarro y Calvo, Fr., obra citada, págs. 57 y 58.

(84) Lanson, G., obra citada, págs. 317 a 319.



**ABRIR CAPÍTULO CUARTO**

